

Colección Pensamiento Propio

Eurasia y América Latina en un mundo multipolar

Andrés Serbin

Icaria Editorial
Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales

1ª edición: 1000 ejemplares
© 2019, Icaria Editorial - Ediciones CRIES
Edición para España y América del Sur

Icaria Editorial

C/ Bailén, 5, 5ª planta
08010 - Barcelona
(+34) 93.301.17.23
icaria@icariaeditorial.com / www.icariaeditorial.com
ISBN 978-84-9888-936-9

**Ediciones CRIES (Coordinadora Regional de Investigaciones
Económicas y Sociales)**
Lavalle 1619 Piso 9º Ofic. A
(1048) – Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
Tel./Fax (54 11) 43 72 83 51
info@cries.org / www.cries.org



This work is licensed under the Creative Commons Attribution 4.0 International License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/> or send a letter to Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Para la “chinita” Sasha, capitana de las mariposas, que ilumina nuestras vidas.

En memoria de Nina, quien – tal vez – le supo transmitir su sabia (y a veces terca) manera de decir “no”.

En memoria de Boris, el eslavófilo irredimible que me enseñó a valorar y a imaginar otros mundos y a mirar a través de los espejos.

“...el eje alrededor del cual giraba el planeta durante milenios no fue Oriente u Occidente, sino la zona geográfica entre uno y otro, el espacio que conectaba Europa con el océano Pacífico (...) De hecho, el puente entre Oriente y Occidente es la propia intersección de la civilización”.

Peter Frankopan (2019). Las Rutas de la Seda. Una Nueva Historia Universal, México: Editorial Crítica.

Índice

Introducción	
Eurasia y América Latina en el nuevo orden mundial	9
Capítulo 1	
Crisis de la globalización, crisis de la gobernanza global, crisis del orden liberal internacional: ¿hacia un nuevo orden mundial?	15
Capítulo 2	
Reconfiguración y difusión del poder mundial: el orden emergente	23
Capítulo 3	
Narrativas geopolíticas e intereses geoestratégicos en un mundo en transición	27
De Atlantismo a la narrativa de Asia Pacífico	29
La narrativa del Indo-Pacífico	30
Narrativas geopolíticas en conflicto	36
Capítulo 4	
Eurasia, el eurasionismo y el proyecto Gran Eurasia	39
Eurasia: la ambigüedad de un concepto fluido	39
Eurasianismo y neo-eurasianismo: sus alcances conceptuales y su peso ideológico	46
Capítulo 5	
La convergencia estratégica entre Rusia y China en torno al concepto de la Gran Eurasia	53
China y Rusia frente a Occidente	53
La convergencia estratégica entre Rusia y China en torno al proyecto de la Gran Eurasia	63

Capítulo 6	
El entramado institucional de la Gran Eurasia	79
La Unión Económica Euroasiática (UEEA).....	79
La iniciativa <i>Belt and Road</i> (BRI) en su proyección euroasiática	85
La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS).....	92
La Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC).....	98
Capítulo 7	
El puzzle euroasiático en un entorno internacional cambiante: la relación sino-rusa y los actores relevantes en la OCS	107
Capítulo 8	
El proyecto de la Gran Eurasia (GEP): narrativas y visiones contrastantes	127
Capítulo 9	
La Gran Eurasia y América Latina y el Caribe	147
Eurasia y América Latina y el Caribe: visiones contrapuestas y narrativas contrastantes	148
China en América Latina y el Caribe y el rol de la BRI	150
Rusia en América Latina y el Caribe: el potencial de la Unión Económica Euroasiática (UEEA).....	162
Epílogo tentativo	175
Agradecimientos	177
Siglas	179
Bibliografía	181

Introducción

Eurasia y América Latina en el nuevo orden mundial

América Latina y el Caribe enfrentan un intrincado proceso de transición articulado a los cambios en el entorno internacional, a una reconfiguración del mapa político regional y a un agotamiento de los intentos de regionalización y concertación política de la década precedente, asociados en su momento al *boom* de los *commodities* y al auge de gobiernos populistas y de izquierda.

A las dificultades de la CELAC – en cuyo marco la construcción de consensos frente a actores externos por parte de una región atomizada se hace extremadamente difícil – se suma el manifiesto debilitamiento del ALBA con el decaimiento – en el marco de una dramática crisis política, económica y humanitaria – de la capacidad venezolana de nutrir con recursos petroleros la cooperación que sustenta el esquema bolivariano y una crisis en curso en UNASUR donde – particularmente a raíz de la situación venezolana y de la paralización en que vive la institución – siete de sus países miembros (más de la mitad del total de su membresía) han puesto en cuestión el funcionamiento del organismo y le han retirado su apoyo, al punto que comienza a debatirse, por iniciativa del presidente colombiano Duque y con el apoyo manifiesto del presidente chileno Piñera, la creación de un nuevo organismo – PROSUR, que, según algunos analistas se despojaría, en principio, de la carga ideológica de su antecesor y, de acuerdo a otros podría convertirse en un ALBA de derecha¹.

Pese a que la crisis venezolana se convierte en el epicentro de esta situación regional y de su impacto – eventualmente polarizador – sobre la encrucijada por la que atraviesan los limitados avances actuales del regionalismo y la integración regional, no basta con la introspección centrada en la potencial convergencia de MERCOSUR con la Alianza del Pacífico, la redefinición de las políticas externas de sus miembros a raíz de cambios electorales o de la reconfiguración del mapa político re-

1 Sabatini, Christopher y Nicolás Albertoni (29 de marzo de 2019) “Prosur y el mito de la integración latinoamericana”, en *The New York Times*, <https://www.nytimes.com/es/2019/03/29/prosur-america-latina/> Recuperado el 29 de marzo de 2019.

gional para entenderla y hace falta analizarla, además, en su articulación con las dinámicas que impone un entorno internacional cambiante, donde la crisis de la globalización, de los avances de la gobernanza global, del multilateralismo y del orden liberal internacional se conjugan con la reestructuración y difusión del poder a nivel mundial, en el marco de una serie de desarrollos plagados de incertidumbres y de riesgos – pero también de oportunidades – para la región.

En gran medida, estos procesos responden al desplazamiento de la dinámica económica mundial del Atlántico hacia el Asia-Pacífico, al debilitamiento del papel hegemónico de los Estados Unidos a nivel global y a las políticas proteccionistas y revisionistas (cuando no francamente iliberales) de la administración Trump; a las fisuras y tensiones de la alianza atlántica que afectan no sólo a la Unión Europea con fenómenos en curso como el Brexit y la activación de movimientos nacional-populistas; a los replanteamientos acerca de los alcances del multilateralismo occidental en el seno de la OTAN y del G-7, y a la emergencia de nuevas narrativas geoestratégicas en torno a algunos centros de gravedad del sistema internacional que ponen en cuestión el orden liberal internacional.

Sin embargo, el énfasis en las dinámicas conflictivas entre los Estados Unidos y una China de creciente proyección global como eje de las incertidumbres en torno al potencial nacimiento de un nuevo orden mundial y como eje del desarrollo de modalidades alternativas de globalización, gobernanza global y del orden geopolítico existente, tiende a perder de vista la emergencia y progresiva consolidación de un nuevo centro de gravitación global – la Gran Eurasia, donde confluyen y se conjugan factores de poder tradicionales y poderes emergentes. De hecho, en muchos de los análisis de los especialistas en “política global”, existe un fuerte foco en algunas potencias protagónicas – como los Estados Unidos, China y Rusia – o de algunas potencias medias emergentes y de su interacción, más que una visión del “gran cuadro” de las tendencias mundiales que hacen a la actuación de estos actores y que se encuentran generando cambios estructurales decisivos en el sistema internacional, a partir del debilitamiento relativo de Occidente y de su dominación global; del ascenso estratégico de los países no-occidentales, y de la consolidación de Eurasia como un centro de poder alternativo en el siglo XXI (Maçães, 2018; Karaganov, 2018).

En nuestro entorno regional, el foco individual en las políticas y aspiraciones geoestratégicas de los tres actores protagónicos del sistema internacional emergente – los EEUU, China y Rusia, con

énfasis variados, hace perder, con frecuencia, una visión integral de las transformaciones globales en curso, en cuyo marco la Gran Eurasia se convierte progresivamente – por una serie de razones geopolíticas, geo-económicas e ideológicas asociadas con el desplazamiento del eje de rotación de la dinámica mundial – en un referente fundamental, poco conocido y poco estudiado en nuestro medio, en particular a raíz del entramado continental que genera la convergencia estratégica entre China y Rusia en el continente euroasiático, y la creciente incidencia de la India sobre la configuración de este espacio.

El presente volumen intenta ofrecer una primera aproximación al surgimiento del llamado “desafío eurasiático”, a través del abordaje analítico de los procesos que conllevan los cambios en el entorno internacional en el que se generan; de algunas de las narrativas geopolíticas más importantes a las que dan lugar para justificar los objetivos geoestratégicos de sus principales actores; de los componentes ideológicos, institucionales y geoestratégicos fundamentales que lo apuntalan y de su eventual impacto – actual y futuro – en América Latina y el Caribe.

Este es un libro que, fundamentalmente, aborda procesos, actores – sean estados o regiones – y narrativas que estos actores generan y desarrollan para comprender y explicar su ubicación en el marco de los procesos de transformación regional y global, en tanto ideas que guían una práctica política y que configuran mapas cognitivos que orientan a las respectivas elites – nacionales o regionales – en la búsqueda de sus objetivos geoestratégicos (Beeson, 2009). En un mundo en transformación – más allá de las turbulencias que lo caracterizan – el desconocimiento de estas hojas de ruta expresadas en diversas narrativas y – frecuentemente – reforzadas por la construcción de nuevas identidades, complejiza la formulación (y la comprensión) de una estrategia de política exterior que posibilite a los diferentes actores insertarse – a corto, mediano o largo plazo – en un mundo dinámico y complejo. Sin embargo, cada región y cada nación desarrolla sus propias narrativas – coincidentes o no – con las de otros actores, en el marco de las diferencias culturales e históricas que las definen (Hu & Lu, 2016).

En este sentido, este enfoque, en primer lugar, remite indudablemente, a una perspectiva desde la geopolítica crítica en su intento de deconstruir y analizar críticamente los discursos que han protagonizado y protagonizan el debate sobre la relación espacio-poder en marcos geopolíticos específicos (Preciados y Uc, 2010), correlacionando las ideas con prácticas específicas (Hu & Lu, 2016). Bajo la influencia del pensamiento de Foucault y Derrida, la geopolítica crítica ha sido percibida como una

aproximación conceptual que permite abordar la combinación de una serie de prácticas, de políticas discursivas y de enunciados generados por actores específicos en relación a espacios particulares y a objetivos geoestratégicos. En este sentido, es un enfoque más abarcativo que la geopolítica tradicional, entendida ésta en términos de su vinculación “a un saber instrumental y ‘enmascarador’ de los intereses del Estado y las prácticas hegemónicas” (O’Tuathail, 1986, 2006), desde una concepción que describe esencialmente la relación entre geografía y poder.

Desde esta perspectiva, en segundo lugar, en el marco de la compleja relación entre globalización y regionalización, la geopolítica crítica ha desarrollado un marcado foco sobre las regiones en formación (Beeson, 2009: 498) – no desde el punto de vista exclusivamente geográfico y físico – sino desde una mirada que entiende “que las escalas espaciales no pueden ser concebidas como áreas de interacción social predeterminadas o naturales, sino que deben ser vistas crecientemente como productos históricos – construidos socialmente y, a la vez, cuestionados y marcados políticamente” (Brenner, 1998: 460). En este sentido, las narrativas geopolíticas que emergen – sean de carácter regional o global – proveen a los actores (y especialmente a las respectivas elites) de marcos cognitivos “que filtran la información y proveen de significado a diferentes eventos, a la par de legitimar determinadas políticas” (Moi-sio, 2015: 224-225). De esta manera, contribuyen, asimismo, a definir las fronteras entre “ellos” y “nosotros”, construyendo y moldeando las identidades nacionales o regionales construidas sobre la diferencia (Dalby, 1990). Consecuentemente dan pie para la construcción de imaginarios geopolíticos en torno a nociones como la Gran Eurasia o América Latina y el Caribe (Lewis, 2018:1613) y, a la vez, nutren conceptualmente la configuración de entramados institucionales y normativos.

Finalmente, y en tercer lugar, el enfoque de la geopolítica crítica no sólo permite abordar la configuración y el desarrollo geopolítico y narrativo de dos regiones tan distantes y diferenciadas como Eurasia y América Latina y el Caribe, sino que posibilita asimismo, con su énfasis en el desarrollo de las diferentes narrativas, asumir la inter-textualidad que – como apuntaban Bakhtin y Kristeva pueda emerger – y de la que confiamos que este libro pueda nutrirse, en forma ecléctica, para analizar el desarrollo de Eurasia y sus relaciones con América Latina y el Caribe. Es importante señalar, en este sentido, que, ya sea desde una perspectiva tradicional o desde una aproximación crítica, la geopolítica aparece como una orientación prominente entre los diversos enfoques teóricos de las relaciones internacionales, no sólo en

la Federación Rusa y en la República Popular de China, sino también entre las elites académicas e intelectuales de otros actores eurasiáticos. Asimismo, significativamente, comienza a emerger, bajo la modalidad de una geopolítica crítica en América Latina y el Caribe, a la par de la persistencia de enfoques más tradicionales.

Desde esta perspectiva – quizás poco ortodoxa –, el presente libro se estructura en torno a una serie de capítulos que abordan las actuales transformaciones del sistema internacional; el análisis de algunas narrativas geopolíticas que se desarrollan en un contexto crecientemente multipolar y multinivel, entre las cuales se destaca la emergencia de una narrativa euroasiática; el ambiguo desarrollo del concepto Eurasia y las diferentes corrientes del eurasianismo, la relevancia y la dinámica actual de la emergencia de un proyecto de la Gran Eurasia (GEP) como mega región, y su potencial impacto – particularmente a través de la creciente presencia de actores extrarregionales – en América Latina y el Caribe, para plantear, así sea de manera parcial, algunas claves para la comprensión del futuro de la región. Gran parte de estos capítulos son el resultado de estudios, análisis, entrevistas y reflexiones que he publicado tanto en medios especializados y volúmenes colectivos como en columnas y blogs periodísticos (generalmente identificados en los respectivos créditos en el texto), pero suman adicionalmente una revisión de estudios y contribuciones recientes a los diversos temas planteados.

Capítulo 1

Crisis de la globalización, crisis de la gobernanza global, crisis del orden liberal internacional: ¿hacia un nuevo orden mundial?²

El sistema internacional vive una transición compleja, con altos niveles de incertidumbre y de transformaciones aceleradas, con cambios tectónicos que implican desplazamientos y reconfiguraciones geoeconómicas y geopolíticas a nivel global³. Las características de esta transición global – que se articula en torno a una serie de ejes – afectan a América Latina y el Caribe, y demandan un conocimiento de su dinámica, de su impacto en la región y de la formulación de respuestas de la misma. Particularmente, porque como señala Igor Ivanov, estamos asistiendo a una “tormenta perfecta” de impactos acumulados de una serie de crisis que se desarrollan simultáneamente y que constituyen un desafío mayor para el 2019 y los años por venir, en dónde algunos consideran que la reconstrucción de la gobernanza global del sistema internacional pasa por abordar la línea divisoria entre democracia y tiranía y otros, entre el orden y el caos (Ivanov, 2018b).

Uno de estos ejes lo configuran **la crisis del proceso de globalización** y de las modalidades de gobernanza global y, particularmente, del modelo hegemónico que los sustentó (Sanahuja, 2017), tal como la hemos conocido hasta ahora. Precisamente, la principal razón para la

2 El presente capítulo está basado en la introducción al volumen colectivo *América Latina y el Caribe frente al Nuevo Orden Mundial: Poder, globalización y respuestas regionales*, Barcelona-Buenos Aires: Editorial Icaria-CRIES, y en Serbin, Andrés (2018) “El nuevo orden mundial y América Latina y el Caribe”, en *Revista Mexicana de Política Exterior*, No. 114, 2018, México D.F.: Instituto Matías Romero, pp. 131-156.

3 Como señala en un artículo una especialista, en el mundo actual “dinámicas geoeconómicas y geopolíticas coexisten, más o menos intensas, delineando un escenario mundial imprevisible y fluctuante” en Llenderozas, Elsa (8 de mayo de 2018) “Una nueva lógica de poder para un mundo inestable”, en *La Nación* (Buenos Aires), en <https://www.lanacion.com.ar/2132397-una-nueva-logica-de-poder-para-un-mundo-inestable/> Recuperado el 4 de junio de 2018.

perdurabilidad de la gobernanza global hasta su crisis actual ha sido el contexto económico en el que se desarrolló. Más específicamente, la intensificación del proceso de globalización que originó un proceso de transnacionalización y deslocalización del mercado global que se inicia en la década del setenta con la aceleración de los flujos de comercio, inversión y financiamiento, y con una revolución tecnológica, generando una significativa interdependencia económica marcada por asimetrías y desigualdades.

Bajo esta modalidad, la globalización implicó riesgos y oportunidades para los actores del sistema internacional (Heine y Thakur, 2011) en función del desarrollo de un mercado global. En este marco, la interdependencia asimétrica y la inequitativa distribución de sus beneficios contribuyeron a generar ganadores y perdedores de este proceso (Bremmer, 2018), particularmente en aquellas naciones en donde creció la clase media, pero a la vez se incrementaron y profundizaron los niveles de pobreza (Sanahuja, 2017). Sin embargo, como lo señala un informe de 2004, los problemas no sólo residieron en la globalización, sino en las deficiencias de su gobernanza (World Commission on the Social Dimensions of Globalization, 2004:xi), pese al predominio de una narrativa **globalista** que caracterizó a esta etapa y que abrió el camino para la creciente intervención en la dinámica global de actores no estatales como las corporaciones transnacionales (CTN), principales beneficiarios del proceso y, en menor medida, de las organizaciones no gubernamentales internacionales (ONGI) (Serbin, 2013).

Con el fin de la Guerra Fría, la gobernanza global emergió como una posibilidad de ordenar y manejar los asuntos globales de forma multilateral tanto en la esfera económica – en particular con la Organización Mundial del Comercio (OMC) como una instancia multilateral referencial pero también con la persistencia de las instituciones de Bretton Woods (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial) –, como en la esfera de la seguridad con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y en la esfera política internacional con la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y su promoción de un multilateralismo universal y complejo.

En este sentido, la gobernanza global remitió a un concepto de “gobernanza sin gobierno”, como un estado intermedio entre la gestión de los problemas globales a través de la tradicional política interestatal y el intento de impulsar la operativización de un gobierno mundial (Kacowicz, 2018a: 62). La ausencia de una autoridad central en el sistema internacional implicó, consecuentemente, la necesidad de

impulsar la colaboración y la cooperación entre diversos actores para desarrollar objetivos, normas y prácticas comunes en el tratamiento de los temas globales (Gordenker y Weiss, 1996:17)⁴ y, en particular, de lidiar con los conflictos.

La agenda de este esfuerzo de impulsar una gobernanza global giró en torno a los valores gestados desde hace cinco siglos y promovidos por Occidente – la creación y consolidación de instituciones y normas internacionales acordes al derecho internacional, la promoción de los derechos humanos, de la democracia y del estado de derecho, y la liberalización económica, en el marco de una concepción prevaleciente predominantemente westfaliana de un sistema internacional basado en la interrelación entre estados, pero con la participación eventual de otros actores (Kissinger, 2016:13; Serbin, 2013).

Por otra parte, la globalización⁵ en sí se apuntaló en base al desarrollo de las corporaciones transnacionales (CTN) a escala mundial que, desde la década del setenta del siglo pasado, en particular, contribuyeron a impulsar la liberalización económica y la transnacionalización, en ocasiones en contraposición o por encima de los intereses de estado y de la soberanía nacional (Serbin 2002:22-24; Serbin, 2013:178-180)⁶. El crecimiento y el desarrollo sostenido de economías emergentes – y en particular de China con la ventaja comparativa de su mano de obra –, de nuevas vías de desarrollo capitalista no-liberal y de nuevas relaciones de poder debilitaron a las instituciones multilaterales surgidas en la década del noventa. Este debilitamiento dio lugar a que algunos analistas comenzaron a plantear, particularmente luego de la crisis financiera mundial de 2008, el retorno a las rivalidades entre las grandes potencias y de la competencia geopolí-

4 Legler (2013: 254) define la gobernanza global como “la resolución de problemas globales específicos por medio de la creación de distintas esferas transnacionales de autoridad, cada una de las cuales comprende un grupo diferente de actores y una arquitectura institucional particular”, señalando el escaso interés que ha despertado su análisis entre los investigadores y académicos latinoamericanos y resaltando que el G-20, en el que participan Argentina, Brasil y México – y cuya próxima reunión se realizará en 2018 en Buenos Aires, puede reactivar este interés (Legler 2013:266).

5 Remito al texto referencial de Held, McGrew, Goldblatt y Perraton (1999) para un análisis más detallado de la globalización, y a Clark (2001) y Scholte (2001).

6 Como señalan Actis y Busso (2017:54) “Hasta el inicio de la segunda década del siglo XXI la globalización traía ganancias para el hegemon. Las grandes empresas americanas controlaban el eslabón más importante de la cadena de valor (innovación tecnológica y el conocimiento) relegando la fase de producción a terceros mercados con ventajas comparativas en materia salarial. Así, la renta más importante se repartía entre las multinacionales americanas además de beneficiar al consumidor estadounidense vía precios”.

tica (Mead, 2014; Ikenberry, 2014), en tanto actualmente “este sistema ‘basado en reglas’ se enfrenta a cuestionamientos y desafíos” (Kissinger, 2016:13), especialmente con el surgimiento de reacciones proteccionistas y nacional-populistas en el seno de los países occidentales. En este marco, la globalización impulsada por los EEUU comenzó a beneficiar primordialmente a China que progresivamente comenzó a disputar los beneficios de este proceso (Actis y Busso, 2017: 55).

La nueva dinámica mundial, más allá del surgimiento del grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y de la persistencia (hasta la más reciente crisis en torno a la cancelación de la administración Trump de la participación de los EEUU en el acuerdo con Irán y su nueva política en torno de los temas arancelarios, después de cancelar la participación estadounidense en el TPP y de frenar el acuerdo transatlántico del TIIP) del principal aliado occidental de los EEUU – la Unión Europea, se centralizó progresivamente en torno a las dos potencias más relevantes – los EEUU y la República Popular China (RPCh), crecientemente en competencia, al punto de dar lugar recientemente al inicio de una potencial guerra comercial entre ambas naciones. Si bien los EEUU prevalecen como el actor hegemónico que, junto a sus aliados occidentales, configuraron el orden liberal internacional luego de la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, después del fin de la Guerra Fría, el acelerado crecimiento de China ha generado, junto con el crecimiento de otros actores asiáticos, un progresivo desplazamiento del centro de dinamismo económico mundial del Atlántico hacia el Asia Pacífico. Por otra parte, los analistas estadounidenses – desde Mearsheimer hasta Kissinger, tienden a percibir las relaciones entre los EEUU y China como el principal factor que impulsa el cambio estructural en la política internacional (Karaganov, 2018:85).

Con la emergencia de nuevos actores y la disputa por los beneficios de la globalización no solamente entraron en cuestión las relaciones de poder establecidas a partir de la Segunda Guerra Mundial sino también la estabilidad del sistema internacional y el diseño geopolítico establecido por Occidente hasta el momento. La legitimidad de las reglas y valores de la gobernanza global alcanzada comenzaron a ser cuestionadas con el surgimiento de nuevas instituciones (BRICS, *Asian Infrastructure and Investment Bank* (AIIB), Banco de los BRICS) y de normas que no necesariamente respondían a las tradicionalmente establecidas por el orden liberal internacional desarrollado por Occidente (y en particular por la comunidad nord-atlántica) a partir de la Segunda Guerra Mundial y de la consolidación de la hegemonía estadounidense. Actores como

China y Rusia, entre otros, comenzaron a ofrecer modelos alternativos a la democracia liberal, mientras que el crecimiento económico en el mundo en desarrollo se aceleraba en base a alternativas políticas que respondían más a diversas variantes del capitalismo de estado que a los modelos democráticos liberales (Stephen, 2017).

Esta transición hizo particular impacto en las concepciones occidentales sobre soberanía y derechos humanos, al imponerse concepciones de soberanía dura que cuestionaban el planteamiento liberal cosmopolita sobre la supremacía de los derechos humanos por encima de las prerrogativas de la soberanía nacional en los asuntos domésticos (como es el caso de la Responsabilidad de Proteger como norma internacional – Serbin & Serbin Pont, 2015). La articulación de una serie de tendencias asociadas a la emergencia de nuevos poderes dio lugar a una lucha por el liderazgo en la configuración de una gobernanza global, afectando las concepciones sociales liberales, paralizando las instituciones multilaterales existentes e incrementando su fragmentación e informalización (Stephen, 2017).

Las instituciones tradicionalmente establecidas y dominadas por Occidente entraron en competencia con los nuevos centros de poder, sin que éstos, sin embargo, se desprendiesen o buscaran derrocar el orden existente. Tiende a emerger, en consecuencia, un orden con proyectos multilaterales en competencia, con objetivos diferentes y liderazgos estatales distintivos que generan nuevas formas de competencia geo-económica, en un marco en que el orden liberal internacional entra en crisis (Foreign Affairs, 2017; Luce, 2017). El sistema internacional se vuelve institucionalmente más diversificado y policéntrico, con mayores potenciales de conflicto (Stephen, 2017) orientándose, a la vez, crecientemente hacia una modalidad más regionalizada en el marco de la emergencia de un sistema multipolar – particularmente en la esfera de las relaciones económica pero también en términos de relaciones de poder.

En este contexto se despliega un desarrollo económico, político y social fragmentado en regiones, que afecta la integración e interdependencia mundial generada originalmente por la globalización⁷. En este sentido, la revigorización de diversas modalidades de comercio y de cooperación

7 Según un informe de McKinsey, mientras que la globalización retrocede, la regionalización aumenta, en el sentido de que el comercio mundial disminuye mientras que tiende a crecer el comercio interregional. En <https://www.lavanguardia.com/economia/20190117/454177933025/aumento-comercio-regional-globalizacion-exportacion.html> Recuperado el 20 de enero de 2018.

regional – particularmente intensa en el Sur Global desde finales del siglo pasado – dio lugar a una actividad regional en cuyo marco diferentes formas bilaterales, subregionales y regionales en lo económico y en temas de seguridad han ido emergiendo, generando a su vez diferentes formas de gobernanza regional (Kacowicz 2018a:61-62).

El nuevo ciclo que así se abrió, dio lugar a un debate en curso sobre la crisis de la globalización, el desarrollo de una post-globalización (es decir una globalización que sigue en desarrollo, pero con nuevas características que hacen a una nueva fase posterior), de una desglobalización, de una post-globalización con rasgos diferentes, de una globalización alternativa a la asociada al orden internacional liberal con la emergencia de nuevos focos de dinamismo económico en diversas regiones, de globalizaciones alternativas⁸ o de una globalización post-occidental (Stuenkel, 2016) de creciente acento sino-céntrico (Oropeza García 2017), pero con una participación proactiva de potencias emergentes y reemergentes (India, Rusia, Turquía, Irán) (Serbin, 2018d).

Ninguno de estos estados reniega de los beneficios provistos por la globalización. Pero, en esencia, el proceso plantea la posibilidad de una contradicción entre la globalización desarrollada en términos del intercambio de bienes, servicios, personas e ideas en un marco de creciente interdependencia y una desglobalización que se despliega a través de una fragmentación regional, de ordenes normativos superpuestos y de múltiples dependencias. Y, eventualmente, de una confrontación entre el orden liberal internacional establecido y la emergencia de un potencial nuevo orden euroasiático. Un nuevo orden que no responde a los valores políticos liberales y que apunta a dar forma a nuevas modalidades de gobernanza global menos universal y más fragmentada; que pone bajo signo de interrogación la posibilidad de mantener las instituciones y normas cosmopolitas o liberales surgidas en la etapa previa y que plantea riesgos y nuevos desafíos en la capacidad de desarrollar alguna modalidad de gobernar el mundo (Stephen, 2017).

Gran parte de este debate en América Latina y el Caribe se refleja en el documento resultante del coloquio organizado en septiembre de 2017⁹ y en el volumen publicado en 2018 por CRIES (Serbin, 2018d).

8 Ver al respecto los capítulos de la primera sección de Serbin, 2018d.

9 Resumen del panel internacional de alto nivel “América Latina frente a la crisis de la globalización y el nuevo orden mundial”, en Serbin, Andrés; Laneydi Martínez Alfonso; Haroldo Ramanzini Júnior y Andrei Serbin Pont (coords.) *América Latina y el Caribe: una transición difícil. Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe*, No. 14, Buenos Aires: CRIES, 2017, pp.157-174, www.cries.org

La mayoría de los analistas coinciden en que este proceso, si bien pone en cuestión instituciones, reglas y normas de la gobernanza global, no implica la reversibilidad de la globalización tal como se ha desarrollado en las últimas décadas, sino su transformación, con mayor énfasis en las dinámicas regionales y con un desplazamiento de los ejes tradicionales de formulación e implementación de normas internacionales que pueden afectar la gobernanza global.

La tensión consecuente, a su vez, se ha visto cabalmente evidenciada en la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) realizada en Buenos Aires en diciembre de 2017, con avances limitados en los temas de acuerdos propuestos, pero con un claro deslinde entre las visiones más proteccionistas impulsadas por la administración Trump y la defensa de la globalización encarnada por el gobierno chino (Rudd, 2018). Paradójicamente el revisionismo (y el creciente proteccionismo de las medidas que adopta) de la administración del presidente Trump abre oportunidades para que China y otros actores impulsen un orden internacional menos liberal, basado en modelos normativos “iliberales”.

Sin embargo, persisten las interrogantes de si la sostenida expansión del comercio, el flujo transfronterizo de capitales y la difusión de nuevas tecnologías, junto a la emergencia de nuevos actores internacionales, han transformado la economía global a un punto tal como para demandar una reforma del orden global existente – más que su derrumbe y desaparición (Hu & Spence, 2017) –, en base a parámetros y visiones contrastantes a los que han sido impuestos hasta el momento. En esencia, la globalización no parece estar en cuestión, pero sí la gobernanza global impulsada hasta la actualidad, como así también las modalidades que asumirán las diferentes formas de cristalización de esa globalización a nivel regional y nacional y, junto a ellas, algunas de las normas y valores asociados con el orden global liberal.

Capítulo 2

Reconfiguración y difusión del poder mundial: el orden emergente

Por otra parte, estos procesos están asociados a la consecuente y concomitante **reconfiguración y difusión del poder mundial** y al surgimiento de un nuevo tablero geopolítico con la emergencia de nuevos actores relevantes como China, Rusia y la India (García Oropeza, 2017), junto a otros actores que proyectan su influencia a nivel regional – ya sea Japón y Australia o Turquía e Irán. Estos actores dan lugar a nuevas visiones y narrativas globales, en algunos casos menos globalistas y eventualmente en competencia, que contribuyen a impulsar nuevas modalidades de gobernanza y nuevas normas internacionales.

Los antiguos “*rule-makers*” de Occidente comienzan a ser cuestionados o desplazados por algunos actores que antiguamente, y especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial, se asumían como “*rule-takers*” en el sistema internacional¹⁰ (como caso ilustrativo se cita a China, pero América Latina y el Caribe también constituyen un ejemplo ilustrativo – Kehoane, 2001:211), dando lugar, en la actualidad, a un nuevo espectro de “*rule makers*” emergentes y, eventualmente, de “*rule shakers*”. La multipolaridad que consecuentemente se despliega, especialmente en esta fase, es propensa a errores de política, rivalidades y tensiones geopolíticas, y al desarrollo de nuevas y múltiples narrativas geopolíticas para interpretar la transición, caracterizada por la coexistencia de formas unipolares, multipolares y caóticas, o heteropolares en un mundo en el que se configura un **nuevo orden mundial** o – según algunos analistas –, una modalidad de desorden mundial (Turzi, 2017)¹¹.

10 Como señalan Hamilton y Pelkmans (2015:3) “*For more than two centuries, either Europeans or Americans, or both together, have been accustomed to setting global rules. In the post-World War II era, the US and the evolving EU, each in its own way, has been a steward of the international rules-based order. Yet, with the rise of new powers, the resurgence of older powers and the emergence of serious challenges at home, Europeans and Americans now face the prospect of becoming rule-takers rather than rule-makers, unless they act more effectively together to ensure that high standards prevail*”.

11 De hecho, Kissinger plantea que “Jamás ha existido un verdadero orden mundial.

Este nuevo orden mundial responde a un mundo “multiplex” (Acharya, 2018), en el cual múltiples actores que reflejan una diversidad cultural y una distribución desigual de poder relativo compiten en diversos niveles simultáneos. Entre estos actores se encuentran no sólo estados nacionales de relativo poder en el sistema internacional que buscan reestructurar los balances de poder mundial, configurar zonas de influencia regional y promover sus propios intereses, sino también organizaciones internacionales, corporaciones transnacionales, actores no-estatales de diverso orden y regiones geográficas con un cierto nivel de institucionalización (Hurrell, 2009). Este complejo entramado de actores da lugar a la emergencia de un nuevo mundo que no refleja los intereses de un poder hegemónico superior, ni siquiera de un grupo de poderes con la capacidad suficiente de imponer su voluntad, de manera sostenida, al resto, lo cual hace difícil identificar quién determinará las nuevas reglas de juego imperantes en el sistema (Peña, 2017), particularmente si avanza un debilitamiento del poder hegemónico de los Estados Unidos a nivel mundial frente a la emergencia de China o a la reemergencia y nueva asertividad de Rusia, Turquía, Irán y la India, entre otros actores.

A su vez, las complejas relaciones de multinivel a que da lugar este proceso generan nuevas formas de conceptualizar las relaciones entre poder económico, político y militar, en el marco de un ajedrez multidimensional (Brzezinski, 1997), que da lugar a nuevas modalidades – más complejas – de articulación regional, ya sea como nuevas zonas de influencia de actores más poderosos, áreas civilizatorias reemergentes (Huntington, 1996) o condensaciones de la globalización regionalizada. Consecuentemente, como analizamos más arriba, la gobernanza global en su concepción atlanticista, se ve significativamente afectada por estos procesos, particularmente si consideramos la aparición y emergencia de un polo no-atlanticista y no-occidental como un nuevo referente del sistema internacional en transición.

Sin embargo, en muchos de los estudios realizados desde América Latina, en el marco de este debate, la preocupación y el foco sobre la hegemonía estadounidense – particularmente en la región – parecen haber sido desplazados por una visión benévola de la proyección global de China, con un fuerte énfasis sino-céntrico. Sin duda, la crisis, la

Lo que entendemos por orden en nuestra época fue concebido en Europa Occidental hace casi cuatro siglos, en una conferencia de paz que tuvo lugar en la región alemana de Westfalia, realizada sin la participación y ni siquiera el conocimiento de la mayoría de los otros continentes y civilizaciones” (Kissinger, 2016:14).

fragmentación y la recomposición de la elite estadounidense a partir de la presidencia de Trump y la propia personalidad del presidente estadounidense, con todas sus contradicciones y ambigüedades, contrasta con la coherencia de la elite china en torno al liderazgo de Xi Jinping y el Partido Comunista Chino (PCCh) (de Graaf, 2018), o del modelo autocrático impuesto por Vladimir Putin (Myers, 2017), pero también evidencia que no sólo los EEUU viven una transformación – interna y en términos de su proyección global – sino que también el mundo en su conjunto se encuentra viviendo una evolución que impone cambios al orden establecido por las reglas de 1945 (Kochin, 2017) y, eventualmente, por la globalización desarrollada desde la década del setenta. De hecho, estos cambios ponen en juego la estabilidad del orden mundial y la legitimidad de las normas establecidas (Kissinger, 2016:20), al punto que el mundo entra en una intensificación de la competencia entre las grandes potencias que reformatea el espacio geopolítico, geo-económico y geo-cultural global (Karaganov, 2018:85).

No obstante, si el mundo está cambiando, es porque no sólo los estados, sino una multiplicidad de actores – incluyendo las corporaciones internacionales y las organizaciones no-gubernamentales – se encuentran ante la oportunidad de conceptualizar o reconceptualizar su visión del mismo, dotar esta visión de una estrategia y de una narrativa consecuente y desarrollarla en función de un mapa cognitivo basado en sus intereses, generalmente arraigado en su región (Hurrell, 2009), de una manera similar a como surgió una narrativa etnocéntrica atlanticista en su momento, que fundamentó el orden liberal internacional en base a los valores liberales occidentales.

Sin embargo, como señala el analista chino Yongquan Li mientras que el orden mundial existente no alcanza a adaptarse a las nuevas circunstancias y un nuevo orden mundial aún no se ha terminado de configurar, cada región y cada país, sin excepciones, deberá esbozar su propia visión para ese nuevo orden (Li, 2018:94). Consecuentemente, las visiones geo-estratégicas que desarrollan las respectivas elites políticas, empresariales y militares dan lugar a la emergencia de diversas narrativas para orientarse en el nuevo orden emergente y para lograr una mejor inserción en el mismo de acuerdo a los objetivos geo-estratégicos que se proponen.

Capítulo 3

Narrativas geopolíticas e intereses geoestratégicos en un mundo en transición¹²

Mientras que durante la Guerra Fría la narrativa bipolar intentó dar cuenta del conflicto entre los Estados Unidos y sus aliados, por una parte, y el bloque soviético, por otra, como la lucha entre dos superpotencias compitiendo por la hegemonía global y por el control de zonas de influencia, después de la implosión de la URSS una narrativa unipolar prevaleció para explicar la hegemonía de los Estados Unidos como el más poderoso actor mundial.

Más recientemente, con el surgimiento de nuevas potencias emerge una nueva narrativa multipolar, primero como un intento de explicar la aparición de nuevos actores económicos poderosos como China y luego para legitimar la creciente influencia de una serie de potencias políticas y de bloques regionales que se disputan el sistema internacional establecido por Occidente y que compiten entre ellas (Zakaria, 2008; Stuenkel, 2016). En el marco de una narrativa más amplia del mundo multipolar¹³, compiten narrativas geopolíticas que ayudan a comprender la articulación, en el marco del “gran tablero de ajedrez” (Brzezinski, 1997) global, entre las principales potencias y el marco conceptual que utilizan para fomentar sus intereses nacionales tanto a nivel regional como global.

La multipolaridad¹⁴ creciente del sistema internacional afecta a la

12 Publicado parcialmente en Serbin, 2017^a; 2018^a y 2018b.

13 Como alega Andrew Korybko, del *think tank* ruso Katehon, desde una visión geopolítica tradicional, “La tendencia global hacia la multipolaridad es ahora un hecho innegable de la realidad, aunque todavía está lejos de ser una certeza incuestionable para el futuro”, en Korybko, Andrew (13 August 2016), “The Afro-Eurasian Blueprint for a Global Multipolar Order”, <http://katehon.com/article/afro-eurasian-blueprint-multipolar-world-order> Recuperado el 22 de diciembre de 2018.

14 Como vemos el concepto de multipolaridad es objeto de enfoques diferentes – inclusive dentro de una comunidad científica y lingüística – y está sujeto a debate.

gobernanza global y al balance de poder entre los principales actores globales, e incrementa la preocupación por el orden global a tal punto que, como señalábamos más arriba, algunos analistas cuestionan la existencia de cualquier forma de orden global y tienden a asumir la existencia de una tendencia hacia el desorden global, donde órdenes unipolares, bipolares y multipolares coexisten en un flujo permanente (Turzi, 2017) o dan forma, de acuerdo con algunos analistas, a un orden mixto (Mazaar, 2017), o un mundo G cero sin la capacidad de desarrollar una agenda global o de proveer bienes globales (Bremmer, 2012).

Durante la Cumbre de Da Nang de la APEC de noviembre de 2017 en Vietnam, tácita o explícitamente, varias narrativas geopolíticas se enfrentaron para explicar la actual situación mundial y las emergentes dinámicas regionales. A la cumbre asistieron los presidentes Trump, Xi Jinping, y Putin, entre otros dirigentes – uno de los pocos lugares donde los tres mandatarios convergieron antes de la realización de la Cumbre del G-20 en Buenos Aires en noviembre de 2018.

En Da Nang cada uno de ellos promovió diferentes visiones sobre el futuro de una globalización regionalizada y el orden global, combinando, con diferente énfasis, enfoques y prioridades geo-económicas y geopolíticas¹⁵, mientras que en Buenos Aires las tensiones entre los

Independientemente de si su origen puede atribuirse a fuentes rusas (Primakov a finales de la década del noventa), occidentales (que ubican su origen en los 70 con el desarrollo de las economías de Europa Occidental y Japón), o chinas (que remiten su origen a principios de los noventa y al pensamiento de Mao Zedong como “*duojihua*”), es fundamentalmente un concepto nacido en el siglo XX. En un interesante contraste entre una dudosa multipolaridad emergente y el multilateralismo existente, el analista ruso Kortunov plantea, a diferencia de la cita anterior de Korybko, que “*Multipolarity involves building a new world order on the basis of power, while multilateralism is based on interests. Multipolarity consolidates the privileges of leaders, while multilateralism creates additional opportunities for underachievers. A multipolar world is build from blocs that balance each other, while a multilateral world is built from complementary regimes. A multipolar world develops by periodically adjusting the balance of power, while a multilateral world develops by accumulating elements of mutual dependency and creating new levels of integration*” (Kortunov, 2018:5).

15 Como resume un analista “*In Donald Trump, America has a rogue president who has a 30-year track record of opposing key elements of the order, including free trade and alliances. Vladimir Putin wants to overthrow the order because he believes it poses a direct threat to his regime. Xi Jinping’s China benefits from the open global economy but he would dearly like to replace the United States as the preeminent power in East Asia*”, en Wright, Thomas (2017) “Trump, Xi, Putin and the axis of disorder”, *Series The New Geopolitics of Asia*, Washington D.C.: Brookings Institution, <https://www.brookings.edu/blog/order-from-chaos/2017/11/08/trump-xi-putin-and-the-axis-of-disorder/> Recuperado el 8 de abril de 2018.

tres mandatarios se agudizaron, al punto que la reunión bilateral entre Trump y Putin fue suspendida, y la reunión entre el primero y Xi Jinping se focalizó en lograr una tregua en la guerra comercial desatada entre los EEUU y China. La relación de Putin y de Xi Jinping merece un capítulo aparte, como veremos más adelante, pero esa misma reunión del G-20 dio pie para una reunión simultánea del grupo RIC (Rusia-India-China) entre Putin, Modi y Xi, en un formato separado del grupo BRICS.

Sin embargo, como Haass (2017:151) argumenta en un reciente libro, el mundo puede ser visto y entendido a través de varios prismas – las relaciones de poder entre las grandes potencias, la gobernanza global y el prisma regional, en este último caso, básicamente, por la sencilla razón de que por cuestiones de proximidad algunos países tienen un impacto mucho mayor en sus vecinos. En el caso de las grandes potencias la búsqueda de poder y de influencia en el ámbito internacional, en la gobernanza global y en sus regiones vecinas explican gran parte de las narrativas geopolíticas actuales, sobre todo en el contexto de un debate más amplio sobre los vínculos entre la globalización y el regionalismo. A partir de un enfoque deconstructivo de la geopolítica crítica, estas narrativas configuran y dan forma a los posicionamientos y a las prácticas geoestratégicas de los principales actores del sistema internacional actual, pero también a las interrelaciones y conectividades de los diferentes bloques que se conforman.

De Atlantismo a la narrativa de Asia Pacífico

En este marco, el desplazamiento del dinamismo económico del Atlántico al Asia Pacífico contribuyó significativamente a centrar la atención mundial en esta última región. Aunque el concepto de Asia Pacífico no abarca ni da cuenta de la heterogeneidad de la región, desde los años 1960 y 1970, la proyección de los Estados Unidos y su presencia en la misma configuraron un factor importante para que el concepto se estableciera y consolidara, ampliándose posteriormente con la inclusión de los Estados Unidos y Canadá y de varios países de América Latina miembros de la APEC (McDougall, 2016:6-7) que actualmente están configurando – junto con Japón, Canadá y Australia – el Acuerdo Abarcante y Progresivo de Asociación Transpacífica (APATP). Sin embargo, la **narrativa de Asia Pacífico** posibilitó el desarrollo de algunas perspectivas que promovieron, asimismo, entre otras concepciones, la idea de un foco en Asia, enfatizando el papel de China y asumiendo la

narrativa de un “Asia para los asiáticos”, a pesar de la compleja gama de intereses y valores en competencia dentro de la región (Wikett, Nilsson-Wright & Simmons, 2015: 22-24).

La tensión entre una **narrativa del Atlántico** (Serbin, 2014) – predominantemente Nord-Atlántica y prooccidental – y una del Asia Pacífico o de Asia Oriental, en el contexto de la emergencia de nuevas potencias, ha contribuido a su desarrollo de acuerdo con los intereses de los principales actores globales – principalmente los EEUU y la UE, por un lado, y China y Japón por el otro. Sin embargo, el aceleramiento del crecimiento y de la influencia regional y global de China se traduce en su creciente importancia como un actor clave en Asia y, eventualmente, en otros lugares (World Economic Forum, 2016).

La narrativa del Indo-Pacífico

La creciente asertividad de la República Popular China en Asia y la percepción de que esta nación puede constituirse en una amenaza para algunos de los países vecinos, sobre todo en la zona marítima del sudeste de Asia, permitió la reactualización de una narrativa regional también nacida durante la Guerra Fría. En este sentido, el Comando del Pacífico de los Estados Unidos acuñó en su momento el concepto geopolítico del **Indo-Pacífico**, cuando la Unión Soviética comenzó a expandir su presencia militar y su influencia en el Océano Índico. Para contrarrestar la creciente amenaza soviética en la región, el Comando del Pacífico de los Estados Unidos abarcó, en 1972, tanto el Pacífico como el Índico, considerando – desde la década de los setenta del siglo pasado –, a los dos grandes océanos como un teatro estratégico unificado descrito como “Indo-Asia-Pacífico”¹⁶.

La **narrativa del “Indo-Pacífico”** se ha reactivado en los círculos diplomáticos y de seguridad de Australia, India y Japón como una abreviatura para una región más abierta y democráticamente dirigida, en sustitución de la noción de “Asia-Pacífico”, que tiende a colocar la amenaza de una China autoritaria firmemente como su núcleo central. Durante la visita realizada a cinco países de Asia en noviembre de 2017, el presidente Trump relanzó el concepto haciendo hincapié

16 Kotani, Tetsuo (January 10 2018) “Can the “Indo-Pacific” compete with China?”, en *The Japan Times*, <https://www.japantimes.co.jp/opinion/2018/01/10/commentary/japan-commentary/can-indo-pacific-compete-china/#.WnMQca5sbcc/> Recuperado el 4 de abril de 2018.

en la necesidad de apoyar un “Indo-Pacífico libre, abierto y próspero”. Durante su gira, Trump se refirió reiteradamente a la región del Indo-Pacífico – influido por el uso dado previamente al concepto por el ex Secretario de Estado Rex Tillerson – y mencionó la importancia fundamental de la India y de otros actores en su discurso, en detrimento del rol preponderante desempeñado por China¹⁷.

Algunos medios estadounidenses se hicieron eco de estas referencias, exponiendo los esbozos de la estrategia “Indo-Pacífica” – “la Santa Alianza geoeconómica y geopolítica de los EEUU, India, Japón y Australia” – para contrarrestar a China con su ascendente bloque económico RCEP¹⁸. De hecho, la administración Trump, por un lado, desechó la estrategia del “pivote Asia” del presidente Obama, con su foco en la creación del TPP y el énfasis en la promoción de un acuerdo de libre comercio regional como un instrumento para contrarrestar la proyección china y, por otro, la reemplazó por un nueva estrategia Indo-Asia Pacífico, con mayor énfasis en la dimensión de seguridad regional, como una respuesta a la iniciativa china de “la ruta de la seda marítima”, pero sin los estímulos económicos de la estrategia de la administración anterior, transitando a la vez desde una postura inicialmente receptiva al BRI hacia una posición crecientemente crítica frente a la iniciativa china (Kuchins, 2018: 130-131).

Pese a que el concepto en sí es interpretado de diferentes maneras por diferentes actores de la región (Cannon & Rossiter, 2018), según algunos analistas “hay motivos geográficos para defender el concepto de **Indo-Pacífico**. De alguna manera el Índico y el Pacífico son océanos complementarios. El tráfico marítimo que transita por el Estrecho de Malaca debe pasar primero por el Índico. El componente marítimo del proyecto OBOR de China requiere del Índico para su realización. En cuanto a biodiversidad marina el Índico y el Pacífico forman una unidad. Pero la introducción de nuevas concepciones geográficas no depende tanto del marco geográfico subyacente como de los intereses geopolíticos. Y hoy en día esos intereses geopolíticos existen en el contexto de la rivalidad entre EEUU y China. Desde un

17 Reuters, (November 13 2017), “As Trump Sticks to “Indo-Pacific”, Not “Asia-Pacific”, China Reacts”, <https://www.ndtv.com/world-news/as-trump-sticks-to-indo-pacific-no-asia-pacific-china-reacts-1774888> Recuperado el 4 de abril de 2018.

18 El Horizonte, (15 de noviembre de 2017), “Choque geoeconómico de Trump y el mandarín Xi: “Indo-Pacífico” vs. RCEP”, *El Horizonte*, <http://www.elhorizonte.mx/opinion/editorial/choque-geoeconomico-de-trump-y-el-mandarín-xi-indo-pacifico-vs-rcep/2012209> Recuperado el 4 de abril de 2018.

punto geopolítico, hay ganadores y perdedores con la introducción del concepto¹⁹. En este marco, el uso del concepto de una política de un Indo-Pacífico Libre y Abierto responde fundamentalmente a una narrativa estratégica promovida por un estado como fuente de poder²⁰.

En esta perspectiva, Tokio ha redefinido el Indo-Pacífico como un concepto geoestratégico del siglo XXI con anterioridad. El planteamiento de una estrategia de un “Indo-Pacífico libre y abierto” del primer ministro Abe se remonta a agosto de 2007, cuando postuló que Japón y la India, como democracias marítimas afines, debían defender la libertad y la prosperidad de un “Asia más amplia”. Esta “Asia más amplia” estaría vinculada con Estados Unidos, Australia y otros países del Pacífico, desarrollándose como una inmensa red que permitiría a las personas, bienes, capitales y conocimientos fluir libremente²¹, en contraposición con una visión sino-céntrica de Asia (Oropeza García, 2017).

Desde la perspectiva de su insularidad frente a ambos océanos, Australia también ha estado utilizando el concepto del Indo-Pacífico. Canberra depende en gran medida de la estabilidad en los océanos Índico y Pacífico. Como plantean los libros blancos de la política exterior de Australia de 2013 y 2017, a pesar de que su alianza con los EEUU, sigue siendo la clave para la seguridad nacional, Canberra está expandiendo sus vínculos de seguridad con otras naciones de la región, especialmente con Japón.

El más obvio ganador es **India**, una potencia regional que tiene un creciente impacto mundial y un protagonista mayor en el proceso de globalización tanto por su rápido crecimiento económico sostenido (en 2019 llegará al 7,4% del PIB y en 2020 al 7,7%), como por su peso demográfico. Por otra parte, su privilegiada ubicación geográfica entre el Océano Índico y el Pacífico – por donde transita el 90 por ciento del comercio global – “sitúan a India en la vanguardia geopolítica

19 De Miguel Calabia, Emilio (2018) “El Indo-Pacífico: lo que hay detrás del concepto”, <https://blog.realinstitutoelcano.org/indo-pacifico-lo-que-hay-detrás-del-concepto/> Recuperado el 2 de abril de 2019.

20 Pugliese, Giulio (2019) “The ‘Free and Open Indo-Pacific’ as a Strategic Narrative”, <https://chinausfocus.com/foreign-policy/the-free-and-open-indo-pacific-as-a-strategic-narrative> Recuperado el 1 de marzo de 2019.

21 Tetsuo Kotani, “Can the “Indo-Pacific” compete with China?”, en *The Japan Times*, January 10 2018, <https://www.japantimes.co.jp/opinion/2018/01/10/commentary/japan-commentary/can-indo-pacific-compete-china/#.WnMQca5sbcc> Recuperado el 4 de abril de 2018.

global”²². El concepto de Indo-Pacífico le otorga una posición central frente a la marginación geográfica en que le deja la concepción habitual de Asia-Pacífico y, a la vez, se constituye en un acicate para desarrollar su Armada y convertirse en una potencia naval. Precisamente la Estrategia de Seguridad Marítima que la Armada india elaboró en 2015 ya menciona el Indo-Pacífico e incluye áreas del Pacífico Occidental como zonas de interés marítimo secundario para el país. Entre las zonas de interés marítimo primario incluye los cuellos de botella entre los dos océanos: los estrechos de Malaca, Sunda y Lombok. El concepto de Indo-Pacífico asimismo otorga una nueva importancia a **Australia** e **Indonesia**, dos potencias que se encuentran a caballo entre los dos océanos y que vienen a convertirse en sus nexos de unión²³.

En este marco, la clave de la estrategia de Indo-Pacífico es un cuadrángulo (*Quad*) entre Japón, India, Australia y los EEUU, también denominado como el “diamante de seguridad democrática.” El primer ministro de Japón Shinzo Abe y su homólogo indio Narendra Modi han acordado buscar una articulación entre la estrategia del Indo-Pacífico de Japón y la “política de Este” de la India. Nueva Delhi está preocupada por el proyecto del corredor económico entre China y Pakistán asociado a la BRI y por la propuesta y el desarrollo de los puertos de China en países como Sri Lanka, Bangladesh y Myanmar.

En este contexto, Japón y la India lanzaron en 2017 la iniciativa del corredor de crecimiento de Asia y África como una medida de contrapeso a la iniciativa china del BRI²⁴. Una estrategia libre y abierta

22 Borell, José (2019) “India, protagonista de la globalización”, en *Expansión*, 19 de febrero de 2019, <http://www.expansion.com/opinion/2019/02/19/5c6bdf25268e3eee238b456f.html> Recuperado el 20 de febrero de 2019.

23 De Miguel Calabia, Emilio (2018) “El Indo-Pacífico: lo que hay detrás del concepto”, *ELcano Blog*, 9/05/2018, <https://blog.realinstitutoelcano.org/el-indo-pacifico-lo-que-hay-detras-del-concepto/> Recuperado el 8 de febrero de 2019.

24 La idea del corredor de crecimiento de Asia y África (AAGC) había surgido de la declaración conjunta emitida por el primer ministro Narendra Modi y su homólogo japonés, Shinzo Abe, en noviembre de 2016, después de que China lanzara su ambiciosa iniciativa OBOR. El AAGC es una hoja de ruta para las oportunidades y aspiraciones de Asia y África. Fue puesta en marcha con el objetivo de dar prioridad a proyectos de desarrollo en salud y productos farmacéuticos, la agricultura y la agroindustria, la gestión de desastres y la mejora de la capacitación. Ver (June 26 2017), “The Big Picture Asia-Africa Growth Corridor – can it be a game changer?”, *INSIGHTSIAS*, <http://www.insightsonindia.com/2017/06/26/big-picture-asia-africa-growth-corridor-can-game-changer/> y Linehan, Merlin (June 12 2017) “AAGC: Has China’s Belt and Road Ini-

del Indo-Pacífico se articula con la visión geoeconómica de Tokio sobre la región. La estrategia apunta a combinar el dinamismo de Asia y África, y prevé una mayor integración regional a lo largo de las costas del Océano Índico y del Pacífico, promoviendo el desarrollo de alto nivel de una infraestructura y una conectividad mejorada. La estrategia constituye asimismo un contrapeso geopolítico fundamental frente a la creciente influencia de China y a su presencia en Eurasia y África bajo la iniciativa de Xi Jinping, de promover la iniciativa del “*One Belt, One Road*” /OBOR), rebautizada como la iniciativa *Belt and Road* (BRI).

Washington se ha unido a Tokio, Nueva Delhi y Canberra en hacer hincapié en un Indo-Pacífico “libre y abierto” como contrapeso a China, pero con un tono diferente. La estrategia de seguridad nacional de Trump califica a China sin rodeos como un “competidor estratégico” en las esferas políticas, económicas y militares, y una “potencia revisionista” que busca “dar forma a un mundo que constituye la antítesis de los valores e intereses de los Estados Unidos”²⁵.

Como un concepto predominantemente de seguridad marítima en la confluencia del Pacífico y el Océano Índico, la narrativa del Indo-Pacífico originariamente contribuyó al reconocimiento de que ambas regiones están conectadas de manera indivisible. Sin embargo, hoy en día el concepto parece ser mucho más ambiguo. Esta situación se relaciona con los intereses individuales de los cuatro actores clave que lo promueven y la aparición del concepto paralelo y ahora indivisible de un cuadrilátero de seguridad entre Japón, la India, Australia y los EEUU. Si bien la seguridad marítima es una preocupación común para la región, incluyendo a China, la noción del Indo-Pacífico va mucho más allá de esta preocupación inicial e incorpora en la actualidad no sólo la seguridad regional, sino también la ampliación de la infraestructura de conectividad, el desarrollo en el sudeste de Asia y África, así como la creación de una zona de valores compartidos²⁶. Pese a esta convergencia, es necesario no perder de vista la relevancia con que los estrechos

tiative Met Its Match?”, <https://fronteranewa.com/news/global-macro/aagc-has-chinas-belt-and-road-met-its-match/> Recuperados el 19 de Agosto de 2017.

25 Kotani, Tetsuo (January 10 2018) “Can the “Indo-Pacific” compete with China?”, en *The Japan Times*, <https://www.japantimes.co.jp/opinion/2018/01/10/commentary/japan-commentary/can-indo-pacific-compete-china/#.WnMQca5sbcc>

26 Kuo, Mercy A. (January 31 2018) “What the EU thinks of the US “Indo-Pacific” Strategy”, en *The Diplomat*, <https://thediplomat.com/2018/01/what-the-eu-thinks-of-the-us-indo-pacific-strategy/>

vínculos comerciales de Japón y de Australia con China, y las tensiones y disputas fronterizas pendientes de Nueva Delhi con Beijing, inciden, de manera distintiva, sobre los alcances del cuadrilátero de seguridad mencionado y sobre la misma noción de “Indo-Pacífico”.

Sin embargo, la narrativa del Indo-Pacífico que responde, por el momento, primordialmente a los intereses de seguridad de los Estados Unidos en el área del Asia Pacífico y que da continuidad tanto a las aspiraciones hegemónicas de esta nación como a la pretensiones occidentales de universalidad, choca, en el emergente marco multipolar del nuevo orden internacional, con el surgimiento y revitalización de los estados eurasiáticos y su aspiración a establecer un “proyecto normativo-civilizadorio” en función de un futuro eurasiático común (Eremina, 2016:164) que pone en cuestión tanto la narrativa atlanticista que nutre al sistema liberal internacional, como a las narrativas derivadas como la del Indo-Pacífico, bajo el liderazgo de los Estados Unidos.

En este marco, en los últimos años puede observarse la emergencia y consolidación de un nuevo centro de gravitación geo-económica, a partir de los crecientes vínculos entre Rusia y China y en función de un proyecto de la Gran Eurasia que articula diversos proyectos del continente. Como señala Karaganov, en una fase inicial el tándem Rusia-China será el que probablemente conducirá el proceso, a partir de la convergencia estratégica entre las dos naciones establecida en torno al concepto de una Asociación de la Gran Eurasia en 2016, sobre la base de una serie de organizaciones euroasiáticas existentes y un dialogo multilateral regional. Si bien el autor lo relaciona con el surgimiento de una debatible Segunda Guerra Fría como una confrontación entre Occidente y un polo no-occidental, lo cierto es que este último gira en torno a la articulación de una Gran Eurasia que ha comenzado a desarrollar una narrativa propia – euroasiática, no-occidental y eventualmente confrontativa con los Estados Unidos y sus aspiraciones de hegemonía global, cuyos efectos negativos en el sistema internacional intenta neutralizar (Karaganov, 2018:91).

Como se puede apreciar a partir de la visión del analista ruso, esta narrativa, más allá del desarrollo de múltiples derivaciones, fluctúa entre un planteamiento ideológico-conceptual del alcance civilizatorio y normativo de esta narrativa y un planteamiento más pragmático-político de deslinde con las aspiraciones del polo Occidental, sobre los cuales volveremos en el capítulo siguiente.

Narrativas geopolíticas en conflicto

Como veremos más adelante, la narrativa euroasiática incorpora múltiples narrativas nacionales – desde la narrativa neo-eurasionista desplegada en Rusia, hasta cristalizaciones diversas en Kazajstán, Turquía y Tatarstán. Cada narrativa euroasiática, con sus diferencias, e incluyendo la versión china que menciona Eurasia – pero que no conceptualiza un enfoque euroasiático específico desarrollado más allá de señalar la importancia que reviste la región para los intereses chinos –, converge, de diferentes maneras, en la consolidación de la narrativa de una Gran Eurasia, claramente diferenciada de las narrativas dominantes de Asia Pacífico y del Indo-Pacífico que prevalecieron en los últimos años, y convierten a la región en un espacio geopolítico destacado y de creciente peso propio.

La narrativa de una “Gran Eurasia” o de una “asociación de la Gran Eurasia” (*Greater Eurasian Partnership*) o del “proyecto Gran Eurasia” (*Greater Eurasia Project -GEP*) que analizaremos en más detalle, se diferencia de la versiones precedentes, sin embargo, por ser “un concepto muy concreto y moderno”, basada en la idea de que una cooperación entre Rusia, China, India, Asia Central y otros países del continente haga devenir a Eurasia en uno de los centros económicos y políticos del mundo multipolar emergente, o incluso en un conglomerado de varios centros no-occidentales que no han podido tener un lugar adecuado en el sistema global impuesto por Occidente (Lukin, 2018b:83).

Por otra parte, como se plantea un analista, “mientras la visión de Trump de “*America First*” – asociada a la narrativa actual del Indo-Pacífico – despierta preocupaciones sobre el fin de la política exterior de “Asia primero”, el desafío para su administración depende menos de cómo el Presidente Trump argumentará a favor de un Indo-Pacífico “libre, democrático y abierto” en la región y se vincula más al modo en que le dará seguimiento en forma concreta, alineando esta visión regional con consideraciones más amplias de carácter doméstico y global en el futuro, particularmente en relación a tres pilares fundamentales – la seguridad regional, la economía, y la democracia y los derechos humanos. En especial teniendo en cuenta la prioridad asignada al primero de ellos en el Sudeste asiático y el Pacífico y su potencialidad de gestionar los desafíos económicos en favor de los Estados Unidos más que en función de promover oportunidades que signifiquen beneficios para todos²⁷.

27 Parameswaran, Prashanth (October 27 2017), “Trump’s Indo-Pacific Strategy Chal-

Mientras tanto, como veremos con más detalle más adelante, China y Rusia convergen en la nueva narrativa de una Gran Eurasia, en busca de sus intereses más amplios. Antes de la Cumbre de la APEC de noviembre de 2017 en Vietnam, Putin mencionó la idea de crear una Asociación de la Gran Eurasia, liderada por Rusia, beneficiándose, sobre la base de la UEEA y de la BRI, de su eventual convergencia. Ya previamente Ji X Jinping había dado su visto bueno oficial, en 2016, al concepto, comenzando a desarrollar un trabajo concreto conjuntamente con Rusia para materializarlo. En este contexto, Rusia reafirma su papel como un importante protagonista mundial en alianza con China. Mientras tanto, China enfatiza la promoción de sus objetivos económicos como el buque insignia de su política exterior y su aspiración a convertirse en un jugador global que pueda contribuir tanto a la gobernanza mundial como a la globalización, con el propósito de consolidar su influencia más allá de la región de Asia y el Pacífico hacia la construcción de una Gran Eurasia. En este sentido, las relaciones entre Rusia y China, además de la cooperación política, son particularmente importantes en términos de cooperación energética y de cooperación militar.

En el marco del heterogéneo mosaico de alianzas en Eurasia, una narrativa amplia y a veces contradictoria sirve, sin embargo, como herramienta discursiva útil para orientar una estrategia de contrapeso a las potencias atlánticas. Ambos actores se benefician por igual con el apoyo de un socio grande y poderoso, esencial para un proyecto de esta envergadura en una etapa inicial, y crean una visión alternativa al orden liberal internacional y a la globalización impuesta por Occidente.

lence”, en *The Diplomat*, <https://thediplomat.com/2017/19/trumps-indo-pacific-strategy-challenge> Recuperado el 5 de febrero de 2019.

Capítulo 4

Eurasia, el eurasionismo y el proyecto Gran Eurasia

El siglo XXI apunta a ser un siglo marcado por el surgimiento de Eurasia como centro gravitacional global con el progresivo desarrollo de un entramado político e institucional que la convierte en un supercontinente y un megabloque de peso decisivo en el orden mundial emergente. Referirse, no obstante, a un “siglo euroasiático”, como lo hacen algunos analistas, no está exento de controversias. Por otra parte, desde América Latina y el Caribe, pese las imbricaciones y flujos creados por la globalización, tanto la lejanía geográfica como la distancia cultural y lingüística, dificultan la comprensión de la creciente importancia de la región eurasiática en el actual proceso de reconfiguración del sistema internacional. Sin embargo, conocer y entender las dinámicas que configuran una Gran Eurasia como núcleo de peso del sistema internacional, constituye un desafío fundamental para nuestra región y para su inserción en un sistema internacional en transición. No obstante, una serie de factores específicos complejizan la tarea.

Eurasia: la ambigüedad de un concepto fluido

De por sí, el concepto de Eurasia remite a un término ambiguo que da lugar a múltiples interpretaciones. El término ‘Eurasia’ tiene sus raíces en las teorías clásicas y los conceptos de la geopolítica – en particular los conceptos de ‘pivote’ y de ‘*heartland*’ – definidos y desarrollados por el geógrafo británico Sir Hartford Mackinder a principios del siglo XX, quien identificó la enorme masa al este de los Urales como el ‘pivote’ afirmando que quien controlase este vasto territorio controlaría la política global, en tanto el control de las vías marítimas largamente establecido por Occidente sería desplazado por el control terrestre de este espacio, transformándolo en la “zona pivote” en torno al cual giraría la geopolítica mundial (Mackinder, 1904). De esta manera, Eurasia se convertiría en el nuevo eje de rotación de la dinámica mundial, desplazando al atlantismo/occidentalismo que históricamente se erigió sobre el dominio de los mares.

Eurasia es, sin embargo, un término muy debatido, discutido y ambiguo, con diferentes significados y percepciones en el tiempo y en el espacio, expresadas tanto en términos geográficos como en visiones político-filosóficas e ideológicas, con una característica común – que el concepto de Eurasia básicamente surgió y se desarrolló en la Rusia imperial²⁸.

Conceptos como “Eurasia” y “eurasianismo” tienden a opacar, sin embargo, las diversidades de enfoques y concepciones utilizadas para entender el difícil y complejo juego de equilibrio que enfrenta geopolíticamente Rusia, desgarrada entre su histórica aspiración a ser parte de Europa y las realidades geopolíticas contemporáneas que la empujan a una visión de Eurasia asociada con Asia, y que genera una confrontación entre sus ambiciones de pertenencia a Occidente y su giro actual hacia el Oriente, a través del “pivote hacia Asia” o “hacia el Este”. La crisis de Ucrania en 2014 probablemente implicó un punto de inflexión en las aspiraciones “europeístas” y “occidentales” de ser una potencia reconocida como tal en este contexto, para llevar al Kremlin a reorientar su política exterior hacia un vínculo mayor con Asia (Laruelle, 2017:157).

Tomando en cuenta este giro decisivo, el concepto Eurasia a veces funciona geográficamente como un término sustituto para Asia Central o se define como el vasto espacio geográfico que se extiende del borde occidental de la ex URSS al Asia del Este, incorporando subregiones como Europa Oriental, el Cáucaso del Sur como así también el Asia Central y el Asia del Sur y del Nordeste (Hampson y Troitsky, 2017:3). Otras interpretaciones remiten a conflictos geopolíticos en curso en la región, en el marco del “Gran Juego” en el tablero internacional (Brzezinski, 1997) entre las principales potencias y de los enfrentamientos entre civilizaciones y grandes poderes en un contexto espacial marcado por la geografía, haciendo énfasis en renovadas interpretaciones geopolíticas. En otras, se asocia a visiones o doctrinas ideológicas que la contraponen conceptualmente a Occidente, como en el caso del *euroasianismo* o el *neo-eurasianismo* prevalente en algunas visiones nacionalistas de la región.

Consecuentemente, las conceptualizaciones y los mapas de Eurasia se multiplican, con inclusiones y exclusiones geográficas, políticas y

28 Mostafa Golam (2013: 169) señala, no obstante, que “*Among the various types and versions of Eurasianism, the Russian views and perceptions of Eurasianism developed, suggested and propagated mainly by radical nationalists who seem to be very active, dominant and organized academically and intellectually but it did not evolve as a state policy or ideology*”.

conceptuales de distinto orden, sin que haya una aceptación generalizada de uno de ellos. Sin embargo, a partir de 2012, el inicio del tercer período presidencial de Putin, hizo asomar la ambición fundamental de Moscú de reestablecer algún tipo de comunidad definida y autónoma entre el Atlanticismo hacia el Oeste y la emergencia de Asia hacia el Este, acorde con el desplazamiento de la dinámica económica global y en función de la experiencia “negativa” de Rusia con Occidente. En esta perspectiva, la integración de Eurasia gradualmente impulsada por Rusia se vio enfrentada al dilema de elegir entre su adscripción – de por sí fracasada – como socio menor de una comunidad normativa y de seguridad establecida entre Europa Occidental y los EEUU, con instituciones como la UE y la OTAN (aunque en la actualidad crecientemente fracturadas por las diferencias entre la UE y los EEUU, y las fisuras internas de la UE ilustradas por el Brexit), y una Asia de creciente poderío, básicamente liderada por China pero con la participación de otras naciones emergentes, y con la progresiva consolidación de instituciones como la APEC y ASEAN, y la aparición de nuevas instituciones como el AIIB, los BRICS y el OBOR impulsados por China.

En este marco, la idea de generar un espacio distintivo en torno a Eurasia, promovida por Rusia, se construye en torno a una serie de instituciones que incorpora a algunas ex repúblicas soviéticas, como la Unión Económica Euroasiática (UEEA) y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), pero que, a la vez, requiere de una articulación con las iniciativas impulsadas por China para poder configurar el espacio de la “Gran Eurasia”. El presidente chino Xi Jinping plantea originalmente, a este fin, el término de “nueva Eurasia”, para describir una relación más estrecha entre China y Rusia, basada en la complementariedad de sus intereses en el Asia Central (Sakwa, 2017b:203) y en una posición común en torno a una emergente multipolaridad en el orden internacional.

En este marco, la nueva Eurasia estaría configurada, en principio, en torno al aporte comercial y financiero de una parte – la República Popular de China (RPCh), y la contribución en temas de seguridad, movilidad laboral y gobernanza normativa, de la otra – la Federación Rusa. De esta manera, las condiciones estarían dadas no sólo para la emergencia de la noción de una “Gran Eurasia” – sobre la que abundaremos más adelante – a partir de la convergencia estratégica entre China y Rusia, sino también para un acoplamiento institucional a través de la UEEA y la *Belt and Road Initiative* (BRI), articulada por un mecanismo mayor – la OCS que posibilitaba expandir esta convergencia, más allá del tándem China-Rusia, a toda la región continental.

Sin duda, la región eurasiática así concebida se destaca por sus diversas fracturas conflictivas, pero también por su historial de flujos poblacionales y por conectividades que atraviesan fronteras físicas, étnicas y lingüísticas y que generan, en diversas etapas, formas distintivas de interdependencia. El énfasis en los conflictos delimita una mega región cuyo foco se ubica en la intersección de conflictos regionales y globales en el marco de un espacio geográfico y político en disputa, en el cual grandes y pequeñas potencias regionales y poderosos actores globales bregan por lograr control e influencia (Hampson y Troitsky, 2017:5), reflejando eventualmente conflictos de mayor escala en el contexto de la reestructuración y la difusión del poder mundial. Como, sin embargo, argumentan algunos analistas, interpretaciones de este tipo opacan el hecho de que la conectividad, al igual que el conflicto, caracterizaron a Eurasia tanto en el pasado como en la actualidad y que el concepto de Eurasia evolucionó en el marco de contextos históricos y geográficos particulares (Walcott y Johnson, 2014:1), en función de las dos dimensiones.

La ambigüedad y confusión que genera en consecuencia el término – dependiendo de los énfasis analíticos que se imponen – ignora, generalmente por razones geopolíticas y de competitividad, la necesidad de una mayor precisión en función de un espacio dinámico, donde los intereses se contraponen y generan conflictos de diverso alcances pero, a la vez, representa una de las mayores masas terrestres donde desde hace milenios se desarrollan diversos flujos poblacionales y procesos de interconectividad e interrelación, facilitados por la geografía del área y por la existencia de corredores de interconexión que explican mejor su dinámica que la existencia de fronteras y límites naturales o artificiales (Frankopan, 2019).

En este sentido, en primer lugar, entre los factores que complejizan la comprensión de la región se encuentra la dificultad de entender que la emergencia de Eurasia no se limita al reconocimiento de una mera noción geográfica – de por sí ambigua y confusa – que justifica estrategias geopolíticas diversas y diferenciadas, sino, como bien lo señala Maçães (2018: 12), implica hacer irrumpir, en el concierto internacional, un nuevo punto referencial para impulsar una innovadora manera de pensar el mundo en un momento inédito de su historia política, precisamente a partir de la combinación del conflicto y de la interconectividad que la ha caracterizado. Un momento en el cual – según Arnold Toynbee y en contra de algunos pronósticos que siguieron al fin de la Guerra Fría sobre el “fin de la historia” – la historia está de nuevo en movimiento. Y este movimiento se genera en torno a la aparición

de nuevos actores, de nuevas relaciones de poder y de transformaciones significativas del sistema internacional existente, que dan lugar a nuevos constructos sociales y, consecuentemente, a nuevas miradas y narrativas sobre lo que constituye el área euroasiática.

Desde el siglo XIX, con la progresiva imposición del pensamiento Occidental en base al desarrollo tecnológico de Europa y su expansión colonial en el resto del mundo, Asia fue un área concebida por los europeos como un espacio homogéneo y de menor desarrollo pese a la existencia de imperios y civilizaciones de larga data en la región. De hecho, se incorporó como concepto a una manera de pensar el mundo dividido entre un Occidente del que participaban Europa y posteriormente los Estados Unidos (para algunos analistas – el mundo atlántico) y el resto del mundo identificado con África y Oriente, con la probable excepción de América Latina y el Caribe cuyos tempranos procesos de independencia y descolonización de las potencias occidentales no opacaron su carácter de “extremo Occidente”, como señalaba Rouquié. La fragmentación colonial de este mundo no-occidental imposibilitó o, al menos, dificultó, hasta la aparición de los primeros pensadores geopolíticos como Mackinder y Haushofer, una visión conjunta de un continente articulado en torno a Europa (la península menor del conglomerado), Rusia y China como actores protagónicos, junto a la proliferación de etnias y estados del Cáucaso y del Asia Central que progresivamente comenzaron a adquirir una corporeidad política, particularmente en el marco de la consolidación de la URSS.

En este contexto, más allá de la primacía que se autoasignó Europa en particular y Occidente – con la inclusión de los Estados Unidos – en general, en la conformación del sistema internacional de estados para devenir, luego de la Segunda Guerra Mundial y, en particular, del fin de la Guerra Fría, en el llamado sistema liberal internacional, las políticas y las visiones estratégicas desde Occidente hacia el resto del continente euroasiático, siempre estuvieron signadas por orientaciones y visiones parciales, predominantemente dirigidas a los actores más relevantes como Rusia y China, o a focos de conflicto y tensión como en el caso de Afganistán. Desde esta perspectiva, pese a que las evidencias geológicas, arqueológicas e históricas apuntan a lo contrario, desde Occidente siempre hubo serias dificultades conceptuales para recategorizar y entender a Eurasia – más allá de la visión occidental de Asia – como un sistema integrado por distintos componentes y caracterizado, desde hace más de 10 mil años por diversos movimientos poblacionales y por cambios demográficos y políticos que generaron vínculos y relaciones entre Europa, el cercano Oriente y China a través

de los grandes corredores esteparios, el océano Índico y las diversas rutas terrestres – incluyendo las “rutas de la seda” (Cunliffe, 2015; Frankopan, 2019).

Más allá de estas evidencias, la dinámica actual de relaciones y configuraciones políticas posibilitan pensar Eurasia como un continente donde convergen una serie de actores relevantes – entre los cuales se destacan como jugadores fundamentales la misma Europa, Rusia, China y la India – con diversos niveles de protagonismo tanto en términos de competitividad como de interconexión – en la articulación de un supercontinente euroasiático que, crecientemente concentra el eje de la dinámica económica global (con el desplazamiento de esta dinámica del Atlántico hacia el Asia-Pacífico) y que se convierte en un centro gravitacional determinante en la medida que, simultáneamente, se articula a un emergente sistema internacional de carácter multipolar, en el cual el área se constituye en un componente de peso decisivo en esa articulación. Este proceso no obsta para que exista una evidente superposición entre el concepto de Asia formulado por Occidente y un nuevo concepto que surge en torno a la conformación de Eurasia, marcando a la vez las diferentes miradas y definiciones que imponen nuevos actores protagónicos del sistema internacional.

En este contexto, los analistas y estudiosos contemporáneos tienden a focalizar sus análisis y estudios en actores específicos del sistema – la Unión Europea, la Federación Rusa y la República Popular de China (y más recientemente y en menor medida aún, la India) con una proliferación de sinólogos, kremlinólogos y especialistas europeos, y de centros de investigación y *think tanks* centrados en el estudio de algunos de ellos y de sus relaciones. Pero no son sólo los analistas y estudiosos los que pecan de esta percepción fragmentaria. La propia administración estadounidense – para la cual Eurasia en su conjunto debería ser una cuestión central – en tanto gradualmente se ven desplazados del área a pesar de la persistencia de su rol de potencia global – frente a un rediseño de las relaciones entre Europa, Rusia y China como un solo conglomerado, pone énfasis distintos en el marco de su propia burocracia: mientras que el Departamento de Estado enfatiza la importancia de una Rusia europea en sus conflictos y focos de tensión con la Unión Europea y eventualmente con la alianza atlántica, el Pentágono tiende a focalizarse en una China “asiática” por su proyección en el área marítima del Pacífico del Sur y las tensiones y conflictos potenciales que esta proyección puede generar con sus vecinos, impactando al conjunto del Asia-Pacífico.

En suma, la conectividad existente y actualmente en expansión de Eurasia, es opacada por las miradas parciales y focales en función de intereses y narrativas geoestratégicas específicas que impiden desarrollar una visión integral de la emergencia de un continente que – como ya lo señalaba Mackinder a principios del siglo XX y recientemente lo reitera Maçães –, posiblemente, marcará en muchos ordenes las transformaciones del sistema internacional actual, pese a las diferentes narrativas y las diferentes concepciones en torno a esferas aceptadas de influencia, identidades nacionales, autoridad y régimen político, y afiliación a instituciones regionales o globales. En este sentido, el eje de este volumen – orientado a una audiencia latinoamericana y caribeña –, se focaliza principalmente en la dinámica de las relaciones, interconexiones y convergencias de los actores euroasiáticos en términos de un creciente entramado conectivo, más que en los conflictos generados por la propia articulación de esta mega región.

Desafortunadamente, las miradas parciales y fragmentarios también se dan en América Latina y el Caribe, donde con la creciente influencia y vinculación reciente de China – particularmente en el ámbito comercial y financiero –, y la renovada presencia de Rusia, proliferan los sinólogos y kremlinólogos, generalmente empapados de los hábitos y visiones conceptuales adquiridos en las universidades de los Estados Unidos y de Europa, donde, como señala un analista, por alguna razón (sic) “los sinólogos aman a su objeto de estudio mientras que los kremlinólogos hacen gala de una ruso-fobia que los hace aborrecer lo que estudian” (Mettan 2015:25). Como consecuencia, la comprensión de la narrativa de una Gran Eurasia recientemente promovida tanto por los presidentes Putin y Xi Jinping, como, con diferentes matices, por otros mandatarios del supercontinente, es poco analizada – pese a los recientes énfasis en la emergencia de un sistema multipolar – tanto en su dimensión conceptual y geoestratégica, como en las políticas de diversos actores que articulan y consolidan crecientemente un espacio integrado, diferenciado de Occidente y, a la vez, nutrido de concepciones y narrativas diversas y eventualmente contradictorias y conflictivas.

Pero antes de la asimilación del concepto de Gran Eurasia por algunos mandatarios, es necesario señalar, siguiendo a Maçães (2018), que la idea de Eurasia no entraña una particular identidad, sino la compatibilización de diferentes perspectivas sobre el mundo (y consecuentemente de diferentes narrativas) y que, sin embargo, en este marco pluralista, Eurasia tiene una especificidad en el contexto mundial. Como señala Maçães: “*Eurasia happens to be the largest landmass on earth, the place where most of the great civilizations of human history were developed,*

where they enjoyed both the space to develop autonomous forms and the geographical continuity that forced them to come into contact and compete for power”, para concluir que “*Eurasian politics is politics on grand scale*” (Maçães, 2018:3). Lo cual necesariamente requiere de una revisión del concepto en el contexto de las dinámicas regionales y globales actuales y, posiblemente, de una reelaboración acorde del concepto de Eurasia como categoría analítica.

Eurasianismo y neo-eurasianismo: sus alcances conceptuales y su peso ideológico

En segundo lugar, porque esa misma visión conceptual y estratégica, como veremos con más detalle más adelante, se encuentra contaminada por un debate conceptual e ideológico en torno al *eurasianismo*, particularmente en Rusia, Kazajstán y Turquía, es que hace necesario separar la construcción de una categoría analítica de escala más amplia basada en fenómenos y procesos en curso, de las miradas que privilegian puntos de vista fuertemente cargados de ideología y de elementos teleológicos, sin dejar de incluirlos como un ingrediente importante en esta construcción, al punto que pareciera que hay más interés en el debate sobre la idea del eurasianismo, particularmente en función de la política exterior rusa, que en el soporte organizativo e institucional que da pie a la conformación de la Gran Eurasia.

El término “eurasianismo” es más un concepto político-ideológico y filosófico con características multidimensionales y aspectos que han surgido y han sido resucitados en diferentes etapas de la historia rusa por filósofos e historiadores, nacionalistas y comunistas, así como por grupos específicos y líderes políticos e intelectuales en la consecución de sus respectivos objetivos, y que expresa las diversas aspiraciones e intereses en relación a la región euroasiática. El concepto geopolítico ruso de eurasianismo, con todos sus cambios y modificaciones, y con las limitaciones señaladas, sigue siendo una narrativa muy poderosa, dominante y viva en ámbitos histórico-culturales y académicos, así como marcadamente influyente en la política nacional y los debates y discursos ideológicos, pese a no ser asumida como una ideología oficial (Mostafa, 2013).

El eurasianismo surgió originalmente en la Rusia imperial y se desarrolló en la década del 20 del siglo pasado, como un complejo conjunto de ideas basado en diversas disciplinas (historia, geografía, lingüística, economía y etnología) para demostrar la especificidad y naturaleza

de una entidad designada como Eurasia. En su primera fase – más articulada e intelectualmente más sólida – es desarrollada por un grupo de intelectuales rusos que emigran a raíz de la guerra civil y de la consolidación del régimen bolchevique a partir de octubre de 1917, algunos de ellos destacados intelectuales nacionalistas como Petr Savitski, George Vernadski y Petr Suvchinski y otros – como el conde Nicolai Trubetskoy y Roman Jacobson – científicos que, a través del llamado círculo de Praga, dejarán su impronta en las ciencias sociales occidentales y particularmente en la lingüística, prefigurando algunas de las ideas básicas de la teoría estructuralista. En todos ellos pesó la tradición de los intelectuales eslavófilos del siglo anterior, que rechazaban la influencia “eurocéntrica” de Occidente y planteaban – rescatando la noción de una “tercera Roma” –, que Rusia como nación tenía una cosmovisión propia junto con una función geopolítica y una función mesiánica en el mundo (Nalbandov, 2016:335).

Los eurasianistas de la década del 20 al 30 del siglo pasado retomaron mucho del rechazo eslavófilo de Occidente, ligado al rescate de un imperio ruso distintivo pero poli-étnico, y postularon que Rusia era una civilización no-europea de características propias, en permanente pugna con Europa y cuya base espiritual radicaba para algunos en la religión ortodoxa como centro de gravedad de Eurasia, a caballo entre Europa y Asia, y para otros en el fuerte componente político de un estado central y autoritario (Laruelle 2012: 2020). Como señala Nalbandov (2016:336), para muchos de ellos espiritualmente Rusia era el resultado de una amalgama entre el cristianismo como religión y Asia como punto de referencia geo-histórico, en tanto recuperaban el legado de la ocupación mongol (el legado de Genghis Khan y de la Horda de Oro) a principios del milenio y volvían, en su oposición a Occidente, su mirada hacia Asia (Man, 2014). La lectura revisionista de la geografía de Eurasia y de la historia temprana de Rusia – las estepas y sus habitantes nómades devenidos en poderosas imágenes eurasiáticas – proveían la base para una nueva identidad ruso-eurasiática más afín a los pueblos del Asia que a los europeos de Occidente (Bassin y Pozo, 2017:4).

Está demás decir que el rechazo de Occidente de estos intelectuales emigrados de la URSS no siempre se igualaba con un rechazo del estado soviético y más bien ofrecía una alternativa para superar la victoria bolchevique a través de una visión de una Rusia más integrada a Asia que a Europa, trascendiendo el fracaso de los ejércitos blancos en la guerra civil y transformando los debates que, desde el siglo XVIII, dividían a los “occidentalistas” de los “eslavófilos” en una doctrina que reforzaba

su esperanza de regresar a Rusia una vez colapsado, a corto plazo, el régimen bolchevique (Clover, 2016:39). En tanto esta esperanza no se materializó en su época, los intentos de dar forma a un movimiento eurasiánista en el exilio a través de diversas publicaciones e intentos organizativos y con dramas y peripecias personales de por medio, se fue diluyendo y hacia comienzos de la Segunda Guerra Mundial comenzó a extinguirse paulatinamente.

Si la primera oleada eurasiánista nació al calor del fracaso de las fuerzas “blancas” en su enfrentamiento con los bolcheviques, la segunda oleada, bajo la forma del “neo-eurasiánismo” fue asomando en los estertores de la URSS y se consolidó y expandió en Rusia luego de la implosión de la Unión Soviética. Posiblemente el precursor de más peso intelectual en este proceso fue, desde la década del 70, Lev Gumilev – hijo de la poetisa Anna Akhmatova y del poeta – fusilado por los bolcheviques – Nicolai Gumilev, en ambos casos influyentes figuras del llamado “Siglo de Plata” de la literatura y arte rusos que floreció en las dos primeras décadas del siglo XX. Durante el régimen soviético, Lev Gumilev mismo atravesó por dos condenas consecutivas que lo confinaron en los campos de concentración del “archipiélago Gulag”, según la expresión de Solzhenitzyn. Sin embargo, una vez rehabilitado luego de la muerte de Stalin, no sólo desarrolló su propia visión del eurasiánismo – basada en su teoría de la etnogénesis que cobró gran influencia en la transición de la *perestroika* – sino que logró, en su único viaje fuera de la Unión Soviética en 1966 – entrevistarse en Praga con Petr Savitski y, a través de él, establecer contacto epistolar con George Vernadsky en Estados Unidos, ambos destacados miembros de los eurasiánistas emigrados en la década del 20.

Existe un debate sobre los alcances de la influencia de los antiguos eurasiánistas sobre los neo-eurasiánistas²⁹, pero la obra de Gumilev centrada en el “etnos” como el elemento fundamental de la historia

29 De hecho, Sakwa (2017: 207-216) plantea cuatro modelos de eurasiánismo: el clásico asociado con la etapa de la década del 20 del siglo pasado, pero que incluye a Lev Gumilev como último remanente; el neo-eurasiánismo que surge en el marco de la disolución de la URSS, con dos vertientes – una en la tradición eslavófila que formó parte de la “doctrina Primakov” de relacionamiento con Occidente y la otra “democrática”; el nuevo eurasiánismo, más tradicionalista, ruso-céntrico e irreconciliable con Occidente, cuyo representante más destacado es Aleksandr Dugin, y un eurasiánismo pragmático que fue adoptado por el presidente Putin a partir de 2012, orientado a una integración euroasiática del antiguo espacio soviético. Como señala con más detalle “*Putin’s pragmatic eurasiánism stresses economic functionality of integration, and while he refers to the common cultural legacy, only rarely does he mention politicized civilizational factors*” (Ibidem:216).

mundial, determinado por su relación única con el entorno geográfico y natural, y la autoidentificación étnica o nacional como un fenómeno universal pero a la vez cíclico en su devenir, dieron pie, durante la transición de la URSS a la fase postsoviética, a una síntesis no-marxista entre nacionalismo e internacionalismo, marcando la unidad milenaria de Eurasia y la perenne desconfianza rusa ante Occidente, y rescatando la base eurasiática y no-occidental de la civilización rusa, al punto de negar la ocupación Mongol de Rusia y de interpretarla como una alianza para enfrentar a Occidente (Bassin y Pozo, 2018:6).

Entre finales de la década del 80 y a principios de los 90 – apenas despuntando la *perestroika* –, estos argumentos y la reivindicación de la base eurasiática predominantemente conformada por los nómades del Asia Central y los principados de la nación rusa – diferenciada de Occidente –, no sólo dieron pie a una resurrección de los viejos argumentos de los eurasiánistas emigrados, sino también a su progresiva asimilación por las elites políticas (la nueva *nomenklatura*) e intelectuales (la *intelligentzia* que nutrió la disidencia soviética desde la década del 60) emergentes en la etapa postsoviética como una vertiente del nacionalismo ruso tras el desencanto con el marxismo tradicional y el impacto de la caída de la URSS (Clover 2016: 92-148).

Las reacciones poco alentadoras de Occidente frente a un cambio de régimen impulsado desde el propio seno de la sociedad soviética y la desvalorización de este proceso y del rol que pudiese desempeñar una Rusia postsoviética en el concierto mundial, contribuyeron a generar tanto un resentimiento como una creciente paranoia por la reducción que se imponía al antiguo espacio soviético y por la degradación de Rusia como potencia mundial, obviamente incompatibles tanto con una visión mesiánica de la “Tercera Roma” o del rol civilizador de la nación rusa, como con una visión más pragmática y realista acerca del rol de Rusia como potencia en el concierto mundial.

En este marco, las diferentes vertientes del neo-eurasianismo ruso que emergieron en los 90 compartieron una serie de premisas básicas, caracterizadas desde la óptica de un analista occidental de la siguiente manera: la reafirmación de la unidad cultural y del destino histórico común de los rusos y de los pueblos no-rusos de Rusia, la ex-Unión Soviética, o partes de Asia; la idea que la posición geográfica central de este espacio en el corazón del viejo continente inevitablemente implicaba una forma imperial de organización política³⁰; la convicción

30 Ver al respecto Korovin, 2016.

de la existencia de constantes culturales que explican el significado más profundo de los eventos políticos contemporáneos; un culto retórico de la diversidad nacional junto con una denegación de una real autonomía de las minorías; y el rechazo de Europa y/o del Occidente y/o del capitalismo mundial mediante la crítica a la dominación “Atlantista”, considerada como una catástrofe para el conjunto de la humanidad (Laruelle 2012:203-204).

Sobre la definición de esta base común y en tanto no existe una versión o interpretación única del eurasianismo en la actualidad (como muestra la clasificación de Sakwa citada anteriormente), Bassin y Pozo (2017:7-8) plantean el desarrollo de cuatro vertientes distintas del eurasianismo contemporáneo.

El primero en emerger fue el neo-eurasianismo ruso de corte populista que surgió en los noventa, desarrollado por un conjunto de nacionalistas conservadores revisionistas como Aleksandr Dugin y Aleksandr Prokhanov y utilizado para impulsar la resucitación de una especie de entidad imperial neo-Soviética, hostil a Europa y al Occidente transatlántico, reivindicando la centralidad de los rusos étnicos en este proceso. Las obras de Dugin, en particular, parcialmente surgidas de sus cursos en el Estado Mayor ruso y fuertemente influidas por el pensamiento de la nueva derecha radical europea, tuvieron un impacto sin precedentes y una influencia en los círculos de la elite política, influencia que eventualmente alcanzó al mismo Putin. Sin embargo, como bien señala Sakwa (2017:2016), la visión de Putin ha sido más pragmática y orientada a su instrumentación para promover un espacio de integración regional que fuera útil a los intereses rusos y que sirviera para contener cualquier intromisión externa.

Por otra parte, el presidente de Kazajstán Nursultan Nazarbayev estableció como doctrina oficial su propia versión del eurasianismo kazako, promoviendo la solidaridad y la convergencia de las ex-repúblicas soviéticas en una Unión Económica Euroasiática, como miembros igualitarios y con la construcción de una identidad kazaka distintiva³¹. La fundación de la Universidad Lev Gumilev en Astaná (recientemente rebautizada como Nur Sultán en honor al presidente saliente) ilustra algunos aspectos del grado de “oficialización” de esta doctrina en el país. Algunos años después, la República de Tatarstán se asoció con esta visión, promoviendo una versión de un eurasianismo tártaro que

³¹ Una visión más detallada del eurasianismo kazako con énfasis en una política exterior anti-imperialista puede verse en Anceschi, 2017: 283-300.

consolidase su identidad a partir de rescatar – en la línea de las ideas de Gumilev – la importancia de la contribución medieval tártaro-mongol a la conformación del estado ruso.

Finalmente, como ya señalamos, se ha desarrollado un eurasiatismo ruso “oficial” y pragmático promovido por el presidente Putin que enfatiza la importancia de la UEEA y que ha ido más allá al plantear, como veremos más adelante, la conformación de una “Gran Eurasia” en el marco de una convergencia estratégica con China (Bassin y Pozo, 2017:7-8; Lukin, 2018: 183-184), como un nuevo constructo geopolítico que sustenta el lanzamiento del **proyecto Gran Eurasia (GEP)** (Trenin, 2016), como una reacción al rechazo occidental (particularmente acentuado luego de 2014 con la crisis de Ucrania) y la emergencia de una visión alternativa, pero de gran raigambre nacional, de Rusia en el mundo, como una nación eurasiática (Trenin, 2002:275).

Por momentos esta versión ha sido originariamente influenciada, como ya señalamos, por la vertiente populista de Dugin y su conservadurismo tradicionalista, con altibajos en su capacidad de incidencia sobre la incorporación del concepto Eurasia en el discurso oficial (Bassin y Pozo, 2017:8) al intentar llenar con un discurso geopolítico el vacío ideológico dejado con la desaparición del discurso oficialmente marxista de la URSS (Clover, 2016).

Por otra parte, frente a estas dos vertientes en el marco del espacio postsoviético, también se desarrollaron vertientes turcas con diferentes énfasis, y una aceptación tácita del eurasiatismo – o por lo menos de la idea de una Gran Eurasia – por parte de China en el marco de la actual dinámica eurasiática de integración, cooperación y conectividad. El eurasiatismo turco constituye principalmente una idea y una visión en torno a la creación de una Comunidad de estados habitada por pueblos de origen túrquico incluyendo partes de Rusia y Asia Central, con diferentes énfasis y matices³². La aceptación tácita del eurasiatismo por parte de China, nace en 2016 con el desarrollo de la convergencia

32 Como señala Gurcan (2017:3) “*Current Turkish Eurasianism has four distinct variants and emphasis: a Pro-Russian Eurasianism oriented towards cooperation and a alliance with the Russian Federation, shrugging off the NATO tutelage; a Pan-Turkic Eurasianism, which rejects alliances both with Russia and the West and appeals to common Turkic roots in Central Asia; a Islamist Eurasianism, pointing to Turkey’s Ottoman and Islamic legacy; and a Erdoganist Eurasianism, where Erdogan’s charismatic leadership will assert Turkey on a global stage, threatening US and European interests in a rebellion against the West-centered global order*”. Al respect ver también Ersen, 2017:263-281.

estratégica entre Rusia y China y el lanzamiento del proyecto Gran Eurasia que analizaremos más adelante.

En suma, el eurasionismo no constituye un corpus narrativo unificado y contiene y expresa las diferencias entre las distintas visiones, intereses y objetivos geoestratégicos de los diferentes actores euroasiáticos, con una incidencia variable sobre las posiciones oficiales y las políticas específicas de las elites de los diferentes estados mencionados. Pese a ello, da sustento suficiente para una narrativa de la Gran Eurasia, con matices diferenciados, eventuales diferencias y significativas ambigüedades, en base a un entramado organizativo e institucional en progresivo desarrollo.

Más allá de este breve esbozo del eurasionismo como referente conceptual e ideológico de la noción de Eurasia, esta introducción apunta a ubicar al lector latinoamericano, así sea de una forma parcial, en las bases conceptuales del desafío eurasiático.

Como resultado, en sus distintas variantes, es necesario tener en cuenta que, directa o indirectamente y en sus distintas vertientes, el eurasionismo inspira y nutre la configuración de la noción de una Gran Eurasia, que geográficamente se extiende de Este a Oeste y de Norte a Sur, desde Asia hasta Europa y que no sólo podría poner límites a la estructura de seguridad dominante en la Cuenca del Pacífico y a la estructura cultural, económico y militar atlantista persistente en Eurasia, sino que también puede contribuir a impulsar una narrativa multipolar que podría inspirar el rediseño de los contornos de un nuevo orden mundial.

Desde esta perspectiva, mientras que el mundo focaliza su atención en una serie de procesos relevantes en el ámbito global que incluyen, entre otros, el ya mencionado desplazamiento del dinamismo económico desde el Atlántico hasta el Asia Pacífico; la crisis del orden liberal internacional y de la globalización, y la eventual fractura de la alianza atlántica entre los Estados Unidos y la Unión Europea después de las más recientes tensiones en el seno de la OTAN y del G-7 (sumados a la paralización de la iniciativa del Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones – TTIP), un nuevo núcleo de gravitación global está emergiendo gradualmente en reacción al actual rediseño del mapa geoestratégico global. En este marco, desde el año 2000, el eje de gravedad geopolítica y geo-económica del mundo se ha ido moviendo hacia Eurasia, un concepto que, por un lado, implica una centralidad de Rusia como puente entre Europa y Asia y que, por otro, sin embargo, genera amplios debates acerca de su definición, de sus alcances geográficos y de su complejidad estructural e identitaria (Svarin, 2016:131).

Capítulo 5

La convergencia estratégica entre Rusia y China en torno al concepto de la Gran Eurasia

China y Rusia frente a Occidente

Rusia y China son las dos potencias más poderosas y prominentes en Asia en términos de su tamaño, población, y poder militar (Kyzi, 2019:5). Además de pertenecer a un mismo espacio geográfico continental, así sea ambiguamente definido – Eurasia –, Rusia y China comparten algunos aspectos comunes en el rechazo y/o la percepción de las humillaciones que han sufrido por parte de Occidente y que se encuentran, con matices diferenciales, en la base de sus respectivas narrativas geopolíticas (Piper, 2018:8). Ésta no es necesariamente una razón para un acercamiento y una vinculación entre dos naciones que vivieron una ruptura de sus relaciones después de 1960 y un enfrentamiento a raíz de un conflicto fronterizo en 1969 entre la URSS de entonces y la RPCCh – en torno al llamado incidente de la isla de Zhibao. Para la época, la ruptura del bloque comunista generó una diversificación de las alineaciones marxistas en el mundo, pero fundamental inició una etapa en las relaciones entre ambos países caracterizada por la rivalidad y una serie de suspicacias mutuas que sólo empezaron a diluirse en la década del 80.

Por otra parte, ambas naciones comparten una historia caracterizada por no encajar en el modelo de estado-nación promovido por Occidente en el proceso de establecimiento del sistema westphaliano, en tanto se asumen, con sus rasgos distintivos, con sus diferencias y en distintas etapas, más como modelos civilizatorios y en fases diferentes, como imperios, y actualmente detentan una desconfianza y un rechazo compartido de Occidente y del sistema liberal internacional que desarrolló para emerger y expandirse. Pero fundamentalmente, y más allá del conflicto que los separó, ambas naciones desplegaron sus propios procesos revolucionarios, en marcos históricos y conceptuales diferentes. En este plano, mientras que para los soviéticos, desde

2017, el reemplazo del capitalismo por el socialismo fue su prioridad principal – en cuyo marco el antiimperialismo proyectado en el Tercer Mundo era importante en tanto fuera funcional al logro de esta prioridad –, para China – en función de una experiencia más directa con el imperialismo impuesto por Occidente, particularmente durante la “guerra del opio” – el antiimperialismo persistió como el foco y eje del proceso revolucionario y el socialismo fue visto como un instrumento para modificar el balance de poder a través del desarrollo y la autarquía (Friedman, 2015:2).

Pese a que para ambos países la aspiración a la modernización y, eventualmente, a alcanzar y superar el desarrollo de los países occidentales, eran coincidentes, las estrategias para lograrlo fueron diferentes. Sin abundar en este debate, lo cierto es que las transformaciones respectivas en cada país – particularmente después de las reformas introducidas por Deng Xiaoping en China desde finales de la década del setenta, y de los cambios iniciados por la *perestroika* en Rusia a finales de la década del noventa, siguieron derroteros económicos y políticos distintos y condujeron a modelos de desarrollo y a sistemas políticos diferentes.

Sin embargo, frente a las transformaciones en curso en el sistema internacional, el acercamiento reciente entre Rusia y China y la iniciativa de un proyecto conjunto en torno a la Gran Eurasia adquieren otras connotaciones. En un reciente libro publicado por un analista ruso (Lukin, 2018b), el autor repasa las diversas interpretaciones – particularmente escépticas cuando apuntan a un asimétrico “*partnership of convenience*” entre ambos países (Lo, 2017) – desarrolladas en Occidente sobre este acercamiento, en especial por parte de la literatura especializada en inglés, señalando como, en general, se pierde de vista que este acercamiento es resultado de una creciente visión – marcadamente convergente y crítica – sobre el orden mundial occidental y de la necesidad de desarrollar espacios de cooperación no necesariamente antioccidentales pero si no-occidentales, en función de nuevos marcos normativos e institucionales (Stuenkel, 2016). Como señala Lukin (2018b, xiv), los nuevos niveles de cooperación entre China y Rusia no amenazan ese orden ni el potencialmente nuevo orden multipolar emergente, sino que contribuyen a configurar uno de sus principales pilares y referentes, en base a una visión común sobre el mundo exterior³³.

33 Como señala asimismo Lukin (2018b, xv) “*Sharing norms not imply holding identical positions on all issues; rather, Russia and China share a common perception of Western pressure on their domestic choices and constraint on their freedom of manoeuvre globally*”.

De hecho, después del fin de la Guerra Fría, Occidente en general y los Estados Unidos en particular, como hemos analizado en el capítulo inicial, han tendido a imponer un orden internacional liberal. En este marco, sin embargo, las potencias emergentes que quedaron fuera de la comunidad atlántica, se vieron obligadas a incrementar sus niveles de cooperación, sin necesariamente orientarse a un enfrentamiento de sus relaciones con Occidente – con el que comparten el sistema – pero con el propósito de coordinar sus posiciones en torno a aquéllos aspectos de este orden mundial que no les resultaban aceptables o que no podían acomodar, dando lugar progresivamente al surgimiento de un potencial orden multipolar, en cuyo contexto debe ser ubicada la tendencia a un desarrollo de la cooperación entre Rusia y China (Lukin, 2018b:32-33), junto a una serie de factores más estrechamente vinculados con una dinámica regional euroasiática.

La creación de un sistema internacional en torno a la existencia de estados soberanos geográficamente diferenciados se produjo en una época en que China se encontraba en decadencia y las naciones europeas eran “potencias en ascenso”. La expansión europea fue traumática para China, iniciando lo que en la percepción china ha sido “el siglo de la vergüenza”, durante la cual su soberanía nacional fue puesta en duda y destruida y su antiguo sistema dinástico fue derrocado, arrojando al país a décadas sucesivas de sangrientas guerras civiles. Sin embargo, China resurgió de este período destructivo y humillante³⁴ – en el cual durante mucho tiempo las potencias europeas impusieron su voluntad sobre los mandatarios chinos –, para más recientemente ocupar nuevamente un lugar importante – sino central – en los asuntos mundiales (Beeson & Li, 2014:2)³⁵.

34 Badie se refiere a la “humillación” como un instrumento de los actores internacionales poderosos y una patología de las relaciones internacionales. “La humillación se ha convertido en la práctica común de las relaciones internacionales. Rebajar un Estado, ponerlo bajo tutela, apartarlo de los espacios de decisión, estigmatizar a sus dirigentes: todas ellas prácticas diplomáticas que se han terminado banalizando. Así se desarrolla una “Diplomacia de grupo”, la del Consejo de Seguridad y la del G7, mientras que los Estados emergentes – India, Brasil, Turquía, Rusia – ven cómo se les niega toda capacidad real de iniciativa o son obligadas a adoptar estrategias inconvenientes y poco productivas. Badie busca las fuentes de la humillación; el crecimiento del revanchismo en el período de entre guerras y el proceso de descolonización mal realizado, la inadaptación de las viejas potencias y de sus diplomacias a un mundo cada vez más globalizado (Badie, 2016)

35 Como señalan Beeson y Li, “*From a long-term Chinese perspective, one might even suggest that normal geopolitical business is being resumed after an unfortunate, aberrant interlude*” (Beeson & Li, 2014).

En todo caso, después de tres décadas de reformas exitosas que transformaron a China en la segunda economía mundial, la gran interrogante que se abre es si la modernización iniciada en 1978 por Deng Xiaoping no ha alcanzado su clímax y si sigue siendo sostenible sin que se implementen nuevos cambios. El presidente Xi Jinping, elegido en 2012, pese a los desafíos que le impone una economía que se ralentiza en su crecimiento sostenido, ha roto con la recomendación del presidente Deng de mantener un perfil bajo en política exterior³⁶ para avanzar en la modernización del país, y ha actuado en forma crecientemente proactiva en el ámbito internacional, creando instituciones, lanzando iniciativas como OBOR/BRI, reclamando islas y territorios, presionando a sus vecinos, proyectando sus inversiones e intercambios comerciales a diversos ámbitos geográficos y enviando tropas a regiones en disputa (Blackwill & Campbell, 2016:3-4).

Esta política confirma que probablemente China sea, en el ámbito global, la potencia emergente de mayor poder, ya que en dos décadas se ha movido desde la periferia al centro del sistema internacional, al punto de que el impacto global de China se percibe en cada continente, en la mayoría de las instituciones internacionales, y en gran parte de los temas de la agenda global – en segundo lugar después de los EEUU – pero su economía probablemente supere a la de este país hacia mediados de la próxima década (Shambaugh, 2013:4-5). Aunque siga privilegiando como su principal objetivo el desarrollo económico del propio país, la trayectoria china tendrá un indudable impacto global, independientemente de las futuras vías que elija (Shambaugh, 2016:169), mientras que la resistencia frente a Occidente y sus valores probablemente permanezca o eventualmente se incremente (Blackwill & Campbell, 2016:16-17).

El ascenso de China y su creciente importancia en el concierto mundial, por otra parte, se manifiesta principalmente en sus relaciones con sus vecinos inmediatos. Las relaciones regionales de China no sólo ofrecen una oportunidad para seguir la evolución de su política exterior, sino también para ver cómo su dirigencia percibe y piensa el mundo y su lugar en él (Beeson & Li, 2014:2). En tanto las regiones son elementos muy importantes del conjunto del sistema internacional, más allá de que China pertenezca a un conjunto superpuesto de ellas, la defini-

³⁶ “Observar con calma, asegurar nuestra posición, hacer frente a los asuntos con calma, ocultar nuestras capacidades y esperar nuestro tiempo, mantener un perfil bajo y nunca reclamar liderazgo” resume la llamada “política de los 24 caracteres” de Deng Xiaoping. Citado por Ramon-Berjano (2018:53).

ción de la región y de los límites a la que pertenece es importante, en la medida que es un actor de gran relevancia en algunas de ellas y como consecuencia es – poco sorprendentemente – más entusiasta en su proyección y pertenencia en algunas, más que en otras (Beeson & Li, 2014:4-5).

En este marco, las tensiones con los Estados Unidos y sus aliados en el Mar del Sur de la China y en el Indo-Pacífico en general, convierten a Eurasia en un área de interés prioritario para la seguridad de China, en tanto gran parte del comercio que da impulso a su desarrollo recorre a las vías marítimas que atraviesan una zona que pone en contacto con el exterior a la región más industrializada y urbanizada de la franja Este del territorio chino. Por otra parte, la necesidad de desarrollar sus provincias del Oeste, de proyectar su comercio hacia Europa y de prevenir la posibilidad de turbulencias étnicas en la provincia de Sinkiang, obliga a China a mirar hacia la parte continental euroasiática y a impulsar una mayor conectividad y más vías de transporte en esa región, contrabalanceando las amenazas a su seguridad y a su capacidad de proyección hacia el exterior, en el marco de un “pivote hacia el Oeste” que, desde sus inicios, se articula con el lanzamiento de la BRI. La consecuente proyección euroasiática impone necesariamente algún nexo con Rusia y con Asia Central.

No obstante, es importante tener en cuenta – como veremos más adelante – que la proyección e influencia de China a nivel de diversas regiones se articula en un proyecto más amplio – de proyección global – que de acuerdo a Deng Xiaoping “espera por su tiempo”.

Sin embargo, más allá de la proyección china en diversas regiones – incluida Asia Central y el conjunto de Eurasia continental – y de las limitaciones que puedan surgir en su crecimiento económico, bajo la presidencia de Xi Jinping es altamente probable que – más allá de las tensiones comerciales con los Estados Unidos – la resistencia a los valores y a la cultura Occidental se intensifique (Blackwill & Campbell, 2016:27), así sea en una modalidad implícita y poco visibilizada hacia el exterior. De hecho, pese al fuerte impulso proactivo que le ha imprimido el presidente Xi, la diplomacia china tiende, en general, a seguir mostrándose cautelosa y altamente pragmática, aunque desarrolle una narrativa fuertemente sino-céntrica (Zeng, 2019).

Por su parte, después de la implosión de la URSS, la Federación Rusa pareció encaminarse hacia una más estrecha vinculación y a una rápida incorporación a Occidente y a la comunidad atlántica, en tanto Rusia no dejaba de percibirse como “europea” más que asiática y el presidente

Gorbachov se refería a la “casa común” entre Europa y Rusia. Estas expectativas no sólo se vieron frustradas por el hecho de que Rusia fuera invitada a incorporarse a una comunidad atlántica “expandida” como un socio menor – lo que implicaba cambios significativos en su identidad histórica como potencia –, y no a un Occidente transformado y a una Europa reconfigurada luego del fin de la Guerra Fría con Rusia como un socio pleno (Sakwa, 2017:5), sino también por una retórica de colaboración por parte de los EEUU que en la práctica contrarrestaba con el incumplimiento de promesas, la exigencia de gestos unilaterales por parte de Rusia y un desdén por sus prioridades y preocupaciones (Taibo, 2017:59).

En todo caso, Rusia fue invitada a participar de una membresía asociada a una iniciativa ya existente y en proceso de consolidación, mientras que su aspiración inicial era constituirse en un miembro fundador de una “Gran Europa” o de un Gran Occidente transformado (Taibo, 2017:6). La consolidación del sistema liberal internacional después del fin de la Guerra fría bajo la primacía y la hegemonía global de los EEUU, en función de valores liberales considerados como universales, que chocaban con los principios, valores e intereses de la política exterior rusa, generó una creciente tensión y un progresivo desarrollo en Rusia de una visión neo-revisionista que ponía en cuestión estos valores, particularmente en relación al modelo político y al rol menor a nivel internacional que se le imponía, como así también a las consecuentes amenazas a la seguridad y a la prevalencia de Rusia como una gran potencia (Sakwa, 2017:5-7).

Durante los primeros años de la era posterior a la Guerra Fría, los Estados Unidos y Europa subestimaron y tendieron a descalificar los esfuerzos de Rusia para expandir – o al menos mantener – su influencia política, económica y militar en el extranjero. Cuando hubo un intento por parte de Moscú de impulsar estos esfuerzos, Occidente los percibió como un legado de la Guerra Fría, principalmente confinados a la vecindad inmediata de Rusia, pero en gran parte ausentes o al menos ineficaces en otros lugares, y los asoció con una aspiración rusa a recomponer el espacio ocupado por la URSS. Sin embargo, los efectos de la disolución de la Unión Soviética, los desafíos internos de Rusia en la etapa postsoviética y el deseo declarado de Moscú de integrarse a Occidente limitaron considerablemente, para el momento, el interés y la capacidad del Kremlin para proyectar su influencia a escala global y redujeron circunstancialmente el interés occidental y euroatlántico en la política exterior rusa y en su globalización (Stronski & Sokolsky, 2017: 3).

De alguna manera, la “doctrina Primakov” que emerge en esa etapa intenta dar respuesta a esta situación al proponer una nueva priorización de los intereses de Rusia y al rechazar el rol de socio menor de los EEUU y de Occidente; al asomar el surgimiento de un mundo multipolar, de una política exterior multi-vectorial y de posiciones alternativas a las de los EEUU en la agenda global; al apuntar a una creciente integración de Rusia en el proceso de globalización y al esforzarse en consolidar la Comunidad Independiente de Estados (CIE) en aras de mantener unidos a los estados herederos de la URSS (Decterev y Kurylev, 2017;129). Significativamente, muchos de estos lineamientos de la doctrina Primakov prevalecen hasta la actualidad a pesar de que la coyuntura internacional y la situación interna de Rusia han cambiado.

En esa etapa, no obstante, se acentuó, se exacerbó y se profundizó, en el ámbito interno, el debate secular sobre la identidad geopolítica y civilizatoria rusa (Bost et al., 2015:9), en el cual un hilo conductor y una constante permanente ha sido la persistencia y expansión – bajo diferentes modalidades – del nacionalismo ruso³⁷, a través de las tres presidencias que Rusia ha tenido desde 1991, luego de la disolución de la URSS por Gorbachov: desde 1991 hasta 1999 por Boris Yeltsin; entre 2000 y 2008, y nuevamente a partir del 2012 hasta el momento de escribir este libro por Vladimir Putin, con un interregno entre 2008 y 2012 bajo la presidencia de Dmitri Medvedev (Taibo, 2017: 15). Este proceso persiste en la actualidad, en tanto “en la Rusia de Vladimir Putin, el Kremlin ha decidido que si no puede controlar a los grupos y tendencias nacionalistas y patrióticas, por lo menos trata de asegurarse de estar liderándolos” (McGregor, 2017:335), en el marco de una renovada intención de preservar y promover los intereses rusos, de definir una identidad distintiva y de reivindicar a Rusia como una potencia relevante en el sistema internacional.

A través de estas presidencias, progresivamente Rusia pasó desde la imposición externa de convertirse en una potencia menor y sumisa

37 El término “nacionalismo ruso” oculta “una enorme disparidad de perspectivas en las que se mezclan eslavófilos y occidentalistas, estatistas y agentes hostiles a la institución estado, partidarios de unas u otras lógicas imperiales y gentes recelosas de estas últimas, creyentes adscritos a la Iglesia ortodoxa autocéfala y personas por completo carentes de convicciones religiosas y, en suma, nostálgicos de lo que significa la Unión Soviética y críticos empedernidos de lo que la URSS supuso” (Taibo, 2017:18), pero en todos los casos bajo el peo ingente que el nacionalismo del estado ruso tiene en la determinación de las posiciones de la mayoría abrumadora de las fuerzas políticas (ibídem), entre ellas el propio neo-eurasianismo como ya lo hemos visto.

que había perdido la Guerra Fría y que demandaba el reconocimiento y aceptación del mundo occidental, a una creciente relevancia para Occidente – ilustrada por las presiones en aumento – y a una tensión creciente con el despliegue de la OTAN hasta sus fronteras y – como cúspide de esta tensión en su momento – el bombardeo de la OTAN de Serbia y Montenegro en la primavera de 1999, en el marco de una gran dependencia de Moscú de las instituciones financieras internacionales como el FMI y el Banco Mundial, que ponían en cuestión sus alianzas políticas y su aspiración a una nueva proyección geopolítica frente a la contradicción impuesta por las necesidades de reconstruir su economía.

A partir de la llegada de Putin a su primera presidencia, en el año 2000, el cuadro comenzó a cambiar, fundamentalmente por el incremento de los precios internacionales del gas y del petróleo. Se produjo un significativo crecimiento económico consecuente, se impuso una política fiscal que condujo al desendeudamiento masivo y a la acumulación de reservas financieras (Bost et al., 2015:11), lo que permitió comenzar a modificar el papel disminuido que se le había asignado previamente en el sistema internacional. Sin embargo, Rusia siguió intentando un acercamiento a Occidente, resistido por los EEUU en tanto un posible vínculo más estrecho entre Moscú y la Unión Europea (UE) podría dar lugar a la gestación de una macro-potencia – la ya mencionada “Gran Europa” – que afectase la alianza atlántica (Taibo, 2017:63).

En este marco, la relación con Occidente se fue tensando y deteriorando progresivamente y la noción de una Eurasia que integrase Europa³⁸ y Rusia (esta última como puente con Asia) comenzó a desvanecerse y a generar una progresiva reorientación de las prioridades de la política exterior rusa hacia Asia y hacia el Oriente³⁹, que culmina con el lanzamiento posterior del denominado “pivote ruso hacia Asia” o “hacia el Este” a principios de la actual década.

La tensión con Occidente se agudizó a partir de 2008 – con la guerra con Georgia y la crisis financiera mundial –, un factor que comenzó a persuadir a la dirigencia rusa sobre la necesidad de frenar el creciente

³⁸ Sakwa señala “*Russia has long been constituted as Europe’s “other”, and this has fed back to shape Russia’s view of security and sense of itself. Russia’s identity remains in flux, although there is a clear evolution away from initial enthusiasm for all things Europa and alignment with the West, towards the stronger articulation of Russian national interests and the assertion of a plural and polycentric international system*” (Sakwa, 2017:106).

³⁹ Al respecto existe una abundante bibliografía en inglés y en ruso, aunque la primera tiende a una visión marcadamente rusofóba.

cercos geopolíticos impuestos por parte de la alianza atlántica y de buscar sus propias alternativas al margen de la relación con Occidente.

Con el regreso de Vladimir Putin a la presidencia en 2012, después de un período de cuatro años como primer ministro, Rusia se involucró en una campaña amplia, sofisticada, con muchos recursos y, para muchos observadores, sorprendentemente efectiva para expandir su alcance global. Para avanzar en sus diversos objetivos, Moscú se apoyó en una amplia gama de herramientas diplomáticas, militares, de inteligencia, cibernéticas, comerciales, energéticas y financieras para influir en los sistemas políticos, sobre las actitudes públicas y sobre los tomadores de decisiones y la élite política en Europa, Oriente Medio, África y Asia, y Latinoamérica. Estos objetivos incluyeron, ante todo, socavar la cohesión de Occidente y el orden internacional liberal liderado por los Estados Unidos; mejorar la legitimidad interna de Putin demostrando el renovado estatus de Rusia como una superpotencia global; promover intereses comerciales, militares y energéticos rusos específicos; irritar y distraer a los Estados Unidos en sus áreas de influencia tradicional y desarrollar una identidad propia en torno a un eventual rol civilizatorio de Rusia tanto a nivel regional como global. El Kremlin lanzó esta campaña en respuesta a las protestas masivas de 2012 en Moscú, aparentemente convencido de que las iniciativas de promoción de la democracia occidental habían instigado estas manifestaciones para desestabilizar a la propia Rusia y para promover el cambio de régimen. En 2014, tras la anexión de Crimea por parte de Rusia y el inicio de su guerra no declarada en Ucrania, esta contraofensiva se intensificó y adquirió nuevas características (Stroński & Sokolsky, 2017:5).

Mientras que la mayor parte de los esfuerzos rusos se habían centrado en defender la “esfera de intereses privilegiados” (léase el ámbito de los remanentes del espacio postsoviético) de Moscú en torno a su periferia, la nueva Rusia – sin abandonar este objetivo previo – desplegó una campaña amplia, sofisticada, y con muchos recursos para ampliar su alcance global y para alejar al máximo de sus fronteras potenciales focos de conflicto. La campaña ha tratado de dañar la imagen internacional de la democracia occidental, exacerbar las tensiones internas dentro de la alianza euro-atlántica, e impulsar el alcance global de Rusia a expensas de Washington y de sus aliados al aprovechar las oportunidades ofrecidas por los errores occidentales en diferentes partes del mundo. Por primera vez desde la implosión de la Unión Soviética, en la actualidad Estados Unidos se enfrenta a una Rusia que no es, en la memorable frase del ex presidente Barack Obama, una mera “potencia

regional”, sino una potencia que está tratando activamente de proyectar su influencia y establecer una presencia más allá de su periferia.

Por otra parte, a pesar de este cambio de estrategia de Moscú, los Estados Unidos y sus socios europeos están cada vez más enfocados en sus propios desafíos domésticos y las crisis regionales en Asia y el Medio Oriente. Rusia está dispuesta a explotar el aumento de oportunidades en el vacío resultante, utilizando tanto el poder duro como el blando, para expandir su influencia y presencia y para aprovechar la presidencia de Donald Trump (Stronski & Sokolsky, 2017:4-5), en función de una redefinición de los objetivos, de la doctrina y de la base conceptual de la política exterior rusa (Serguin, 2016:164) que, sin embargo, no se aleja sustancialmente de los principios esbozados por la “doctrina Primakov”.

Como señalan Silaev y Sushentzov (2017), en años recientes, Rusia ha adquirido un nuevo estatus geopolítico, especialmente a partir de su participación en la guerra civil en Siria, mostrando que algunos de los problemas cruciales en el cercano Oriente pueden ser resueltos sin la participación de Occidente, en base a un diálogo con las potencias regionales como Irán y Turquía. En este marco, las problemáticas relaciones entre Rusia y Occidente y los focos de conflicto se han ido alejando cada vez de las fronteras físicas rusas.

En esencia, este proceso condicionó tanto los objetivos de una política exterior más proactiva como la constitución progresiva de una nueva identidad nacional rusa después del fin de Guerra fría. La percepción de desencanto y de humillación con respecto a cómo era tratada por la comunidad atlántica, luego de asumir un cambio de régimen a partir de una dinámica propia y sin interferencia externa, se articuló con el ya señalado incremento de los precios del petróleo a principios de siglo y, posteriormente a la guerra con Georgia en 2008, el antagonismo se agudizó con la crisis de Ucrania y la reunificación de Crimea que dieron lugar a la imposición de sanciones económicas por parte de Occidente (Sakwa, 2017:105).

Pese a los intentos de Putin de apoyar y de participar inicialmente en la guerra contra el terrorismo global como un aliado de Occidente, la incorporación a la comunidad atlántica no se produjo, dando lugar a una cultura de realismo geopolítico anclado en la percepción de un nuevo rechazo (y una humillación) por parte de Occidente al no aceptar la incorporación de Rusia como potencia y como socio pleno de la comunidad atlántica, manteniendo su rol periférico. El consecuente distanciamiento creciente con Occidente alentó el desarrollo

de estrategias alternativas, principalmente en torno a la idea de Rusia como una potencia bicontinental, en tanto frente a la periferización ante Occidente surgía la amenaza potencial de una periferización similar en Asia (Sakwa, 2017:145).

A medida que la brecha con Occidente se profundizaba, Rusia se volcó crecientemente hacia Oriente y hacia diferentes modalidades de integración eurasiática, que analizaremos más adelante. En este marco, como bien señala un analista, “*With little prospect of a Greater West or a Greater Europe, Russia sought to create its own Greater Eurasia*” (Sakwa, 2017:146), en cuyo marco la consolidación de su primacía en el ámbito de Asia Central se constituyó en una pieza importante.

La convergencia estratégica entre Rusia y China en torno a la creación de la Gran Eurasia

En el marco de la mirada de Rusia hacia el Este y la proyección de China hacia el Oeste, a partir de la visita del presidente Yeltsin a Beijing en 1996, se inicia un proceso de acercamiento entre los dos países que progresivamente incluye el término “estratégico” como parte de una asociación entre ambas naciones (Decterev y Kurylev, 2017: 143). Este acercamiento se refuerza con la aparición en las declaraciones oficiales de ambas naciones de la idea de la emergencia de un mundo multipolar que se convierte en “*leit motiv*” de las relaciones entre Rusia y China y de ambas con el mundo, aunque con énfasis y matices diferentes. La culminación de este proceso de acercamiento se produce el 16 de julio de 2001 cuando se firma en Moscú el actualmente vigente “Tratado de buena vecindad, amistad y cooperación” entre los presidentes Vladimir Putin y Jian Zeming y la realización de posteriores reuniones de los dos mandatarios en el marco de varios grupos multilaterales como los BRICS y la APEC. En 2010 se firma un acuerdo de provisión de petróleo y gas de Rusia a China que marca una creciente interrelación económica (Decterev y Kurylev, 2017: 143-144), que define a futuro un ámbito de una más intensa y amplia cooperación económica y política, con un importante componente geopolítico.

Desde 2005 a 2016, las empresas chinas y rusas firmaron sucesivos acuerdos en relación a la provisión de gas y de petróleo, en función de una creciente demanda china. Para 2017, a partir de un acuerdo firmado en 2013 (Erdogan, 2018:945) Rusia se convirtió en principal proveedor de crudo de China; en 2018 se firmó un importante acuerdo entre Rosneft y la Corporación Nacional China de Petróleo (CNPC)

y se inició la construcción de un oleoducto trans-siberiano para el abastecimiento de China. De hecho, desde hace tres años, Rusia se mantiene como el principal proveedor de crudo para China, por delante de Arabia Saudita y de Angola, estimándose que en 2019 se convertirá asimismo en uno de sus principales proveedores de gas.⁴⁰ Similares avances se han producido con el abastecimiento de gas ruso a China (Kyzy, 2019:7), dando lugar a una creciente cooperación en el área energética – crucial, desde un punto de vista geopolítico, para el acercamiento entre ambas naciones.

Como uno de los países de mayor exportación de recursos energéticos Rusia apuntó – particularmente a raíz de las sanciones occidentales – a diversificar sus destinos de exportación y a focalizarse en el desarrollo de diversos mecanismos de cooperación energética, mientras que China – el principal importador de estos recursos en Asia-Pacífico y en el mundo en función de su proceso de desarrollo –, se convirtió en un socio promisorio para la implementación de esta diversificación y el desarrollo de ambiciosos proyectos en este campo (Nezhnikova, Papelniuk & Gorokhova, 2018). De hecho, la cooperación y complementación entre los dos países en el área energética y económica les ayudó a desarrollar posiciones conjuntas en relación a otros temas no vinculados con la energía y a facilitar una interacción más profunda a largo plazo, al punto que la cooperación energética ha ocupado crecientemente una posición central en el alineamiento de las estrategias de Moscú y Beijing en el marco de los cambios y de la evolución del entorno geopolítico, ayudándoles a superar los desacuerdos existentes en otras áreas y a explorar nuevos ámbitos de cooperación (Yilmaz & Daksueva, 2017)⁴¹.

Simultáneamente, China devino progresivamente en el mayor cliente para la venta de armamento ruso al punto de transformarse para 2017 en el mayor destino de estas exportaciones, pese a la reticencia inicial

40 “Rossya tri goda sojranyaet liderstvo po obemu postavok nefiti v Kitay”, en *EA-Daily*, 25 de marzo de 2019, en <https://eadaily.com/ru/news/2019/03/25/rossya-tri-goda-sojranyaet-liderstvo-po-obemu-postavok-nefti-v-kitay> Recuperado el 25 de marzo de 2019.

41 De hecho, en la más reciente reunión del Foro Económico Internacional de San Petersburgo, realizado en junio de 2019, al que asistió el Presidente Xi Jinping, el Ministro de Desarrollo Económico de Rusia anunció que el comercio bilateral entre Rusia y China que alcanzó un récord de 100.00 millones de dólares en 2018, superaría en los próximos años un volumen de 200.000 millones de dólares, en *Xinhua* (11 de junio de 2019) “Entrevista: Comercio entre China y Rusia alcanzaría los 200.000 millones de dólares, según ministro ruso”, en spanish.xinhuanet.com, en spanish.xinhuanet.com/2019-06/11/c_138133289.htm, recuperado el 13 de junio de 2019.

de Moscú de proveer de armamento tecnológicamente avanzado a su antiguo rival (Erdogan, 2018:944).

En este proceso, los países del Asia Central se convirtieron en un ámbito de particular relevancia estratégica para ambas naciones, tanto en relación a la cooperación energética, armamentística y económica, como por su importancia estratégica en torno al balance de poder en la región. Consecuentemente, tanto Moscú como Beijing buscaron incrementar su proyección en la región – Rusia en función de consolidar su influencia en un espacio estratégicamente prioritario heredado de la URSS y de consolidar su proyección hacia Asia en busca de contrabalancear los déficits en su relación con Occidente y especialmente con Europa, y China en función de percibir el área como un espacio de expansión económica con menor potencial de conflicto que el Asia-Pacífico y, donde la influencia estratégica de los EEUU persiste y donde el “Quad” Indo-Pacífico tiene la expresa intención de contener y a contrarrestar la influencia y expansión de Beijing.

En este contexto, el “pivote hacia Asia o hacia el Este” de Rusia fue oficialmente anunciado en un discurso de Putin del 12 de diciembre de 2012, con énfasis en el desarrollo de Siberia y el Lejano Oriente ruso y en la convergencia con algunos estados más prominentes de la región asiática. El desarrollo del “pivote hacia Asia” es un fenómeno complejo de la Rusia postsoviética en su intento tomar distancia de una potencial integración en el sistema euroatlántico para reemplazarla por una reorientación integral hacia Asia y la priorización de sus vínculos con el “no-Occidente”. En este sentido, el “pivote hacia el Asia” de Rusia debe ser entendido en un sentido más amplio que el de un “pivote energético hacia China” en su intento de redireccionar sus ventas de gas e hidrocarburos, y debe ser visto como parte de una gran estrategia que va más allá de las reacciones inmediatas a las sanciones europeas impuestas durante la crisis de Ucrania en 2014, y que es un componente crucial de una visión más amplia de la multipolaridad tanto a nivel regional como global.

Desde un punto de vista operacional, el pivote consiste en dos aspectos interrelacionados – el desarrollo del lejano Oriente ruso y de Siberia, por un lado, y el fortalecimiento de la cooperación con los países del Asia Oriental, por otro (Korolev, 2016:2). El pivote no está disociado, por otra parte, del hecho de que Rusia comenzó a desarrollar en su entorno una red cada vez más densa que representaba el embrión de un orden mundial post-Occidental y que cuestionaba las ambiciones hegemónicas de un orden liberal liderado por los EEUU sin cuestionar

los principios institucionalizados del sistema internacional. El objetivo de esta estrategia ha sido impulsar la multipolaridad y las relaciones internacionales pluralistas, asegurando a la vez su influencia en su entorno inmediato, particularmente entre las repúblicas del Asia Central, y alejando, simultáneamente, los conflictos potenciales que pudieran desencadenarse en sus fronteras.

En una veta similar en torno a su percepción de los cambios del sistema internacional, China ha desarrollado una creciente proyección hacia el Oeste y hacia las repúblicas del Asia Central, tanto para constituir un ámbito más propenso y eventualmente menos conflictivo para su proyección económica y su búsqueda de accesos a nuevos mercados y, especialmente, a los mercados europeos, como para contrabalancear la carga estratégica que le impone su proyección en el Asia-Pacífico. El equivalente chino del “pivote hacia el Este” ruso ha sido el “pivote hacia el Oeste” chino, articulado en el lanzamiento del OBOR/BRI anunciado por el presidente Xi en 2013 en Kazajistán en función de redireccionar las rutas comerciales marítimas que impusieron una dominación occidental en el mundo, utilizando las rutas terrestres en Eurasia, a través de una política exterior más proactiva que las que desarrollaron sus predecesores y con aspiraciones a una proyección global⁴².

No es casual, en este contexto, que la sintonía entre China y Rusia se desarrolla con mayor intensidad a partir del inicio del tercer mandato presidencial de Putin en 2012 y de la elección de Xi Jinping en ese mismo año. En este sentido la relación entre los dos mandatarios es un factor relevante en el acelerado proceso de acercamiento entre ambas naciones, aunque algunos analistas chinos no dudan en señalar que la decisión de China de profundizar las relaciones con Rusia no cambiará con las elecciones en este país, ya que ambas naciones continuarán desarrollando y consolidando su asociación estratégica⁴³.

El concepto de Occidente es un legado de la Guerra Fría y, como marco para un orden mundial, no solo abarcaba a los países aliados contra la URSS, sino que persistió luego del fin de ésta con los EEUU, la OTAN y la UE como su núcleo, en el marco de la llamada comunidad atlán-

42 The London Globalist, (21 noviembre de 2017) “The Belt and Road Initiative – China’s pivot to the West”, en *The London Globalist*, <http://www.thelondonglobalist.org/the-belt-and-road-initiative-chinas-pivot-to-the-west/> Recuperado el 30 de marzo de 2019.

43 Mingwen, Zhao (06-07-2018) “China-Russia Relationship: Full of Strong Endogenous Dynamics”, en *China Institute of International Relations*, en http://www.ciiis.org.cn/english/2018-06/07/content_40375418.html Recuperado el 30 de marzo de 2019.

tica, por lo menos hasta el inicio de la administración del presidente Trump. Como ya señalamos, inicialmente para la Federación Rusa la tentación era participar de una Gran Europa o una gran comunidad euroatlántica que la incluyera e incluyera incluso a toda la Eurasia postsoviética, evitando de esta manera que Rusia quedara en el medio de Europa y Asia. Sin embargo, Occidente no aceptó, luego del fin de la Guerra Fría, esta aspiración rusa y promovió un sistema de poder “atlanticista” (Grabendorff, 2018; Hutchenreuter, 2018) en las relaciones internacionales, al punto de ser enteramente identificado con el orden internacional liberal, cuya universalidad han cuestionado Rusia y China en su aspiración revisionista de recrear un sistema multilateral en donde pudiera ubicarse un polo no- o post-Occidental (no necesariamente antioccidental).

Sin embargo, Occidente prevaleció como un constructo civilizatorio disuelto en una comunidad globalizada más amplia (Sakwa, 2017:279-280) y continúa imponiendo la universalidad de sus propios valores, generando una clara divergencia con las ideas de gobernanza global, tanto de Rusia como eventualmente de China, en particular en torno al rol del estado en el proceso de globalización, pero también en relación a las normas y reglas de juego del sistema.

Casi en simultáneo al anuncio ruso del “pivote hacia Asia”, el 29 de noviembre de 2012, el presidente Xi Jinping anunció y esbozó su “*Chinese dream*”, como la idea que resumía una visión estratégica de la prometida modernización de China a concretarse en 2049, a cien años de la creación de la República Popular China. Para Xi, el concepto implicaba principalmente la idea de “una gran revitalización (rejuvenecimiento) de la sociedad china” (Sakwa, 2017:288), basado en los significativos alcances de su proceso de desarrollo y de la modernización de su economía. En este marco, se convirtió en un interlocutor ideal de Putin: la ruptura progresiva con el sistema atlántico contribuyó a acercar a ambos países en una creciente “*entente*” fundada “*on mutual empathy and geopolitical convergence based on overlapping worldviews and a joint resentment of U.S. global dominance*” (Trenin, 2016b:66).

En cuanto accedió al poder, Xi Jinping impulsó una política exterior más asertiva y de alto perfil en función de un amplio abanico de intereses prioritarios, entre ellos la consolidación de las relaciones con Rusia: su primera visita al exterior como presidente fue a Moscú en marzo de 2013. La ubicación geográfica, los recursos energéticos, el arsenal nuclear, la aspiración a mantenerse como una potencia mundial

y un armamento relativamente moderno contribuyeron a que Rusia se mantuviera entre las prioridades de la política exterior de Beijing (Sutter, 2016:258). Sin embargo, esto no fue óbice para que se fuera esbozando la BRI (para aquel momento concebida aún como OBOR) como un proyecto de mayores ambiciones que, significativamente, fue anunciada por el presidente Xi Jinping en la Universidad Nazarbayev en Astaná en septiembre de 2013 (Piper, 2018:2).

En principio, la relación entre Rusia y China no se constituyó como una alianza sino como un alineamiento, un compromiso a largo plazo en el cual ambas partes esperaban promover el apoyo mutuo y trabajar en conjunto en función de asumir que compartían intereses comunes y preocupaciones políticas similares, en el marco del compromiso de cambiar las reglas del sistema internacional. Ni Rusia ni China aspiraban a una revolución en la estructura de los asuntos internacionales, pero convergían en una agenda neo-revisionista que implicaba la aspiración de salir de un estatus subordinado en el sistema internacional para generar una genuina multipolaridad (Sakwa, 2017:288).

En todo caso, más allá de las coincidencias en torno a la caracterización del sistema internacional, la relación en esta etapa estaba basada desde el principio en una visión pragmática de ambas partes: Rusia necesitaba a China como inversor y como socio comercial, China necesitaba a Rusia por sus recursos energéticos y por su capacidad militar. A la vez, ambas coincidían en su preocupación por la estabilidad regional y las amenazas terroristas en Eurasia; por su cuestionamiento al orden internacional liberal y a la hegemonía de los EEUU, y por su aceptación – crítica – de la globalización⁴⁴.

En este marco, un grupo de expertos rusos organizados en torno del Club Valdai (Kaczmarek & Rodkiewicz, 2016:1; Lewis, 2018:1615-1616) desarrollaron y comenzaron a impulsar, como hemos visto, el concepto de la “Gran Eurasia” a principios de la actual década. El grupo, probablemente promovido por el gobierno ruso en tanto incorporaba figuras prominentes del liderazgo y de la elite política e intelectual rusa partía, en su trabajo, del entendimiento de que después de la crisis ucraniana, el deterioro de las relaciones de Rusia con Occidente era irreversible y que se imponía un acercamiento con China, en reemplazo de una visión anterior de Putin de una “Gran Europa” que se extendiese desde Lisboa a Vladivostok sobre la base

44 En este marco, como señala Sakwa “*The dilemma for the Kremlin was whether Russia was jumping from the frying pan into the fire: swapping a subordinate relationship with the Atlantic community with some sort of subaltern status to China*” (Sakwa, 2017:278).

de la convergencia entre la Unión Europea y la Unión Económica Euroasiática (UEEA) liderada por Rusia.

De hecho, el nuevo concepto inicialmente esbozado por algunos círculos políticos e intelectuales de Rusia apuntaba a una nueva “Gran Asia” desde Shanghái a San Petersburgo (Trenin, 2016a). La idea fue tomando cuerpo progresivamente en diversos sectores de la sociedad rusa sobre la base de la formación de un sistema asentado en el acercamiento entre Rusia y China como principales potencias euroasiáticas y la articulación entre la UEEA y el OBOR/BRI que planteaba China, junto con la expansión de la OCS con la inclusión de India y Pakistán, como así también con la profundización de la participación en los BRICS y en ASEAN.

En seguimiento a este proceso, Putin incorporó la idea de “Gran Eurasia” en un discurso en junio de 2016, refiriéndose al surgimiento de un “partenariado eurasiático” (*Eurasian partnership*), en principio atribuyendo y dando crédito por la idea al presidente Nursultán Nazarbayev de Kazajistán, sugiriendo que la UEEA podría ser uno de los focos de integración del área. En la perspectiva rusa, sin embargo, después de la crisis de Ucrania y de las presiones y sanciones occidentales, como veremos más adelante, la constitución de la UEEA era, en primer lugar, la manera de consolidar un espacio postsoviético bajo la influencia rusa para evitar una intromisión occidental.

Por otra parte, el concepto de Gran Eurasia fue incorporado, unos días más tarde, en junio de 2016, a la declaración sino-rusa firmada durante la visita de Putin a Beijing, subrayando la importancia asignada por ambas partes a un acuerdo entre los dos países en torno a la articulación entre la configuración de la UEEA y la materialización del OBOR/BRI y llamando a la creación de una “*comprehensive Eurasian partnership based on the principles of openness, transparency, and mutual interests, and including the possible involvement of EAEU, SCO and ASEAN member countries*” (Lukin, 2018:184). Posteriormente se desarrolló un estudio conjunto entre los dos países que serviría de base a esta asociación y a mediados de mayo de 2017, Putin participó como uno de los principales invitados al Primer Foro de Cooperación de la BRI en Beijing y posteriormente, en abril de 2019, en el Segundo Foro, reiterando en ambos su pleno apoyo a la iniciativa⁴⁵.

45 Xinhua Español (28 de abril de 2019) “RESUMEN: Expertos aseguran que Segundo Foro de la Franja y de la Ruta reafirma esfuerzos de China por apertura”, *Xinhua Spanish.xinhuanet.com*, http://spanish.xinhuanet.com/2019-04/28/c_138018985.htm Recuperado el 13 de junio de 2019.

Simultáneamente, Xi Jinping impulsaba el proceso de dar forma a la iniciativa del OBOR/BRI – anunciada desde 2013 durante sus visitas a Kazajstán e Indonesia – estableciendo en 2015, un pequeño grupo de expertos para conceptualizarla y desarrollarla para culminar, en mayo de 2017, con su presentación formal en el Foro de la BRI en Beijing, con la asistencia de 29 mandatarios y de delegados de 130 países, donde postuló la iniciativa como un componente de su visión de las nuevas oportunidades globales que se abrían con la transformación del sistema internacional (Piper, 2018:3).

En este contexto, es de señalar que en los últimos años se puede observar la emergencia progresiva de un centro geo-económico en Eurasia en torno a China y Rusia, ya no como una “alianza defensiva” sino como un nuevo centro de desarrollo que apunta a convertirse en una alternativa al centro euro-atlántico (Karaganov, 2018:89). En tanto, como señalábamos inicialmente, una masiva redistribución del poder se está produciendo a nivel global, con repercusiones en la esfera cultural e ideológica, a partir de 2011-2012 va emergiendo una narrativa distintiva que se aleja de la tradición eurocéntrica, en el marco de la construcción de un nuevo proyecto geopolítico, geo-económico y civilizatorio (o geo-cultural según Karaganov) que integra y asimila viejas y nuevas tendencias. En esta perspectiva, la asociación o la comunidad asociada al proyecto de la Gran Eurasia (GEP) es, antes que nada, un marco conceptual que marca la dirección para la interacción entre los estados del continente, promoviendo la revitalización conjunta a nivel económico, político y cultural de los países de la región para convertir a Eurasia en un centro económico y político global. En este sentido, la Gran Eurasia es una comunidad geo-económica que se materializa combinando varias tendencias en curso – la del “Asia por Asia”, la del pivote chino hacia el Oeste a través de la BRI, su articulación con la Unión Económicas Euroasiática y la reorientación de Rusia hacia el Este. Como tal, se plantea como un espacio de cooperación civilizatoria que se restaura luego de siglos de postergación y que a la vez da lugar a la creación de una nueva comunidad geo-estratégica que configura un espacio pan-eurasiático de desarrollo, cooperación, paz y seguridad, funcional, en principio, para superar las tensiones y divergencias heredadas de la Guerra fría, para prevenir nuevos conflictos y para regular desacuerdos y contradicciones entre los miembros de la asociación.

Una de sus funciones potenciales fundamentales es incorporar de lleno a China en conexiones, vínculos cooperativos, equilibrios y acuerdos con el propósito de que no sea percibida como un hegemón potencial por otros países asiáticos. En este sentido, desde una perspectiva

rusa, Karaganov plantea una serie de principios sobre los cuales debe construirse la comunidad eurasiática (2018:90-91), resaltando su rol crucial como proveedor de seguridad, para lo cual el principal mecanismo sería la OCS. Por otra parte, el proyecto de la Gran Eurasia implica una serie de proyectos liderados inicialmente por el tándem China-Rusia, en el marco de un diálogo multilateral. En este marco, la alianza entre China y Rusia “ha devenido en una realidad objetiva, aunque no haya sido formalizada”, en la medida en que los dos países se complementan: China ha sobrepasado a los EEUU en PIB y tiende a convertirse en la primera economía mundial, mientras que Rusia es una de las dos potencias que lideran al mundo en términos de poderío militar (Karaganov, 2018:89).

Esta visión optimista, desde una perspectiva rusa, de Karaganov, contrasta con otros análisis, donde la interrogante clave sigue siendo si existe una asociación estratégica efectiva entre China y Rusia como socios igualitarios y, de ser así, cuáles son sus alcances.

Para principios de 2016, la experta china Fu Ying (2016: 95) aún señalaba que, sin embargo, desde el final de la Guerra Fría, dos puntos de vista principales han tendido a definir las evaluaciones occidentales de la relación chino-rusa y las predicciones de su futuro. La primera opinión sostenía que el vínculo entre Pekín y Moscú era vulnerable, contingente y estaba marcado por incertidumbres como un “matrimonio de conveniencia” – para usar la frase preferida por muchos defensores de este argumento –, quienes consideraban que es poco probable que los dos países desarrollen un vínculo más estrecho del alcanzado y que es muy posible que comiencen a distanciarse a mediano plazo. En esta perspectiva, muchos analistas occidentales descartan que los niveles de cooperación entre ambas naciones avancen en tanto no son más que una fachada que esconde profundos sentimientos de desconfianza y de suspicacia mutuos y en cuyo marco, las contradicciones prevalecen sobre las coincidencias (Rolland, 2019a: 1).

El otro punto de vista postulaba que los factores estratégicos e incluso ideológicos forman la base de los lazos chino-rusos y predecía que los dos países – en tanto ambos ven a los Estados Unidos como un posible obstáculo para sus objetivos – eventualmente formarían un alianza antioccidental y antiestadounidense. En este sentido, la evidencia apunta a una creciente profundización de un condominio entre las dos potencias, particularmente en el marco de Eurasia, bajo una percepción común de una amenaza occidental en los extremos del continente eurasiático: las alianzas de EEUU y su presencia en Asia del Este para

China, y la OTAN y el poder normativo de la UE en Occidente para Rusia. En la medida que ambas potencias consideran a Eurasia como su “patio trasero” y aspiran a incrementar su influencia en la región, la contención y, eventualmente, la supresión de la amenaza euro-atlántica se vuelve crucial para el crecimiento y la proyección de ambas naciones como potencias (Rolland, 2019a:1).

Ninguna de las dos perspectivas captura, sin embargo, con precisión la verdadera naturaleza de la relación. La relación chino-rusa es una asociación estratégica estable y de ninguna manera se limita a ser un matrimonio de conveniencia: es compleja, sólida y está profundamente arraigada. Los cambios en las relaciones internacionales desde el final de la Guerra Fría solo han acercado a los dos países, en tanto ambos son percibidos por Washington como potencias rivales⁴⁶. Algunos analistas y funcionarios occidentales han especulado (y quizás incluso han esperado) que los conflictos en curso en Siria y Ucrania, en los que Rusia se ha involucrado en gran medida, provocaran tensiones entre Pekín y Moscú, o incluso una ruptura. Sin embargo, eso no ha sucedido.

De hecho, en la medida que China y Rusia han focalizado sus esfuerzos conjuntos en Eurasia y han desarrollado iniciativas muy elaboradas para expandir su influencia y reafirmar su primacía, aparentemente la competencia entre los dos países ha sido desplazada y relegada por una creciente cooperación, y ha dado lugar a que se juegue “la carta cooperativa” para transformar la región en un ámbito de influencia compartida, por lo menos hasta tanto Rusia perciba que China pueda convertirse en una amenaza a sus intereses y ambiciones (Rolland, 2019b:6-7). Como señala un analista chino, la relación entre China y Rusia ha permanecido libre de interferencias y de impactos, pese a que el presidente Trump ha tratado de impulsar tácticamente “la contención de China con Rusia” o el “alejamiento de Rusia con China”⁴⁷.

Sin embargo, China no tiene interés en conformar una alianza formal con Rusia, ni en constituir un bloque antioccidental o anti-EEUU de cualquier tipo. Más bien, Beijing espera que China y Rusia puedan mantener su relación de manera tal que proporcione un ambiente

46 Trenin, Dmitri (March 19 2018) “Dynamism Hallmark of China-Russia Relations”, Carnegie Moscow Center, en *China Daily*, <https://carnegie.ru/2018/03/19/dynamism-hallmark-of-china-russia-relations-pub-75821> Recuperado el 30 de marzo de 2019.

47 Mingwen, Zhao (06-07-2018) “China-Russia Relationship: Full of Strong Endogenous Dynamics”, en *China Institute of International Relations*, en http://www.ciiis.org.cn/english/2018-06/07/content_40375418.html Recuperado el 30 de marzo de 2019.

seguro para que los dos grandes vecinos logren sus objetivos de desarrollo y se apoyen mutuamente a través de una cooperación beneficiosa para ambos, ofreciendo un modelo sobre cómo pueden gestionar sus diferencias y cooperar en acciones y mecanismos que fortalezcan el sistema internacional (Fu Ying, 2016:96-97). En este sentido Fu Ying agrega “El orden internacional actual es la piedra angular de la estabilidad global. Pero no es perfecto. En 2005, China y Rusia emitieron una declaración conjunta sobre “el orden internacional en el siglo XXI”, que postuló la necesidad de que el sistema internacional se vuelva más justo, basando su legitimidad en los principios y normas del derecho internacional. La declaración dejó en claro que Beijing y Moscú ven la evolución de sus relaciones – de la desconfianza y la competencia a la asociación y la cooperación – como un modelo de cómo los países pueden manejar sus diferencias y trabajar conjuntamente en áreas de acuerdo de una manera que apoye el orden global y reduzca la posibilidad de que el mundo se sumerja en un conflicto bélico entre potencias” (Fu Ying, 2016: 105). En este contexto, la convergencia estratégica entre Rusia y China de los últimos años en torno a Eurasia, se manifiesta no sólo en un marcado incremento de la cooperación militar, energética y económica y en el rol que asumen conjuntamente – pese a algunas tensiones en torno a la coordinación de proyectos económicos – como garantes de la seguridad de los países del Asia Central (Milosevic-Juaristi, 2019), sino también en su papel como constructores de un orden multipolar como “una red de un nuevo tipo de relaciones entre estados que no está dirigida contra terceros y que se rige por los principios de la igualdad, la no injerencia y el respeto por los intereses mutuos” (Silaev & Sushentzev, 2017:4). En este sentido, la gran convergencia conceptual – siendo que ni una ni otra nación orientan prioritariamente su política exterior por elementos ideológicos sino por un alto grado de pragmatismo – se da en torno a la caracterización del sistema internacional como un sistema multipolar, en cuyo seno emergen centros de gravedad geopolítica que se diferencian y, eventualmente, se enfrentan con el núcleo Atlanticista/Occidental (Yılmaz & Changming, 2018:259-265).

En realidad, en este marco, es indudable que en los años más recientes la convergencia y la cooperación entre ambas naciones se ha acentuado, en la misma medida que la formulación de las respectivas identidades nacionales y su proyección internacional han ido reformulándose. Sin embargo, hace un lustro, Rozman (2014: 270) planteaba que el pensamiento chino está basado en una visión que divide al mundo entre Occidente y Oriente, mientras que Rusia es conducida por el deseo eurasiático de convertirse en una “importante tercera civilización” o,

por lo menos, en una potencia relevante con capacidad de incidencia en el sistema internacional. El “*China dream*” es, en este sentido, parte de una visión que, en el caso chino, se deslinda de Occidente, mientras que la percepción rusa se basa en una visión de su misión civilizatoria, que no se desliga de su componente europeo. Ambas percepciones pueden generar tensiones a nivel regional, pero convergen en la diferenciación y el deslinde con Occidente a nivel global. Pero como afirma Sakwa, la apelación de China al “espíritu de Shanghai” de cooperación y de creación de situaciones *win-win* en la construcción de la Gran Eurasia ayuda a que las potenciales y, eventualmente, irreductibles diferencias, especialmente a nivel regional, sean tratadas en el marco del diálogo más que de una confrontación absoluta (Sakwa, 2017:299), por lo menos en el corto y mediano plazo.

Por otra parte, como vimos, más allá del debate entre los analistas y los intelectuales rusos sobre la identidad nacional, el eurasianismo y la eventual misión civilizatoria de Rusia, lo que ha prevalecido en la política exterior rusa a partir de 2012, es un enfoque pragmático sobre la integración eurasiática en función de los intereses del Kremlin. En esta visión se reafirma el papel de liderazgo de Rusia, pero no necesariamente esta afirmación viene acompañada de una “gran visión” sobre su misión civilizadora. Este es un punto importante a destacar en tanto marca una clara diferencia entre el realismo y el pragmatismo de Putin y las ambiciosas cosmovisiones acerca del papel de Rusia en el mundo al estilo de Dugin y de Prokhanov (Yılmaz & Changming, 2018)

Adicionalmente, pese a la convergencia en torno a la necesidad de mantener a los EEUU alejados de la región y de las fronteras donde se producen focos geopolíticos de tensión – la frontera de Rusia con Ucrania y con Europa Oriental con la potencial amenaza de la OTAN, y el Mar del Sur donde China ve una amenaza a sus intereses por parte de los EEUU y del “Quad” –, China – en función de su crecimiento y expansión frente a una Rusia reducida en su territorialidad y expansión desde el fin de la época soviética, ve a esta última como un “hermano menor”⁴⁸, percepción que probablemente no sea compartida por la elite política de Moscú en sus aspiraciones de restaurar a Rusia como

48 Shuiji, Zhen (2019) “Después de la Guerra Fría, China y Rusia se unieron para enfrentar a los EEUU”, Hong Kong, 6 de febrero de 2019, <http://cn.rfi.fr/%E4%B8%AD%E5%9B%BD/20190206-%E5%86%B7%E6%88%98%E5%90%8E%E4%B8%AD%E4%BF%84%E5%86%8D%E8%81%94%E6%89%8B%E6%8A%97%E7%BE%8E%E6%83%9F%E8%BF%99%E6%AC%A1%E8%A7%92%E8%89%B2%E4%BA%92%E8%B0%83%E5%8C%97%E4%BA%AC%E6%98%AF%E8%80%81%E5%A4%A7%E5%93%A5> Recuperado el 20 de febrero de 2019.

una potencia mundial – proceso en el cual, sin embargo y más allá de las suspicacias, la “asociación estratégica integral”⁴⁹ con China es fundamental⁵⁰.

En suma, mientras que la Federación de Rusia ha ido tomando cada vez mayor distancia de su aspiración a vincularse con Europa, al mismo tiempo se ha visto obligada a reconceptualizar la noción de Eurasia basada en un nuevo enfoque y en función de una mayor vinculación con Asia y con China⁵¹. Por su parte, esta última ha comenzado, particularmente en base a la iniciativa del OBOR/BRI, un proceso de creciente proyección y expansión hacia el Oeste en busca del desarrollo de sus territorios occidentales, con el fin de lograr un mayor acceso a los mercados tanto de Asia Central como de Europa, y con el propósito de promover una estrategia de seguridad necesaria para evitar la amenaza terrorista de algunos movimientos fundamentalistas y, en particular, de las reivindicaciones autonomistas de la etnia musulmana uigur, algunos de cuyos miembros se han relacionado con ISIS y han participado en el conflicto en Siria (Ramón-Berjano, 2017).

Sin embargo, junto a las relaciones económicas, que están creciendo significativamente⁵², Rusia y China han tenido éxito en la formación de

49 Escobar, Pepe (12 de junio de 2019) “Putin y Xi Jinping recortarán el dólar estadounidense del comercio eurasiático. La élite de Estados Unidos entra en pánico”, en *News Front*, <https://es.news-front.info/2019/06/12/putin-y-xi-jinping-recortaran-el-dolar-estadounidense-del-comercio-euroasiatico-la-elite-de-estados-unidos-entra-en-panico> Recuperado el 13 de junio de 2019.

50 En este sentido, es quizás importante destacar que el giro hacia el Este de Rusia ha implicado un cambio en los calificativos que la vinculan con Occidente y el China. Mientras que en el primer caso la incorporación de Rusia a una “Gran Europa” y a una relación más estrecha con la comunidad atlántica siempre implicó un papel de “socio menor”, en la perspectiva china su relación con Rusia se da en términos de una relación con un “hermano menor”. Estos matices marcan relaciones diferenciadas, pero abren interrogantes sobre el grado de subordinación que implican para Rusia, más allá de que impliquen opciones diferentes en la actual coyuntura mundial.

51 Para una breve descripción del concepto de Eurasianismo en Rusia y su influencia política, véase Laqueur (2015; 88-105); Laruelle (2012), y desde una perspectiva rusa, Maliavin (2015).

52 Según un experto ruso, el comercio entre Rusia y China se incrementó en un 25% en 2018, mientras que por primera vez las exportaciones rusas superaron las importaciones de China, en “Kitaiskie experty y chinovniki nedootzenivaiut Evraziyskiy soyuz” en, *Evrasia Ekspert*, 20 de febrero de 2019, <http://eurasia.expert/itayskie-eksperty-i-chinovniki-nedootsenivayut-evraziyskiy-soyuz-ekspert/> Recuperado el 6 de marzo de 2019. Ya vimos más arriba que las proyecciones sobre el comercio bilateral para los próximos años, superan los 200.000 millones de dólares.

una estrecha cooperación política. Como resultado de esta cooperación política, Rusia y China buscan actuar como socios “cautelosos” en las negociaciones sobre la resolución de los problemas nucleares de Irán y la República Popular Democrática de Corea (RPDC), así como de los conflictos del Mar del Sur de China y la crisis de Siria. En este sentido, es interesante subrayar que el presidente ruso Putin – a diferencia del presidente Trump – no ve la BRI como una amenaza para su país; por el contrario, considera explícitamente que las iniciativas de la UEEA y de la BRI deben ser combinadas y son complementarias⁵³, tema sobre el que abundaremos más adelante.

En este marco, Rusia y China convergen en la construcción de un espacio que excluye a los Estados Unidos y que debilita la capacidad estadounidense para influir en la región, mientras que la consolidación de un nuevo núcleo a través de la construcción de la Gran Eurasia la convierte en un centro potencial de dinamismo económico y de cooperación política que afectará el futuro de la dinámica global, configurando un espacio “donde va a tener lugar la mayor acción geopolítica en el mundo a medida que avanzamos más en el siglo XXI”, como argumentó un analista recientemente⁵⁴.

En el marco de la compleja interrelación entre las diversas iniciativas promovidas por la República Popular China y por la Federación Rusa, como ya mencionamos, las consideraciones estratégicas fundamentales de la política del “pivote Asia” impulsada por la administración Obama, en su momento, y destinada a reforzar la presencia estadounidense en el sudeste asiático a través del *Trans-Pacific Partnership* (TPP) con el propósito de contener el crecimiento del poder chino (Serbin, 2016b), se ven frustradas con la cancelación del tratado por parte del Presidente Trump y generan un vacío que es rápidamente ocupado por China, convertida ahora en el centro de Eurasia como una potencia económica mundial. A la vez, Eurasia reúne, junto a China, también a Rusia, Irán, Turquía, Kazajstán, y a varios otros actores relevantes de la región – de los cuales la India destaca por su peso –, vinculados en el nuevo contexto mundial, con diferentes matices, por la desconfianza compartida acerca de las aspiraciones globales de los Estados Unidos y los esfuerzos históricos occidentales anteriores de dominar la región.

53 Sahakyan, Mher (December 18 2017) “Rethinking Russia’s Return to Global Big Policy”, *Modern Diplomacy*, <http://moderndiplomacy.eu/2017/12/18/rethinking-russia-s-return-to-global-big-policy/>

54 Fuller, Graham (September 18 2016) “What is Eurasianism?”, en *LobeLog*, en <https://lobelog.com/what-is-eurasianism> Recuperado el 23 de febrero de 2019.

Como lo observó Brzezinski (1997) en su momento, una de las condiciones para que los Estados Unidos pudieran conservar su hegemonía mundial consistía en impedir, a toda costa, el surgimiento de un polo competitivo y contencioso en la región de Eurasia. Sin embargo, como señalamos, Karaganov – entre otros analistas – da como un hecho el surgimiento de un segundo polo en la Eurasia no-occidental, con el establecimiento de nuevas instituciones, en donde Rusia y China “necesitan formar y servir como el centro de una estructura internacional que pueda neutralizar y, hasta cierto punto, estructurar los efectos negativos de la política de los Estados Unidos, actuando como un estabilizador externo de sus acciones en la arena internacional” (Karaganov, 2018:91).

En los últimos años Rusia y China se han embarcado en una serie de ambiciosos proyectos para integrar la masa continental euroasiática, del cual la BRI es sólo una pieza, aunque eventualmente la de mayor envergadura dado su músculo comercial y financiero. Rusia ha creado la Unión Económica Euroasiática (UEEA) con el objetivo estratégico de generar un bloque geopolítico bajo su supremacía, como una forma de preservar su “exterior cercano” (ближнее зарубежье) después del colapso de la URSS (de Pedro, 2017). Con un enfoque diferente, China ha promovido la BRI con el objetivo de utilizar el poder financiero de China para la integración física y económica de Eurasia, con China como su núcleo y referente principal (Rolland, 2017). En mayo de 2015, en una declaración conjunta, Moscú y Beijing anunciaron un ambicioso proyecto político sino-ruso, que hace converger la UEEA y la BRI (Duchate et al, 2017). Como ha sido mencionado por un analista: “Esta declaración fue el resultado de un compromiso razonable – Moscú aceptó el papel activo de China en Eurasia, y Beijing acordó tratar la UEEA como una parte negociadora en igualdad de condiciones” (Kusnetsova, 2017), aspiración rusa que no se había cumplido en el caso de la Unión Europea (UE).

En la eventualidad de que Rusia logre consolidar la unificación de la mayoría de los estados postsoviéticos de su esfera cercana en un solo bloque económico y político, se podría conformar un nuevo polo referencial, que podría convertirse en una alternativa a los modelos políticos de China y de los Estados Unidos. Para ello Rusia apela a la narrativa del eurasiatismo pragmático para unir a las diferentes naciones de Eurasia bajo el paraguas de la UEEA. De hecho, esta ideología – en su versión pragmática – puede ofrecer una oportunidad para varios estados que no fueron incluidos en otros mecanismos de integración proyectados e impulsados por Occidente. Asimismo, si Rusia y China son capaces

de armonizar la UEEA con la BRI china, se puede conformar un nuevo referente geopolítico regional de peso decisivo en la dinámica global, que podría transformar radicalmente el orden mundial unipolar creado al final de la Guerra Fría (Sahakyan, 2017).

En todo caso, más allá de las críticas – a las que volveremos más adelante – el andamiaje institucional del proyecto de la Gran Eurasia remite a una serie de instituciones básicas: la Unión Económica Eurasiática (UEEA), la iniciativa china del “One Belt, One Road” (OBOR/BRI), y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), cuyas articulaciones analizaremos en los capítulos siguientes. A ellas se suman otras iniciativas regionales como la iniciativa de estímulo económico *NurlyZhol* de Kazajstán y la “*Steppe Road*” de Mongolia, entre otras, que contribuyen a un denso entramado de creciente conectividad euroasiática.

Capítulo 6

El entramado institucional de la Gran Eurasia

La Unión Económica Eurasiática (UEEA)

Un componente fundamental del viraje de la política exterior rusa hacia el Este se vinculó al concepto de Eurasia – un término que, como ya señalamos, se caracteriza por la ambigüedad e imprecisión en términos de su definición geográfica, pero que es relevante como parte del imaginario geopolítico ruso –, cuando, en 2015, se institucionalizó con la conformación de la Unión Económica Eurasiática (UEEA), una organización que se convirtió en una importante estructura en la estrategia externa rusa, no sólo como un área de comercio sino como un componente fundamental de las concepciones de Moscú en torno al orden regional (Lewis, 2019:1614).

Previa a la creación de la UEEA, sobre la base de la Comunidad Independiente de Estados (CIE), a mediados de la década del noventa del siglo pasado, se desarrollaron reiterados intentos de promover alguna modalidad de integración económica entre las principales repúblicas ex soviéticas, intentos frustrados básicamente por la reticencia de Ucrania, considerado por Moscú, sin embargo, como un socio imprescindible en cualquier iniciativa de este tipo. En 1995 se firmó un acuerdo sobre una unión aduanera entre Rusia y Bielorrusia, seguida el año siguiente por un acuerdo de profundización de la integración económica y humanitaria entre Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Rusia, acuerdo al que se sumó en 1999 Tayikistán. Sin embargo, los desacuerdos sobre el proceso de toma de decisiones y sobre la creación de normas supranacionales encontraron resistencia por parte de algunos miembros. No obstante, en octubre de 2000 Rusia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán firmaron un acuerdo para crear la Comunidad Económica Euroasiática (CEEA), a la que se sumaron como observadores en 2002 Ucrania y Moldavia y finalmente Armenia, planteándose que sus miembros ingresaran en la OMC. La creación de un Espacio Económico Único (EEU) entre Rusia, Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania se inició en 2003, pero Ucrania abandonó las conversaciones en 2004 luego de la

“revolución naranja” y el espacio económico común quedo reducido a la “*troika*” – Rusia, Bielorrusia y Kazajistán –, quiénes en diciembre de 2009, en una cumbre en Alma Ata, aprobaron la creación del EEU para el 2012 y diseñaron un plan de acción para concretarla. El espacio logró atraer a otros miembros pertenecientes a la Unión Económica de Asia Central (UEAC).

Finalmente, ambos espacios convergieron en la Unión Económica Euroasiática (UEEA), al firmarse en mayo de 2014 un tratado fundacional entre los países de la “*troika*” que entró en vigencia en enero de 2015 (Bogaturov, 2018: 321-324). Ese mismo año se incorporaron Armenia y Kirguistán, representando en conjunto una población de 183 millones de habitantes, un PIB combinado de US\$ 2.200 mil billones, y un intercambio de bienes de US\$900 mil millones (Piper, 2018:4). Es de señalar que en el marco de este proceso, el fracaso de Moscú de convertir a Ucrania en un componente de su integración económica en Eurasia fue un duro golpe para las ambiciones de la política exterior rusa, en tanto que a partir de los inicios de la primera década del siglo, bajo la presión de las potencias occidentales y de la OTAN por un lado, y de la incipiente expansión económica china hacia Asia Central por otro, su influencia en el ámbito regional se veía amenazada y potencialmente afectada. Con la creación de la UEEA, Rusia apuntó, sin embargo, a incrementar su propio peso e influencia en los asuntos mundiales, tomando en cuenta que podía facilitar el comercio mundial y la interdependencia que imponía la globalización (Perovic, 2018:1-2).

Es por ello que inicialmente, la creación de la UEEA respondía a un interés geopolítico de Rusia, mientras que la participación de los restantes miembros de la organización respondía a una combinación de intereses económicos, políticos y de seguridad. La mayoría de estos miembros es más dependiente de Moscú que ésta de ellos, en tanto Rusia representa un 87% del total del PIB y el 80% de la población de la UEEA, sin mencionar que el gasto militar combinado de Kazajistán, Armenia, Kirguistán y Bielorrusia sólo representa el 4% del gasto ruso. Las marcadas asimetrías entre Rusia y los restantes miembros hace que el costo de una posible retirada de la organización, en términos económicos y de seguridad, de cada uno de éstos puede ser muy alto. Sin embargo, este cuadro no implica que estos miembros no tuvieran suficiente capacidad de negociación con el Kremlin, ni un cierto grado de autonomía. Una posible salida de la organización representa un costo y una amenaza a los intereses rusos y Rusia hará lo posible para impedirla, por lo cual tolera este grado de autonomía. Un ejemplo muy

ilustrativo de esta autonomía se da en el caso de Kazajstán, que ha firmado acuerdos y tiene un intercambio comercial muy importante tanto con la Unión Europea como con China (Perovic, 2018b).

Por otra parte, los objetivos geopolíticos originarios de Moscú al impulsar la creación de la UEEA, han sido progresivamente articulados a una creciente integración económica y a un intercambio con otros países, en particular con la RPCh.

Oficialmente, la integración económica en la UEEA apunta a desarrollar una cooperación y una modernización integral, y a incrementar la competitividad de las economías nacionales creando condiciones para un desarrollo estable con el propósito de mejorar la calidad de vida de la población de los estados miembros. Pero, la UEEA es principalmente una organización internacional para la integración económica regional establecida por el Tratado de la Unión Económica Eurasiática.

La creación de una Unión Eurasiática, modelada en base a la Unión Europea, comenzó a cobrar forma por iniciativa del presidente Putin en 2005 en un discurso en la Duma en abril de ese año, cuando se refirió a la necesidad de superar “la peor catástrofe geopolítica del siglo” – el derrumbe de la URSS –, y de comenzar la construcción de un proceso de integración. Hacia 2011, Putin avanza en perfilar el proyecto de una Unión Eurasiática como una poderosa unión supranacional que pueda devenir en uno de los polos del mundo moderno y que pueda actuar como el vínculo entre Europa y el dinamismo del Asia-Pacífico.

Previamente, el 27 de noviembre de 2009, Kazajstán, Bielorrusia y Rusia acordaron formar una unión aduanera que debería entrar en vigencia en enero de 2010, pero que entró a operar el 1 de julio de 2011, con la eliminación por parte de los tres estados de fronteras tarifarias. En julio de 2012 se estableció la Comisión Económica Euroasiática (CEEAA) y en 2015 nació la Unión Euroasiática “que sería similar a la Unión Europea (UE) pero se enfocaría más en la unión económica para evitar divisiones y diferencias político-militares e ideológico-culturales” (Mostafá & Mahmood, 2018:165).

El tratado creando la UEEA fue firmado el 29 de mayo de 2014 en Astaná, por los mandatarios de los tres países. La UEEA se expandió con la incorporación posterior de Armenia, preocupada por la potencial amenaza de sus vecinos Turquía y Azerbaiyán – con los cuales mantenía largas e históricas disputas y urgida de mantener el abastecimiento de petróleo y gas ruso – y de Kirguistán – en función de sus preocupaciones de seguridad y político-militares, como así también comerciales y

económicos. Junto a estos cinco países miembros, Mongolia e India han avanzado en la firma de memorándums de entendimiento mutuo con el organismo y acuerdos para promover el comercio mutuo y mejorar las relaciones de cooperación económica y para, eventualmente, avanzar en la firma de acuerdos de libre comercio. Posteriormente, otros países como Vietnam, Irán, Egipto e Israel han expresado su interés en firmar acuerdos de cooperación y, en algunos casos, de avanzar en la firma de acuerdos de libre comercio. Y en América Latina y el Caribe, entre diciembre de 2018 y enero de 2019, se firmaron una serie de memorandos de entendimiento para el desarrollo de acuerdos de libre comercio con la UEEA. Sin embargo, la existencia de tensiones y conflictos entre los miembros originales de la UEEA dificultan una ampliación inmediata de la misma (Mostafá & Mahmood, 2018:166).

En la actualidad, desde un punto de vista económico, la UEEA se ha convertido en un proyecto bandera de la administración Putin para impulsar una integración regional en función de los términos impuestos por Rusia. La expectativa de incorporar a Ucrania no se cumplió, pero permitió a Rusia consolidar un espacio en torno al “*near abroad*” y una integración “*protectiva*” y, a la vez, mantener un peso decisivo en la formulación de la agenda regional, como principal contribuyente de la organización (Piper, 2018:4).

La mayoría de los analistas rusos y de sus países miembros consideran que la UEEA ha constituido un logro histórico y político para la región y para la agenda política de Putin. En el contexto geopolítico y geo-económico más amplio, la Unión sirve como un poderoso ejemplo de lo que Putin ha concebido para el espacio postsoviético y del relanzamiento de Rusia como una gran potencia (Sergi, 2018:59). Adicionalmente a estos objetivos geopolíticos, la Unión está basada en una agenda económica de largo plazo y, en estos dos sentidos, es un bloque regional en funcionamiento que, junto con algunos logros, detenta limitaciones importantes. Como señala Vinokurov (2017, 69), no es una perfecta “*historia exitosa*”, pero debe ser vista como una unión aduanera en actividad con una agenda adicional que enfrenta el desafío de alinear sus políticas de una manera realista con la *Belt and Road Initiative* (BRI) en función de la convergencia sino-rusa⁵⁵. De hecho, en la actualidad su primer socio comercial es China y el segundo la Unión Europea (Vinokurov, 2017:69). La consolidación de la UEEA tiene importantes implicaciones para China, en tanto condiciona sus relaciones con el organismo – como una unión

55 Para un análisis crítico de la UEEA, ver el mismo Vinokurov, 2017, y especialmente, desde una óptica occidental Dragneva y Wolczuk, 2017.

económica que no sólo se ha constituido en un mercado único, sino que también ha armonizado sus tarifas externas, logrado abolir en gran medida las barreras aduaneras internas y transfiriendo gran parte de las decisiones sobre temas aduaneros al nivel de la unión – especialmente en relación a las regulaciones que éste pueda imponer a sus vínculos económicos externos y a su comercio extrarregional, a la vez de constituirse en un interlocutor importante en la coordinación de proyectos de infraestructura de relevancia, incrementando su margen de maniobra en la región. Por otra parte, la consolidación de la UEEA como un bloque económico le permite a su más importante miembro – la Federación Rusa, desplegar un elemento crucial en sus negociaciones con China (Perovic, 2018:3-4).

Pese a ello, la formación de la UEEA nunca fue apreciada en su justo valor por Occidente y desde la aguda crítica (en respuesta a la visión rusa de la UEEA) de la entonces Secretaria de Estado Hillary Clinton de que Rusia estaba “re-sovietizando” Europa Oriental y Asia Central en 2012, siempre ha estado sometida a una caracterización occidental como un mecanismo de dominación, control e influencia rusa sobre los ex estados soviéticos utilizando la Unión como un instrumento geopolítico (Mostafá & Mohamood, 2018:169-170). De hecho, la creación de la UEEA en enero de 2015 tuvo claro sentido geopolítico en tanto apuntó a que Eurasia se convirtiera en un pilar distintivo del sistema internacional multipolar, que pudiera entablar relaciones de igual a igual no sólo con la UE sino también con China y con Asia en general. Como señala Sakwa (2017b, 203) *“In short, the UEEA was both an end in itself, but it was also a way of mediating engagement with the other great blocs, the American-led Atlantic system and the Sinocentric Asia”*, en el marco de cierta instrumentalidad que apuntaba a ampliar el peso internacional de Rusia a través de la integración con sus vecinos en el continente eurasiático.

Es evidente que, además de cumplir un propósito de integración económica, la UEEA ha sido utilizada efectivamente por Rusia como un instrumento geopolítico tanto para asegurar un espacio de influencia propia en su entorno cercano como para garantizar la estabilidad y la seguridad regional y para consolidar su presencia militar en la región (Tzygankov, 2016:224). En busca de consolidar este espacio, el alejamiento de Ucrania y su acercamiento a la OTAN y la crisis de 2014 con la incorporación de Crimea, evidenciaron algunas de las dificultades de Rusia para preservar un espacio “protectivo” frente a Occidente, pero también abrieron la posibilidad de un giro hacia Oriente que finalmente derivó en la convergencia estratégica con China y el lanzamiento del

proyecto Gran Eurasia. Pero, en este marco, probablemente el mayor logro geopolítico para Rusia ha sido la posibilidad de instalarse como un puente entre Europa y Asia como el centro de Eurasia, y consolidar un entorno regional favorable.

Como señala Svarin (2016:132), en este sentido, la evolución del uso de Eurasia en el discurso ruso revela algunos aspectos interesantes: a lo largo de los años, Eurasia se movió de ser una vasta e indefinida región geopolítica, de la cual Rusia era una parte central, a una región que está dominada por Rusia y en la cual ésta trata crecientemente de institucionalizar su prevalencia a través de un nuevo entramado regional. Rusia considera su centralidad en Eurasia como una precondition y como un nicho desde el cual desempeñar un rol significativo en la política global, especialmente a raíz de las recientes iniciativas a favor de configurar Eurasia como una región geopolítica gobernada por vínculos institucionales legítimos, respondiendo a la tendencia global de un regionalismo institucionalizado y de la creación de organizaciones supranacionales. De esta manera, actualmente Eurasia permanece como el centro de la política exterior rusa, pero a la vez le garantiza que, con la institucionalización de la UEEA, se convierta en el motor de su propio proyecto de integración eurasiática (Svarin, 2018: 137). Como ya señalamos, el impacto de las consecuencias internacionales de la crisis con Ucrania, desplazó el interés de Rusia de otros dos espacios geopolíticos – el Euro-Atlántico y el de Asia-Pacífico (esta última sustituida por una visión del “pivote hacia Asia” en el marco de Eurasia) a esta última región, para lo cual la UEEA se convirtió en un instrumento fundamental (Svarin, 2018:138).

Por otra parte, la membrecía de Rusia en varias importantes organizaciones internacionales sirve de base para convertirla en un importante actor en Eurasia. A medida que se consolida, la UEEA es probablemente la más importante de ellas, en tanto asegura una proyección eurasiática central para la Federación Rusa. La UEEA fortalece significativamente la posición de Rusia y de sus restantes miembros en su relación con las economías más poderosas de la región, lo cual se evidencia en su proceso de articulación, iniciado en el mismo año de la creación de la UEEA, con la BRI impulsado por China. Pero fundamentalmente, la participación rusa en la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) permite la coordinación de varias iniciativas en Eurasia con Beijing, los estados de Asia Central y, con la incorporación de la India, con Nueva Delhi. Por otra parte, la participación rusa en la APEC y su vinculación con ASEAN también desempeñan un rol importante para que Rusia pueda abrirse a otros espacios, desde su

posición eurasiática (Lukin & Yakunin, 2018:104). Como ejemplo ilustrativo, para ASEAN la vinculación con la UEEA permite una inserción más profunda en una región continental de difícil acceso y de alta complejidad política, mientras que para esta última posibilita superar las limitaciones de su ubicación continental, desarrollar alianzas con los miembros de la ASEAN como plataforma para una mejor inserción en la economía mundial, para una salida hacia los mercados emergentes de Asia y para la optimización de las vías de transporte de bienes (Lissovolik, 2017:46). Ya en 2015, Putin llamó a la formación de alianzas entre la UEEA y los países miembros de ASEAN, como así también con los miembros de la OCS. La creación de una “Gran Eurasia” – como veremos más adelante – potencia estas posibilidades para todos los actores mencionados tanto a título nacional como de instituciones regionales (Kanaev, 2017:81-87).

En la actualidad, sin embargo, el proceso de vincular los procesos de integración en el marco de la UEEA y de la BRI es el componente más importante, sustantivo e inmediato en la formación del proyecto de crear una Asociación de la Gran Eurasia – proceso que se encuentra ya en pleno desarrollo (Alimov, 2018:118). Como tal, para algunos analistas, el proyecto de la asociación apunta a la construcción de un sistema macro-regional de cooperación económica y política estable, y de interacción cultural y civilizatoria en el proceso de profundización de los vínculos entre diferentes partes del continente euroasiático (Alimov, 2018:118). De hecho, algunos analistas señalan que – particularmente a partir de su progresiva recuperación económica –, el escenario más probable es que la UEEA siga profundizando los vínculos entre sus estados miembros (Perovic, 2018: 5).

Finalmente, un elemento nada desdeñable es su papel en la construcción de una narrativa de una Gran Eurasia como región. Para ello y para la configuración de un imaginario eurasiático hará falta la participación de todos los actores regionales, en lo que Diener denomina una “realidad multi-vectorial”. En ese imaginario regional sin duda Rusia seguirá teniendo un rol prominente (Diener, 2014:99).

La iniciativa Belt and Road (BRI) en su proyección euroasiática

Si los rasgos más importantes que lo definen se aplican con cierto grado de éxito, el OBOR/BRI⁵⁶ reforzará esta tendencia en Eurasia, y

56 Inicialmente denominado como la iniciativa “*One Belt, One Road*” (OBOR), fue

contribuirá, a la vez, a la conformación de un vasto cinturón continental del poder económico, político y militar que se extienda desde el este de Asia a Europa occidental, y desde Rusia hasta el sur de Asia e incluso a partes de África. Hasta el momento, más de 65 países se han inscrito para participar en la BRI, repartidos en cuatro regiones distintas – Asia, Oriente Medio, África y Europa (Abdenur & González, 2018:14), a las cuales, como veremos en el próximo capítulo, se suman América Latina y el Caribe.

Durante la celebración en Beijing, en mayo de 2017, del Primer Foro internacional del ambicioso proyecto OBOR/BRI – un proyecto que reactiva el corredor comercial de la ruta de la seda después de 300 años de su disolución y que vuelve a conectar a China con Europa, más allá de la creciente importancia geo-económica y de la primacía actual del Asia Pacífico, un nuevo referente geoestratégico mundial surge con la reactivación de Eurasia como un factor potencial de dinamismo económico y un pivote geopolítico clave en el sistema internacional. Mientras la presencia estratégica marítima y la influencia de China crece en el Pacífico y en particular en el Mar del Sur de China⁵⁷, profundizando las ya existentes tensiones y percepciones de amenazas a la seguridad, tanto por parte de los Estados Unidos como por los países vecinos de la zona, esta iniciativa es más ambiciosa y compleja en su proyección continental al alcanzar diferentes regiones, incluyendo Europa.

La BRI se promulgó, desde 2013, en el marco de un espíritu de inclusión, acompañado de un discurso sobre la importancia de la conectividad regional y se ha convertido en el núcleo central de la estrategia de la política exterior de Xi Jinping (Rolland, 2019a). Sin embargo, considerando el peso regional de China, existen profundas asimetrías en la región euroasiática que afectan su implementación. El impacto de este realineamiento geopolítico de gran alcance y sus implicaciones aún es ambiguo y remoto, no sólo en términos de sus costos, sino también en relación a las resistencias y, potencialmente, a los conflictos que puede provocar o agravar, en particular con algunas de las repúblicas de Asia Central postsoviética (Cooley, 2012). Sin

rebautizada por Beijing como la “*Belt and Road Initiative*” (BRI), ya que la primera hería algunas sensibilidades entre los socios y beneficiarios. De aquí en adelante, usaremos el término BRI para identificar la iniciativa.

57 Tengesdal, Kjell (6 de marzo de 2018) “One Belt-One Road and the South China Sea: Xi Jinping’s Priorities”, en *Modern Diplomacy*, en <https://modern diplomacy.eu/2018/03/06/one-belt-one-road-and-the-south-china-sea-xi-jingpings-priorities/> Recuperado el 3 de marzo de 2019.

embargo, está claro que los conflictos regionales y las potencialidades de la conectividad regional – en términos de la facilitación de los flujos comerciales, financieros, de información y de personas – son los principales rasgos que caracterizan la aparición de la concepción del proyecto de la Gran Eurasia, reforzado por la confluencia de la UEEA y la BRI. Independientemente de la proyección general de esta última iniciativa y de las acciones complementarias que asuman otros actores y organizaciones de la región, los rasgos distintivos de la gobernanza que surja de ella jugarán un papel clave en el rediseño y en los cambios de las instituciones, las normas y las prácticas a través de Eurasia y, probablemente, más allá de ella a nivel global (Abdenur & Gonzalez, 2018:15).

La convergencia entre la BRI (resistido por la India por las conexiones que establece entre China y Pakistán) y la Unión Económica Euroasiática (UEEA), suma además a la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) creada y diseñada inicialmente en términos de seguridad regional entre Rusia, China y las repúblicas de Asia Central y que ha incluido progresivamente una dimensión económica – que incorpora más recientemente a la India y a Pakistán⁵⁸, y que potencialmente podría incluir a Turquía e Irán⁵⁹. La confluencia de estas tres iniciativas – BRI, UEEA y la OCS – puede potenciar y estructurar un nuevo espacio geopolítico, no sólo en términos territoriales, sino también en aspectos económicos, políticos y demográficos significativos. Sin embargo, algunos analistas señalan que la asociación estratégica entre China y Rusia en la conformación de la Gran Eurasia, probablemente pueda potenciarse fundamentalmente con la progresiva ampliación de la agenda y la revisión de la carta constitutiva de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) como plataforma de base para

58 La declaración sobre el establecimiento de la Organización de Cooperación de Shanghái fue firmada en junio de 2001 por Rusia, China, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán y cubre 300 millones de km cuadrados (aproximadamente el 60% de toda la superficie de Eurasia) y es habitada por una cuarta parte de la población mundial. El 9 de junio de 2017, India y Pakistán se adhirieron formalmente a la OSC. Cfr. Rodríguez, Ariel Noyola (24 de noviembre de 2016) “La Organización de Cooperación de Shanghái encabeza la gran transformación de Eurasia”, en *Red Voltaire*, México, <http://www.voltairenet.org/mot120564.html?lang=es>

59 Algunas medidas se han tomado recientemente en este sentido. Por un lado el acercamiento entre Rusia y Turquía en torno a Siria; la adhesión en diciembre de 2017 de Irán a la Unión Económica Euroasiática, y la Cumbre de Sochi el mismo entre las tres naciones, muestra su convergencia en torno a un eje que se opone a las potencias occidentales, y arrastra detrás de ellos, a veces con cierta renuencia, otros países de Asia Central.

convertirse en la organización central de la mega región (Karaganov, 2018:91)⁶⁰.

Mientras que China reafirma su proyección asiática no sólo con la creación del *Regional Comprehensive Economic Partnership* (RCEP) y la posibilidad de desarrollo – actualmente en estudio – de un Área de Libre Comercio del Asia Pacífico (FTAAP) como una amplia iniciativa asiática de crear un área de libre comercio bajo el liderazgo de China (Serbin, 2016a), impulsa asimismo el lanzamiento de la BRI – recuperando la antigua idea de la “ruta de la seda” en la zona de Eurasia – para vincular, a través del comercio y de la conectividad, la región más occidental de su territorio con Rusia, Asia Central y Europa, tanto mediante el desarrollo de una serie de rutas terrestres como de un corredor marítimo. En el ámbito financiero, esta iniciativa se complementa con la creación de nuevas instituciones financieras internacionales como el Banco de los BRICS y el Banco de Inversiones y de Infraestructura de Asia (AIIB), y el proceso de vinculación con África y América Latina, en este último caso a través de la inversión directa, de préstamos, de acuerdos bilaterales y del Foro de la CELAC-China (Serbin, 2017^a; 2017b; Shixue, 2017), tema sobre el que abundaremos más adelante. En esta perspectiva, el fundamento del creciente poder geopolítico de China se basa tanto en su poderío económico (Bremmer, 2016) como en el desarrollo de un entramado institucional que apuntala la globalización a través de mecanismos alternativos y en función de los intereses chinos, poniendo en cuestión algunos de los valores básicos del sistema liberal internacional pero sin renunciar a la globalización, a pesar del actual decrecimiento del comercio mundial, del proteccionismo actualmente en auge y del incremento del comercio intrarregional ya señalados. En todo caso, como señala una analista, promueve una globalización “con características chinas” (Ramón-Berjano, 2018:35)⁶¹.

El lanzamiento de la iniciativa de la BRI por Beijing impulsa una ofensiva a través de la masa continental de Eurasia mediante dos

60 A lo que añade, “*Naturally, the transformation of the SCO (expanded and developed) into a new structure will require joint efforts of all its members, primarily Russia and China, whose actions in the SCO were previously restricted by attempts to limit each other’s economic (Russia was apparently wary of China’s dominance) and security (China by all appearances did not want Russia to take leading positions) influence. At present, development is impeded by discord between China and India*” (Karaganov, 2018:91).

61 Ver también al respecto Xulio Ríos (4 de enero de 2018) “¿Hacia una globalización con características chinas?”, en *ESGLOBAL*, <https://www.esglobal.org/hacia-una-globalizacion-caracteristicas-chinas/> Recuperado el 13 de diciembre de 2018.

grandes mecanismos: la Ruta de la Seda Marítima del siglo XXI y el cinturón económico terrestre de la Ruta de la Seda, basado en seis vías alternas. En el ámbito regional, la BRI se concentra en la parte continental de Eurasia para impulsar el comercio mediante la creación de una infraestructura sobre la base de las reservas acumuladas por el superávit comercial chino de los últimos años – que necesita ser balanceado globalmente –, pero no sólo alcanza los países de Asia Central y Rusia sino también la Unión Europea, y para su vía marítima recurre al Océano Índico.

Como un esfuerzo de la política exterior del presidente de China Xi Jinping que lleva su impronta personal, la iniciativa de la BRI impacta tanto por su relativa opacidad, como por los ambiciosos alcances que plantea – en particular una visión de una futura Eurasia, donde todos los caminos conducirían a Beijing. En tanto es un proceso abierto e inacabado, la iniciativa aún no evidencia una gran claridad en su formulación, al combinar proyectos nuevos y de más antigua data, al cubrir un área geográfica poco definida y al incluir esfuerzos combinados de consolidación de la infraestructura física, de la conectividad, del intercambio comercial y la inversión, e incluso de los vínculos culturales, según la percepción de algunos analistas estadounidenses⁶². Sin embargo, para otros analistas, más que un proyecto en concreto, la BRI debería verse como “un marco de referencia” que facilita una cooperación inclusiva basada en dos grandes pilares: la conectividad y la infraestructura (Ramón-Berjano, 2018:47).

Pese a su ambigüedad inicial, en su fase primigenia, la BRI se convierte en “el eje de la estrategia indirecta de Beijing para recuperar su predominio regional en el contexto de la intensificación de la competencia por la supremacía con los Estados Unidos” (Rolland, 2017: 178)⁶³, pero a la vez se configura como uno de los instrumentos de articulación de una “Gran Eurasia”. De hecho, Washington ha señalado que China está utilizando su red militar, comercial y de infraestructura en expansión para buscar el liderazgo mundial advirtiendo que las ambiciones

62 Center for Strategic and International Studies (CSIS) “China’s vision”, 2018, en <https://reconnectingasia.csis.org/analysis/competing-visions>

63 Como añade la autora “...the implications would be certainly far-reaching: an integrated and interconnected Eurasian continent with enduring authoritarian political systems, where China’s influence has grown to the point that it has muted any regional opposition and gained regional acquiescence, a new regional order with its distinctive political and economic institutions, whose norms and rules block the future spread of what the west claims as universal values, and a continent stronghold insulated to some degree from U.S. sea power” (Rolland, 2017:178).

globales chinas podrían socavar la seguridad de los Estados Unidos y sus aliados y que constituye una amenaza a los corredores económicos internacionales. Pero independientemente de sus aspiraciones y de sus alcances globales, la orientación euroasiática de la BRI permite a China desplegar su proyección en un espacio en donde la posible competencia por parte de otra potencia no está representada significativamente por la presencia estadounidense (como en el Mar del Sur de la China y el Asia-Pacífico en general) sino por la emergencia de una política exterior rusa focalizada en preservar su propio espacio geopolítico en Asia Central.

En diciembre de 2017, el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, replanteó el enfoque de la política de seguridad nacional de los EEUU, de la lucha contra el terrorismo como el objetivo prioritario para hacer de la gran rivalidad con China y Rusia su principal preocupación, pero las prioridades estadounidenses en relación con China parecían estar más focalizadas en su contención en el área de Asia-Pacífico que en el ámbito euroasiático⁶⁴. En un informe de enero de 2019, sin embargo, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos evaluó los esfuerzos de expansión militar y no militar de China, como la iniciativa “*Belt and Road*” y la estrategia industrial “*Made in China 2025*”, y sus implicaciones para Estados Unidos en todo el mundo (Department of Defense: 2018) que coincidió con otra evaluación detallada realizada por la Agencia de Inteligencia de la Defensa de los Estados Unidos y publicada el 15 de enero 2019 (Defense Intelligence Agency, 2019), señalando que el intento de China de adquirir armas de última generación, incluidos los bombarderos nucleares y un sistema aeroespacial de alerta temprana, tenía la intención de establecer a este país como una potencia militar global. Desde entonces, a nivel global, la Casa Blanca ha tomado una serie de medidas para contrarrestar a Beijing, incluida la guerra comercial multimillonaria actualmente en curso⁶⁵.

Al margen de estas definiciones en la política exterior de los EEUU hacia China bajo la presidencia de Trump, en los últimos cinco años

64 Rogin, Josh (December 18 2017) “Trump’s National Security Strategy marks a hawkish turn on China”, en *The Washington Post*, en <https://www.washingtonpost.com/> Recuperado el 20 de enero de 2019

65 Jingtao, Shi (16 enero 2019) “Pentagon warns of global power play behind Chinese projects such as Belt and Road Initiative”, en *South China Morning Post*, Hong Kong, <https://www.scmp.com/news/china/diplomacy/article/2182380/pentagon-warns-global-power-play-behind-chinese-projects-such> Recuperado el 20 de enero de 2019.

las críticas a la BRI han ido incrementándose, tanto en círculos occidentales como por parte de algunos analistas chinos (Rolland, 2019a). Sin embargo, el proyecto continúa siendo el núcleo de la estrategia de política exterior de China. Como señala Rolland (2019a) “*Since the 19th Chinese Communist Party Congress in October 2017, BRI has been enshrined in the party’s charter, and its corollary, the “community of shared future for the mankind” has been included in the Constitution of the People’s Republic of China since March 2018*”. En este marco, un Segundo Foro de la BRI se realizó en Beijing en abril de 2019, en seguimiento del primero convocado en la misma ciudad en mayo de 2017 con la participación de mandatarios y delegados de 130 países. Pese a las críticas y a los eventuales retrocesos en los acuerdos con algunos países⁶⁶, la iniciativa persiste como un eje fundamental de la estrategia china que no se limita a la construcción de infraestructura o al desarrollo de cooperación económica, sino que en la visión de Xi es vista en función de “mejorar el sistema de gobernanza global”. En este sentido, la BRI refleja la visión de China como una gran potencia que encabece un orden regional sino-céntrico, libre de reglas, normas y valores liberales, consideradas como reliquias de un orden injusto y obsoleto impuesto por Occidente. Como tal, forma parte de la gran estrategia china y de un primer proyecto a gran escala para apuntalarla, y a la vez, configura una gran narrativa que se complementa con la noción de la Gran Eurasia y que contribuye a una reconfiguración del futuro mapa político en las regiones adyacentes y, en especial, en Eurasia (Piper, 2018; Zeng, 2019).

La BRI se ha convertido, en esa región y en el mundo, en el eje de la política exterior china para el actual siglo, apoyada por un enorme aporte financiero, diplomático y de recursos económicos, pero el consiguiente activismo de China en Eurasia – una región en donde Rusia ha desempeñado un papel protagónico – puede producir fricciones y tensiones a pesar de la convergencia estratégica entre Moscú y Beijing, como veremos más adelante. En el caso de Eurasia, la BRI, a la vez de delimitar una presencia espacial, desarrolla un “poder de conectividad” como parte de su estrategia, e impulsa nuevas normas y estructuras institucionales, respaldadas por un poder discursivo que establece un

66 Ver al respecto Haenle, Paul; Dmitri Trenin, Aleksandr Gabuev, Tomás Valásek, Dershana Baruah, Feng Yujun, & Mia Bin (25 de abril de 2019) “How Are Various Countries Responding to China’s Belt and Road Initiative?”, en *Carnegie-Tsinghua Center for Global Policy*, en https://carnegietsinghua.org/2019/04/25/how-are-various-countries-responding-to-china-s-belt-and-road-initiative-pub-79002?mkt_tok=eyJpIjoiTIR/ME9. Recuperado el 8 de mayo de 2019.

marco conceptual e ideacional para las iniciativas chinas de conectividad. Como señala Piper “*China has understood how the connectivity vocabulary can become its distinctive contribution to shape globalisation in China terms*”, haciendo énfasis en la cooperación win-win y la “comunidad de destino de la humanidad” (Piper, 2018:4) para toda la región pero entendiendo que las interlocuciones a este fin se desarrollan fundamentalmente con las potencias más representativas de la misma, en este caso Rusia. La BRI y las crecientes relaciones bilaterales con Beijing pueden ser problemáticas para Asia Central en tanto amenazan una agenda proteccionista de Moscú en la región – particularmente en el marco de UEEA – en cuanto plantean una interacción económica más abierta en el ámbito euroasiático. De hecho, en la medida que la BRI es en cierta medida complementaria a los intereses de los países del Asia Central, ha funcionado a favor de Beijing⁶⁷, posibilitando tanto su capacidad de maniobra entre las dos potencias como la utilización de oportunidades económicas en un marco bilateral.

La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS)

Bajo el liderazgo de Rusia y China en base a conversaciones iniciadas en la década del ochenta (Erdogan, 2018:937), la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), fue creada en 2001 sobre la base del mecanismo de los “Cinco de Shanghái” establecida en 1996⁶⁸, del cual fue la sucesora (McDougall, 2016: 300; Kay, 2003:135). La OCS nació con la participación de China, Rusia, y todas las repúblicas del Asia Central – Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán – como miembros, – con la excepción de Turkmenistán –, como una plataforma multilateral para los países del Asia Central en la gestión de sus relaciones con los dos estados más prominentes, posibilitando el desarrollo de un equilibrio entre éstos en la región (Erdogan, 2018:937). Oficialmente su propósito inicial fue promover la confianza, la estabilidad y el mutuo entendimiento entre sus miembros, incluyendo

67 Clarke, Michael (September 10 2015) “Understanding China’s Eurasian Pivot”, en *The Diplomat*, <https://thediplomat.com/2015/09/understanding-chinas-eurasian-pivot/?allpages=yes&print=yes> Recuperado el 12 de marzo de 2019.

68 El “Grupo de los cinco” impulsó dos importantes acuerdos en 1996 y 1997 firmados en Shanghái y en Moscú, respectivamente, sobre reducción de tropas a 100 km. de sus respectivas fronteras, sobre la implementación de medidas de confianza mutua en el área de seguridad, y tres países de Asia Central ofrecieron a China garantías de que no apoyarían el separatismo iughur y que respaldarían a Beijing en este tema (Erdogan, 2018:937).

la construcción de confianza en la esfera militar y la mutua reducción de las fuerzas armadas en las zonas fronterizas (Kay, 2003:135). La Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) se creó como una asociación multilateral con el fin de garantizar la seguridad y mantener la estabilidad en la región de Eurasia, unir fuerzas que contrarresten los retos y amenazas emergentes y mejorar el comercio, además de la cooperación cultural y humanitaria. Al reforzar la cooperación de beneficio mutuo, prevenir la confrontación y los conflictos y mantener la seguridad igualitaria e indivisible, la OCS se planteó adicionalmente como aspiración crear un orden mundial justo y policéntrico, de plena conformidad con las normas del derecho internacional y los principios del respeto mutuo, respondiendo a los intereses de todos y cada uno de los Estados, teniendo en cuenta sus necesidades y aspiraciones mutuas. La OCS, como una organización multinacional y multicultural, se esfuerza por impedir el choque de civilizaciones en todas sus respectivas regiones y adhiere a los principios de apertura sin pretender formar alianzas ni dirigir sus acciones contra ninguna entidad soberana (Alimov, 2017). Es de notar, en este sentido, que en la OCS coexisten diversas prácticas y creencias religiosas, incluidos el confucianismo, el taoísmo, el budismo, la ortodoxia rusa, diversas vertientes del cristianismo, el Islam y el hinduismo.

Significativamente, desde su fundación sus dos idiomas oficiales de trabajo han sido el ruso y el mandarín (Faure, 2017:61). Las contribuciones financieras de China y Rusia a la OCS son las más importantes y son equivalentes, aunque Beijing lleva un peso financiero mayor como principal fuente de financiamiento de algunos proyectos relevantes para la organización y ha contribuido a impulsar su desarrollo institucional y conceptual. De hecho, la OCS es la única organización regional en la que China ha tenido un rol crucial en su formación (Erdogan, 2018:937-938). La decisión de ubicar el secretariado en Beijing respondió a que China ofrecía mejores condiciones, mientras que uno de los principales órganos de la OCS – la Estructura Regional Anti-Terrorista – estableció la base de sus operaciones en Tashkent (Lukin, 2018:168). Desde su creación y con la incorporación posterior de otros miembros, la OCS se configuró como la organización regional más grande a nivel mundial.

Es necesario ubicar la creación y desarrollo inicial de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) en una coyuntura particularmente delicada en la región, con una presencia militar estadounidense exacerbada en su momento por el 11 de septiembre de 2001, con la instalación de bases militares y la presencia de tropas estadounidenses en Uzbekistán y en Kirguistán y la utilización del espacio aéreo de Asia Central para

abastecer a las tropas combatientes primero contra los talibanes en Afganistán y luego para asegurar un apoyo a las tropas que invadieron Irak en 2003. La evidente debilidad de la Rusia post-*perestroika* en esa coyuntura y su afán por establecer un vínculo de igual a igual con Occidente, propiciaba circunstancialmente un incremento significativo de las tropas de EEUU y de la presencia de la OTAN en la región y, en particular en las ex repúblicas soviéticas, generando una preocupación tanto por parte de China – que percibía una amenaza directa en estos movimientos – como, de una manera menos evidente para el momento, por parte de Rusia y de los estados medianos y pequeños de la región (Bogaturov, 2018: 336-361). Es también en el contexto de esta coyuntura que se da la firma, en julio de 2001, del acuerdo de cooperación y de buena vecindad entre Moscú y Beijing, que sentó las bases para el desarrollo de una asociación político-diplomática y una fuerte cooperación militar y técnica en el marco de una competencia implícita por incrementar sus respectivas influencias en Asia Central. Las relaciones económicas bilaterales entre China y Rusia eran necesarias y prioritarias en un contexto en donde, sin embargo, primaban las asimetrías de desarrollo y de estabilidad entre ambos países (Bogaturov, 2018; 356).

Esta coyuntura inicial fue transformándose y progresivamente, a partir de la instalación en Beijing de la secretaria de la organización en 2004, el rol de la OCS fue consolidándose y evolucionando hasta alcanzar a constituir una organización fundamental de cooperación multilateral en la región, cubriendo tanto el área de seguridad, de la cooperación económica, del transporte y del intercambio humanitario y facilitando el acercamiento entre China y Rusia en la región. Desde sus inicios, hubo una coincidencia en que las tres tareas prioritarias de la organización apuntaban a enfrentar “las tres fuerzas del mal”: el terrorismo, el extremismo y los separatismos – este último tema de particular relevancia para China por las aspiraciones secesionistas de los uigures en Sinkiang; para Rusia por su conflicto en Chechenia, y para Uzbekistán y Tayikistán por su lucha con los movimientos islámicos radicales (Erdogan, 2018:938).

Sin embargo, las percepciones sobre las prioridades a establecer en la organización por parte de sus miembros difirieron. Los miembros de los países del Asia Central trataron de que la organización se focalizase asimismo en los temas económicos, mientras que China estaba principalmente orientada a la coordinación de acciones en el campo político y de la seguridad en la lucha contra el terrorismo islámico, motivada fundamentalmente por su preocupación de que algunos países del Asia Central sirvieran de base y de refugio a los separatistas

uigures. Según Bogaturov, al principio Rusia se ubicó en una posición intermedia, tratando de evitar, para el momento de la creación de la OCS, que ésta fuera vista como un bastión para enfrentar la influencia estadounidense en la región, particularmente luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 (Bogaturov, 2018:328-329).

A partir de estos propósitos iniciales, la OCS impulsó dos objetivos fundamentales: el primero relacionado con la seguridad regional y, en especial, como ya señalamos, la lucha contra “el terrorismo, el separatismo, el extremismo y el narcotráfico” (Lo, 2008:132) y el segundo vinculado con la cooperación económica a nivel regional, dando pie a los esfuerzos chinos de acrecentar su presencia económica en la región. Adicionalmente, la organización se planteaba la creación de una zona libre de armas nucleares en Asia Central (Erdogan, 2018:939). Como señala Taibó, al revés de la primera etapa de constitución de la OCS, las consideraciones sobre los temas prioritarios de la agenda se invirtieron en la medida de que “pareciera como si a Rusia le interesase más la dimensión de seguridad, en tanto China volcase mayores energías, en cambio, en lo relativo a la economía” (Taibó, 2017:133). En tanto la mayoría de los países de la región apuntan a buscar un sistema de vínculos estables con sus vecinos, potenciando sus propias capacidades y, a la vez, facilitando la resolución de problemas regionales (Alimov, 2018:114), la OCS se orientó en un principio a asegurar el primer objetivo: abordar la seguridad y la estabilidad regional, para posteriormente evolucionar hacia el desarrollo de una cooperación multilateral multifacética. En este sentido, la OCS no aspira obtener un nivel específico de integración sino más bien avanzar sistemáticamente en el sentido de articular una vía para encontrar un común denominador para resolver los problemas regionales más urgentes, con un rasgo distintivo: constituirse en una de las pocas organizaciones internacionales multipropósito construida desde el inicio como una asociación multilateral (Alimov, 2018:115)⁶⁹. Considerando la naturaleza multilateral de una participación igualitaria en la toma de decisiones consensuadas en la OCS, la búsqueda de soluciones comunes no siempre es fácil. Sin embargo, pese a esta limitación, indudablemente la OCS provee a Eurasia de un sistema de interacción e integración regional basado en normas y principios incorporados a su Carta fundacional y a los documentos conjuntos que emite, básicamente orientados a consolidar la cooperación regional. No obstante,

69 Como señala el mismo Alimov “*This universal partnership model is enshrined in the SCO Charter as one of the international association’s fundamental features*”, difiriendo de una alianza tradicional y configurando un ejemplo de una organización basada en el consenso (Alimov, 2018:115).

adicionalmente a su funcionalidad regional en Eurasia, al integrar a cuatro potencias nucleares (China, Rusia y más recientemente India y Pakistán), el formato de OCS se ha convertido en un elemento más en el apoyo al mantenimiento de la estabilidad global (Alimov, 2018:116), particularmente si consideramos la siempre presente aspiración de la creación de un área libre de armamento nuclear.

La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) ha sido caracterizada por algunos analistas como una anti-OTAN asiática, aunque las discrepancias entre sus miembros y su enfoque regional limitan sus posibilidades de ser un contrapoder efectivo de Occidente, según algunos analistas⁷⁰. La omnipresente dimensión de seguridad de la organización ha dado lugar a debates internos sobre su potencialidad como una eventual alianza o un eje anti-occidental, pero las diferencias entre China y Rusia al respecto de este tema, han puesto en cuestión su capacidad de actuar como un contra-balance a Occidente (Lanteigne, 2018:127).

Si nos fijamos en su *poderío militar* – y a pesar de ser casi desconocida para el público occidental – la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) podría ser vista como un bloque destinado a dominar gran parte del planeta. Además del componente nuclear ya mencionado, está formada por importantes potencias como China, Rusia e India, además de Pakistán y cuatro repúblicas de Asia Central con cuantiosos recursos energéticos. Los países que la componen suman casi el 40% de la población mundial y un tercio de la economía global, además de controlar el 80% del territorio euroasiático. Adicionalmente a que cuatro de sus miembros tienen armamento nuclear, y tres de ellos – Rusia, China e India – tienen tres de los ejércitos más poderosos del mundo⁷¹. A la incorporación de India y Pakistán como miembros plenos el 9 de junio de 2017, se suma la participación como miembros observadores de Afganistán, Bielorrusia, Irán y Mongolia, mientras que Sri Lanka, Turquía, Azerbaiyán, Armenia, Camboya y Nepal se han incorporado con un status de “socios de diálogo”⁷², en base a una serie de criterios

70 De hecho, como veremos más adelante, el verdadero intento de crear una anti-OTAN se desplegó por parte de Rusia con la creación de la OTSC.

71 Borràs i Arumí, Javier (23 de julio de 2018) “China, Rusia e India: ¿una alianza anti-OTAN en Asia?”, en *ESGLOBAL*, <https://www.esglobal.org/china-rusia-e-india-una-alianza-anti-otan-en-asia/> Recuperado el 8 de febrero de 2019.

72 NewsFront, (10 de noviembre de 2017) “El jefe de la Organización de Cooperación de Shanghái insta a los estados de Asia Central a impulsar la cooperación”, en *NewFront*, <https://es.news-front.info/2017/11/10/el-jefe-de-la-organizacion-de-coope->

establecidos en Tashkent en 2010 que, por otra parte, facilitaron la exclusión de los EEUU (Bogaturov, 2018:360-361).

Sin embargo, la percepción en Occidente apunta a que la OCS es en realidad un potencial mecanismo de equilibrio diseñado por China y Rusia para frustrar la hegemonía global estadounidense, en la medida que su documento fundacional postula específicamente la promoción de la multipolaridad como un objetivo central de la institución, con el propósito de equilibrar el poder de los EEUU. No obstante, algunos analistas consideran que este propósito se encuentra magnificado en la percepción occidental, ya que el objetivo central original de la organización consiste en realidad en la contención de la expansión del radicalismo islámico y del terrorismo internacional asociado a éste (Kay, 2003:136) y existen manifiestas diferencias en los enfoques de China y Rusia al respecto.

En este marco, pese a las potenciales fracturas generadas por la competencia de las grandes potencias en la región, los estados eurasiáticos comparten algunos intereses importantes en torno a la cooperación multilateral. Rusia y China, al igual que algunos estados de menor tamaño como Kazajstán y Uzbekistán, tienden a mantener el *status-quo* sin que algún poder asuma un rol hegemónico, similar al de los EEUU, en función de su preocupación por el extremismo y el terrorismo internacional – una dinámica en la que eventualmente la variable crucial que afecta al multilateralismo regional es la divergencia potencial de los intereses de sus miembros (Kay, 2003:126).

Pese a que la región no es percibida habitualmente como parte del Asia Pacífico, en el involucramiento ruso en Asia Central pesan sus relaciones con China y con los Estados Unidos. Los cinco países de Asia Central (Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán) eran parte de la Unión Soviética antes de 1991. Con la disolución de la URSS, China se involucró crecientemente en Asia Central con el propósito de contener el apoyo de los pueblos túrquicos a la población musulmana de Sinkiang (conformada principalmente por la etnia uigur, con una presencia significativa asimismo de la etnia kasaja), pero también con la intención de proyectar su capacidad económica.

Por otra parte, mientras los EEUU, después de la disolución de la URSS aparentó respetar el área de influencia rusa en el llamado “ближнее зарубежье” (“*near abroad*”), la situación cambió después de septiem-

[racion-de-shanghai-insta-a-los-estados-de-asia-central-a-impulsar-la-cooperacion](#) Recuperado el 18 de noviembre de 2017.

bre 11 del 2001, en tanto Washington comenzó a desarrollar vínculos militares con varios estados de la región. Uzbekistán se convirtió, en Asia Central, en el principal aliado de los EEUU, que establecieron una presencia militar en la base de Manas en Kirguistán en 2001, asegurándose la cooperación de los otros tres estados centro-asiáticos. En esa coyuntura Rusia aceptó y eventualmente apoyó las operaciones militares de abastecimiento a las tropas estadounidenses en Afganistán como parte de su política de cooperación con los EEUU en la guerra contra el terrorismo, pero intentó mantener su influencia en la región con la creación de diversos organismos regionales, entre ellos la OCS y la ya mencionada Comunidad Económica Euroasiática, incorporada posteriormente a la UEEA.

No obstante, la tendencia estadounidense a actuar en forma unilateral llevó a la invasión a Iraq en 2003, en cuyo marco los EEUU desarrollaron acuerdos bilaterales con los estados de Asia Central, desplazando a Rusia y afectando su capacidad de mantener un peso y una influencia geopolítica en la región. Sin embargo, Moscú – que estaba desarrollando su propia campaña contra el terrorismo islámico, en cuyo marco calculaba establecer una convergencia estratégica con los EEUU, optó por crear un mecanismo propio para impulsar una comunidad regional en la “guerra contra el terror” y, en la década del noventa impulsó la creación de la Organización del Tratado Colectivo de Seguridad (OTSC o CSTO por sus siglas en inglés o ODKB en ruso). En este contexto, en 2005, los miembros de la OCS invitaron a los EEUU y a sus aliados a dar por finalizadas sus operaciones militares en Afganistán y a cancelar su presencia militar en los países de Asia Central, en función de que consideraban que la fase militar de la campaña antiterrorista había cesado. Como consecuencia – algo tardía –, en 2014 los EEUU cerraron su base aérea en Kirguistán (Erdogan, 2018:940).

La Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC)

Por otra parte, la OTSC se desarrolló como una alianza de seguridad colectiva liderada por Rusia con la participación de Armenia, Bielorrusia, Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán, con la incorporación tardía – en 2006 – y temporaria de Uzbekistán (se retiró en 2012), intentando asumir un rol de contrapeso a la OTAN en Asia Central. La OTSC opera sobre la base del Tratado de Seguridad Colectiva (TSC), un pacto de defensa mutua firmado en Tashkent, Uzbekistán, el 15 de mayo de 1992. Pese a su presidencia rotativa, sirvió a los objetivos

geopolíticos de Rusia, en tanto desarrolló una relación de dependencia en los temas de seguridad entre este país y los países del Asia Central y se afirmó como un contrapeso y un foro geopolítico para entablar una relación más igualitaria con la OTAN. De hecho, la organización ayuda a justificar la presencia militar rusa en otras ex repúblicas soviéticas, lo que mejora la influencia de Moscú y proporciona un amortiguador defensivo de las fronteras estatales rusas. Sin embargo, esta primacía rusa ha debilitado la institucionalidad de la OTSC y su legitimidad ante Occidente. Los miembros de la OTAN ven a la OTSC como un instrumento de la primacía militar rusa en la región eurasiática, en tanto según la Carta de la OTSC, sus miembros no pueden albergar bases extranjeras sin la aprobación de todos sus otros miembros, dando efectivamente a Moscú un poder de veto sobre la instalación de bases militares de la OTAN en la región. La organización también ayuda a limitar el papel militar de Beijing en lo que Moscú ve como su zona de influencia de seguridad pese a que la OTSC ha desarrollado nexos con la SCO⁷³.

En 2007, Rusia presionó a Beijing para la firma de un memorándum de entendimiento entre la OCS y la OTSC, pese a que la primera se focalizaba en temas de seguridad regional sin ser una alianza militar, mientras que la segunda, bajo el control de Rusia, sí lo era. A pesar de las diferencias en términos de membrecía, el objetivo general de ambas organizaciones, en última instancia, era similar – la estabilidad regional (Kaczmarek, 2007).

En su momento, si bien Rusia aspiraba a que la OTSC fuera el principal mecanismo de seguridad en Asia Central, no podía ignorar el peso del rol de China, de allí la importancia creciente que asume la OCS como parte de un frente unido ante la presencia estadounidense en la región. Pese a que algunos analistas consideraron, en su momento, que la OCS no podía ser considerada como un espacio estratégico en donde se sentaban las bases de un mayor acercamiento entre Rusia y China (Frost, 2009:101), de hecho, contribuyó a desarrollar las bases, con todos sus altibajos, de la posterior convergencia estratégica entre ambas naciones en Eurasia.

73 Recientemente la denuncia del Washington Post de que China había instalado una base militar en Tadjikistán despertó la preocupación de sus vecinos y, obviamente, de Rusia, en Kaktakto (20 de febrero de 2019) “The Washington Post: Kitai postroil cekretnyiu basy b Tadjikistane” en *Kaktakto*, <https://kaktakto.com/istorii/the-washington-post-kitaj-postroil-sekretnuyu-voennuyu-bazu-b-tadzhikistane/> Recuperado 6 de marzo de 2019. Sin desmentir enteramente la información, Beijing alegó que la base servía para controlar a los posibles separatistas uigures de Sinkiang.

Pese a las reticencias chinas, particularmente a partir de la propuesta rusa de hacer converger ambas organizaciones en la Cumbre de la OCS en 2014 (Lanteigne, 2018: 128), los vínculos entre la OTSC y la OCS se han incrementado en los últimos años, pero todavía están sustancialmente retrasados en comparación a la colaboración entre la OTAN y la UE. La cooperación entre la OTSC y la OCS se ha restringido principalmente a compartir información sobre el terrorismo regional y el narcotráfico. Cuando se reunieron, en el mes de junio de 2018, en ocasión de la Cumbre de la OCS en Qingdao, China, los representantes de la OTSC, la CIE y la OCS plantearon la necesidad de una mayor consolidación de esfuerzos y de mejora de la cooperación internacional contra el terrorismo basada en el centro de coordinación de la ONU y en función del estricto cumplimiento de su Carta y de las normas del derecho internacional, aunque con críticas al enfoque de la OTAN en la cooperación internacional contra el terrorismo. Sin embargo, los miembros de la OCS niegan que esta organización tenga aspiraciones de defensa colectiva y describen sus actividades militares como mecanismos diseñados para contrarrestar específicamente amenazas terroristas regionales. La OCS también tiene una agenda más amplia que la OTSC, al incluir la promoción de iniciativas económicas y energéticas regionales, así como proyectos humanitarios. En teoría, las dos organizaciones podrían fusionarse, con la OTSC actuando como el componente de defensa de la OCS, pero China se ha resistido a la idea. Por su lado, Moscú –presumiblemente–, también prefiere tener la opción de realizar operaciones militares en Asia Central sin requerir de la aprobación de Beijing, lo que sería necesario para cualquier acción impulsada en el marco de la OCS.

Por otra parte, las “revoluciones de color” en Georgia y Ucrania, generaron un radical distanciamiento de Rusia de Occidente, ante el temor de la emergencia de movimientos similares en su propio territorio, y marcaron un giro más pronunciado de la cooperación a una creciente competencia entre Moscú y Washington en la región. Pese a la convergencia previa en la lucha contra la amenaza común del terrorismo, tanto a nivel regional como global, Rusia asumió que en su rol en Asia Central había sido menoscabado por los EEUU y que éstos intentaban desplazar y reducir su influencia. Las divergencias entre los dos países consecuentemente se acentuaron y Moscú comenzó a percibir las operaciones antiterroristas de los EEUU en Asia Central como instrumentos para incrementar la influencia geopolítica de Occidente. Desde la perspectiva rusa, pese a sus aspiraciones de abordar la seguridad regional y preservar la estabilidad política, la OTSC fue subestimada e irrespetada por Occidente (Diener, 2014:87-90).

Sin embargo, a partir de la guerra con Georgia en 2008 y, posteriormente, del conflicto con Ucrania – que tendió a acercarse a la UE y a la OTAN, – Rusia acentuó la presión en defensa de sus intereses en la región y maniobró para desplazar y reducir la presencia de los EEUU. Con la intensificación del conflicto con Ucrania, en 2014, la presencia militar de los EEUU en Afganistán fue progresivamente reducida (McDougall, 2016:299-300) y su base en Kirguistán, como vimos, desmantelada, mientras que, significativamente, el 19 de marzo de 2015, el Secretario General de la OTSC, el Gral. Nikolai Bordyuzha, ofreció enviar una misión de paz a Donbass en Ucrania, señalando que “La OTSC tiene una capacidad de mantenimiento de la paz. Nuestro personal de mantenimiento de la paz recibe continuamente la capacitación correspondiente. Si las Naciones Unidas toman una decisión de este tipo, estamos dispuestos a proporcionar las unidades de mantenimiento de la paz”⁷⁴. La situación y la influencia de la OTSC ha tenido altos y bajos, al punto que la Cumbre de la organización prevista para diciembre de 2018 tuvo que ser suspendida por desacuerdos entre los miembros acerca de la designación de un nuevo Secretario General⁷⁵, y su futuro está sujeto a su instrumentalidad eventual para Rusia y al compromiso que Moscú pueda asumir para sostenerla.

La creciente venta de armamento ruso a China y a otros países de la región constituye, no obstante, una preocupación geopolítica significativa para los EEUU. En el interín, la cooperación sino-rusa en torno a los temas de seguridad regional se ha ido incrementando en el marco de las crecientes aspiraciones de ambas naciones de desafiar los intereses estadounidenses en la región. En este contexto, se impulsó una alianza creciente entre los países eurasiáticos con el propósito de establecer reglas y organismos multilaterales que excluyeran a los Estados Unidos. La OCS ilustra cabalmente este proceso, en tanto sumó inicialmente como miembros asociados a la India y a Irán, rehusando otorgar este status a los EEUU. Rusia contribuyó significativamente a esta exclusión en su momento, en tanto percibía (y recelaba de) la presencia estadounidense en la región, debido a la potencial competencia en términos de su interés en los recursos energéticos de la región y de

74 “Bordyuzha: CSTO ready to deploy its peacekeepers to resolve conflict in Ukraine”. Archived from the original on https://eng.belta.by/all_news/politics/Bordyuzha-CSTO-ready-to-deploy-its-peacekeepers-to-resolve-conflict-in-Ukraine_i_80372.html2 April 2015. Recuperado el 4 de enero de 2019.

75 Putz, Catherine (December 6 2018) “Who Postponed the CSTO Summit?”, en *The Diplomat*, <https://thediplomat.com/2018/12/who-postponed-the-csto-summit/> Recuperado el 7 de marzo de 2019.

su inserción geo-estratégica en la misma. En el marco de una política exterior rusa cada vez más asertiva, tanto la potencial expansión de la presencia militar estadounidense en las fronteras de Rusia – luego de la expansión de la OTAN en el Oeste – como el interés en los recursos energéticos, fundamentaron en este sentido, una política rusa tendiente a contener y mermar la presencia estadounidense, inclusive antes de la crisis de Ucrania, en el marco de la percepción de una potencial amenaza a los intereses rusos con la expansión de la OTAN y de la frustración de Moscú en torno a los limitados avances en desarrollar sus vínculos con Occidente, (Tsygankov, 2016:192-194). De hecho, la creación de la UEEA fue una de las primeras iniciativas rusas en la región que conllevó implícitamente este propósito, conjuntamente con la creación y desarrollo de la OCS. Estas organizaciones, junto con la participación en los BRICS y el impulso dado en su momento a la OTSC, fueron medidas orientadas a contener a los EEUU y a renovar y reactivar el rol de Rusia en el escenario regional e internacional (Sergunin, 2016:209), llegando este proceso a su punto de inflexión con la crisis de Ucrania. De hecho, la crisis ucraniana dio pie para una redefinición de los objetivos, de la doctrina y de la base conceptual de la política exterior rusa (Sergunin, 2016:164). Como señalan Silaev y Sushentzov (2017), en la reciente década, Rusia adquirió un nuevo estatus geopolítico, especialmente a partir de su participación en la guerra civil en Siria, mostrando que algunos de los problemas cruciales en el cercano Oriente podían ser resueltos sin la participación de Occidente, en base a un diálogo con las potencias regionales como Irán y Turquía. En este marco, los potenciales focos de conflicto entre Rusia y Occidente se han ido alejando cada vez de las fronteras físicas rusas.

Más allá de que desde el fin de la Guerra Fría y de la disolución de la URSS, las relaciones entre Rusia y los EEUU han sido dificultosas, generando frecuentemente tensiones entre los dos países, en años recientes han empeorado. Desde la perspectiva estadounidense, la culpa de esta situación es atribuible a Rusia en función de la invasión y anexión rusa de Crimea en 2014, las incursiones rusas en la parte oriental de Ucrania, su intervención en Siria en apoyo del régimen de Bashar Al Assad, y los ciberataques y hackeos para incidir sobre la campaña presidencial estadounidense en 2016. Desde el punto de vista ruso, la responsabilidad por el agravamiento de las relaciones recae enteramente sobre los EEUU, en función de la ampliación de la OTAN, las intervenciones conducidas por los EEUU en Europa y el Medio Oriente, la percepción de una actitud de irrespeto hacia Rusia, y la creencia de que Washington busca un cambio de régimen en este país.

Pese a que la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) ha sido frecuentemente interpretada en Occidente como una “alianza antioccidental de estados autoritarios con el propósito de contener a los EEUU y sus intentos de asentar una influencia en la región” (Erdogan, 2019:939), sus miembros siguen enfatizando que la organización no ha sido creada en contra de otros estados o regiones, y que no debe ser vista como un bloque sino como una organización multilateral alternativa en un mundo crecientemente multipolar. No obstante, es evidente que la OCS puede ser percibida como un poderoso bloque que enfrenta a actores extrarregionales en su intento de influir sobre la política regional, sean éstos la OTAN o los EEUU, pero el mayor logro de la organización ha sido generar un espacio institucionalizado para el diálogo entre sus miembros en general y entre Rusia y China en particular, contribuyendo a resaltar los problemas que deben enfrentar en común y a ignorar o evitar los aspectos problemáticos de sus relaciones (Erdogan, 2018:945).

La nueva visión rusa orientada hacia Oriente – el “pivote hacia el Asia” – que percibe la necesidad de un Eurasia articulada en torno a una serie de iniciativas en clara oposición a Occidente da lugar, por otra parte, a una cooperación sino-rusa que se ha expresado, tanto en términos de seguridad y, más recientemente, en términos económicos y financieros, en la OCS, como se evidencia por la reunión celebrada en junio de 2017 en Astaná, al incorporar formalmente a India y Pakistán a la organización, buscando reforzar la integración de las cadenas productivas de la región euroasiática⁷⁶. Adicionalmente, la OCS plantea la creación de un área de libre comercio y apunta explícitamente a desarrollar una convergencia con el RCEP. En este sentido, la relación con el bloque ASEAN es fundamental en tanto éste está en conversaciones con China, Corea del Sur, India, Japón, Australia y Nueva Zelanda para constituir la Asociación Económica Integral Regional (RCEP), uno de los temas centrales de la agenda de la Cumbre de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) en junio de 2019 en Bangkok⁷⁷.

La Cumbre de la OCS realizada en Qingdao el 9 y 10 de julio de 2018, reafirmó el creciente rol de la organización en los asuntos mundiales y

76 Sputnik (10 de junio de 2017) “Una Organización de Shanghái fortalecida es un contrapeso a la OTAN”, en *Sputnik*, <https://mundo.sputniknews.com/asia/201706101069859453-organizacion-shangai-otan-india-pakistan/>

77 Prensa Latina (16 de junio de 2019) “Lista Tailandia para la Cumbre de la Asean”, en *Prensa Latina*, recuperado el 17 de junio de 2019.

evidenció su capacidad de adaptarse a las transformaciones globales en curso, al expandir progresivamente los aspectos económicos como parte de su agenda, desarrollando mecanismos de cooperación en comercio e inversión, transporte, infraestructura, agricultura y servicios aduaneros, convirtiéndose progresivamente en una plataforma euroasiática crucial para la cooperación internacional.

A la vez, la OCS se ha convertido en una importante institución multilateral para promover la seguridad regional – más allá de los tres temas prioritarios iniciales –, ya que su foco en los temas de seguridad se ha ampliado a la inclusión de la cooperación energética, la cooperación militar, el intercambio de inteligencia y, sobre todo, la ampliación de la conectividad en la región, como temas de su agenda⁷⁸. Sin embargo, como ya señalamos, configura un contrapeso importante a la OTAN en la región, aunque este objetivo no sea compartido necesariamente por todos sus miembros (Faure, 2017:61). Con India y China como participantes plenos de la OCS, – los dos países en desarrollo más grandes y de mayor crecimiento económico –, la contribución que están haciendo conjuntamente con otros miembros al crecimiento económico mundial y a la prosperidad es bastante significativa y el espacio eurasiático contribuye de manera importante a este rol y a una triangulación en curso entre los intereses rusos, chinos e indios en el marco de un espacio específico – el grupo RIC (Rusia, India, China), que analizaremos más adelante.

A pesar de que el objetivo fundacional de la OCS, no es configurar una alianza militar contra otros Estados, varios analistas internacionales reiteran que este organismo tiene como objetivo fundamental, a nivel regional evitar conflictos que permitan la intervención de la alianza euro-atlántica en áreas limítrofes de China y de Rusia. Para Rusia asegurar el “*near abroad*” (ближнее зарубежье) con las ex repúblicas soviéticas del Asia Central en términos de seguridad, constituye efectivamente una manera de asegurar la estabilidad de su entorno inmediato, mantener una influencia económica en el marco de UEEA como un interlocutor multilateral con capacidad de interactuar con la UE y otros organismos regionales y, a la vez, de proyectar su estatus de potencia a nivel global, para los cual está dispuesta a aceptar sus costos. Para China, en cambio, siendo el principal inversor en la región, Asia Central es un mercado atractivo pese a que, sin embargo, Beijing no

78 Deepak, B.R. (2018) “SCO: An Excellent platform for Cooperation”, en *People’s Daily*, June 09, 2018, <http://en.people.cn/n3/2018/0609/c90000-9469391.html>. Recuperado el 4 de febrero de 2019.

quiere asumir la carga de los problemas políticos y de seguridad a la escala de Rusia, por lo cual se concentra principalmente en el desarrollo de proyectos de infraestructura, comercio e inversión en el marco de la BRI, presentado por China como un proyecto de asociación “win-win” (Faure, 2017:61). No obstante, la participación china en la OCS y su creciente proyección económica en Asia Central no sólo han generado suspicacias – como es evidente – entre los países de esta región sino también las de Rusia, preocupada por no perder su posición de primacía en el espacio postsoviético.

En tanto el realismo geopolítico estadounidense está ampliando las posibilidades de la expansión de un orden internacional liderado por China y Rusia, superando o reformulando el orden internacional occidental, aunque los gobiernos que encabezan esta avanzada política internacional no reconocen en la democracia un baluarte fundamental de acción, si reconocen que el multilateralismo es un elemento central en la defensa de sus intereses.

En este sentido, es importante resaltar que más allá de los prioritarios objetivos regionales relacionados con la seguridad, la estabilidad y el desarrollo eurasiático, en el plano internacional, los miembros de la OCS también aspiran y cooperan en relación a objetivos más amplios de carácter global orientados a diseñar e impulsar un sistema internacional alineado con sus prioridades. Desde esta perspectiva, el sistema internacional fue visto, desde los orígenes de la organización, en el marco de una transición hacia la multipolaridad en la cual se requería una acción colectiva para abordar los nuevos temas y los nuevos retos del siglo XXI ateniéndose estrictamente a la Carta de las Naciones Unidas y al derecho internacional (Erdogan, 2018:939).

Estos temas centrales de la agenda de la OCS – particularmente en relación a una acción coordinada en la lucha contra “las tres fuerzas del mal” –, y la orientación general en contra del proteccionismo en el ámbito comercial global y la promoción de un sistema internacional policéntrico fueron reafirmadas en la Cumbre de la OSC en Bishkek en Kirguistán el 14 de junio de 2019. Significativamente, la Cumbre logró evitar la paralización de la OCS a raíz de la exacerbación del conflicto entre India y Pakistán en febrero de 2019⁷⁹, y avanzó en unificar a sus miembros en torno a la preocupación por la reconstrucción de

79 Serbin, Andrés (14 de abril de 2019) “El conflicto entre India y Pakistán”, en *Perfil*, p. 37.

Afganistán, donde permanecen tropas estadounidenses. Como señaló un experto kirguisano durante la Cumbre, “Afganistán es un dolor de cabeza para todos los miembros de la organización”, y un nuevo tema de preocupación en la agenda de seguridad de la OCS⁸⁰. Por otra parte, asimismo de manera significativa, el Vice-Ministro de Relaciones Exteriores de Irán – el presidente Hasan Rohaní fue uno de los mandatarios que participó en la Cumbre ya que Irán es un miembro observador de la organización –, señaló que la reunión fortaleció la “coalición oriental” que enfrenta la influencia negativa de Washington a nivel mundial⁸¹. La Cumbre de Bishkek también se prestó para la realización de una serie de reuniones bilaterales y trilaterales y de firmas de acuerdos entre sus miembros (entre China y Kirguistán; entre China, Rusia y Mongolia, entre otros), para el llamado del Primer Ministro Modi para una la realización de una nueva reunión formal del grupo RIC durante la próxima Cumbre del G-20 en Japón y para la transmisión de la presidencia de la OCS de Kirguistán a la Federación Rusa.

Sin embargo, es evidente que en el seno de la OCS persisten significativas diferencias tanto en relación a los alcances de los temas de seguridad que debe abordar la misma como al grado en que temas no relacionados directamente con la seguridad como la cooperación económica deberían ser incorporados en su agenda (Lanteigne, 2018:132). Pese a estos nodos problemáticos y las eventuales tensiones entre sus miembros, es obvio que la OCS se constituye en la base institucional para darle impulso a la creación del proyecto de la Gran Eurasia (Lewis, 2018:1617).

80 Коммерсантъ (14 de junio de 2019) «ШОС поборется с ‘тремя силами зла’», en Коммерсантъ, <https://www.kommersant.ru/doc/3999357>. Recuperado el 17 de junio de 2019.

81 CA-IrNews (17 de junio de 2019) «МИД ИРИ: «Коалиция Востока» укрепляет свой позиции в современном мире», Форум Корреспондентов Ирана, Центральной Азии и России, en <http://www.ca-irnews.com/ru/iran/68985-мид-ири-«коалиция-востока»-укрепляет-свои-позиции-в-современном-мире>» Recuperado el 17 de junio de 2019.

Capítulo 7

El *puzzle* euroasiático en un entorno internacional cambiante: la relación sino-rusa y los actores relevantes en la OCS

Entre los países del Asia Central, Kazajstán ha sido uno de los socios más confiables para Rusia por los estrechos vínculos políticos, económicos y de seguridad existentes entre las dos naciones, en tanto miembro de la OTSC, la OCS, y de la UEEA, y de la zona aduanera de libre comercio con Bielorrusia, más allá del desarrollo de sus nexos económicos con China a partir de la exportación de energía (Maness & Valeriano, 2015: 163-164). Rusia es el más importante y el mayor socio de Kazajstán, en función de la interdependencia creada en su momento en el marco de la URSS en relación a transporte, comunicación e infraestructura. Por otra parte, Kazajstán es el país de mayor territorio en Asia Central, con la presencia de una ingente riqueza en petróleo y minerales, incluyendo uranio – que concentra casi el 39 % de las ventas a nivel mundial, y con la mayor capacidad de influencia sobre los restantes estados de Asia Central (Botta, 2018:321-322).

Sin embargo, pese a sus estrechos vínculos con Rusia, Kazajstán intenta – como un estado del Asia Central – mantener un delicado equilibrio con las potencias presentes de la región a través del comercio, de la inversión y de la participación en un conjunto de organizaciones, incluyendo su rol decisivo en la creación de la UEEA, en el marco de una política exterior “multi-vectorial” que busca desarrollar buenas relaciones tanto con Rusia, como con China, Japón, los EEUU y la UE. En especial, Kazajstán intenta equilibrar sus relaciones tanto con Rusia como con China (que para 2010 se había convertido en el segundo socio comercial del país) en el marco de la OCS y trata de consolidar este equilibrio a través de su participación en la UEEA y de su vinculación con la BRI, intentando promover un eurasiatismo que permita avanzar en una integración económica a nivel regional con el involucramiento de otros estados de Asia Central (Mostafá, 2013:167). Pero a la vez, a la par de adherir a la retórica del proyecto de la Gran

Eurasia, Astaná ha profundizado – desde 2014 – sus relaciones con Occidente, con la firma de un tratado de asociación y cooperación con la UE en diciembre de 2015 y la ampliación de su cooperación en el área de seguridad con los EEUU (Lewis, 2018:1632) sin por ello abandonar su posición de principal beneficiario en la región de las inversiones chinas. Entre los países de Asia Central y en el marco de la diversificación de sus relaciones exteriores – particularmente en el ámbito económico – Kazajstán apunta a convertirse en un *hub* en la región, vinculando a la vez a Rusia, China, Europa y el Medio Oriente⁸², mientras que aspira a convertirse asimismo en un actor global a través de una política exterior balanceada, concebida como “una política exterior multi-vectorial” (González, 2016:78).

La proliferación reciente de proyectos de comunicación, infraestructura y transporte en Kazajstán – que han dado lugar al desarrollo de rutas terrestres; de líneas de ferrocarril que unen a la ciudad china de Yiwú con Madrid y a Kazajstán-Turkmenistán e Irán, la expansión y modernización de los puertos kazajos del Mar Caspio, y el desarrollo conjunto entre Astana y Beijing de Khorgos – el puerto seco más grande del mundo ubicado en la frontera del Sudeste de Kazajstán con China, considerado como un componente crucial del tránsito de mercancías en la región –, configura un cuadro importante en el proceso de convertir al país en un *hub*, pero también abre interrogantes sobre si no se convierte, a la vez, solamente en un lugar de tránsito entre China y Europa (Botta, 2018:328).

Es evidente que los países del Asia Central pueden devenir – pese a las reticencias rusas – en beneficiarios importantes de la BRI, tanto en el marco de acuerdos bilaterales entre China y cada uno de los cinco países centro-asiáticos, como en base al acuerdo entre Beijing y los cinco países de la región establecido en el marco del Foro de Cooperación China-Asia Central desde 2015. Sin embargo, los proyectos que se han impulsado favorecen las líneas de desarrollo de China, generando una creciente dependencia de los países centro-asiáticos de Beijing. De hecho, de los cinco países de Asia Central, sólo Turkmenistán – que no es miembro de la UEEA – es el único país que no tiene un comercio deficitario con China. Como señala un analista, “a pesar que desde Beijing se insiste que los principales objetivos de estos proyectos se vinculan con la búsqueda de desarrollo y estabilidad en la región” – especialmente en el área de Sinkiang – los decisores políticos de Asia Central no parecen compartir enteramente esta

82 Kalimbetov, Kairat (07 03 2019) “Kazakhstan a key strategic partner”, en *China Daily*, http://www.chinadaily.com/global/2019-03/07/content_37445044.htm Recuperado el 30 de marzo de 2019.

idea (Botta, 2018:320-327), particularmente a raíz de las denuncias de varios medios de prensa de la presencia de fuerzas militares chinas en Tayikistán oriental⁸³.

Sin necesariamente recurrir a un discurso eurasiánista como ideología oficial, para los restantes estados del **Asia Central** que no tienen acceso al mar⁸⁴, amén de la seguridad, la apertura de rutas de transporte y la conectividad en general se convierten en temas fundamentales para su participación en este esquema. Las nuevas vías de transporte que se abren en el marco de la OCS, de la EEUA y de la BRI, garantizarían el flujo de mercancías tanto en Eurasia como hacia Europa y hacia los estados del sudeste asiático, abriendo nuevos mercados para la región⁸⁵. Principalmente la posibilidad de exportar sus recursos energéticos hacia estos espacios, incluyendo China, ha sido motivo de tensiones y de disputas en torno a la construcción de gasoductos y oleoductos. Por otra parte, muchos recelan de la posibilidad de abrir sus mercados a China, ante el temor de que sus productos desplacen la producción local. En este sentido, la UEEA ha sido un importante mecanismo de contención de esta posibilidad, mientras que la OCS ha asegurado la estabilidad y la seguridad regional.

Sin embargo, es necesario tener en consideración que los países del Asia Central no constituyen una unida homogénea e integrada y presentan múltiples tensiones u contradicciones, tanto entre ellos como en el grado de vinculación o alineamiento con Moscú o Beijing. Un ejemplo ilustrativo lo constituye las posiciones asumidas por cada uno de ellos, en el proceso de negociación de una zona de libre comercio entre la UEEA y Beijing. A su vez, es evidente que la independencia y autonomía de estas repúblicas está condicionada por los avances que

83 Putz, Catherine (February 26 2019) Beijing on the Border: What 's China Doing in Tajikistan?", en *The Diplomat*, <https://thediplomat.com/2019/02/beijing-on-the-border-whats-china-doing-in-tajikistan/?allpages=yes&print=yes> Recuperado el 12 de marzo de 2019.

84 Con excepción de Kazajstán, Turkmenistán y Azerbaiyán que – junto con Rusia e Irán, son estados ribereños del I Caspio – cuyo status como mar (al que se aplicaría la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar) o como lago (posición que sostiene Rusia) – el resto de los países de Asia Central no tienen acceso a un espacio marítimo (Karle, 2018).

85 NewsFront (10 de noviembre de 2017) “El jefe de la Organización de Cooperación de Shanghái insta a los estados de Asia Central a impulsar la cooperación”, en *NewsFront*, <https://es.news-front.info/2017/11/10/el-jefe-de-la-organizacion-de-cooperacion-de-shanghai-insta-a-los-estados-de-asia-central-a-impulsar-la-cooperacion> Recuperado el 18 de noviembre de 2017.

logren en términos de integración y de cooperación mutua, un proceso que está en ciernes y se encuentra plagado de dificultades⁸⁶.

Por otra parte, el mar Caspio – la masa de agua interior más extensa del mundo –, también ha sido objetos de controversias que afectan a los países del Asia Central, en función de su locación estratégica que permite la vinculación entre estos países – de abundantes recursos energéticos – y Europa Oriental. Luego de tres décadas de negociaciones, en agosto de 2018, los cinco estados ribereños lograron concretar la firma de una “Convención sobre el Status Legal del Mar Caspio” – pese a que la posición rusa al respecto considera que este espacio de agua no está sujeto a la Convención de las Naciones Unidas sobre Derecho del Mar (UNCLOS) –, en el marco de un compromiso entre los cinco países firmantes – Rusia, Irán, Kazajistán, Turkmenistán y Azerbaiyán (Karle, 2018). El acceso a los hidrocarburos es uno de los elementos más importantes de la Convención, en tanto los recursos energéticos probados de la región se estiman en unos 300.000 metros cúbicos de gas y más de 50.000 millones de barriles de petróleo⁸⁷. Sin embargo, otros aspectos también fueron incluidos – más allá de la potencial cooperación energética –, particularmente en relación a la seguridad – en tanto la Convención prohíbe expresamente la instalación de bases militares de países que no están vinculados al Caspio –, y en relación al desarrollo del gasoducto Trans Caspio planificado por Azerbaiyán y Turkmenistán, afectando los crecientes intereses chinos en el área por cuanto China se abastece del gas de este último país⁸⁸, y los intereses rusos en tanto permite conectar directamente los recursos energéticos de Turkmenistán con Europa a través de Turquía y Azerbaiyán, sin pasar por su territorio, limitando consecuentemente su poder sobre el abastecimiento energético de Europa⁸⁹. Adicionalmente, la Convención firmada en 2018 apunta a

86 Иванов-Братском Анатоли (14 de marzo de 2019) Почему сильной Центральной Азии пока не будет? (Ivanov-Baiscopf, Anatoli “Pochemy silnoi Tsentralnoi Azii poka ne syschestvuet?”), en *Kursiv/The Wall Street Journal*, en <https://kursiv.kz/news/geopolitika/2019-03/pochemu-silnoy-centralnoy-azii-poka-ne-suschestvuet> Recuperado el 30 de marzo de 2019.

87 The Global World (2018) “El reparto del Mar Caspio”, en *The Global World*, <http://theglobalworld.es/rusia-asia-central/el-reparto-del-mar-caspio> Recuperado el 7 de abril de 2019.

88 Pritchkin, Stanislav (December 5 2018) “What Comes after the Caspian Deal”, en *The Diplomat*, <https://thediplomat.com/2018/12/what-comes-after-the-caspian-sea-deal/> Recuperado el 7 de abril de 2019.

89 The Global World (2018) “El reparto del Mar Caspio”, en *The Global World*, <http://>

profundizar la integración económica a través de la creación del Foro Económico del Caspio.

Si bien el PIB de China supera el total combinado de todos los miembros originales de la OCS, ofrece, no obstante, inmensas oportunidades para que los estados miembros se beneficien a nivel bilateral y multilateral. Hasta el 2017, la OCS se limitó a China, Rusia y los países del Asia Central. La inclusión de India y Pakistán ciertamente ha extendido el multilateralismo de la OCS al sur de Asia, expandiendo así sus fronteras diplomáticas, económicas, culturales y de seguridad, y dándole un alcance global, ya que es la institución multilateral más grande en términos de población y de área geográfica. Por otra parte – pese a los intentos de hacer converger la OTSC con la OSC –, China se ha comprometido, junto con otros miembros, a que esta última no sea un bloque militar o de seguridad dirigido contra ningún país, resaltando su papel en la consolidación de la paz, de la estabilidad y de la prosperidad en la región y la importancia de la lucha conjunta contra los desafíos de seguridad tradicionales y no convencionales de una manera más coordinada y eficiente. A su vez, al defender la iniciativa *Belt and Road* (BRI) en Eurasia, China no solo incorpora la integración física, sino también la integración económica, proporcionando paz regional y estabilidad⁹⁰. Como señala Faure, la estrategia china en Asia Central es más cercana al juego del Go, donde el objetivo no es destruir al otro, sino cercarlo para asegurar algunas áreas, ganar posiciones estratégicas y gradualmente tomar control del espacio en torno al oponente (particularmente en lo que se refiere en este caso a los recursos naturales y a los mercados potenciales). En este marco, la diplomacia china es predominantemente bilateral, desarrollando asociaciones estratégicas con estados vecinos, más que incorporándose a instituciones multilaterales, a menos que éstas respeten estrictamente los principios de soberanía como en el caso de ASEAN, la OCS o el AIIB o hayan sido creadas por Beijing bajo su control como el *Silk Road Fund* previsto en función de sus intereses (Faure, 2017:57).

No obstante, no faltan analistas (y decisores políticos) en la región y fuera de ella, que se debaten entre considerar a China como una oportunidad económica para los países de la región o como una fuente

theglobalworld.es/rusia-asia-central/el-reparto-del-mar-caspio Recuperado el 7 de abril de 2019.

90 Deepak, B. R. (June 09 2018) “SCO: An Excellent platform for Cooperation”, en *People's Daily*, en <https://en.peoples.cn/n3/2018/0609/c90000-9469391.html> Recuperado el 23 de abril de 2019.

de preocupación, en tanto los que se inclinan por esta última posición sospechan que China intenta transformar las economías del Asia Central para ajustarlas a las necesidades de la expansión económica china. La reactivación de una visión de China como el centro del mundo en la política exterior de Xi Jinping hace ver a los estados del Asia Central como territorios que deberían estar o que deberían retornar a la esfera de influencia china, si no fuera por la intervención y la influencia de Rusia (Faure, 2017:62-63).

Por el contrario, Rusia – después de adquirir en los últimos años una nueva estatura geopolítica a través de una proactiva política exterior y de lograr la contención de la OTAN en el espacio post soviético del “*near abroad*” (ближнее зарубежье), según el mismo autor, aparenta jugar un juego de ajedrez con un enfoque mucho más directo en los problemas y en los objetivos, “poniendo de manifiesto visiblemente sus fuerzas, mostrando un dominio simbólico, golpeando toda vez que sea posible y útil, y en todo caso recurriendo a un sistema altamente centralizado de directivas para la acción” (Faure, 2017:57). De los cuatro grandes actores presentes en Asia Central – Rusia, China, la UE y los EEUU – con objetivos y medios para lograrlos sustancialmente diferentes, Rusia mantiene su posición de liderazgo en el ámbito de la producción y venta de armas, de la política y la cultura, mientras que China es el principal actor en el ámbito económico. Pese a los avances de la influencia y proyección económica china, Rusia mantiene su influencia política en la región, en base a una experiencia más reciente y significativa en lidiar con los países centro-asiáticos como así también en relación con su mayor capacidad de proyectar su poder en la región, esgrimiendo el uso de la “amenaza china” para consolidar su influencia en la misma, creando para ello una serie de organizaciones – desde OTSC hasta la UEEA. Consecuentemente, Rusia – como un “astuto jugador de ajedrez con pocos recursos” (Faure, 2017:63), trata de recrear una versión moderna del espacio económico soviético en el cual puede mantener su posición dominante a través de la UEEA. Sin embargo, esta acusación es rechazada por parte de Moscú que alega que no intenta recrear o reconstruir, – en base al espacio post soviético–, algunos elementos de la antigua URSS.

En realidad, la geopolítica de las relaciones entre Rusia y las repúblicas del Asia Central es mucho más compleja de lo que aparenta, en tanto se basa en una sutil – pero importante – distinción entre liderar y dominar, ya que Moscú intenta liderar en el espacio postsoviético y no imponer su dominio explícitamente (Nalbandov, 2016: 286), tanto en función de las reticencias de los propios países centro-asiáticos como

por la crecientemente omnipresente influencia china. Por otra parte, la OCS es percibida por los países del Asia Central como una estructura básica que asegura la estabilidad del sistema regional de relaciones internacionales, posibilitando al mismo tiempo, maniobrar entre Rusia y China. Mientras Rusia ha aceptado su papel clave en asegurar la seguridad de la región, inclusive ampliando la organización a la participación de India y Pakistán y, eventualmente a la de Mongolia y de Irán; consolidando su papel de pacificador en las disputas regionales y de potencia regional en Asia Central; asegurándose a la vez de ejercer una contra-balance a la OTAN – particularmente a la luz de su pasado involucramiento en apoyo de los EEUU en Iraq y Afganistán como también en el marco de la actual confrontación con Occidente en torno a Ucrania –, intenta mantener las economías del Asia Central dentro de la esfera de influencia rusa, especialmente en el contexto del comercio de recursos energéticos con países europeos y con China. La mayor parte de las capacidades energéticas de Asia Central están controladas por compañías rusas como Lukoil, Gazprom y Rosneft, particularmente en Kazajstán. Por su parte, los principales productores de energía del Asia Central y en especial del mar Caspio están interesados en diversificar sus rutas de tránsito hacia los compradores europeos y en atraer hacia la región a otros actores como la misma China, India, Turquía, Irán, Israel y eventualmente los EEUU, para acelerar y profundizar la integración regional y su participación en el proceso de globalización. Moscú apunta a la integración de Eurasia, con el apoyo de Kazajstán, no sólo como proveedor de energía sino también, en este último caso, por la importancia estratégica de la sede de la base aeroespacial de Baikonur en territorio kazajo (Nalbandov, 2016:289-290). La importancia para Rusia del “*near abroad*” (ближнее зарубежье) se incrementa, sin embargo, en la medida en que los países vecinos están más cerca (Nalbandov, 2016:292). Adicionalmente, la afirmación de la presencia rusa en los territorios geopolíticamente cercanos, garantiza asimismo su proyección hacia el Asia-Pacífico – objetivo económico fundamental para recuperar la capacidad rusa de exportación más allá de la energía y de las armas – razón por la cual su incorporación a la APEC desde 1998 se convierte en un elemento importante en la política exterior rusa (Nalbandov, 2016:379), así como el vínculo con la ASEAN.

En lo que respecta a la **India**, esta nación se convirtió en miembro formal de la OCS durante su cumbre del 8 de junio de 2017 en Astaná, Kazajstán. En principio, la incorporación a la OCS brinda a la India la oportunidad y una excelente plataforma para interactuar con otros estados miembros en el continente euroasiático y calibrar en consecuencia sus políticas en la región. En segundo lugar, dado que

la lucha contra el terrorismo, el separatismo y el extremismo han sido objetivos prioritarios de la OCS desde su creación, y que durante la Cumbre de Tashkent en 2004 se inauguró oficialmente una Estructura Regional Antiterrorista, la expansión de la OCS conlleva para la India un enfoque regional más amplio y más coordinado frente al terrorismo. El intercambio de inteligencia, las operaciones de lucha contra el terrorismo y la experiencia de combate, entre otros elementos, son de utilidad para los países miembros y amplían su capacidad de abordar colectivamente estos temas con relativo éxito.

Por otra parte, desde mediados de la primera década de este siglo, India expresó su interés en desarrollar relaciones con los países de Asia Central, incluyendo Afganistán – a través de la expansión de su iniciativa de “*Connect Central Asia*” lanzada en 2012 – realizando inversiones en la región y tratando de desplegar un nuevo papel geopolítico en el ámbito de la seguridad regional, pero también expandiendo sus relaciones económicas, dependientes en gran parte de la ampliación de las rutas trans-regionales a través del Asia Central (Walcott & Johnson, 2014: 93-94). En este contexto, la presencia de India plantea un nuevo elemento de complejidad en la geopolítica de la Gran Eurasia (Lewis, 2018:1630).

Pese a algunos altibajos, con el apoyo de Rusia, la India se incorporó como observador y luego como miembro pleno de la OCS, mientras que China patrocinaba, como contrapartida y en aras de un equilibrio, la incorporación de Pakistán, con la expectativa de que estas incorporaciones pudieran atenuar, como ya vimos, el conflicto indo-paquistaní siempre a punto de estallar. Los vínculos entre Rusia y la India son de larga data y, en su momento, sirvieron para contrabalancear el peso de China en el marco de las tensiones sino-soviéticas, mientras que Beijing es particularmente sensible a la situación de conflicto en Cachemira entre India y Paquistán, en tanto linda con la región de Sinkiang, donde la mayoría uigur presenta potenciales desafíos autonomistas, y persisten disputas fronterizas sin resolver entre Beijing y Nueva Delhi. En este marco, la inclusión de la India en la OCS fue un factor divisivo entre Rusia y China, resuelto parcialmente con la incorporación de Pakistán. Mientras que Moscú consideraba la inclusión de la India como un factor de balance frente al peso de China, Nueva Delhi evaluaba que la diplomacia económica china en el sur de Asia y la proyección de la BRI hacia el Océano Índico – con la propuesta de construir una serie de puertos – podía afectar sus intereses estratégicos. De hecho, la India ha optado por no incorporarse formalmente a la BRI – un punto importante de tensión entre los dos países que se suma a los

ya existentes –, desconfiando de las implicaciones financieras de la misma y de la transparencia de Beijing en su implementación⁹¹, pese a aspirar a mejorar sus relaciones con China⁹², mientras que aspira a concretar un acuerdo de libre comercio con la UEEA en su proceso de integración con Eurasia⁹³. En este marco, una de las interrogantes que subsiste es si la expansión de la OCS podría afectar la capacidad de toma de decisiones de esta organización en diferentes ámbitos, creando un espacio de competencia estratégica entre las tres potencias – China-India-Rusia (Lanteigne, 2018:125), particularmente tomando en cuenta el rechazo de la India a participar en la BRI en tanto teme que esta iniciativa tenga un impacto en la situación de Cachemira y lleve al fortalecimiento de las relaciones entre China y Pakistán (Lewis, 2018:1630). La Cumbre informal de Wuhan en abril de 2019 entre el presidente chino Xi Jinping y el Primer Ministro indio Modi, pareció contribuir a distender las tensiones entre ambos países. Sin embargo, éstas persisten en torno a los temas ya señalados, la reticencia de la India de participar en la BRI y la creciente presencia naval de China en el océano Índico, todo lo cual contribuye a que persista la competencia geopolítica entre ambas naciones sin que avance con la rapidez esperada la cooperación a pesar de las iniciativas en curso⁹⁴.

Por otra parte, la incorporación de la India a la OCS en 2017 proporcionó, sin embargo, un impulso al triángulo estratégico de larga data de Rusia-China-India – miembros los tres del grupo BRICS y del emergente grupo RIC (Rusia, India, China) en su seno – y reforzó la posición de la organización como la agrupación estratégica, economi-

91 Chaudjury, Dhipanjat Roy (January 21 2019) “South East Asian peers back India’s stance on Belt and Road initiative”, en *The Economic Times*, <https://economictimes.indiatimes.com/news/politics-and-nation/se-asian-peers-back-indias-stance-on-bri/articleshow/67615805.cms> Recuperado el 8 de abril de 2019.

92 Zhao Mingwen (2018-08-10) “Shanghai Cooperation Organization: A New stage, New Challenges, and A New Journey”, en *China Institute for International Studies*, en http://www.ciiis.org.cn/2018-08/10/content_40456539.html Recuperado el 30 de marzo de 2019.

93 Stobdan, P. (June 05 2017) “What Can India Expect from the Shanghai Cooperation Organization?”, en https://idsa.in/idsacomments/what-can-india-expect-grom-the-shanghai-cooperation-organisation_pstobdan_050617 Recuperado el 30 de marzo de 2019.

94 Haenle, Paul; Han Hua; Rudra Chaudhuri, Ma Jiali & Srinath Raghavan (May 07 2019) “One Year After Wuhan: Where Do China and India Stand?”, en *Carnegie-Tsinghua Center for Global Policy*, en https://carnegietsinghua.org/2019/05/07/one-year-after-wuhan-where-do-china-and-india-stand-event-7117?mkt_tok=eyJpIjoiTkRBMlIXTmlNakZtnp... Recuperado el 13 de junio de 2019.

ca, política y económica más poderosa de Eurasia (Soto, 2004:111). Más allá de las tensiones y desconfianzas en el seno de este triángulo, a medida que el trío expande su influencia en Eurasia, se espera que decrezca aún más la presencia geoestratégica de los Estados Unidos de la región. Por otro lado, sin embargo, Rusia, China e India no solo tienen un bagaje histórico de tensiones, alianzas y conflictos – y en particular un déficit de confianza mutuo –, como ya hemos señalado, sino que también tienen visiones muy distintas de Eurasia y de sus respectivas posiciones a nivel global, lo que hace que puedan seguir diferentes trayectorias en su inserción en la región, como veremos más adelante. La situación de India es particularmente ambivalente, en tanto por un lado participa crecientemente en la dinámica eurasiática – en cuyo marco se mantienen sus vínculos cercanos con Rusia, pero a la vez las tensiones y fricciones con China, en la medida que su economía tiende a crecer a un ritmo mayor y la convierte en un poderoso actor regional – y por otro, se alinea con los EEUU en el “Quad” del Indo-Pacífico, mientras que busca desarrollar su propia proyección en el Océano Índico y en Asia y, como vimos, en África en general, en el marco de su asociación con Japón⁹⁵.

En este contexto, si bien Rusia es un aliado probado en el tiempo y un importante proveedor de equipos militares para la India, la asociación de Nueva Delhi con China también ha sido positiva, al expandir la inversión china y las transferencias de tecnología, pese a la subsistencia de tensiones fronterizas y de una potencial competencia geopolítica en la región. India también ve a otros estados en Eurasia como posibles socios para su seguridad energética y para el abastecimiento de recursos críticos como el uranio. Su ingreso a la OCS representa un inmenso potencial para crear conectividad, compartir entrenamiento militar en ejercicios conjuntos, combatir el terrorismo y reconstruir y consolidar la paz en Afganistán, pero no está exenta de tensiones por sus múltiples alineamientos en el cuadro geopolítico regional, y tiene una incidencia directa sobre la dinámica de la OCS, como lo evidenció en su momento el potencial impacto sobre la organización de la escalada de tensión entre este país y Pakistán en febrero de 2019⁹⁶.

95 Linehan, Martin (2017) “AAGC: Has China’s Belt and Road Initiative Met Its Match”, en <https://fronteranews.com/news/global-macro/aagc-has-chinas-belt-and-road-initiative-met-its-match/> Recuperado el 19 de Agosto de 2017.

96 Sputnik Mundo (4 de marzo de 2019) “La Organización de Shanghái modifica su agenda por las tensiones entre la India y Pakistán”, en *Sputnik Mundo*, en <https://mundo.sputniknews.com/asia/201903041085855084-tension-entre-india-y-pakistan/>

Finalmente, dos actores emergentes nada desdeñables en Eurasia en general y en la OCS en particular, son Irán – quién ha solicitado ingreso al organismo y que ha desarrollado una serie de mecanismos de coordinación frente al terrorismo con los países del Asia Central – y Turquía.

En este sentido, un factor importante a tener en cuenta en el desarrollo de la OCS es la participación de Irán. Aunque Teherán solo es un miembro observador de la OCS, el presidente iraní Hasan Rohaní asistió a las cumbres de Qingdao y a la de Biskek. Su presencia pudo ser una manera de medir el apoyo ruso y chino al acuerdo de 2015 en el cual Teherán aceptaba limitar sus actividades nucleares a cambio de una reducción de las sanciones internacionales – acuerdo internacional que fue suspendido unilateralmente desde que el presidente Trump decidió retirar a los EEUU⁹⁷. Putin, además de coincidir en la crítica al “retiro ilegal” de Washington del acuerdo, expresó su apoyo para que Irán se convirtiese en miembro pleno de la OSC⁹⁸. De hecho, las relaciones entre Rusia e Irán se han ido estrechando sobre la base del vínculo histórico que une a ambos países, pero también en función de la crisis en Siria, que ha dado lugar a una serie de reuniones entre Rusia, Irán y Turquía, en lo que se ha dado en llamar el “grupo de Sochi”. Sin embargo, según algunos analistas, pese a una visión crecientemente pragmática por parte de Rusia y de Irán, el acercamiento no los convierte en aliados y sus intereses son divergentes en Medio Oriente. Rusia intenta reforzar su influencia en la región a medida que Washington reduce su presencia, con el objetivo de mantener su presencia y la estabilidad en la misma, mientras que Irán aspira a convertirse en la potencia dominante en la región y desconfía de los vínculos rusos con Israel⁹⁹.

Recuperado el 31 de marzo de 2019.

97 Cardona Londoño, Juan Carlos (30 de mayo de 2018) “El pacto nuclear con Irán y la Organización de Cooperación de Shanghái”, en *Al Poniente*, en <https://alponiente.com/el-pacto-nuclear-con-iran-y-la-organizacion-de-cooperacion-de-shanghai-ocs/> Recuperado el 31 de marzo de 2019.

98 AFP (9 de junio de 2018) “Cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghái presume de unidad en comparación con el G-7”, en <https://www.eleconomista.com.mx/internacionales/Cumbre-de-la-Organizacion-de-Cooperacion-de-Shanghai-presume-unidad-en-comparacion-con-G-7-20180609-0011.html>, Recuperado el 5 de febrero de 2019.

99 Смагин, Никита (4 de junio de 2019) “Стратегическое недоверие. Почему у России и Ирана не получается стать союзниками?”, en Московский Центр Карнеги, https://carnegie.ru/commentary/79251?utm_source=rssemail&utm_medium=email&mkt_tok=eyJpIjoiTVRVMk1tTTB0VEF5TkdKbC1lnQjOiJMTnY5bj... Recuperado el 13 de junio de 2019.

No obstante, el acercamiento de Irán con Rusia no sólo incluye su potencial ingreso a la OCS, sino el anuncio, en diciembre de 2017, de su posible incorporación a la UEEA¹⁰⁰, convirtiéndose en un actor crucial en el proyecto de una Gran Eurasia (Lewis, 2018:1630). Si bien una potencial incorporación – de avance muy lento – de Irán a la UEEA le aportaría un mejor acceso al mercado de la India – que apoya esta iniciativa –, y a los puertos indios que le permitan acceder al mercado europeo a través del Golfo Pérsico, existen una serie de obstáculos políticos para el rápido avance de esta iniciativa. En primer lugar, porque sólo puede conectarse por la vía terrestre con los miembros de la UEEA a través de Armenia, para lo cual debería superar una serie de resentimientos y tensiones históricas pendientes. En segundo lugar, porque la integración de Irán con la UEEA es limitada y, en tercer lugar, porque entre los decisores políticos en Teherán existe una actitud ambigua ante un compromiso que los alejaría definitivamente de Occidente, de manera que los pasos a seguir en este proceso requerirán de una voluntad política significativa, tanto por parte de Irán como de Rusia y de los restantes miembros de la UEEA¹⁰¹.

En este marco, gana impulso estratégico tanto una profundización de los vínculos militares entre Irán, Rusia y China – ya existe una avanzada cooperación entre Rusia e Irán en Siria y China ha incrementado significativamente sus inversiones en este último país – como al desarrollo de relaciones económicas entre los tres países, generando el surgimiento de un nuevo triángulo euroasiático que eventualmente amenaza los intereses de los EEUU como potencia global (Mandelbaum, 2019). A esto se suma que la BRI permite vincular tanto los mercados emergentes de Asia Central como el de Irán, estableciendo lazos potencialmente también con Turquía a través de una red de trenes de alta velocidad y de infraestructuras portuarias. En este marco, Irán es estratégico para la BRI, en función del desarrollo de una red ferroviaria que uniría a este país con China a través de Turkmenistán y Kazajistán, pero también por las oportunidades que su influencia

100 Jonkers, Brecht (2017) “Eurasian Superpower: Iran to join Russia-led economic power bloc”, en <https://www.almasdawnnews.com/article/eurasina-superpower-iran-join-russia-led-economic-power-bloc> Recuperado el 2 de febrero de 2018 y Xinhua (2018) “Iran seeks more gain from Eurasia preferential trade agreement oficial”, en *Xinhua*, 20-06-2018, http://www.xinhuanet.com/english/2018-06/20/c_137268297.htm Recuperado el 30 de marzo de 2019.

101 Ibragimov, Frakhad “Evrzaiskie nadezhdy Irana”, en *CA-IR News*, 6 de marzo de 2019, https://ia-centr.ru/experts/farhad-ibragimov/evrziyskie-nadezdy-irana/fb=clidIwAROHxnjTBSfmlHVv76GFBkExXXW9RaRnbXi_YSXfPsss7mG5V0plZ19zTQE/ Recuperado el 30 de marzo de 2019.

pueda abrir en Irak, el Líbano, Siria y Yemen. Por otra parte, desde abril de 2017, Moscú y Teherán han desarrollado conversaciones sobre la construcción de un canal marítimo que una el mar Caspio con el Golfo Pérsico a través de Irán¹⁰². Estas iniciativas de infraestructura y conectividad, junto a otras similares, dan lugar a la creación de un espacio económico que algunos analistas denominan el “corazón de Eurasia”, al que potencialmente se podría incorporar Turquía¹⁰³. La cumbre de Rusia, Turquía e Irán realizada en Sochi entre fines de julio y principios de agosto de 2018 sobre las pautas para la organización de la fase de pos-guerra en Siria evidencia esta creciente vinculación, adicionalmente a las relaciones con China ya señaladas¹⁰⁴. Pese a estos avances, como señalábamos más arriba, la desconfianza estratégica entre Rusia e Irán persiste, particularmente en relación a sus respectivos objetivos en Medio Oriente.

Es importante notar, por otra parte, que **Turquía**, como señalamos, ha ido desarrollando en forma creciente su vínculo con Asia y ha promovido e impulsado una visión euroasiática, a partir de su desencanto con la relación con la UE, y de las crecientes tensiones del gobierno de Erdogan con los EEUU, pese a que sigue perteneciendo a la OTAN. Junto con el desarrollo de un discurso eurasiánista – centrado como ya señalamos en la reconstitución de una nación pan-túrquica con los pueblos de Eurasia – bajo la influencia de Dögu Perincek, en noviembre de 2016, Ankara – miembro “de diálogo” desde 2012 – anunció su intención de incorporarse a la OCS, en base a conversaciones previas con Rusia y Kazajstán, y en abril de 2017, avanzó la posibilidad de un acuerdo con Moscú (Maçães, 2018:217-221). De hecho, bajo la presidencia de Erdogan, Turquía ha desarrollado una intensa diplomacia con Rusia e Irán, marcando su distanciamiento de Occidente¹⁰⁵, a la

102 Ibragimov, Farkhad (2019) “Evrziskie nadeshdy Irana” *CA-IR News*, Bishkek, marzo 6 de 2019, <https://ia-centr.ru/experts/frakhad-ibragimov/evraziyskie-nadezdy-irana/>

103 Engdahl, William (2017) “El triángulo estratégico Irán-China-Rusia”, en *Journal-Neo*, 25 de febrero de 2017, <http://centrodeperiodicos.blogspot.com/2017/02/el-triangulo-estrategico-iran-china.html>. Recuperado el 19 de noviembre de 2018.

104 HISPANTV (1 de agosto de 2018) “Irán, Rusia y Turquía, determinados a garantizar soberanía de Siria”, en *HISPANTV*, <https://www.hispantv.com/noticias/siria/384105/rusia-iran-turquia-soberania-integridad-sochi> Recuperado el 2 de febrero de 2018.

105 Duran, Burhanettin (6 de octubre de 2017) “Cooperation with Russia and Iran: Is Turkey joining the Eurasian axis?”, en *SETA*, <http://setad.org/russia-iran-turkey-eurasian-axis> Recuperado el 2 de febrero de 2018.

par de profundizar su visión euroasiática¹⁰⁶. Turquía aspira a incorporarse a la OCS y ostenta una gran influencia etno-religiosa en los pueblos túrquicos islámicos de origen mongol que representan en la región euroasiática una población de más de 160 millones¹⁰⁷. Sin embargo, en las negociaciones realizadas en Sochi en febrero de 2019, entre Irán, Rusia y Turquía¹⁰⁸, este último país perdió parte de su capacidad negociadora, aunque el gobierno de Erdogan sigue debatiéndose entre sus vínculos con Occidente – a pesar de los limitados resultados en su aspiración a integrarse a la UE y de la persistencia de su pertenencia a la OTAN – y el fortalecimiento de una orientación euroasiática en su política exterior (Lewis, 2018:1631).

Este complejo mosaico de actores en torno a la OCS y a la configuración de la Gran Eurasia – con posiciones ideológicas, geopolíticas y económicas disímiles – complejiza evidentemente la actual y futura dinámica del mega continente, donde desde el inicio figuran – por su poder e influencia – como protagonistas principales China y Rusia, y a los cuales se suma progresivamente la India. Pese a que los países del Asia Central no son peones pasivos de estas potencias en el marco de una diplomacia “multi-vectorial” que maniobra entre ambas, el peso principal lo lleva el eje o “el matrimonio de conveniencia” (Lubina, 2017) entre Rusia y China en función de contrarrestar la presencia occidental en la región (Diener, 2014:90). De hecho, los intereses chinos y rusos en Asia Central convergen en torno a tres factores: mantener la estabilidad política en la región que impida la erupción de movimientos radicales islamistas; preservar el poder de regímenes seculares o “modernitarios”¹⁰⁹, independientemente de su filiación autoritaria, y acelerar el desarrollo económico de los países de la región como base de esa estabilidad (Lukin, 2018:169).

106 Gurcan, Metin (May 17 2017) “The Rise of the Eurasianist vision in Turkey”, el AL-MONITOR. *The pulse of the Middle East*, <https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2017/05/turkey-rise-of-euroasianist-vision> Recuperado el 7 de febrero de 2018.

107 Jalife-Rahme, Alfredo (25 de agosto de 2018) “El “cowboy” Trump contra el “sultán” Erdogan”, en *Sputnik*, <https://mundo.sputniknews.com/firmas/201808251081474018-alternativas-de-turquia-en-la-nueva-geopolitica/> Recuperado el 7 de febrero de 2019.

108 Clarke, Colin and Ariane Tabatabai (October 31 2018) “Is Major Realignment Taking Place in the Middle East? Why Turkey is Pivoting Toward Iran and Russia”, en *Foreign Affairs*, <https://www.foreignaffairs.com/print/1123309> Recuperado el 13 de diciembre de 2018.

109 Milosevich-Jauristi (2019) define como “modelos de desarrollo modernitarioa2 a aquellos que, como en el caso de China y Rusia, presntan procesos de modernización impulsados por regímenes aurotitarios.

Un aspecto fundamental para que la OCS pueda continuar creciendo y desarrollándose gira, de acuerdo con el enfoque chino, en torno a que sus países miembros se adhieran firmemente a una nueva narrativa en torno al “espíritu de Shanghái”. La Cumbre de Qingdao y más recientemente la de Biskek, constituyeron un importante paso inicial para promover ese “espíritu de Shanghái”, orientado a mejorar la solidaridad y la confianza mutua de los Estados miembros y a profundizar la cooperación de beneficio mutuo en varios campos. Bajo la guía del “espíritu de Shanghái”, eventualmente la incorporación de la India y Paquistán – más allá de las tensiones entre ambos – puede contribuir a profundizar su cooperación con los países originalmente miembros de la OCS en diversos campos y puede contribuir a la seguridad y la prosperidad de la región¹¹⁰. Como señala una nota de la agencia china Xinhua “*Shanghai Spirit is showing strong vigor as a new principle of international relations. It doesn't follow geopolitical competition, but stands for human society's new thinking regarding global governance in the 21st century. World diversity is such that it is unrealistic to standardize the 200-plus countries and regions under one political and value system. Shanghai Spirit offers a feasible solution to support globalization*”¹¹¹.

En este sentido, durante la 17va reunión del Consejo de Jefes de Gobierno de la OCS realizada a mediados de octubre de 2018 en Dushanbe – la capital de Tajikistán – el Premier chino Li Keqiang urgió a los miembros de la organización a continuar la cooperación “win-win”, en áreas como la cooperación económica y el comercio, señalando que a partir de la Cumbre de Qingdao la CSO cobró un gran impulso y proponiendo profundizar la cooperación en seis áreas: seguridad, la cooperación multilateral económica y el comercio, la generación de

110 Deepak, B.R. (June 092018) “SCO: An Excellent platform for Cooperation”, en *People's Daily*, Beijing, <http://en.people.cn/n3/2018/0609/c90000-9469391.html>. Recuperado el 4 de febrero de 2019.

111 Xinhua (June 112018) “SCO explores global governance for new era”, en *People's Daily*, 2018 <http://en.people.cn/n3/2018/0611/c90000-9469972.html> Recuperado el 5 de febrero de 2019. La nota agrega, desde el punto de vista oficial chino “*Bigotry of a few Western countries has resulted in emerging countries in Eurasia to explore a new, adaptable type of international cooperation. This may be a factor in SCO's recent and future continuous growth. The SCO has been established for only 17 years, but its member states have formed a consensus on the principles of the organization, course for expansion, and built up a collective confidence and pride. The organization has also garnered more positive external evaluation. Enabling it to exert greater influence on the region and the world will be a tremendous contribution of all member states made to the global governance*”.

capacidades, la innovación, las relaciones entre los pueblos de la región y la conectividad regional, en tanto la organización es una plataforma fundamental para el desarrollo de la BRI¹¹². De hecho, este proceso conecta dos grandes narrativas – la de la Gran Eurasia promovida por Rusia y compartida por China, y la de la BRI china –, en la reconfiguración futura del espacio político de Eurasia (Piper. 2018:2017).

Mientras que Rusia ve a Eurasia en términos de su entorno inmediato “*near abroad*” (ближнее зарубежье) y busca recuperar la perdida ascendencia mundial de una superpotencia para incrementar su proyección global, la participación de China tiene una clara orientación estratégica y comercial. Por otra parte, India parece restringida por su necesidad no solo de equilibrar a China y Rusia sino también de calibrar su compromiso con la OCS con su relación con los EE. UU. y el Japón, en el marco de la concepción de seguridad del cuadrángulo del Indo-Pacífico. Sin embargo, los tres siguen siendo candidatos perfectos para abordar la agenda central de la OCS para Eurasia: expandir la conectividad, la seguridad energética y combatir el terrorismo. La pregunta pertinente es: ¿cómo combinarán sus estrategias divergentes y afinarán sus paradigmas euroasiáticos profundamente arraigados, para convertir a la OCS en una plataforma efectiva para fomentar la paz y la prosperidad en toda Eurasia? Particularmente teniendo en cuenta que otras potencias regionales pueden aspirar a un papel más protagonista en función de sus propios intereses y no necesariamente coincidir con los acuerdos del triángulo.

Por otra parte, pese a estos avances, la OCS ha sido objeto de variadas críticas por parte de los analistas, particularmente en Occidente. En primer lugar, al señalar que las Cumbres son meras reuniones de mandatarios, que no conducen a medidas concretas y quedan en el papel, y que el modelo de toma de decisiones por consenso es ineficaz, particularmente en un contexto tan heterogéneo en términos de sistemas políticos, escala de las economías, sistemas de creencias y enfoques civilizatorios (Alimov, 2018:115). En segundo lugar, porque se enumeran los principales desafíos a los que se enfrenta la organización, mencionados con anterioridad: la competencia entre Rusia y China en Asia Central, señalando el carácter competitivo existente entre la UEEA y la BRI; la posible pérdida de eficiencia debido a su rápida ampliación; el impacto del conflicto entre la India y Pakistán; la competencia entre China y la India; la menor atención

112 Xinhua (2019) “*Chinese premier calls for closer SCO cooperation, greater development synergy*” Xinhua, October 13, 2018 <http://en.people.cn/n3/2018/10/13/c90000-9508120.html> Recuperado el 5 de febrero de 2019.

prestada a los intereses de los países miembros menos poderosos y más pequeños, y el elemento desestabilizante del factor Afganistán (Alimov, 2018:117-118). En la percepción de la opinión pública internacional y de muchos analistas occidentales hubo en este sentido, desde los inicios de la OCS, un alto grado de escepticismo sobre su desarrollo, eficacia y utilidad. Sin embargo, luego de la cumbre de Qingdao, se desarrollaron análisis menos sesgados y evaluaciones más positivas de la OCS, lo cual constituye un cambio importante en las percepciones occidentales, preocupadas por la creciente relevancia y proyección continental de la organización en la construcción de un espacio eurasiático¹¹³. En el momento de finalizar este libro, la cumbre de Biskek no había generado aún reacciones y comentarios en la prensa occidental.

Si la OCS deviene en el eje y en la plataforma organizativa central de la Gran Eurasia, sus principios constitutivos y su carta fundacional deberán ser, seguramente, revisados y redefinidos, en tanto su desarrollo requerirá de una nueva estructura en función de los esfuerzos conjuntos de sus países miembros y, en particular de China y de Rusia, cuyas acciones en el marco de la OCS han estado mutuamente restringidas por los intentos de acotar la influencia económica de China por parte de Rusia y la de ésta en el ámbito de la seguridad por parte de China. Sin embargo, en el ámbito de la cooperación energética, China ha incrementado su poder de influencia sobre este tema, en función de sus propias necesidades de desarrollo. Este aspecto también se ha visto reflejado en la agenda de la OCS, particularmente en función de la relación entre China y los países de Asia Central. Beijing considera a la región como un área vital para la diversificación de su consumo energético, y en el marco de las relaciones sino-rusas actualmente en desarrollo, Moscú ha estado dispuesta a incorporar este tema en la agenda de la organización. Mientras que China ha desarrollado inversiones importantes en este campo – particularmente en Kazajstán que tiene los mayores recursos disponibles – al punto de que la mitad de su demanda de gas natural proviene de la región –, ha logrado motivar así mismo a Rusia para incrementar la cooperación en el campo energético al punto de que este país – partir de un acuerdo firmado entre ambas naciones en 2013 y del desarrollo previo de la cooperación energética de ambos países que hemos analizado más arriba – se podría convertir en el futuro en el mayor proveedor de petróleo de China, fundamental para su desarrollo (Erdogan, 2018: 942-943).

113 Xinhua (June 11 2018) “SCO explores global governance for new era”, *People’s Daily*, <http://en.people.cn/n3/2018/0611/c90000-9469972.html> Recuperado el 5 de febrero de 2019.

En este contexto, pese a que estos dos poderosos actores se encuentran crecientemente vinculados bilateral y multilateralmente, siguen persistiendo diferencias significativas entre ambos, particularmente, como hemos visto, en relación a sus vínculos con Asia Central. La OCS desarrollada en base a sus intereses compartidos en Asia Central – más que a la comunidad de valores – ha evidenciado, sin embargo una gran capacidad en minimizar el riesgo de una confrontación entre estos actores en la región, generando un espacio multilateral para reuniones regulares y consultas para el intercambio de sus enfoques y visiones, contribuyendo a la construcción de una mayor confianza entre ambos y poniendo en evidencia un buen desempeño en su capacidad de acotar y limitar los efectos adversos de sus diferencias – generalmente desplazando a un segundo lugar o ignorando los aspectos más problemáticos de sus relaciones¹¹⁴. La OCS le ha dado la oportunidad a Rusia de reconstruir su pérdida de influencia en Asia Central sin poner en evidencia una excesiva voluntad política y sin mayores costos financieros, permitiéndole controlar los movimientos chinos en la región sin confrontaciones y en el marco de la cooperación, mientras China ha podido desarrollar sus objetivos en la región sin confrontar con Rusia y sin poner en peligro la estabilidad y la seguridad de la región (Erdogan, 2018:945).

Superadas estas restricciones y las percepciones consecuentes, el desarrollo de la OCS sigue, sin embargo, teniendo por principal obstáculo entre los actores de mayor peso, los desacuerdos entre China y la India y la perenne tensión conflictiva entre ésta última y Pakistán, que deberán ser acomodados a una nueva estructura (Karaganov, 2018:91), en torno al proyecto de la Gran Eurasia, donde el peso de la relación sino-rusa sigue siendo crucial. Capítulo aparte merecen las acciones de los países del Asia Central pero, en particular, los altibajos de las relaciones de Irán y Turquía con Occidente, y el incremento de las tensiones entre Teherán y Washington en fechas recientes.

En suma, la dinámica de la región eurasiática no sólo responde al entrecruzamiento de intereses económicos y geopolíticos, de lógicas estratégicas distintivas, de visiones identitarias y culturales diferenciadas y de entramados institucionales con funciones y ámbitos regionales y temáticos superpuestos – como en el caso de la UEEA, la BRI, la OCS y la OTSC –, sino también a una dinámica de vínculos, tensiones y confrontaciones variadas entre actores de rasgos asimétricos – como la convergencia sino-rusa, el emergente triángulo RIC, la ausencia de una

114 Lo cual también es aplicable al caso de la India.

integración profunda entre los países del Asia Central y sus reacciones y políticas frente a sus vecinos más poderosos, las tensiones entre China y la India y ésta y Pakistán, la potencial confrontación de Irán con los EEUU, y la deriva de la política exterior de Turquía –, sumadas a una serie de dinámicas externas asociadas con el proyecto estadounidense del Indo-Pacífico, la APEC, la ASEAN, la UE y la RCEP, para mencionar sólo algunos de los factores externos de peso. En este marco multidimensional y complejo, los hilos conductores que parecen definir en la actualidad la configuración del mega continente son, básicamente, la cooperación en diferentes ámbitos – comenzando por la seguridad –; la conectividad a través del desarrollo de las infraestructuras y del transporte a efectos de facilitar los flujos comerciales y financieros generando una mayor interdependencia¹¹⁵, y una voluntad política para desarrollar un diálogo pluralista e impulsar compromisos de mutuo beneficio, en un espacio caracterizado por la diversidad cultural, étnica, lingüística y religiosa.

115 Bossuyt, Fabienne & Feng Shaolei (December 10 2018) “The Elephant in the Room: Views on Connectivity”, en RIAC, https://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/interview/the-elephant-in-the-room-views-on-connectivity/?sphrase_id=26197943 Recuperado el 30 de marzo de 2019.

Capítulo 8

El proyecto de la Gran Eurasia (GEP): narrativas y visiones contrastantes

En el marco de esta matriz geopolítica extremadamente compleja y dinámica, donde se entrecruzan los intereses de diversos actores de distinto poder y de diferentes capacidades y estrategias en un mega espacio continental, es evidente que las tres iniciativas – de la UEEA, de la BRI y de la OCS, frecuentemente se superponen y, eventualmente se duplican en la configuración del espacio euroasiático, en el marco de un liderazgo regional encarado por la convergencia estratégica de Rusia y China, actuando como un tándem complementario, particularmente en el ámbito político en términos de una *entente* que busca mantener el equilibrio y la cooperación entre ambas naciones¹¹⁶, pero con intereses y visiones distintivas y claramente diferenciadas, en especial en el área geo-económica. La UEEA se constituye en el núcleo inicial del proceso de configuración de la Gran Eurasia vinculada a la iniciativa rusa de abrirse hacia el Este y de preservar su entorno inmediato, en el entendido de que esta apertura no sólo se orientaba hacia China, sino también, en forma destacada, a Japón y Corea del Sur y hacia toda Asia en general con foco especial en la cooperación con China, los miembros de ASEAN y los de la OCS (Korolev, 2016:2; Li, 2018:96). En este proceso, China respondió a la idea rusa del partenariado y del proyecto de la Gran Eurasia, con el propósito de profundizar la integración y la conectividad regional, de proyectarse hacia el Oeste y de fortalecer y consolidar sus vínculos comerciales con los países de la UE, para lo cual tanto Beijing como Moscú decidieron desarrollar conjuntamente un estudio de factibilidad en 2016 en cuyo marco, gradualmente, la idea de un partenariado integral euroasiático se fue transformando en la idea de una asociación estratégica euroasiática basada en un acuerdo consensuado en torno a una serie de puntos principales: el respeto del principio de igualdad soberana y de no-interferencia en los asuntos

116 Trenin, Dmitri (June 05 2019) “Russia, China Are Key and Close Partners”, en *Carnegie Moscow Center*, en https://carnegie.ru/2019/06/05/russia-china-are-key-and-close-partners-pub-79262?mkt_tok=eyJpIjoiTXpZNVptVTVZbVF3TVRSbXIsinQiojKXc9TM Recuperado el 19 de junio de 2019.

internos, el respeto por la vía elegida por cada país para su desarrollo, el respeto y la mutua tolerancia de las tradiciones culturales de cada país, y el enfoque *win-win* promovido por China (Li, 2018:97). A pesar de las asimetrías, la complementariedad de sus economías, el desarrollo de una serie de mecanismos de consulta y de diálogo, y el hecho de que comparten estrategias de desarrollo similares, particularmente a nivel regional, y puntos de convergencia en este sentido – como la que se da en el desarrollo del lejano Este de Rusia que complementa la estrategia china de reactivar el Nordeste del país (Li, 2018:98) – contribuyen a reforzar la convergencia estratégica entre Rusia y China en el continente euroasiático, particularmente frente a la común identificación de Occidente en general y de los EEUU en particular, como una amenaza a sus intereses. Por otra parte, la convergencia se refuerza por la identificación común – al menos en el ámbito de la retórica oficial – con el proceso emergente de la multipolaridad en el nuevo orden internacional y el surgimiento de nuevos polos de poder ante la transición que vive la hegemonía estadounidense y occidental, pese a importantes matices diferenciales entre ambas naciones.

Existen intereses comunes que ayudan a promover una cooperación más estrecha entre China y Rusia a nivel global – entre los que se incluyen la necesidad de contrarrestar el poder y la influencia de los EEUU y, eventualmente, establecer un orden multipolar (aunque existan diferencias en las apreciaciones de ambas naciones acerca de los alcances de este orden, de la gobernanza global, de la globalización como tal, y del grado de enfrentamiento que estén dispuestos a asumir con Washington); la percepción de que los EEUU son un obstáculo para su hegemonía y para la estabilidad regional; la aspiración de ambas naciones de convertirse en grandes potencias de peso en los espacios multilaterales, con capacidad de convertirse en *rule-makers*; la visión crítica de la democracia occidental y de sus valores asociados al orden liberal internacional, y la expectativa de contrarrestar las políticas de los EEUU en el espacio y el ciberespacio, entre otros (Milosevich-Jauristi, 2019). Sin embargo, la visión de un mundo multipolar marca una diferencia significativa entre China y Rusia, en tanto la primera no deja de percibir el futuro orden global en términos de bipolaridad – entre los EEUU y China – más que de multipolaridad, y Rusia no termina de especificar claramente su rol en un orden multipolar (Ismail, 2018), ya sea como “*spoiler*” o como uno de los constructores del entramado institucional y normativo de un nuevo orden internacional.

Consecuentemente, las convergencias existentes chocan tanto con la implementación distintiva de sus estrategias globales como con la

necesidad de superar algunos obstáculos en la construcción del partenariado o del proyecto de la Gran Eurasia (GEP). Desde el punto de vista de la dinámica de las organizaciones regionales, en primer lugar, Rusia está preocupada por el hecho de que la magnitud de la economía china pueda afectar el proceso de integración de la UEEA y que la competitividad de los bienes y productos chinos pueda ejercer una presión externa sobre las economías de este mecanismo de integración, pese a que en mayo de 2018 se firmó un acuerdo de cooperación comercial y económica entre China y la UEEA, con el propósito de que se comenzara a materializar a principios de 2019¹¹⁷.

Es importante señalar, en este sentido, que Rusia no se plantea incorporarse a la BRI, sino que propone su “armonización” o articulación con la UEEA, para impedir que su posición de preeminencia en Asia Central sea subsumida por el proyecto de Beijing, al punto de mantener en suspenso la posibilidad del establecimiento de un área de libre comercio entre China y la UEEA (Yujun et al., 2019:4).

Las aspiraciones de la India, Irán y Turquía de vincularse con la Unión Económica Euroasiática – asumiendo posiciones distintas frente a China y a la BRI, particularmente evidentes en el rechazo de la India a la iniciativa –, complejizan además el panorama. El ascenso y la proyección de China en el ámbito euroasiático ofrece, en este sentido y en forma simultánea, oportunidades y complejos desafíos para Rusia en su propia esfera de influencia en Asia Central (Lewis, 2018:1614), como también para los intereses indios, iraníes y turcos. Sin embargo, la inclusión de la India, de Irán y de Turquía en los diversos mecanismos regionales – desde la UEEA a la OCS – y sus diferentes posiciones frente a la BRI, incrementa para Moscú la capacidad de equilibrar el rol de Beijing en el entramado euroasiático y de impedir que Rusia quede subsumida a la estrategia china (Diesen, 2017).

En segundo lugar, una vez que la OCS ha comenzado a incorporar nuevos miembros, los desacuerdos entre India y China, e India y Pakistán, entre otros, como hemos visto, puedan tener un impacto negativo sobre los diversos mecanismos de cooperación y de consulta en la OCS. La capacidad de la OCS de contener y apaciguar estos y otros conflictos y tensiones en su seno constituye la prueba de fuego para su relevancia geopolítica, en tanto el desarrollo de una dimensión geo-económica que articule en un solo bloque económico los diversos

117 Xinhua (18 de mayo de 2018) “China, EAEU sign agreement on trade, economic cooperation”, *Xinhua, Asia-Pacific Edition*, en http://www.xinhuanet.com/English/2018-05/18/c_137187295.htm Recuperado el 6 de marzo de 2019.

intereses en juego no ha avanzado, básicamente porque los socios más poderosos de la organización evidencian reticencias de diverso grado frente a la BRI.

Y, en tercer lugar, se plantea la interrogante de hasta que punto es realista el intento de vincular y “armonizar” la Unión Económica Euroasiática con la BRI, más allá de que ambas naciones – así sea retóricamente – aspiren a que esto se concrete. Como señala Li, desde una perspectiva optimista, *“China’s political and economic relations with UEEA countries, the level of China’s practical cooperation with ASEAN countries, and the strong cooperation between Russia and ASEAN countries provide reason to be confident that the linking of the BRI and the Eurasian Partnership has a future. Moreover, the Russian-Chinese talks on the Eurasian Economic Partnership are the most important link in this process”* (Li, 2018:98). Para Moscú, la UEEA es en este sentido, entre otras cosas, el principal mecanismo de contención de una penetración china en el espacio post soviético y un instrumento de negociación para la aceptación y asimilación de China del proyecto de la Gran Eurasia promovido por Rusia (Diesen, 2017).

Sin embargo, esta aseveración pareciera dejar en un limbo el rol de la Organización de Cooperación de Shanghái “la más obvia base institucional” para el desarrollo de la Gran Eurasia (Lewis, 2018:1617, Karaganov, 2018:91) cuyo rol enfatizan – particularmente desde la perspectiva rusa, algunos analistas como Karaganov (2018) uno de los artífices de la idea de una Gran Eurasia en el marco del primer documento producido al respecto por el Valdai Club de Rusia. Un enfoque similar surge también en una afirmación más amplia del presidente de Kazajstán Nursultan Nazarbaev que, desde una visión eurasiática, considera que la BRI debería estar vinculada no sólo a la UEEA sino también a la OCS y eventualmente a la UE, tomando en consideración, desde la perspectiva kazaja de una política multi- vectorial, la importancia del triángulo Rusia, China y Occidente para su nación (Lewis, 2018:1618). El matiz diferencial entre la posición rusa y la kazaja es importante y marca las diferencias de expectativas frente a la BRI por parte de Rusia – que la percibe como un mecanismo fundamental para reforzar su rol de ineludible paso intermedio en el desarrollo de la conectividad terrestre que le daría acceso a China a los mercados de la UE –, y la posición kazaja – y hasta cierto punto de otros países del Asia Central – frente a las oportunidades económicas que pueda ofrecer la iniciativa china, tanto en términos de inversión y comercio, como de cooperación económica.

No obstante, estas versiones optimistas pero con matices diferenciados de acuerdo a los intereses de cada uno de estos actores, chocan con otras percepciones que enfatizan las dificultades geopolíticas existentes, a las que se suma el hecho de que la UEEA es un proyecto de integración regional con mecanismos, normas e instituciones supranacionales establecidas en un marco multilateral, mientras que la BRI es una visión y una estrategia más abstracta y unilateral de China en torno a una cooperación eurasiática más estrecha, abierta a la participación de otros actores interesados (Zeng, 2019), pero que no necesariamente constituye un espacio multilateral. De hecho, en principio, la BRI configura tanto una gran visión económica de la RPC que promueve la integración de sus territorios menos desarrollados, la expansión de su política hacia Eurasia y Europa, el fortalecimiento de la cooperación económica entre China y los países participantes frente a los cambios dramáticos en el ámbito de la globalización y de la cooperación regional, como una participación proactiva de China en la integración del sistema internacional y en el mejoramiento de la gobernanza global (Yujun et al., 2019:5) Si dejamos por un momento de lado la perspectiva de Nazarbaev, ambas son visiones no-occidentales con marcadas diferencias en relación a la integración regional, una – la china – con más énfasis en lo funcional que en lo espacial con un eje sino-céntrico y la otra – la rusa – más proclive a una visión más exclusiva, cerrada, defensiva y eventualmente territorial en torno al espacio postsoviético (Kaczmarek, 2017). Ambas, sin embargo, incorporan, a distintas escalas, un componente geopolítico fundamental frente al ámbito global que hace a la convergencia estratégica sino-rusa.

Las conversaciones sobre la “armonización” de la UEEA y la BRI – desarrolladas, significativamente, en el marco de la OCS – chocan con la reticencia rusa a abrirse a una zona de libre comercio que pudiera amenazar con una invasión de productos y bienes chinos a su zona de influencia en Asia Central – como así también con el rol de la OCS en Asia en los temas de seguridad (Piper, 2018:6). El punto es que ni China ha podido utilizar plenamente a la OCS para vehicular su penetración económica en Asia Central, ni Rusia ha podido contener del todo – a través de este y de otros mecanismos euroasiáticos – la proyección económica de China en la región. Pese a ello, desde 2015, ambas naciones han estudiado la posibilidad y han dado los primeros pasos para la creación del partenariado económico eurasiático, lo que ha llevado a analistas como Karaganov a plantear la eventual materialización de un macro bloque de una Gran Eurasia entre China, Rusia,

Kazajstán, e Irán, con China “actuando como un líder, pero no como un hegemon” (Karaganov, 2015, citado por Piper, 2018:6).

Para Karaganov, existen cuatro maneras de pensar el proyecto de la Gran Eurasia: como “un marco conceptual” que oriente la interacción de los estados eurasiáticos; como “una entidad geoeconómica emergente, definida por la tendencia de Asia para Asia, el pivote chino hacia el Oeste, en conjunción con la UEEA, y el pivote ruso hacia el Este”; como un “espacio de cooperación civilizatoria” a lo largo de la Ruta de la Seda, que vincula a las grandes civilizaciones de la China, India, Persia, y el Medio Oriente con Europa, y como un movimiento hacia “una nueva comunidad geo-estratégica – un espacio pan-eurasiático de desarrollo, cooperación, paz y seguridad” (Karaganov, 2017d).

Sin embargo, existe una falta significativa de concreción en estos planteamientos, con su énfasis en un conjunto alternativo de ideas y de normas frente al sistema liberal internacional, que no incorpora claramente las formas más tecnocráticas y operativas sugeridas – en el marco de un “eurasianismo pragmático” –, por analistas y economistas de la Comisión Económica Eurasiática y del Banco Eurasiático de Desarrollo, y que quedan fuertemente contaminadas por la geopolítica y la ideología ya que, básicamente, el GEP es un proyecto geopolítico que ambiciona asumir, a distinta escala, tres funciones – el cuestionamiento y la reconceptualización del orden mundial, la previsión de un mecanismo para estructurar las relaciones de poder en su ámbito, y la propuesta de un nuevo modelo de seguridad que pueda lidiar con las tensiones y conflictos en los estados del Asia Central (Lewis, 2018:162124). Karaganov es muy explícito en relación a las dos primeras al plantear que Rusia y China necesitan conformar y actuar como el centro de una estructura internacional que pueda neutralizar y – hasta cierto punto – reestructurar los efectos negativos de la política de los EEUU, como un “estabilizador externo” de sus acciones en el ámbito internacional (Karaganov, 2018:91).

Por otra parte, esta concepción – y las aspiraciones geopolíticas que implica –, chocan tanto con los intereses individuales en el marco del tándem Rusia-China, como con sus percepciones y concepciones en torno al espacio eurasiático y a una narrativa de la Gran Eurasia.

En el plano de los intereses respectivos es necesario recapitular sobre las políticas e iniciativas de cada uno de estos actores, para poder analizar el alcance del GEP, en tanto la convergencia en torno al proyecto de la Gran Eurasia que institucionalmente puede facilitar la OCS, no oculta también los intereses propios de cada uno de estas dos potencias en el

plano internacional que se manifiestan tanto en el plano geopolítico como en el de sus respectivas políticas regionales.

Por un lado, China apoya y comparte la visión de la multipolaridad – así sea con un sesgo bipolar – del sistema internacional que promueve Rusia, pero recela de las políticas rusas (como en Abjasia, Osetia del Sur y Crimea) que puedan afectar su integridad territorial – un punto muy sensible para China, particularmente en relación al Tibet, a Sinkiang y a Taiwán, pese a que Rusia ha respaldado abiertamente a China en sus reivindicaciones en este aspecto sin una clara y explícita reciprocidad china al respecto. A su vez, Rusia ha sido cautelosa en asumir posiciones que la comprometan en torno a las reivindicaciones de Beijing en el Mar del Sur de la China, particularmente guiada por su afán de no afectar sus relaciones con Corea del Sur y Japón.

Por otra parte, China compite con Rusia por las inversiones extranjeras y el desarrollo de las regiones fronterizas (el extremo Oriente de Rusia y el Nordeste de China), pero necesita a Rusia como proveedor de recursos y como mercado para sus bienes. Rusia, a su vez, necesita la fuerza laboral, el capital y la tecnología chinas para el desarrollo de sus propias regiones del lejano Oriente y puede ofrecer a China no sólo materias primas sino también maquinaria y tecnología. Pese a ello, como señala Lukin, las diferencias culturales dificultan la cooperación y en algunos campos no existe la reciprocidad esperada, particularmente en la creación y el desarrollo de un amplio espectro de medios de comunicación y, eventualmente, de algunas políticas específicas en este y en otros campos. Sin embargo, ninguno de estos elementos pareciera constituir un obstáculo insalvable para la asociación estratégica entre Rusia y China que es “tan fuerte y sólida que toda diferencia puede ser resuelta a través de los mecanismos existentes de consulta y de cooperación constructiva” (Lukin, 2018:171), marcando un contraste significativo con anteriores situaciones de tensión y de conflicto. Pese a este señalamiento, y más allá de la dinámica euroasiática, los intereses de ambos actores tampoco son enteramente convergentes a nivel global y generan abundantes suspicacias mutuas, reforzadas por la asimetría existente entre ambos países.

Al más alto nivel, la concepción de una Gran Eurasia plantea nada menos que el establecimiento de un nuevo orden mundial, a partir del descontento con las secuelas del fin de la Guerra Fría y la consideración de que el mundo unipolar que surgió en consecuencia está perdiendo impulso y será reemplazado por un orden multipolar, sobre la base de las grandes potencias como actores hegemónicos en sus respectivas

regiones y espacios de influencia, en el marco de un enfoque continental que en Rusia se asocia a la “geopolítica continental” (Lewis, 2018:1624-1625.). En este sentido, Karaganov no duda en señalar qué junto con el bloque euroatlántico, emerge un bloque euroasiático basado en la cooperación entre sus potencias principales – bajo el eventual liderazgo de China, pero sin su hegemonía – como parte de un nuevo sistema bipolar (en cuyo marco eventualmente puede emerger un bloque latinoamericano como tercer polo) (Lewis, 2018, citando a Karaganov 2015f).

En todo caso, la construcción de un nuevo orden mundial depende fundamentalmente de la evolución de los antagonismos que caracterizan las relaciones de Rusia con Occidente en general y las de China con los EEUU en particular, en cuyo marco el mayor perdedor es Europa, inmersa en el progresivo debilitamiento de la alianza atlántica y en sus propias contradicciones en la UE (Lewis, 2018:1626). Más allá de estos matices, la convergencia a nivel internacional entre Rusia y China esta relacionada con la visión de un mundo multipolar emergente en el marco de estos antagonismos y de la necesidad de proponer, conjuntamente, una visión alternativa del orden internacional basada en valores no necesariamente coincidentes en todos sus aspectos, dadas las diferencias culturales que acompañaron sus respectivas trayectorias históricas y las actuales aspiraciones geoestratégicas a nivel global de cada uno.

Aunque en el plano internacional China aparenta no estar impulsada por sentimientos antioccidentales tan marcados como Rusia (en especial por la estrecha interdependencia económica con Occidente en general y por la poca disposición de entrar en una confrontación abierta – pero aparentemente inevitable – con los EEUU, que eventualmente da pie para que Beijing persista en su papel de adalid de la globalización) y tiene una estrategia de proyección regional y global propia y más cautelosa que, sin embargo, puede ser claramente caracterizada como “sino-céntrica” (Zeng, 2019), Beijing y Moscú comparten un objetivo estratégico común: reducir la influencia occidental a escala global impulsando un sistema alternativo – eventualmente “post-occidental” – y, a la vez, preservar el espacio euroasiático de toda interferencia occidental. China provee de fondos para mantener nuevos aliados, y Rusia “envenena” políticamente a Occidente a través de diversas acciones como el hackeo político y el apoyo a los movimientos nacional-proteccionistas en Europa para debilitar a sus aliados. En este marco, son socios perfectos¹¹⁸ que reflejan eventualmente el

118 Bittner, Joachim (27 de abril de 2018) “¿Quién ganará el triple juego entre China,

llamado “matrimonio de conveniencia” que los une y que posibilita su convergencia estratégica más allá del ámbito euroasiático

Sin embargo, si bien sus acciones son generalmente coincidentes en el marco de la ONU, no coordinan sus políticas en otros organismos, como es el caso de la OMC.

Por otra parte, el GEP y la conformación de un polo euroasiático que incida sobre la configuración de un nuevo orden mundial, implica también un proyecto sobre la relación entre las grandes potencias en esta región y esto conduce necesariamente y hasta el momento, a la importancia que pueda asumir la evolución de las relaciones entre Rusia y China a nivel regional.

En el ámbito euroasiático, Beijing ve a Eurasia en términos del renacimiento de la antigua red de la Ruta de la Seda que coloca a China en el centro. Esta visión ha ganado fuerza bajo el presidente Xi Jinping (习近平) y cuenta – aunque eventualmente de forma fragmentada, vaga y contradictoria – con su propia narrativa (Zeng, 2019:1). La iniciativa de China tiene que ver con obtener acceso a los recursos energéticos y a las materias primas para su desarrollo poniendo a trabajar sus recursos financieros y humanos. La ambiciosa BRI exige la construcción de un sistema ferroviario desde Xian hasta Rotterdam, que involucre a un gran número de trabajadores chinos y de renminbi en las próximas décadas. Mientras que India permanece reticente a este proyecto en aras de definir y diseñar su propia estrategia continental que incluye un proyecto de conectividad con África a través del *Asia-Africa Growth Corridor* (en sociedad con Japón y los países africanos), Xi y el presidente ruso Vladimir Putin acordaron vincular la BRI a la Unión Económica Euroasiática liderada por Rusia. La reducción de la presencia de Estados Unidos de gran parte de Asia continental también promete acelerar la marcha de China hacia el oeste, y la diferencia – especialmente con Rusia – es que este avance es, como ya señalamos, predominantemente geo-económico. Las dificultades que ha enfrentado la BRI, desde 2015 en adelante, en Indonesia, Tailandia, Malasia, Myanmar, Sierra Leona y Pakistán y, especialmente en torno al puerto de Hambantota en Sri Lanka que le permitiría un base para su proyección en el Océano Índico, refuerzan la importancia para China de garantizar la consolidación de su proyección euroasiática (Rolland, 2019b: 1; Economy, 2019:2).

Rusia y Occidente?”, en *The New York Times*, versión en mandarín, <https://cn.nytimes.com/opinion/20180427/russia-china-west-power/> Recuperado el 8 de enero de 2019.

Por su parte, Moscú busca preservar como un escudo protector el proceso de integración económica en torno a la UEEA, mantener su primacía militar y su influencia política en este ámbito y sigue igualmente interesado en desarrollar el tema energético en la región y en atender la demanda masiva de energía de China e India. Pero, para Moscú, Eurasia también tiene una gran importancia militar, política y cultural. Como analizamos más arriba, desde el colapso de la URSS, Rusia ha estado buscando una idea para renovar el orgullo nacional, reflejado en el movimiento “neo-eurasianista”. Los neo-eurasianistas imaginan una civilización cuyas fronteras geográficas se extienden desde Bielorrusia y Ucrania en el oeste hasta Vladivostok y Alaska en el este, a la que ven como destinada a resistir las amenazas militares de las fuerzas “atlánticas” de Europa y América. Su agenda contrasta, como ya señalamos, por un lado, con la BRI y sus aspiraciones de extenderse a toda la región eurasiática, y por otro, bajo la presidencia de Putin y a partir de una política exterior más asertiva, se afirma en una visión más pragmática del eurasianismo, despojada de muchas de las aspiraciones más ambiciosas – conceptual y geopolíticamente – de los neo-eurasianistas y de una visión mesiánica, y crecientemente orientada por un interés geo-económico desde antes de la imposición de las sanciones occidentales.

En este marco, se conectan dos grandes narrativas – la de la Gran Eurasia promovida por Rusia y compartida parcialmente – con sus propios matices – por China, y la de la BRI china con una concepción diferenciada de la narrativa euroasiática, en la reconfiguración futura del espacio político de Eurasia (Piper. 2018:2017).

A lo largo del siglo XX, Eurasia recibió relativamente poca atención de la comunidad internacional. Esto comenzó a cambiar en la década de 1990, cuando la guerra en Afganistán llevó a los Estados Unidos a la región. Hoy, el progresivo retiro de Estados Unidos del área promete otro cambio importante en el futuro de Eurasia. En este sentido, el compromiso bien calibrado de China, Rusia e India ofrece un apalancamiento sin precedentes en la región, aun cuando la articulación de sus diferencias doctrinarias y paradigmáticas es un desafío formidable¹¹⁹.

Hemos analizado en un capítulo anterior las concepciones y narrativas

119 Wertsch, James; Shen Dingli and Swaran Singh (21 June 2016) “How China, Russia and India will seek to shape Eurasia in their own distinct ways”, en *South China Morning Post*, en <https://www.scmp.com/comment/insight-opinion/article/1978452/how-china-russia-and-india-will-seek-shape-eurasia-their-own>, Recuperado el 5 de febrero de 2019.

euroasiáticas en Rusia, pero, en el marco de la convergencia estratégica reciente entre Rusia y China como eje de la reconfiguración de la Gran Eurasia, es crucial entender asimismo la perspectiva china en torno a una narrativa euroasiática.

En este sentido, hay que reiterar que la BRI no es sólo una iniciativa con objetivos económicos y presupuestos geo-estratégicos, eventualmente de alcance global, sino también una estrategia discursiva – con todas sus ambivalencias, que respalda una narrativa específica. Esta narrativa estratégica enfatiza un proyecto de conectividad económica a través de múltiples países, refuerza y profundiza la estrategia de proyección global de China e incorpora la narrativa de la BRI como el proyecto central de la estrategia de la política exterior china (Zeng, 2019).

En tanto la BRI es, originariamente, un proyecto con un fuerte énfasis centrado en Eurasia, entre otras regiones, se diferencia, sin embargo, en la perspectiva china, del neo-urasianismo ruso, y apunta a introducir una nueva agenda integracionista en el ámbito euroasiático en el marco de un nuevo paradigma económico y político Eurasia-céntrico y con proyección global (Yilmaz & Changming, 2018:252-53), cuyo centro, sin embargo, sigue siendo China. En este sentido, la BRI, por un lado, constituye el núcleo de la estrategia de la política exterior de China y, por otro, plantea un ecosistema de cooperación y colaboración que involucra el desarrollo de infraestructura, de una comunicación y un transporte multimodal integrado, de la energía, las finanzas y la educación, con un énfasis distintivo en la conectividad y la integración. De hecho, la BRI pone en evidencia la visión china de la organización de las relaciones en Eurasia, cuyos elementos más importantes son: la apertura a los potenciales participantes y los esfuerzos de limitar las barreras al comercio y de neutralizar formatos cerrados de cooperación económica regionales, a la vez de intentar diseñar una fórmula de cooperación económica y de desarrollo con los estados más pequeños que pueda constituir una alternativa al concepto estadounidense sobre el tema (Kaczmarek & Rodkiewicz, 2016:1). En este marco, la UEEA – al integrar las fronteras tarifarias y aduaneras – se convierte en un mecanismo que facilita a China el acceso no sólo a los mercados del Asia Central sino también a la UE.

Según Yilmaz y Changming, si la BRI tiene éxito, puede desafiar el proyecto euroatlanticista como el paradigma normativo históricamente establecido de relaciones interestatales ofreciendo un sistema alternativo a este proyecto bajo la forma de un nuevo urasianismo liderado por China, así no asuma formalmente esta denominación

(Kaczmariski & Rodkiewicz, 2016:253). Desde esta perspectiva, la BRI plantea tanto la conectividad terrestre como la marítima, ambas fuertemente dependientes del entorno económico, político y social en la región euroasiática y del involucramiento de múltiples actores. Esta fluida y cambiante situación dificulta precisar su configuración y alcances, razón por la cual no existe un mapa oficial de la BRI y su narrativa adolece de vaguedades, ambigüedades y contradicciones (Zeng, 2019), pero en esencia apunta a la conexión hacia el Oeste y con el corazón de Europa a través de numerosas vías (Kaczmariski & Rodkiewicz, 2016: 254). La BRI se conecta con la doctrina china del “*New Normal*” que, por una parte, parece rechazar la idea de un G-2 con los Estados Unidos (Serbin, 2016a) tal como fue planteada en 2009 por Brezinski¹²⁰ y, por otra postula una nueva visión de la gobernanza internacional basada en la “multipolaridad y el multilateralismo” (Yilmaz & Chiangming, 2018: 255), donde la aspiración al predominio de una bipolaridad entre los EEUU y China no está ausente (Xuetong, 2019). En este marco, la BRI, con su foco euroasiático, es considerado por Beijing como un elemento fundamental de esta doctrina ya que contribuye a impulsar los elementos materiales, ideacionales e institucionales de la narrativa y el discurso de la formulación de una estrategia global por China.

Por otra parte, la orientación eurasiática de la BRI apunta a la construcción de un mercado eurasiático único y al desarrollo de una red de infraestructura que conecte a toda Eurasia, para lo cual tanto la cooperación y la colaboración estratégica de Rusia y de los países de Asia Central son fundamentales, como la implementación de y el diálogo y la cooperación en instituciones acordes como la CSO, la UEEA, la OTSC, y el 16+1 que agrupa a los países europeos y a China en el marco del proyecto *China-Central and Eastern European Countries* (CEEC) (Yilmaz & Chiangming, 2018:255-256).

En este contexto, la asociación entre China y Rusia se convierte en el eje central de la BRI en su expansión euroasiática, de manera que Beijing ha hecho un gran esfuerzo para que la cooperación con Moscú comprometa firmemente a Rusia en este proceso, tratando de diluir las reticencias de algunos analistas y decisores rusos al respecto. En la medida que las presiones de la guerra comercial con los EEUU y

120 No obstante, este aparente rechazo requiere de algunas matizaciones. En un reciente artículo, un analista chino plantea un orden bi-polar sostenido por los EEUU y China, así esta última desempeña un rol de una “superpotencia junior”. Significativamente el artículo no menciona a Rusia (Xuetong, 2019).

del “Quad” de seguridad Indo-Pacífico se incrementan, China se ve forzada a consolidar sus accesos terrestres y marítimos hacia el ámbito euroasiático, incluida la UE y para ello debe recurrir a un mayor acercamiento a Rusia. Como hemos visto, Putin ha incorporado y aceptado este alineamiento entre ambos países despejando parte de los obstáculos – principalmente políticos – para la expansión de la BRI en Eurasia, en tanto considera que favorece a los intereses rusos de desarrollo de la región bajo su control, mientras que Beijing – en el marco de la política exterior más proactiva de Xi Jinping – ha contribuido asimismo al proceso con la creación de otras instituciones como el Banco Asiático de Infraestructura e Inversión (AIIB) cuya región de mayor participación es Europa, y el Fondo de la Ruta de la Seda (*Silk Road Fund – SRF*) aunque sea unilateral y esté dirigido sólo al financiamiento de empresas e iniciativas china (Yilmaz & Chiangming, 2018:2), a costa de la idea rusa de crear un Banco de Desarrollo de la OCS sobre la base del Banco Euroasiático de Desarrollo promovido por Rusia y Kazajistán. Como señala un analista, de hecho, la multilateral OCS fue reemplazada por China por la unilateral BRI (Diesen, 2017).

Mediante la BRI, China apunta, como elemento fundante de su estrategia euroasiática, a introducir un discurso que difiere del que promueve el Atlanticismo centrado en la seguridad de la post-guerra. En este sentido Beijing asume que el Atlanticismo ha promovido un orden internacional basado fundamentalmente en la seguridad, mientras que China impulsa un orden basado en la priorización del desarrollo respetando, a diferencia de la “ideología del democratismo” occidental, las características culturales y políticas de cada nación¹²¹. Desde la perspectiva china, su nueva visión del eurasiatismo a través de la BRI, se desmarca tanto de las antiguas visiones neo-eurasianistas rusas como del Atlanticismo, enfatizando un eurasiatismo orientado por el realismo y despojado de sus ambiciones y elucubraciones conceptuales aunque mantenga un fuerte componente geopolítico, y se focaliza en promover la conectividad, la integración y el desarrollo colectivo en la región en una perspectiva predominantemente geo-económica, mientras que mantiene pero minimiza las posibles alianzas de seguridad que requieran un mayor compromiso como lo hemos visto en el complejo

121 Lukin (2016:93-94) caracteriza esta ideología propia del universalismo de Occidente, como una mezcla unilateral de liberalismo político, pensamiento sobre los derechos-humanos, secularismo de la Ilustración y teorías de la supremacía occidental que se asemejan fuertemente al colonialismo, enfatizando que la idea de la supremacía nunca se modificó en el pensamiento occidental. Sin embargo, considera asimismo que el Occidente sobreestimó sus capacidades de imponer esta ideología en tanto el mundo es más complejo y sus valores más diversos.

deslinde entre la CSO y la OTSC (Yilmaz & Chiangming, 2018:260). Evidentemente, esta orientación marca una clara inclinación y un sesgo hacia un orden mundial Eurasia-céntrico que implica una densa conectividad y comunicación terrestre y marítima, en función de una integración regional “multinivel”, reforzada por las dificultades y obstáculos que China puede encontrar en otras zonas de proyección en Asia-Pacífico y el océano Indico. En suma, Beijing persigue una estrategia integral de integración euroasiática en tanto se encuentra actualmente en condiciones de impulsarla. Esta estrategia le ofrece una serie de ventajas significativas – re-balancear su situación en el Asia-Pacífico en función de las tensiones con los EEUU y sus aliados, y contrarrestar el peso del “pivote Asia” aunque Trump – a diferencia de Obama - lo haya reformulado en términos de seguridad más que de cooperación económica y libre comercio¹²², mientras que se apoya en Rusia en Asia Central para evitar un incremento de la presencia estadounidense; proveer a China de una plataforma para mostrar en la práctica las características de su política exterior, con su énfasis en el desarrollo de las finanzas y el comercio, la conectividad, la infraestructura y la colaboración institucional, en el marco de una concepción pragmática y desarrollista; y finalmente, impulsar una mayor conectividad, inversión y comercio a través de Eurasia que refuerzan el poder de China como un estado positivo y con capacidad normativa. En este último sentido, Beijing hace énfasis en el contraste de su estrategia euroasiática de foco económico, con la estrategia Atlanticista que se focaliza en la seguridad, ofreciendo un modelo alternativo de gobernanza global basado en la no-intervención, el respeto por la soberanía, y la cooperación *win-win* (Yilmaz & Chiangming, 2018: 266-267), temas que, en principio, comparte con Moscú. Los espacios geopolíticos en los que se focaliza un eurasiatismo pragmático y presuntamente no-ideológico en comparación con otras vertientes previas del eurasiatismo – principalmente ubicados en Asia Central, el sudeste asiático y Europa –, conforman el marco principal de la BRI en tanto destino de los bienes, el capital y los servicios chinos (Tufekci, 2018:33). Los alcances geopolíticos en términos de la contención de la hegemonía de los EEUU tanto a nivel regional como global son evidentes, basándose

122 Sin embargo, más recientemente la administración Trump ha tendido a acentuar su presión sobre China en otras áreas, mejorando las relaciones con Taiwan, incrementando la libre navegación en el Mar del Sur de la China, y confrontando directamente la BRI a través de las inversiones en infraestructura en asociación con Australia, Japón y Nueva Zelanda, y de la creación de una nueva institución financiera de desarrollo – la Corporación Internacional Financiera de Desarrollo (Economy, 2019:2), citando <https://thediplomat.com/2018/10/the-us-international-development-finance-corporation-and-china/>

en afirmar la presencia dominante de China en Eurasia, pero estos alcances – propios de la región – no están dissociados de un enfoque y una estrategia predominantemente geo-económica que apunta a la construcción de Eurasia como una zona de prosperidad y de estabilidad (Yilmaz & Chiangming, 2018: 271). En este sentido, China intenta aprovechar la oportunidad que se le presenta para proveer al mundo de una nueva visión de la gobernanza global basada en la construcción de una infraestructura marítima y terrestre, la interconectividad y el desarrollo, con lo cual se beneficiaría de tres maneras: contrarrestaría la influencia de los EEUU en las regiones de su periferia; podría combinar el efecto de su propio desarrollo económico con una sólida comprensión de su política exterior basada en una “proactividad pragmática”, reformulando a la vez las percepciones internacionales acerca de ésta, y, a través de la profundización de las relaciones bilaterales en Eurasia podría facilitar la salida de sus productos e incrementar su conectividad con el resto del mundo, integrándola económica y políticamente al sistema internacional (Tufekci, 2018:42) y, a la vez, reforzando un espacio que le permite asomarse al mundo sin pasar obligadamente por el Asia-Pacífico. Estos elementos marcan un sesgo diferencial con el enfoque eurasiático ruso y establecen una clara diferencia – en el marco de su convergencia estratégica pero también de las asimetrías entre ambas naciones – en torno a la importancia que cada una de ellas otorga a la seguridad o al desarrollo, a la estabilidad regional o a la proyección global, y a sus identidades respectivas como protagonistas del sistema internacional.

Sin embargo, más allá de contrarrestar el peso de la alianza atlántica y la hegemonía de los EEUU en Eurasia como uno de los objetivos de la estrategia de la BRI, la iniciativa no deja de abrirse asimismo a otros frentes tanto en el Asia-Pacífico, el Medio Oriente y en Latinoamérica, no sólo en términos de proyectos concretos sino también en función de la oferta de una nueva forma de globalización y de gobernanza global, sobre la base de la consigna de que “el desarrollo equivale a la paz”. En este sentido, Beijing articula el eje horizontal predominantemente euroasiático de la BRI con un eje vertical en el Pacífico.

Por otra parte, algunos analistas coinciden en señalar que, amén de estas características y estos objetivos que guían la BRI en Eurasia, esta iniciativa remite a un concepto muy amplio y poco preciso, cuyo marco ha sido institucionalizado sólo en cierto grado, en tanto, como señalamos, es básicamente una iniciativa unilateral que ha sido formateada y diseñada solamente por China y no por sus socios eurasiáticos. De hecho, Beijing no se ha apresurado a definir las reglas que rigen el fun-

cionamiento de las actividades de la BRI de una manera clara, optando fundamentalmente por una serie de planteamientos vagos en torno a la “cooperación mutuamente beneficiosa (*win-win*)” cuyos principios están poco definidos, lo que pondría en evidencia que China no está muy interesada en las declaraciones oficiales de los eventuales socios involucrados en el proyecto, asumiendo un rol dominante y central en la iniciativa, y parece más preocupada por los reales beneficios económicos que pueda aportar a la nación, incluyendo la apertura de mercados externos para la expansión económica china y dándole pie para exportar su surplus productivo y su exceso de capital (Kaczmarek & Rodkiewicz, 2016:2). Estas críticas aparecen claramente planteadas – junto con un énfasis en la falta de transparencia y de reglas claras para el desarrollo de la iniciativa –, en un documento del *Carnegie-Tsinghua Center for Global Policy* que analiza las visiones sobre la BRI desde Washington, Moscú y Beijing (Yujun et al., 2019).

El interrogante se abre cuando se plantea como se integra el segundo actor protagónico de la región euroasiática – la Federación Rusa – en este proceso y en la asociación estratégica en torno al proyecto de la Gran Eurasia. En principio, Rusia ha optado por una estrategia de asociarse con un socio más fuerte como China en vez de confrontar o contrabalancear su poder ascendente (*bandwagoning*), pero esto no oculta la asimetría de las relaciones entre ambas naciones. De hecho, como señalábamos más arriba, para China, según la agencia *Xinhua*, Rusia es un considerada como un aliado crucial, pero, a la vez, como un “hermano menor” en el proceso. Por un lado, Rusia interpreta, con reticencia, el lanzamiento de la BRI como una declaración de la aspiración china de intensificar su penetración económica en Asia Central, y ha articulado diferentes proyectos económicos desde 2011 para frenar el eventual incremento de la presencia económica de China en la región. Por otro lado, China ha visto la posibilidad de que la UEEA – bajo control ruso – pueda constituirse en una barrera para la expansión china –, con el eventual establecimiento de tarifas y de medidas aduaneras. Para superar esta tensión es que surge la idea de una “gran asociación eurasiática” – concebida como parte de una “asociación integral”, una “interacción estratégica” o “una estabilidad estratégica global” (Escobar, 2019) –, o el proyecto de una “Gran Eurasia” a partir de la convergencia estratégica de ambas naciones, y de la creación de una red de acuerdos comerciales entre la UEEA, China, los estados miembros de la OCS y ASEAN, con la inclusión potencial de la UE (Kaczmarek & Rodkiewicz, 2016:2-3). El reconocimiento y la aceptación explícita de la existencia de diversos regímenes y modelos políticos en este contexto, no es un dato menor.

En este marco Rusia impulsa el proyecto de la Gran Eurasia haciendo una serie de concesiones a China, en la medida que se establezca un condominio en la región euroasiática pese a la asimetría existente y en tanto no puede permitirse entrar en conflicto con Beijing ya que, a partir de 2012-2014, percibe la amenaza occidental como su prioridad mayor y porque China – a diferencia de los EEUU – no busca, en la percepción actual de Moscú, un cambio de régimen y está dispuesta a establecer un compromiso geopolítico en Asia Central que implique la combinación de su predominancia en el ámbito económico con el respeto por los intereses rusos en la esfera de la política y de la seguridad. La diferencia fundamental entre las estrategias, las narrativas y los intereses de ambas naciones radica, sin embargo, en que para Rusia el proyecto de la Gran Eurasia, más allá de una visión global, tiene prioritariamente un alcance regional basado en un multilateralismo que le permite equilibrar su relación con China (Piper, 2018:8), y que posibilita preservar su influencia en Asia Central, fortalecer eventualmente su capacidad de negociación en bloque con la UE, negociar una red de cooperación económica con sus socios asiáticos (India, Irán, ASEAN, Corea del Sur, Japón) que acote la influencia china y acceder al Asia Pacífico, mientras que para China el proyecto refuerza la estrategia de la BRI no sólo en su capacidad de proyección regional en Asia Central – consolidando su inserción euroasiática y posibilitando su acceso terrestre a la UE, pero también en sus aspiraciones de proyección global, sin asumir los costos ni las responsabilidades del liderazgo o la hegemonía en la región (Kaczmarek & Rodkiewicz, 2016: 8-10), especialmente en el marco de un espacio donde la competencia y la influencia estadounidense – a diferencia del Asia-Pacífico – ha decrecido. En este sentido, el analista militar chino Dai Xu, señala que China ha estado cercada casi en su totalidad, con la excepción de Rusia y de Asia Central, de manera que este espacio terrestre es la vía más indicada para avanzar en su proyección global a menor costo y con menores obstáculos que en otras regiones (citado por Lukin, 2016:101), superando el predominio sobre las vías marítimas por parte de los EEUU (Diesen, 2017).

En este contexto, la convergencia estratégica entre Rusia y China se basa en la apreciación respectiva de que sus relaciones son mutuamente beneficiosas y productivas y que, aunque no alcance a configurar una alianza formal, tiene objetivos geopolíticos comunes muy claros (Lewis, 2018:1627). Sin embargo, otros analistas – más escépticos – concluyen qué si bien ambas naciones aspiran a crear un nuevo orden euroasiático emergente, libre de la influencia occidental e integrado en mayor o menor medida, China considera que será el centro de este orden (y

no Rusia), en base a la realidad del poder y no a la apariencia de quien lleva el liderazgo regional. En este sentido, Beijing está dispuesto a avanzar en el desarrollo de un condominio euroasiático con Rusia, a partir de la convicción implícita de que en la medida que el poder de Moscú disminuya, China dominará la región, asumiendo asimismo que quien puede liderar efectivamente la región terminará por liderar la construcción de un nuevo orden mundial, posiblemente en términos bipolares. En el interín, sin embargo, la convergencia estratégica basada en la cooperación y en eventuales compromisos y concesiones mutuas, en el marco de una cautelosa pero sostenida política china, posibilita construir, a corto y mediano plazo, los cimientos euroasiáticos de ese nuevo orden mundial (Rolland, 2019a:5-6).

En este sentido, en el plano global, una narrativa euroasiática compartida en torno a la configuración de una Gran Eurasia – a su vez, una concesión china a Rusia – posibilita sentar las bases, al menos coyunturalmente, para sostener una convergencia estratégica entre Rusia y China en “des-occidentalizar” las instituciones internacionales de la gobernanza global y permite reforzar la cooperación y la colaboración en torno a la definición de un espacio político en Eurasia, que acomode a ambos. De hecho, puede decirse que China y Rusia se encuentran alineadas a nivel global, bajo la presión de un sistema internacional que demanda balancear su estructura estratégica unipolar, razón por la cual, en líneas generales, ambas naciones se apoyan mutuamente en sus políticas de no alineación con Occidente, pero, simultáneamente, despliegan contradicciones y dudas a nivel regional que generan tensiones, sin terminar de diluirlas totalmente. En este último proceso, los imperativos regionales y domésticos mantienen un peso decisivo más allá de la convergencia estratégica a nivel regional y global. Sin embargo, es poco probable que estas tensiones escalen a corto y mediano plazo, por lo menos en tanto siga vigente el “Tratado de buena vecindad, amistad y cooperación” que constituye el eje de las relaciones bilaterales, con una duración hasta 2022, y que da pie para la continuidad y el desarrollo progresivo de estas relaciones en el marco de una “asociación integral y una interacción estratégica” (Korolev & Portyakov, 2018: 17), ecuación en la cual la sintonía personal entre Xi y Putin constituye un componente importante. Como resume Trenin, en las condiciones actuales y en el futuro inmediato, actúan como socios muy cercanos de manera que, probablemente, “nunca estarán uno en contra del otro, pero tampoco, necesariamente, estarán para siempre el uno con el otro”¹²³.

123 Trenin, Dmitri (June 05 2019) “Russia, China Are Key and Close Partners”, en

Los alcances de esta convergencia euroasiática – particularmente entre la visión de la Gran Eurasia de Rusia y el componente euroasiático de la BRI – han dado lugar a una abundante literatura reciente sobre el desarrollo de las relaciones entre China y Rusia marcando, en la línea de lo analizado, las diferencias no sólo en términos de estrategias y de matices narrativos, sino también de intereses y de nodos problemáticos¹²⁴ en función de identidades y objetivos de política exterior diferenciados, más allá de las convergencias. Estas diferencias se hacen particularmente evidentes cuando analizamos la actuación de estos dos poderosos actores eurasiáticos en un ámbito espacial diferente – América Latina y el Caribe, sin ignorar que se enmarcan en el triángulo competitivo de China, Rusia y los Estados Unidos en esta región, en el ascenso de un polo eurasiático en el sistema internacional y en la reestructuración de las relaciones de poder de un orden mundial emergente.

En suma, para abordar las relaciones de Eurasia con América Latina y el Caribe, fuera del marco unilateral de las respectivas políticas exteriores de Rusia y China hacia la región, hay que partir de tener en consideración una serie de elementos distintivos: a) la asimetría de ambos actores y los compromisos y las concesiones mutuas que ambos han logrado desarrollar en torno a un conjunto de nodos problemáticos en la relación bilateral para avanzar en una cooperación regional en Asia Central y en una convergencia estratégica tanto en el ámbito regional como, hasta cierto punto, global; b) pese a este marco común, los intereses y prioridades diferenciados entre ambos actores en su política exterior en su antagonismo ante el orden mundial existente y su posición a favor de una propuesta alternativa, no dejan de estar presentes y c) sus diferentes intereses estratégicos en áreas lejanas de su interés inmediato como lo es la región de América Latina y el Caribe

Carnegie Moscow Center, en https://carnegie.ru/2019/06/05/russia-china-are-key-and-close-partners-pub-79262?mkt_tok=eyJpIjoiTXpZNVptVTVZbVF3TVRSbXIsinQiojKXC9TM... Recuperado el 19 de junio de 2019.

124 En un extenso y reciente análisis del diario *Коммерсантъ* (Kommersant) de Moscú, se identifican cuatro áreas de dificultades y posible estancamiento (“callejones sin salida”) en la relación entre ambas naciones – el ámbito de la cooperación, financiera; de la diversificación económica y de las inversiones; de la facilitación del comercio y la cooperación en infraestructura y, en menor medida, en el arcamiento político, mientras que se señalan las posibilidades de desarrollo en cuatro “perspectivas” – la cooperación energética, la cooperación militar y techno-científica; el turismo y la agricultura, y los espacios de tránsito, en *Коммерсантъ* (Kommersant) (31 de mayo de 2019) “Dryshba na rastoianie. Kak Moskva y Pekin opredelili granitsi opystimogo”, en *Коммерсантъ* (Kommersant), en https://www.kommersant.ru/doc/3984186?from=doc_vrez Recuperado el 17 de junio de 2019.

no siempre terminan por ser coincidentes – al igual que en algunos ámbitos multilaterales a nivel global –, y no necesariamente reflejan la dinámica de compromiso y convergencia de la Gran Eurasia.

Capítulo 9

La Gran Eurasia y América Latina y el Caribe

Junto a otros actores emergentes – incluyendo potencias medias como Turquía, Irán o Kazajstán en el área euroasiática – han sido, sin embargo, China y Rusia, y en mucho menor medida, la India (Bhojwani, 2018; Shuster, 2018) – las que han incrementado significativamente su presencia e influencia en América Latina y el Caribe en los últimos años, con una brecha temporal significativa: mientras que Rusia – después de la desaparición de la URSS – se concentró inicialmente en su entorno inmediato, tanto al Este como al Oeste de sus fronteras, y sólo después de 2008 y, particularmente, a partir de 2012-2014 y del incremento de las tensiones con la UE y la OTAN – comienza a retomar una presencia estratégica significativa en América Latina y el Caribe, China viene desarrollando una vinculación sostenida tanto en el ámbito diplomático como, particularmente, en las relaciones comerciales y las inversiones en la región desde hace dos décadas, convirtiéndose en un actor clave para el desarrollo de América Latina y el Caribe (Ríos, 2019:1) y en un creciente factor de preocupación para la política estadounidense en la región (IISS, 2018).

Existe una abundante literatura sobre las relaciones de ambas naciones con América Latina y el Caribe – especialmente en lo que se refiere a China en el ámbito económico y diplomático y, en menor medida, en relación a la Federación Rusa en el ámbito diplomático y geopolítico – de manera que después de un breve esbozo de los perfiles y objetivos de estos dos actores en la región, nos concentraremos más en las relaciones con los dos iniciativas económicas promovidas respectivamente por cada uno de ellos desde ámbitos institucionales como la BRI y la UEEA, en función de cómo se refleja y repercute la dinámica euroasiática sobre la región y que posibilidades abre la relación con un nuevo polo de poder del calibre del polo euroasiático. El foco en estos dos actores y sus políticas en América Latina y el Caribe, y en estas dos iniciativas y su impacto en la región, no debe opacar, sin embargo, el hecho que la creciente presencia euroasiática en esta región no se

limita a China y Rusia ni a estas dos iniciativas, ni a que – más allá de la dinámica euroasiática analizada –, no existe una acción concertada de los distintos actores euroasiáticos en la región.

Irán, Turquía y la India también han comenzado a incursionar en el ámbito latinoamericano y caribeño en las dos últimas décadas, en función de objetivos estratégicos e intereses económicos diferenciados. Sin embargo, la investigación actual sobre la presencia y la influencia de estos países – con contadas excepciones (González Levaggi, 2016^a y b; 2017) – no ha generado aún un corpus de datos y de análisis que posibilite desarrollar consideraciones más exhaustivas sobre su desempeño en la región, por lo cual nos limitaremos a hacer algunas consideraciones marginales sobre estos actores euroasiáticos en este capítulo cuando la ocasión lo amerite. No obstante, somos conscientes de que esta es una laguna que la comunidad académica latinoamericana deberá abordar en detalle en un futuro próximo, tanto por su articulación – ya parcialmente analizada en el capítulo anterior – en el marco de la Gran Eurasia, como por su puntual relevancia geopolítica – particularmente en el caso de Irán y de Turquía – como económica – en el caso de esta última y la India – adquirida en años recientes en la región. En especial, en este sentido y en continuidad con nuestro análisis anterior, la articulación entre la India, China y Rusia en el grupo RIC (Dongxiao & Shuai, 2016; Unnikrishnan & Purushotman, 2019; Kortunov, 2019) – cuya reunión formal más reciente, entre sus mandatarios respectivos, – se realizó durante la cumbre del G-20 en Buenos Aires en diciembre de 2018 (Merke y Zaccato, 2018; Eremina, 2018)¹²⁵, serán en el futuro un factor importante en la incidencia de la dinámica del sistema internacional sobre la región.

Eurasia y América Latina y el Caribe: visiones contrapuestas y narrativas contrastantes

Las diferencias – de intereses, objetivos y narrativas – de China y de Rusia en el contexto euroasiático, en torno a la convergencia entre la UEEA y la BRI y la construcción de una Gran Eurasia como un polo gravitacional en un mundo multipolar – se hacen más marcadas en sus respectivas políticas hacia América Latina y el Caribe. En este sentido, no es posible hablar de una presencia o de una influencia eurasiática

125 La segunda reunión formal del RIC se realizó en el marco de la Cumbre del G-20 en Osaka, Japón.

en la región como un conjunto unificado y de peso homogéneo, y hay que distinguir entre las políticas bilaterales o multilaterales de cada actor y de sus vinculaciones individuales, ya que es muy difícil identificar una acción eurasiática concertada en América Latina y el Caribe, inclusive en potenciales focos de convergencia como es el caso de la crisis venezolana.

Por otra parte, además de existir la diferencia ya señalada entre una organización multilateral como la UEEA y su política de proyección externa, y la BRI como una iniciativa unilateral de la República Popular China, sus respectivos interlocutores en la región latinoamericana también presentan marcadas diferencias en tanto no se puede hablar de un actor colectivo – por más que algunos interlocutores euroasiáticos intenten interactuar en la BRICS como un grupo unificado, como es el caso ya mencionado de China, Rusia e India – y la región se presenta fragmentada, atomizada (Kacowicz, 2008; Frenkel y Comini, 2017) y marcada por una dispersión intrarregional (Malamud, 2019) que establece claras diferencias entre el relacionamiento de los actores mayores y más pequeños; entre el los países del Atlántico y del Pacífico, y entre los del Norte y los del Sur.

En suma, desde el punto de vista de las relaciones de Eurasia con América Latina y el Caribe, en esta fase es necesario distinguir entre tres áreas de interacción – a) las políticas individuales de China y Rusia, a las que se suman, en forme incipiente la India, Turquía e Irán, con objetivos y prioridades diferentes; b) una iniciativa de proyección global de la política exterior de China como es la BRI que adquiere una dimensión regional – en términos de prioridades y objetivos, particularmente geoeconómicos y geopolíticos – en América Latina y el Caribe, con matices diferentes de los objetivos euroasiáticos de esta política, en el marco del ya mencionado eje vertical del Pacífico; y c) una estrategia de cooperación trans-regional – muy incipiente aún – de la UEEA – bajo una fuerte impronta rusa –, que complementa y refuerza parcialmente la creciente presencia de Moscú en la región, pero, a la vez, da pie para impulsar políticas individuales de sus países miembros – particularmente aquéllos que por su escala y tamaño puedan hacerlo.

Es de resaltar, en este marco, que la “convergencia estratégica” del llamado “matrimonio de conveniencia” entre Rusia y China en Eurasia – tal como ha sido analizado anteriormente – no se expresa de la misma manera en sus respectivas políticas latinoamericanas y caribeñas. Si bien el marco común de contestación y cuestionamiento al sistema

liberal internacional y a la hegemonía occidental en general y a la estadounidense en particular, y la promoción de la multipolaridad en el contexto de un nuevo orden mundial emergente, con sus matices diferenciales y con una mayor o menor aceptación de los procesos de globalización y los mecanismos multilaterales de gobernanza global – así sea con la creación y promoción de mecanismos alternativos – prevalece como un rasgo identificador común, las características de las relaciones de ambas naciones con América Latina y el Caribe, presentan claras diferencias. Estas diferencias están signadas fundamentalmente por las características de la estrategia y de los objetivos globales de las respectivas políticas exteriores, sobre la base de cómo perciben, en este marco, el rol que puedan asignar a la región, y por la evolución reciente de estas relaciones.

Posiblemente, un caso ilustrativo al respecto se relaciona con la crisis actual en Venezuela¹²⁶ donde ambos países tienen manifiestos intereses económicos a partir de un vínculo desarrollado con los gobiernos chavistas que se expresa en el apoyo al gobierno de Maduro en los ámbitos multilaterales – con mayor asertividad por parte de Rusia y con una mayor cautela por parte de China – que permite unificar posiciones en el Consejo de Seguridad de la ONU, pero donde los intereses geoestratégicos respectivos están marcados, a grandes rasgos, por matices diferenciales: Rusia apunta, en principio, a establecer una cabeza de puente estratégica en el “patio trasero” de los Estados Unidos que permita distraer su atención de otros teatros de operaciones regionales en donde se producen confrontaciones o tensiones entre ambas potencias – como es el caso de Siria o Ucrania –, y China privilegia sus intereses económicos en aras de avanzar sus objetivos de política exterior especialmente en el ámbito comercial y financiero en un espacio en el que compite – de manera explícita o implícita – con los Estados Unidos.

China en América Latina y el Caribe y el rol de la BRI

En tanto China se ha convertido, en las últimas dos décadas, en un socio clave en América Latina, se ha desarrollado una abundante literatura en la región sobre el “desembarco chino” en términos de comercio e inversiones en la región y de sus alcances e impacto en

126 Al respecto del caso de Venezuela ver, para la política rusa, Rouvinski, 2019, y para la actuación de un tercer actor relevante – la India, Seshasayee, 2019.

el desarrollo de la misma, al punto de que han proliferado investigaciones y estudios importantes por parte de investigadores, analistas y académicos latinoamericanos – frecuentemente teñidos de un sesgo sinófilo – como también en los centros e instituciones chinas se ha desarrollado un significativo crecimiento de los estudios y análisis de sus relaciones¹²⁷. A esta prolífica contribución debe añadirse, además, el creciente volumen de análisis y estudios estadounidenses sobre China y América Latina (Gallagher & Porzecanski, 2010; Gallagher, 2016; Ellis, 2009; Ellis, 2014; Myers & Wise, 2017, etc. sólo para citar algunos de los más destacados) fundamentalmente desarrollados en el marco de una creciente preocupación por el impacto de la cada vez más influyente presencia china sobre los intereses estadounidenses en la región. En particular porque la presencia china no se ha limitado al comercio y a las inversiones y a una creciente demanda de materias primas, sino también al establecimiento de relaciones estratégicas en el marco de la firma de sendos acuerdos de asociación estratégica con Argentina (2004), Brasil (1993), Chile (2004), Ecuador (2016), México (1997), Perú (2005), Venezuela (2014), Costa Rica (2005), Uruguay (2016) y el anuncio de la un acuerdo similar en avance con Jamaica desde 2005, con énfasis en la complementariedad y la cooperación Sur-Sur (Ríos, 2019: 3).

En todo caso, remitimos a esta amplia literatura y sólo esbozaremos algunos elementos que consideramos importantes en función de la dinámica de las relaciones entre Eurasia y América Latina y el Caribe.

Si bien no toda la región tiene la misma importancia para China, ésta ha evidenciado una estrategia de largo plazo bien definida de hacia donde quiere llegar, así como lo que espera de América Latina y el Caribe, resaltando, desde la perspectiva china que la RPCh y América Latina son “socios naturales”, y la última región es una “extensión natural” de la BRI (Pestanha, 2018:18; Brínza, 2018). En particular, dos documentos de política general publicados en 2008¹²⁸ y 2016¹²⁹ marcan el rumbo del interés chino en la región en términos de fomentar los vínculos a

127 Gran parte de esta literatura puede identificarse en la bibliografía final, en la que destaca el volumen colectivo editado por Pastrana y Gehring (2017).

128 *China's Policy Paper on Latin America and the Caribbean* (full text), November 5 2008, http://www.gov.cn/english/official/2008-11/05/content_1140347.htm Recuperado el 3 de marzo de 2019.

129 *China's Ministry of Foreign Affairs, Policy Paper on Latin America and the Caribbean*, November 24, 2016. http://www.fmprc.gov.cn/mfa_eng/wjdt_665385/2649_665393/t1418254.shtml Recuperado el 3 de marzo de 2019.

partir de la premisa de que ambas partes se encuentran en un nivel de desarrollo similar y que, dada la complementariedad existente, su colaboración puede ser de beneficio mutuo en tanto China podría contribuir a la transformación de la región, en el marco de un “trato entre iguales” (Ríos, 2019:4). Estos planteamientos generales se articulan, por una parte, con lo ya señalado sobre el énfasis chino en el tema del desarrollo como rasgo distintivo de su proyección política global como una oferta alternativa al énfasis en seguridad de los EEUU, y con la cooperación “win-win” como *leit motiv* de esta estrategia y, por otra, se enmarcan, de manera más general en el plan maestro industrial “*Made in China 2025*”, anunciado en 2015, cuyo propósito es consolidar a la economía china como una potencia mundial, a través de la innovación tecnológica en las actividades manufactureras como eje central, con proyección hacia el 2049¹³⁰. Esta estrategia está articulada a la BRI¹³¹, que se proyecta no sólo en Eurasia como una propuesta de conectividad a partir de 2013, sino que se extiende a Asia en general, al Medio Oriente, África, Europa y a América Latina y el Caribe, y aspira a convertirse – por sus alcances – en el mayor proyecto de infraestructura de la historia. En los últimos cinco años, la BRI ha evolucionado desde su foco en dos rutas geográficas específicas – las seis terrestres y la marítima ya mencionadas en el ámbito euroasiático, hacia una proyección global que alcanza el Ártico y a América Latina y el Caribe, en el marco de su reconceptualización como una plataforma geográfica inclusiva. Esta última región ha sido incluida más recientemente y se ha constituido un componente fundamental de su eje vertical – por comparación a la horizontalidad geográfica previa – de la BRI, reforzando la proyección del marco de esta iniciativa al Pacífico, al punto de que ya en mayo de 2017, el presidente Xi Jinping calificó a América Latina y el Caribe como “una extensión natural de la ruta marítima de la seda” en una reunión con el presidente Macri de Argentina durante el Foro BRI en Beijing¹³².

130 Las tensiones comerciales entre China y los Estados Unidos han provocado, sin embargo, un creciente silencio sobre el plan en los discursos oficiales chinos, aunque sus lineamientos siguen en pie. En Harada, Issaku (March 6 2019) “Beijing drops ‘Made in China 2025’ from government report. Li Keqiang toes around controversial report in nod to US”, en *Nikkei Asian Review*, en <https://asia.nikkei.com/Politics/China-People-s-Congress/Beijing-drops-Made-in-China-2025-from-government-report> Recuperado el 12 de marzo de 2019.

131 Ugarteche, Oscar y Larry Vargas (29 de octubre de 2018) “América Latina y el Caribe en la estrategia “Made in China 2025”, NODAL, en <https://nodal.com/2018/10/america-latina-y-el-caribe-en-la-estrategia-made-in-china-2025-por-oscar-ugarteche-y-larry-vargas/> Recuperado el 6 de marzo de 2019.

132 The Dialogue (August 10 2018) “China’s Belt and Road Initiative: What Role

La estrategia china promueve la profundización de su relación con la región, siguiendo muy de cerca la evolución de los marcos institucionales regionales y subregionales. Pese a que existe una clara preferencia por las relaciones bilaterales que la RPCh “considera como más sólidas y mejor gestionables” en función de sus propios intereses, ha desempeñado asimismo un rol fundamental en la formalización del Foro de China con la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC), organización que no incluye a los EEUU ni a Canadá (Ríos, 2019:12). Sin embargo, la preferencia por los acuerdos y las relaciones bilaterales responde tanto a un patrón establecido por la política exterior china como al hecho de que no todos los países de la región tienen el mismo interés para Beijing.

La elección por parte de China de la CELAC como el principal interlocutor de carácter regional y la creación de un foro bilateral que ya realizó dos reuniones – en Beijing en 2015 y en Santiago en 2018 – y que proyecta una tercera en Beijing en 2021 –, no ha sido correspondida del lado latinoamericano ni con una agenda común ni con una reflexión consensuada al respecto, más allá del seguimiento económico que hace de las relaciones sino-latinoamericanas la CEPAL (Ríos, 2019:5-6). El Foro China-CELAC (con 33 miembros de la región) aparece, sin embargo, como un espacio donde es posible identificar una explícita estrategia china hacia la región y como la plataforma institucional más relevante para canalizar su relación hacia América Latina y el Caribe (Mosquera & Morales, 2018: 124-128), eventualmente marcando la diferencia entre la estrategia discursiva china cristalizada en los documentos de 2008 y 2016 y su implementación como estrategia institucional, como es el caso de la CELAC (Gao, 2007).

En el marco de la cooperación entre China y la CELAC se aprobó el Plan 1-3-6. Uno por el marco en sí; 3 por los objetivos que se impone – comercio, inversión y cooperación extranjera, y 6 por las áreas prioritarias que establece – energía y recursos naturales; desarrollo de la infraestructura; agricultura; industrias; innovación científica y tecnológica, y desarrollo de las tecnologías de información, que precisan claramente tanto las áreas de interés mutuo como las áreas de interés prioritario de China en la región (RIAL, 2018).

Por su parte, la BRI fue originalmente concebida para conectar Asia con Europa y África, de manera que, originariamente, América Latina y el

for Latin America?”, *The Dialogue Leadership for the Americas*, en <https://www.thedialogue.org/analysis/chinas-belt-and-road-initiative-what-role-for-latin-america/> Recuperado el 6 de marzo de 2019.

Caribe quedaban alejadas geográficamente del epicentro del proyecto (Ríos, 2019:15), al punto que algunos analistas plantearon la potencial “periferización” de la región (Abdenur & González, 2018:4,15; González, 2016), en cuyo marco el interés chino se concentraría en áreas y proyectos de mayor valor para la economía de la RPC, orientados a las industrias extractivas, a la importación de alimentos y al desarrollo de la infraestructura de conexión del Atlántico al Pacífico a los efectos de reducir los costos de exportación de estos bienes a China y los costos de importación de bienes chinos para los mercados regionales¹³³. La incorporación de la región como “una extensión natural” de la BRI en 2017 implicó la expansión de la iniciativa hacia América Latina y el Caribe. Más allá de los avances logrados en términos de comercio e inversión: China se ha consolidado como un importante inversor y socio comercial, y la región ha ganado relevancia creciente como socio comercial de China, en base a la demanda de materias primas y alimentos, aunque, de acuerdo a la CEPAL (2018), el balance es deficitario para el ámbito latinoamericano y caribeño.

Sin embargo, ninguno de los países de América Latina y el Caribe se encuentra entre los 15 principales socios comerciales de China, que, sin embargo, se ha convertido en el segundo socio comercial más importante de América Latina, mientras que esta región ocupa el segundo lugar en inversión extranjera de China, luego de Asia, según el Ministerio de Comercio de China¹³⁴. En 2017, América Latina y el Caribe continuaron fortaleciendo los lazos económicos con China, especialmente con respecto al comercio y la inversión extranjera directa en la extracción, la infraestructura y, en menor medida, las actividades manufactureras¹³⁵. Sin embargo, recientemente fueron disminuyendo

133 Dreyer, Teufel (June 16 2019) “The Belt, the Road, and Latin America”, *Foreign Policy Research Institute Asia Program*, en <https://www.fpri.org/article/2019/01/the-belt-and-road-and-latin-america/> Recuperado el 22 de marzo de 2019.

134 The Santiago Times (December 3 2018), “Latin America is China’s second trade partner”, *The Santiago Times*, en <https://santiagotimes.cl/2018/12/03/latin-america-is-chinas-second-trade-partner/> Recuperado el 23 de marzo de 2019.

135 Como señala un informe estadounidense “China continues to expand its economic, diplomatic, and security engagement with LAC through stronger trading ties, elevation of its bilateral and regional partnerships, frequent high-level visits, and a broad array of military cooperation and exchanges, arms sales, and military and non-traditional security operations”, en Koleski, Katherine & Alec Blivas (October 17 2018) *China’s Engagement with Latin America and the Caribbean*. U.S.-China Economic and Security Review Commission, en https://www.uscc.gov/sites/default/files/Research/China%27s%20Engagement%20with%20Latin%20America%20and%20the%20Caribbean_.pdf Recuperado el 6 de marzo de 2019.

los préstamos de los bancos chinos a los gobiernos latinoamericanos (Myers & Gallagher, 2019). Según la misma fuente, el año 2018 fue uno de los más bajos en el registro de financiamiento interestatal chino en América Latina, con solo aproximadamente \$ 7.7 mil millones en préstamos del Banco de Desarrollo de China (CDB) y del Banco de Exportación e Importación de China (Eximbank) de China a empresas estatales y a gobiernos de América Latina. No obstante, a pesar de una caída relativa en la actividad en 2017 y 2018, el historial de préstamos de China en la región continúa superando al de otros bancos. CDB y Eximbank han proporcionado más de \$ 140 mil millones en financiamiento a la región desde 2005. El financiamiento inter-estatal de China supera los préstamos soberanos, ya sea del Banco Mundial o del Banco Interamericano de Desarrollo en el mismo período. Por otra parte, como en años anteriores, las finanzas chinas a la región en 2018 se focalizaron predominantemente en el desarrollo de infraestructura (Myers & Gallagher, 2019).

Por último, pero no menos importante, si bien el Foro China-CELAC es un espacio relevante para la interacción China-América Latina, la BRI está desempeñando un papel crucial en el fortalecimiento de sus relaciones, a través del denominado “eje vertical”, con el acuerdo firmado con Panamá en 2017 para permitir un aumento del uso financiero y comercial del Canal de Panamá por parte de China, y la incorporación gradual de diferentes países del Caribe y América Latina a la iniciativa, rompiendo con la percepción de la eventual “periferización” de la región en la estrategia global de Beijing.

Panamá ha sido pionera en la incorporación a la BRI, cuando en junio de 2017 rompió relaciones con Taiwan y reconoció a la RPCh, asumiendo formalmente la política de “Una China” (Cornejo, 2018:66). El reconocimiento fue seguido por una histórica visita del presidente Varela a Beijing en noviembre del mismo año. El abrupto giro en las relaciones llevó a la firma, en noviembre de 2017, de un memorándum de entendimiento entre Beijing y Panamá que hizo que este país fuera el primero de América Latina en incorporarse a la BRI¹³⁶. Para julio de 2018, se habían firmado 28 acuerdos bilaterales y para diciembre del mismo año, a raíz de la visita del presidente Xi Jinping, se anunciaron otros 19 acuerdos

136 *Memorándum de entendimiento entre el gobierno de la República de Panamá y el gobierno de la República Popular China sobre la cooperación en el marco de la franja económica de la ruta de la seda y la ruta marítima de la seda del siglo XXI*, Beijing, 17 de noviembre de 2017, <https://mire.gob.pa/images/PDF/documentos%20y%20formularios/Acuerdoschina/RUTA%20DE%20LA%20SEDA.pdf> Recuperado el 28 de marzo de 2019.

entre los dos países¹³⁷. Por otra parte, Panamá firmó el memorándum de entendimiento para su incorporación a la BRI en noviembre de 2017, como una pieza esencial de esta iniciativa, en tanto es un *hub* logístico crucial para la vinculación y la entrada de productos chinos a América Latina y el Caribe, no sólo por su recientemente ampliado canal bioceánico sino también por ser un centro de conexión aérea con el resto de la región (Ramón-Berjano, 2018: 50). Por otra parte, China es el segundo usuario más importante del Canal de Panamá después de los EEUU y, entre los acuerdos sino-panameños no sólo se prevé la construcción de un cuarto puente sobre el canal sino también una amplia inversión en el puerto de contenedores de Colón; la construcción de un puerto de cruceros en la isla de Amador y el desarrollo de una red ferroviaria que conecte la ciudad de Panamá con la provincia de Chiriquí¹³⁸, mientras que se ha avanzado en la preparación de la firma de un acuerdo de libre comercio, demorado momentáneamente, de común acuerdo, para no irritar a los EEUU en el medio de su conflicto comercial con China¹³⁹. De hecho, el 12 de septiembre de 2018, Washington llamó a consulta a sus diplomáticos en Panamá, como parte de las tensiones que se generaron en torno a estas iniciativas¹⁴⁰, *impasse* que fue finalmente superado.

Por otra parte, desde la firma de un acuerdo bilateral sobre inversiones en 1994 y un tratado de libre comercio en 2005 entre China y Chile, este país, junto con Panamá, es considerado como un componente crucial de las dos entradas de China a América Latina a través del Pacífico¹⁴¹,

137 The Dialogue, (December 13 2018) “Are Ties With China Paying off for Latin America”, *The Dialogue Leadership for the Americas*, en <https://www.thedialogue.org/analysis/are-ties-with-china-paying-off-for-latin-america/> Recuperado el 6 de marzo de 2019.

138 Clyde and Co LLP (February 11 2019) “China’s Belt and Road Initiative and its two Latin American gateways”, en *Lexology*, en <https://www.lexology.com/library/detail.aspx?g=98644350-8be6-4278-a530-071bec7de2b3> Recuperado el 22 de marzo de 2019.

139 Méndez, Alvaro (12 05 2018) “Panama could soon become China’s gateway to Latin America thanks to an imminent free trade agreement”, *London School of Economics Global South Unit*, en <https://blogs.lse.ac.uk/latamcaribbean/2018/12/05/panama-could-soon-become-chinas-gateway-to-latin-america-thanks-to-an-imminent-free-trade-agreement/> Recuperado el 22 de marzo de 2019.

140 Rolando Villalaz (26 de septiembre de 2018) “Panamá y su apuesta por China”, en *La Estrella de Panamá*, p.10.

141 Clyde and Co LLP (February 11 2019) “China’s Belt and Road Initiative and its two Latin American gateways”, en *Lexology*, en <https://www.lexology.com/library/detail.aspx?g=98644350-8be6-4278-a530-071bec7de2b3> Recuperado el 22 de marzo de 2019.

articulando una red de conectividad más amplia que apunta a la conexión bioceánica a través de diversos proyectos (Cornejo, 2018:64-65).

En total 14 países han firmado MoU de cooperación con China en relación a la BRI – de los cuales, después de Panamá, el primero fue Uruguay en agosto de 2018 (Actis y Creus, 2018) – y 7 son miembros prospectivos del AIIB¹⁴², en tanto la participación en la iniciativa permite acceder al financiamiento de este banco. En este marco, América Latina y el Caribe se han convertido en una de las regiones más dinámicas en la cooperación comercial con China y en el segundo mercado de inversiones de este país. Sin embargo, ninguno de los siete países de América Latina (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela) que han manifestado su interés en ser miembros del AIIB, han completado su proceso de incorporación hasta la actualidad (Ríos, 2019:18).

La BRI contribuye a institucionalizar y contextualizar la política china en la región, ofreciéndole un marco a otra escala. Como señala Ríos, “se ha convertido así en un nuevo concepto de la asociación de cooperación integral sino-latinoamericana que parte de la convicción compartida de la complementariedad, la demanda de una gobernanza global justa e inclusiva, así como una firme apuesta por el desarrollo autóctono”, a lo que se suma la posibilidad de su ensamblaje con la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA) (Ríos, 2019:16-2017).

Más allá de concentración de la política china en América Latina y el Caribe – principalmente en la inversión en el desarrollo del transporte, de la infraestructura y de la conectividad, y en la explotación de recursos energéticos y de otras materias primas –, han proliferado las críticas a la BRI, retomando algunos de los obstáculos y dificultades – tanto políticos como financieros – que ha confrontado en otras regiones del mundo y, en particular, en Asia, ya mencionadas en las páginas precedentes. Como acertadamente señalan Abdenur y González (2018:7), los conflictos, resistencias, factores de riesgo y oposiciones por parte de diversos actores, hace pensar que es poco probable que la BRI sea implementada en su totalidad, pero, sin duda, generará el surgimiento de nodos significativos de actividad económica en las próximas dos décadas.

142 Zhimin, Yang (29 11 2018) “BRI boosts cooperation with Latin America”, en *China Daily*, en <http://global.chinadaily.com.cn/a/201811/19/WS5bfff2877a310eff30328baaf.html> Recuperado el 22 de marzo de 2019.

En América Latina y el Caribe, pese a su reciente implementación, tanto la presencia diplomática y económica china de más larga data y particularmente la BRI, han dado lugar a una serie de críticas y de reacciones negativas. En primer lugar, la preocupación y la denuncia de una potencial “re-primarización” de las economías latinoamericanas y caribeñas por la focalización en la extracción de recursos naturales y de *commodities*, que tendería a reproducir el modelo de relación asimétrica y dependiente que la región ha desarrollado históricamente con los EEUU. En segundo lugar, el creciente endeudamiento de los países de la región por los préstamos que recibe de China y cuyos pagos, eventualmente, algunos de los países de la región no podrían afrontar. Y en tercer lugar, de particular importancia para un conjunto de organizaciones no-gubernamentales, movimientos sociales y organizaciones políticas, el impacto en el medio ambiente de muchos de los proyectos chinos que privilegian – de la misma manera que en China – el desarrollo económico y la modernización por encima de la preservación del medio ambiente, junto a la importación de fuerza laboral china para muchos proyectos que afecta los logros alcanzados en el ámbito de los derechos laborales por los trabajadores locales (Detsch, 2018:2). El desarrollo de un corredor del Atlántico al Pacífico a través del Amazonas, es quizás uno de los mayores ejemplos que condensan estas críticas al impacto ambiental que implican la priorización del desarrollo de diversas infraestructuras en el marco de la BRI. Finalmente, algunos observadores y analistas enfatizan el carácter vago y, frecuentemente, opaco de la política china hacia la región, en tanto en el seguimiento de muchos de los proyectos anunciados existe una falta de transparencia que hace difícil monitorear – a través de fuentes oficiales – su desarrollo, lo cual además incrementa – dadas las recientes experiencias regionales al respecto – las preocupaciones en torno al grado de corrupción que puedan conllevar¹⁴³.

Si a estas críticas sumamos la inestabilidad económica y política de algunos países, se hace obvio que desde China puede percibirse que América Latina y el Caribe constituyen un entorno complejo y dificultoso para sus inversiones, pese al *boom* que estas han tenido y

143 El informe del *Carnegie Tsinghua Center for Global Policy* ya citado es muy elocuente en este sentido, particularmente desde el punto de vista de Washington, al señalar “*As long as opacity is the norm in BRI projects, it will be difficult for the United States and other like-minded countries to view the initiative in a positive light. Not only does it foster corruption and exacerbate the debt woes of developing countries. The lack of transparency also fuels suspicions that Belt and Road works as a Trojan horse for Chinese influence*”, y que es un instrumento geopolítico (Yujun, 2019).

a la creciente presencia e influencia china en la región. Sin embargo, algunos analistas afirman lo contrario, en tanto China puede percibir a América Latina y el Caribe como una “región donde pueden firmarse acuerdos de mediano y largo plazo con socios confiables”, aunque “no todas las economías de Latinoamérica son iguales y de allí que el impacto es diferente dadas las disparidades regionales” y los diferentes grados de complementariedad con la economía china (Girado, 2018:124-125).

Es verdad que, al menos retóricamente, China no intenta imponer un modelo político ni de desarrollo en los países de la región, pero al menos en relación a este último tema, aplica un patrón similar a su propia experiencia de modernización y apunta a absorber recursos sin evaluar eventualmente los costos asociados, con impactos negativos sobre los diferentes ámbitos mencionados.

Sin embargo, sin adquirir el carácter de prioridad estratégica que tuvo desde el primer momento la proyección de la BRI en Eurasia, América Latina y el Caribe se están convirtiendo en un engranaje importante de la estrategia global de Beijing basada en la iniciativa. Pese a las dificultades señaladas, China percibe en la región un enorme potencial para el desarrollo de sus intereses y un amplio abanico de oportunidades para su proyección económica. La nueva dinámica de las relaciones entre China y América Latina que impone la ampliación de la BRI a la región en base a una cooperación pragmática, además de los objetivos eminentemente económicos focalizados en el comercio, la inversión y el desarrollo de una conectividad que vincule a Beijing con un amplio espacio de abundantes recursos naturales, posibilidades de inversión y mercados potenciales, detenta un componente geopolítico fundamental. De hecho, la BRI es considerada crecientemente como una iniciativa geopolítica de gran alcance (Abdenur y González, 2018: 7). Este componente geopolítico está orientado por tres objetivos – claramente ilustrados en el caso de la evolución de la relación de China con Panamá – contener y desplazar la influencia y las relaciones con Taiwan en la región; desarrollar los pilares fundamentales de la BRI en su dimensión geográfica vertical (que incluye al Caribe en el marco de los acuerdos con Cuba y República Dominicana), como parte de una estrategia de proyección global, y desarrollar una cautelosa – pero no por eso menos asertiva – ocupación de los espacios de influencia estadounidenses en América Latina y el Caribe, en el marco de la creciente rivalidad entre ambas potencias (RIAL, 2018), cuya ilustración más patente es, en la actual coyuntura, “la feroz

rivalidad estratégica” (Ríos, 2019:28) entre China y los EEUU que se cataliza en torno a la crisis de Venezuela. Crisis en la cual entra a tallar un tercer actor global de creciente relevancia estratégica en la región – la Federación Rusa y, asoman, de manera incipiente, los intereses de la India¹⁴⁴.

En este marco, la gran estrategia china de articular sus objetivos de “*Made in China 2025*” y la BRI en un esfuerzo de proyección global, no deja de hacer evidentes sus aspiraciones a una creciente proyección mundial y, consecuentemente – y como se está viendo en la actualidad en pleno desarrollo –, a una creciente rivalidad con los EEUU. Para Washington, de retirada en otros ámbitos regionales bajo la presidencia de Trump, América Latina y el Caribe siguen siendo, sin embargo, el espacio privilegiado de influencia – el “patio trasero” – revalidado recientemente por la reactualización de la Doctrina Monroe por parte de algunos personeros del gobierno estadounidense¹⁴⁵, en cuyo marco la presencia, influencia o interferencia de actores que no sean parte de la alianza atlanticista/occidental constituye una amenaza a sus intereses geo-estratégicos. Desde esta perspectiva, a pesar de que China tiende a moverse de una manera cauta, evitando confrontaciones con los Estados Unidos en la región, las tensiones que se desarrollan entre ambos actores en otros ámbitos – como el Mar del Sur de la China y el Indo-Pacífico en general – y en otros temas – como los conflictos tarifarios y la llamada “guerra comercial”, tienen resonancias en las suspicacias mutuas y tensiones que surgen en la región.

Significativamente, en los últimos tres años, Beijing ha avanzado más rápidamente en América Latina, sin dejar de seguir sosteniendo un cauto respeto a la “relación especial” entre esta región y los Estados Unidos, desplegando intentos sostenidos de desarrollar una relación constructiva con Washington. Pero para la política exterior china se ha hecho muy importante y central continuar el desarrollo de vínculos bilaterales con algunas de las economías de la región, y promover una agenda más amplia a través del Foro China-CELAC, su involucramiento con instituciones regionales como el Banco Interamericano de Desa-

144 Es importante señalar, en este sentido, que la India ha sido destino de la exportación de hidrocarburos de Venezuela, en parte por la mediación de compañías rusas y, que en el marco de las sanciones impuestas por los Estados Unidos al gobierno de Nicolás Maduro en 2019, ha visto afectado el flujo de petróleo venezolano.

145 Xinhua (24 de diciembre de 2018) “ESPECIAL DE FIN DE AÑO: EEUU desempolva la Doctrina Monroe y su potencial “neo-intervencionista” en América Latina”, *Xinhua Español*, en http://spanish.xinhuanet.com/2018-12/24/c_137695800.htm Recuperado el 28 de marzo de 2019.

rollo (BID) – al que se incorporó como donante en 2009 –, e impulsar los aspectos “multifacéticos” contemplados en la BRI (Creutzfeldt, 2018:6-7), incluyendo su mayor presencia e involucramiento en Panamá.

Un significativo parteaguas en curso en la tensa relación entre China y los Estados Unidos en la región es la crisis venezolana que ha afectado la participación de la potencia asiática en el BID: la Reunión Anual de sus Gobernadores del Banco, prevista para los días 26 al 31 de marzo de 2019 en la ciudad china de Chengdú, fue cancelada por el organismo al no aceptar Beijing – bajo la presión de Washington – la participación del representante del presidente interino de Venezuela Juan Guaidó, como delegado oficial de Venezuela, poniendo en riesgo la realización de varios proyectos comerciales y de inversión en la región¹⁴⁶.

En este contexto, el impacto de la BRI – en la medida que vaya desarrollándose su implementación – es probable que genere alteraciones, realineamientos y reacomodos en las relaciones no sólo entre las grandes potencias globales, sino también en las relaciones entre éstas y los países de la región, y entre los países latinoamericanos y caribeños, con implicaciones significativas para toda la América Latina y el Caribe (Abdenur y González, 2018:12). La nueva dinámica euroasiática incidirá, sin duda, sobre la reestructuración del poder a nivel mundial, en la misma medida que los centros de poder geo-económico y geo-político se desplacen hacia la Gran Eurasia, pero también sobre la conformación de nuevos vínculos entre esta región y América Latina, generando no sólo realineamientos políticos y estratégicos, sino también un entramado trans-regional que dé lugar a una nueva configuración de un orden mundial multipolar o, como ya señalamos, más definitivamente bipolar desde la óptica china. En este marco, nuevas alianzas y nuevas tensiones son de prever en la región en el desarrollo de sus relaciones externas y en su inserción en el mundo, particularmente con las potencias en conflicto.

La emergencia de una tensión creciente entre el polo atlanticista/occidental (pese a sus fisuras y tensiones internas) y el polo eurasiático se reflejan en las rivalidades y competencias por el espacio latinoamericano y caribeño, en el cual, como ya señalamos, entra a taller otro actor euroasiático de relevancia – Rusia, siguiendo un patrón similar a la “división de trabajo” establecida entre China y Rusia en Asia Cen-

146 Heine, Jorge (23 de marzo de 2019) “China, el BID y el chavismo: la “venezolanización” de una región sin rumbo”, en *Clarín* (Buenos Aires), en https://www.clarin.com/mundo/china-bidf-chavismo-venezolanizacion-region-rumbo_0_wStC29bi5.html Recuperado el 23 de marzo de 2019.

tral, aunque no detente las mismas características de la “convergencia estratégica” en Eurasia.

Rusia en América Latina y el Caribe: el potencial de la Unión Económica Euroasiática (UEEA)

Si bien la Unión Soviética intentó mantener y expandir su influencia en América Latina y el Caribe en el marco de la Guerra Fría – con un manifiesto anclaje en Cuba como el bastión central de su presencia estratégica en el hemisferio occidental – la implosión de la URSS y los años iniciales del establecimiento de la Federación Rusa, marcaron un circunstancial retroceso en sus relaciones con la región. De hecho, Moscú no desatendió del todo a la región en los turbulentos años 90 y a finales de esa década el Ministro de Relaciones Exteriores Evgueni Primakov visitó varios países de la región. El tema de la “retirada” rusa de la región aún está sujeto a debate (González, 2016: 65-66)), pero las relaciones con América Latina y el Caribe comienzan a adquirir una nueva relevancia a partir de 2008-2009, por un lado, por el impacto de la crisis financiera y, por otro, por la guerra con Georgia, en un clima propicio por la proliferación de gobiernos de izquierda en la región, en el marco de la llamada “marea rosa”. Es en esa etapa que Moscú reactiva progresivamente sus vínculos con la región, particularmente con los gobiernos latinoamericanos de izquierda – comenzando con la misma Cuba – que aún alimentaban reminiscencias por los vínculos desarrollados con el “socialismo real” encarnado en su momento por la Unión Soviética, en busca de apoyo al reconocimiento de Abjasia y de Osetia del Sur como estados independientes. Pese a qué entre sus potenciales aliados en la región, sólo Nicaragua y Venezuela los reconocieron como estados, las relaciones diplomáticas de Rusia con América Latina en general se reactivaron, entre otras razones, porque possibilitaban lograr apoyos en los foros multilaterales para la crecientemente asertiva política exterior rusa.

En este contexto, el verdadero punto de inflexión que impulsa una mayor presencia estratégica de la Federación Rusa – pese a que se anticipa en el desarrollo de una política exterior más asertiva y con proyección global a partir del inicio de la tercera presidencia de Vladimir Putin en 2012¹⁴⁷ – se produce con la crisis de Ucrania y la anexión de Crimea en

147 *Konzeptzia vneshnei politiki Rossiiskoi Federatzii. Utvershdena Presidentom Rossiiskoi*

2014, y con el incremento de la presión y la imposición de sanciones por parte de Occidente. En este marco, en una coyuntura regional en la cual algunos de los gobiernos vinculados a Rusia por su filiación ideológica van de salida en la región, Moscú reactiva sin embargo sus relaciones y su presencia estratégica en el hemisferio occidental en función de sus objetivos globales – recuperar su status de potencia mundial, contrabalancear las sanciones occidentales y desarrollar una política antiestadounidense y antioccidental en el marco de su visión de un mundo multipolar (que, por otra parte, comparten algunos de los gobiernos latinoamericanos y caribeños) – y de objetivos regionales muy precisos. Estos últimos, por un lado, se articulan con la necesidad de alejar al máximo de sus fronteras todo conflicto potencial que amenace su soberanía y, por otro, incrementar su presencia geopolítica y económica – independientemente de los costos (Rouvinski, 2019) – en un área considerada como el “patio trasero” (percibido como equivalente al “*near abroad*” ruso) de los Estados Unidos. El desentendimiento estratégico de éstos de la región – iniciado a partir del 11 de septiembre del 2001 y posteriormente profundizado por el involucramiento en 2003 en la guerra en Irak, creó las condiciones para una creciente presencia de Moscú en el ámbito hemisférico – tanto en el marco de las relaciones diplomáticas, como con la venta de armamento y, progresivamente, con el involucramiento en la explotación, operacionalización y comercialización de los recursos energéticos de algunos países latinoamericanos – proceso en el cual Venezuela fue nuevamente el foco, como lo hemos analizado en otro lugar (Serbin y Serbin Pont, 2019).

En la medida que el *impasse* con Occidente se estancaba, pese a no lograr restablecer enteramente sus vínculos con la UE y los EEUU, Rusia tendió a desarrollar una estrategia de diversificación de sus relaciones económicas y de seguridad con diversos países y regiones del mundo, desde China y Siria hasta el Sudeste asiático, América Latina y África, con un criterio pragmático de priorizar estas relaciones en función tanto de los beneficios de seguridad y económicos que pudiera obtener, como de contrabalancear y equilibrar su rivalidad con los Estados Unidos¹⁴⁸.

Federatzi V.B Putinim, 12 febralia 2013 goda, donde se señala la “importancia estratégica” de América Latina para la política exterior rusa. Sin embargo, en el documento sobre la “Concepción de la política exterior de la Federación Rusa” de 2016, aunque se confirma la importancia de la región para la política exterior rusa, no se señala que sea estratégica. Citado por Rouvinski (2017).

148 Strafor (marzo 5 de 2019) “Russia Goes on a Global Search for Opportunity”, *Strafor Report*, en <https://worldview.strafor.com/articles/russia-goes-global-search-opportunity> Recuperado el 5 de marzo de 2019.

En este marco, América Latina se constituyó en un escenario geoestratégico particularmente importante para Moscú por su proximidad con los EEUU, objetivo en el cual, sin embargo, no solo ha primado el imperativo geopolítico sino más bien la marca de una “pragmática *realpolitik*”¹⁴⁹.

En este sentido, a diferencia de la URSS, la Federación Rusa no se ha guiado exclusivamente por imperativos de carácter ideológico – y si bien el factor geopolítico es clave, las relaciones con la región han estado caracterizadas por un mayor nivel de pragmatismo y de flexibilidad, tomando en cuenta que América Latina y el Caribe se han convertido en un importante actor en la política internacional, en particular, en los ámbitos multilaterales. Desde este enfoque, el gobierno de Putin ha buscado un equilibrio entre la diversificación del comercio y las relaciones económicas con la región y las alianzas geopolíticas en función de objetivos geoestratégicos vinculados con la dinámica de las transformaciones globales (Jeifets, Khadorich & Leksytina, 2018:213).

No obstante, en la percepción de numerosos analistas latinoamericanos y estadounidenses, este equilibrio en realidad aún está fuertemente sesgado hacia las prioridades geopolíticas, principalmente en torno a la necesidad de Moscú de romper el aislamiento impuesto por Occidente y de establecer su nuevo status en el sistema internacional como una potencia mundial. Si bien Evan Ellis (2015) incluye en su análisis de las relaciones rusas con América Latina y el Caribe la importancia de las relaciones comerciales – tanto en la venta de armamento como en el área petrolera y minera –, señala que, en comparación con la extendida presencia de compañías chinas en la región, Rusia no parece estar en condiciones de desplazar, a corto plazo, a las empresas estadounidenses en los mercados latinoamericanos, ni de ejercer una influencia significativa sobre los gobiernos de la región a través de generar expectativas sobre la posibilidad de acceder a mercados, inversiones y créditos rusos (Ellis, 2017). Sin embargo, este analista enfatiza la capacidad rusa de afectar la posición de los Estados Unidos en la región, no sólo por la acción directa de la política exterior de Moscú sino también por las interacciones que pueda desarrollar con otros actores extra regionales en la potencial alteración de su dinámica (Ellis, 2015: 78). De hecho, Ellis cataloga los impactos consecuentes en tres categorías de acciones: a) socavando la disposición de actores importantes de la región

149 Mansilla Blanco, Roberto (19 de noviembre de 2018) “Rusia en América Latina: geopolítica y pragmatismo”, *ESGLOBAL*, en <https://www.esglobal.org/rusia-en-america-latina-geopolitica-y-pragmatismo/> Recuperado el 17 de enero de 2019.

para actuar conjuntamente con los EEUU en temas relacionados con el comercio, la seguridad y otros, tanto en la región como más allá de ella; b) aislando a los gobiernos más alineados con los EEUU, y c) proveyendo de armas, contribuyendo a la supervivencia y animando a los regímenes que mantienen una posición antiestadounidense a desarrollar actividades en la región que puedan amenazar los intereses de Washington, como lo ilustra especialmente el caso de Venezuela (Ellis, 2015:79-81; Rouvinski, 2019)). Similares consideraciones, con fuerte énfasis en la dimensión geoestratégica de la presencia rusa en América Latina y el Caribe puede notarse en algunos análisis latinoamericanos, marcadamente focalizados en la confrontación geoestratégica entre Rusia y los EEUU (Hutchenreuter, 2015; Detsch, 2018; Montilla Blanco, 2018; Chaguaceda, 2019).

En esta perspectiva, desde el punto de vista de los objetivos geopolíticos más amplios de su política exterior, la estrategia militar rusa en América Latina parece orientarse a priorizar “una especie de efecto *disuasorio recíproco* con respecto a Washington”, en especial para contrarrestar la implicación occidental y atlantista en el espacio euroasiático periférico ruso¹⁵⁰.

Sin embargo, en julio de 2018, en una reunión con embajadores y representantes permanentes del bloque europeo y asiático, Putin anunció un cambio importante en la política exterior rusa, al señalar que ésta debería estar más orientada al área económica debido al creciente proteccionismo que se observa a nivel internacional¹⁵¹. Asimismo, afirmó que Rusia no sólo debe aspirar a ubicarse como una de las cinco economías más grandes del mundo, sino también elevar significativamente los estándares de vida de sus ciudadanos, aprovechando las oportunidades que ofrece la política exterior en términos de explorar nuevos mercados, expandir exportaciones, acceder a tecnologías e inversiones avanzadas y superar los obstáculos y restricciones existentes para el trabajo de las empresas nacionales en el exterior a fin de proporcionar las condiciones para el desarrollo sostenible del país¹⁵².

150 Mansilla Blanco, Roberto (19 de noviembre de 2018) “Rusia en América Latina: geopolítica y pragmatismo”, *ESGLOBAL*, en <https://www.esglobal.org/rusia-en-america-latina-geopolitica-y-pragmatismo/> Recuperado el 17 de enero de 2019.

151 Telesur (20 de julio de 2018) “Vladimir Putin afina cambios en política exterior de Rusia”, en *TelesurTV*, <https://www.telesur.net/news/vladimir-putin.afina-cambios-politica-exterior-rusia-20180720-0026.html> Recuperado el 26 de marzo de 2019.

152 Sputnik (20 de julio de 2017) “Putin anuncia cambios en la política exterior de Rusia”, en *Sputnik Mundo*, en <https://mundo.sputniknews.com/rusdia/201807201080556847->

El nuevo énfasis en la dimensión económica de la política exterior no anula las consideraciones geopolíticas antes mencionadas, pero impone un giro significativo en su implementación, particularmente en función de la búsqueda de nuevos mercados para expandir sus exportaciones, especialmente en áreas y regiones tradicionalmente percibidas como de menor importancia relativa para el impulso de la dimensión económica de la política exterior de Moscú.

No obstante, ninguno de los países de América Latina y el Caribe se encuentra entre los 15 principales socios comerciales rusos¹⁵³ ni ha constituido históricamente una prioridad en los objetivos económicos de la política exterior rusa. Desde finales del siglo pasado, el interés de la Federación Rusa en América Latina disminuyó de manera constante, excepto por los ya señalados picos de actividad en 2008 y 2014, relacionados con las crisis en Georgia y Ucrania. Sin embargo, en los últimos años la presencia económica rusa en el hemisferio occidental ha comenzado a crecer nuevamente, aunque el nivel de participación de Rusia en el comercio con América Latina y el Caribe sigue siendo una fracción pequeña en comparación de su interacción comercial con el resto del mundo.

El comercio ruso de bienes con América Latina menos del 2 por ciento de su comercio mundial. Su principal socio comercial es Brasil, con un comercio bilateral total de poco más de \$ 4 mil millones en 2016. Rusia compró alrededor de \$ 1,7 mil millones de petróleo de Venezuela en el mismo año, pero los flujos comerciales con otros países importantes de América Latina son relativamente pequeños. Según un informe del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS), el comercio anual total de Rusia en 2016 con México fue igual a la cantidad que México comercia con los Estados Unidos cada 36 horas (Miles, 2018). La misma fuente menciona que con respecto a la inversión extranjera directa (IED), en 2016 Brasil, el socio más grande de Rusia en la región, recibió la mayor parte de la inversión rusa (aproximadamente \$ 8 millones) y México obtuvo aproximadamente \$ 2 millones. Un informe de la CEPAL del año 2016 sobre la inversión extranjera directa en la región (CEPAL 2016) dedica un capítulo completo a “la creciente influencia de China”, pero no menciona en absoluto a Rusia en América Latina.

[putin-politica-exterior-rusia-economia/](#) Recuperado el 26 de marzo de 2019.

153 Workman, Daniel (February 1 2019) “Russia’s Top Trading Partners”, <http://www.worldstopexports.com/russias-top-import-partners/> Recuperado el 26 de marzo de 2019.

Venezuela es una excepción ya que los préstamos rusos ayudaron a apuntalar la deficiente industria petrolera del país sudamericano a cambio de sustanciales beneficios – las compañías rusas controlan en la actualidad cinco campos petroleros, la producción futura a 30 años de dos campos de gas natural en el Caribe y el 49,5 % de Citgo - la red distribuidora de petróleo venezolano en los EEUU¹⁵⁴, intereses que están amenazados por las actuales sanciones estadounidenses a la industria petrolera venezolana. Hasta 2016, Rosneft, la compañía petrolera rusa controlada por el estado, ha prestado \$ 10 mil millones al sector petrolero venezolano. Las estimaciones actuales son de 17 mil millones en préstamos totales a Caracas y si bien un subconjunto importante del comercio de Rusia con América Latina es la venta de armas, la gran mayoría – el 73 por ciento – se ha orientado a Venezuela. En este sentido, Venezuela ha abierto para Rusia la posibilidad de aprovechar otra área importante de su *expertise* – la esfera energética, no sólo en la comercialización o la cooperación energética, sino también en la operacionalización, la asistencia técnica y la inversión en este campo. A cambio, usando el petróleo como herramienta política, pero con un alto costo financiero, Rusia ha obtenido un puesto de avanzada geopolítica en el hemisferio occidental, superando la posición lograda en su momento por la URSS en Cuba¹⁵⁵, pero a la vez obteniendo, en el caso de Venezuela, una serie de activos muy baratos¹⁵⁶, pero de mayor riesgo (Rouvinski, 2019).

A diferencia de las actividades económicas chinas en América Latina, Rusia se concentra en un conjunto limitado de países y de sectores económicos, liderados por la venta de armas. En este campo y en la esfera energética Rusia lleva una ventaja significativa a sus potenciales competidores. Entre 2011 y 2015, América del Sur representó el 6,2% de las ventas totales de armas rusas – principalmente dirigidas a Venezuela, Nicaragua, Cuba, Perú y Brasil –, mientras que en el mismo

154 DeYoung, Karen (2018) “En Venezuela, Rusia se embolsa activos energéticos calve a cambio de rescates en efectivo”, *The Washington Post*, 24 de diciembre de 2018, <https://translate.google.com/translate?hl=es-419&sl=en&u=https://washingtonpost.com/world/national-security/in-venezuela-russia-pockets-key-energy-assets/> Recuperado el 27 de marzo de 2019.

155 Krauss, Clifford (31 de octubre de 2017) “La diplomacia petrolera de Rusia”, en *The New York Times*, en <https://www.nytimes.com/es/2017/10/31/rusia-rosneft-politica-exterior-venezuela/> Recuperado el 27 de marzo de 2019.

156 BBC News Mundo (12 de diciembre de 2018) “Que busca Rusia con su “renovada” alianza económica y militar con Rusia”, en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-46529876> Recuperado el 13 de diciembre de 2018.

período China alcanzó el 5% y los EEUU el 2,3%¹⁵⁷. Por otra parte, Rusia envía turistas al Caribe y compra productos agrícolas del Cono Sur, pero los empresarios y líderes políticos de la región no visualizan las oportunidades que pueda ofrecer el acceso al mercado de la Federación y de sus socios periféricos, y al de sus préstamos e inversiones, como lo hacen con sus homólogos chinos (Ellis, 2017), y se adhieren aún a la percepción de la fragilidad de la economía rusa. Por otra parte, la cooperación militar rusa con los países del hemisferio occidental es comparativamente limitada, ya que Moscú no aspira a construir una presencia militar significativa en la región, en tanto ni puede permitirse sostener esa presencia ni pretende desarrollar compromisos de largo plazo en la región (Rouvinski, 2017). El *test case* probablemente se produzca en el marco de la actual crisis venezolana: la presencia militar rusa en el país, si bien se explica por razones de asistencia técnica para el uso del armamento ruso vendido a los gobiernos chavistas, entra en colisión con los intereses estadounidenses de apoyo al presidente interino Juan Guaidó, en pleno desarrollo al momento de finalizar de escribir este libro (Rouvinski, 2019).

Adicionalmente a la venta de material bélico, Rusia tiene actualmente un número limitado de proyectos comerciales en la región en petróleo, minería, energía nuclear, construcción y servicios espaciales, a la par de vender una cantidad modesta de vehículos y otros bienes particularmente a Cuba. Pero más allá del equipamiento militar, la competitividad de los productos y servicios rusos es mínima.

En este marco, es evidente que América Latina es una región que actualmente atrae una cantidad relativamente pequeña del comercio y de la inversión rusa, pero durante la presente década este flujo comienza a crecer.

Al mismo tiempo, Rusia está trabajando para expandir su presencia en América Latina y el Caribe, incluso en el marco del fin de la llamada “marea rosa” de los gobiernos de región. La Rusia de hoy, a diferencia de la URSS, no está guiada estrictamente por imperativos ideológicos cuando se trata de abrir o mejorar las relaciones en América Latina. Si bien las consideraciones geopolíticas siguen siendo un componente crucial de sus relaciones, los vínculos de Rusia con la región también se han orientado hacia un mayor nivel de pragmatismo y flexibilidad. Este nuevo patrón ha quedado muy en claro recientemente. El cam-

157 Mansilla Blanco, Roberto (19 de noviembre de 2018) “Rusia en América Latina: geopolítica y pragmatismo”, *ESGLOBAL*, en <https://www.esglobal.org/rusia-en-america-latina-geopolitica-y-pragmatismo/> Recuperado el 17 de enero de 2019.

biente panorama geopolítico regional ha impulsado a Rusia a centrarse ampliamente en los intereses económicos (energía, transporte, sector aeroespacial, biotecnología, etc.) con el objetivo de abrir nuevos mercados para los productos rusos, en línea con los anuncios de Putin en 2018. Este nivel de pragmatismo ruso es especialmente notable en los casos de Argentina y Brasil, que han sido socios estratégicos de Rusia desde los tiempos de Kirchner en Argentina (2003-2015) y de la presidencia de Lula da Silva en Brasil (2003-2016). Ahora, con los cambios políticos en curso en ambos países, la relación con Rusia se ha mantenido sin modificaciones sustanciales e incluso se ha ampliado, especialmente en el marco de la presidencia de Mauricio Macri en Argentina. Desde luego, las futuras relaciones con Brasil estarán sujetas a las nuevas orientaciones de la política exterior que imponga el presidente Joel Bolsonaro, particularmente el marco de una visión ideológica que lo acerca a los EEUU y que abre interrogantes sobre la futura participación brasileña en el BRICS, pese a que el nuevo gobierno aceptó actuar de anfitrión para la Cumbre del grupo en 2019.

Es importante tener en cuenta que, como algunos analistas rusos destacaron recientemente, en la primera década de este siglo, los gobiernos latinoamericanos asociados a la izquierda, nostálgicos de la Revolución Rusa y de la Guerra Fría, consideraban a la Federación Rusa como un importante socio político para contrarrestar la hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental (Silaev y Sushentzov, 2017). No obstante, como ya señalamos, la política exterior de Moscú capitaliza esta nostalgia, pero no necesariamente se orienta por consideraciones ideológicas.

En suma, además de buscar un equilibrio geopolítico lejos de su área de incidencia territorial y de apuntar a romper el aislamiento internacional impuesto por Occidente, Moscú ha comenzado a orientar sus relaciones con América Latina tomando en cuenta asimismo las consideraciones de orden económico. Pese a que el alto nivel de representación política de Rusia en la región todavía no se equipara al volumen de la cooperación comercial y pareciera carecer de proyectos económicos de mayor alcance, es evidente que existe un sostenido esfuerzo, particularmente a partir de 2018, para ampliarlos y para extender los campos de colaboración en el ámbito económico, al punto que no parece acertado reducir las relaciones entre Rusia y América Latina exclusivamente a una reacción geopolítica a la influencia estadounidense (Jeifets, Khadorich & Leksyutina, 2018: 219-223).

Sin duda, la producción y venta de armamentos y el *know-how* en el campo energético han sido los principales rubros en los que se ha

destacado la relación económica de Rusia con América Latina. Sin embargo, la Federación Rusa no es sólo una superpotencia energética que se ha visto obligada a buscar nuevos mercados ante las sanciones occidentales, ni solamente un productor de armamento, sino que también cuenta con una tecnología y una industria en transformación que intenta desarrollar diferentes sectores manufactureros y tecnológicos y que se plantea como objetivo estratégico expandir este sector en los mercados internacionales. En este sentido, la meta es expandir las exportaciones de maquinaria y de servicios sin restringirlas a las materias primas o a los recursos energéticos y potenciar este proceso a través de una más activa colaboración en el marco de acuerdos de cooperación y de libre comercio de la Unión Económica Euroasiática. La firma de un primer acuerdo de libre comercio con Vietnam, permitió en este sentido a los países miembros de la UEEA incrementar, entre enero y noviembre de 2018, sus exportaciones a ese país en un 19%. Simultáneamente se firmó un acuerdo económico-comercial con China en el marco de la articulación entre esta organización y la BRI, y se dieron los primeros pasos para la creación de una zona de libre comercio con Irán, mientras que se avanza negociaciones con Singapur, Serbia, Egipto, la India e Israel, y la ASEAN¹⁵⁸.

En este marco, América Latina y el Caribe – a pesar de la distancia geográfica – tiende también a convertirse en un objetivo de la política económica de la UEEA, en función de la búsqueda de oportunidades de ampliar los mercados a los que pueden exportar sus países miembros e invertir eventualmente en sectores como el turismo, la energía eléctrica y la agroindustria¹⁵⁹. A nivel bilateral la UEEA tiene suscritos memoranda de entendimientos con Chile, Perú y Ecuador¹⁶⁰, y el 8 de enero de 2019 firmó un Plan de Acción conjunto para ese año

158 Tamovsky, Victor (14 de febrero de 2019) "América Latina, entre los destinos clave de expansión económica de la Unión Económica Euroasiática", *Sputnik Mundo*, en https://mundo.sputniknews.com/radio_que_pasa/201902141085470831-rusia-mercado-cubano-relaciones-comerciales-latinoamerica/ Recuperado el 26 de marzo de 2019.

159 Tamovsky Victor (16 de febrero de 2019) "Rusia, satisfecha con sus relaciones con América Latina", en *Sputnik Mundo*, en https://mundo.sputniknews.com/radio_que_pasa/20192161085524084-rusia-latinoamerica-cooperacion-comercio/ Recuperado el 20 de marzo de 2019.

160 Sputnik (27 de diciembre de 2019) "América Latina muestra interés por cooperar con la Unión Económica Euroasiática", en *Sputnik Mundo*, en <https://mundo.sputniknews.com/politica/201812271084427903-cooperacion-de-america-latina-y-uee/> Recuperado el 20 de marzo de 2019.

con Cuba¹⁶¹, mientras que avanza en las conversaciones sobre un potencial acuerdo con Chile¹⁶² y abrió, en enero del 2019, una oficina en México. A nivel trans-regional, la organización euroasiática firmó el 17 de diciembre de 2018 un memorándum de entendimiento de cooperación económica a los efectos de concretar un acuerdo de libre comercio con Mercosur, y avanza en las conversaciones para concretar uno similar con la Alianza del Pacífico. Pese a que el grueso de los intercambios comerciales con América Latina y el Caribe se sigue concentrando en primer lugar en Rusia, seguida de Bielorrusia y Kazajstán, Kirguistán y Armenia también comienzan a desarrollar incipientes intercambios comerciales con la región¹⁶³. Teniendo en cuenta los estudios que, en la década del noventa desarrolló el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) sobre las relaciones de América Latina y el Caribe con la URSS en el marco de las transformaciones asociadas a la *perestroika*, es importante señalar asimismo que se firmó un memorándum de entendimiento entre este organismo y la Comisión Económica Euroasiática en mayo de 2018¹⁶⁴. Más allá del limitado rol que el SELA desempeña actualmente en la dinámica regional, particularmente en comparación con los estudios realizados por la CEPAL, el memorándum – al igual que los vínculos con esta última organización – son una señal más en el proceso de relacionamiento económico de Rusia y de la UEEA con la región. En este sentido, la UEEA, de una manera similar al caso euroasiático, desempeña un rol funcional para la política exterior rusa en la región.

No obstante, para 2016, América Latina y el Caribe se ubicaba como el socio comercial de menor relevancia para la UEEA, con un intercambio

161 EFE (8 de febrero de 2019) “Cuba y la Comisión Económica Euroasiática firman un Plan de Acción conjunta”, La Habana, en <https://www.efe.com/efe/america/economia/cuba-y-la-comision-economica-euroasiatica-firman-un-plan-de-accion-conjunta/20000011-3891568> Recuperado el 20 de marzo de 2019.

162 Sputnik (6 de marzo de 2019) “Chile busca ampliar comercio con la Unión Económica Euroasiática”, en *Sputnik Mundo*, <https://mundo.sputnik.news.com/america-latina/20190306108599978-chile-amplia-comercio-ueea/> Recuperado el 20 de marzo de 2019.

163 Sputnik (27 de diciembre de 2018) “La Unión Euroasiática descubre Latinoamérica para los países miembros”, en *Sputnik Mundo*, en <https://mundo.sputniknews.com/politica/201812271084430504-cooperacion-de-union-euroasiatica-con-america-latina> Recuperado el 20 de marzo de 2019.

164 SELA (2018) “El SELA y la Comisión Económica Euroasiática crean lazos de cooperación”, <http://www.sela.org/prensa/notas-de-prensa/2018/05/seleccion/> Recuperado el 20 de marzo de 2019.

que constituía un 2.7% del total, en comparación por el primer lugar ocupado por la Unión Europea con un 46.5%¹⁶⁵.

Es evidente que ni la presencia de Rusia en la región ni los incipientes acuerdos firmados por la UEEA pueden compararse con el poder chino establecido en América Latina y el Caribe (Llenderozas, 2018:6), ni pueden equipararse con los acuerdos y flujos económicos establecidos por la RPCCh ni la BRI como un instrumento de la política de este país en la región en lo que hemos caracterizado como “una estrategia multi-dimensional de gran pragmatismo” (Serbin, 2016a), pero muestran que el interés ruso – en el marco de las transformaciones de la economía global y de sus propias necesidades de relacionamiento económico una vez restablecido su rol en el sistema internacional – se incrementa no sólo en relación con los objetivos geoestratégicos ya señalados y de una creciente presencia mediática¹⁶⁶, sino también en respuesta a la necesidad de diversificar y potenciar sus vínculos económicos en función de un enfoque pragmático de su política exterior. Bajo el liderazgo ruso, si bien la UEEA no puede compararse con la BRI promovida por Beijing, se convierte en un instrumento poderoso de la política de Moscú.

Pero los avances rusos en el ámbito multilateral de su relacionamiento con América Latina y el Caribe, particularmente en su relación con la CELAC, tampoco pueden equipararse al peso adquirido por el Foro China-CELAC, a pesar de los acuerdos preexistentes. De hecho, la

165 Plachinda, Larissa (2018) *Herramientas para la medición de la Integración Regional en Europa del Este y Asia Central*, México: Comisión Económica Euroasiática, https://www.cepal.org/sites/default/files/presentations/2larissa_plachinda.pdf Recuperado el 28 de marzo de 2019.

166 Un aspecto que no nos hemos detenido a analizar en más detalle es el ambicioso desarrollo y el impacto de una sostenida presencia e influencia mediática de medios informativos televisivos, radiales y gráficos rusos en América Latina y el Caribe. Russia Today emite programas en español a través de un canal televisivo y de internet; Sputnik Mundo difunde noticias de interés para la audiencia latinoamericana en español, y Front News junto a otros medios asimismo difunde noticias en el ámbito latinoamericano, y una serie de sitios web y blogs euroasiáticos con un claro predominio ruso, promueven narrativas políticas específicas de interés para Moscú. La agencia de noticias cubana Prensa Latina, con oficinas en Montevideo, ha firmado un acuerdo de cooperación con Sputnik para promover programas de noticias y de opinión en español para esta audiencia. Estos medios, en su conjunto, configuran una estrategia mediática que promueve una campaña de “soft power” de alto impacto para contrarrestar el impacto de medios de otro origen y para modificar las percepciones regionales con respecto a Rusia, en un esfuerzo que supera la de los medios chinos (Ellis, 2017; Rouvinski, 2017; Schuster, 2017; Chaguaceda, 2019), a lo cual se suman diversas acciones orientadas a reforzar una presencia rusa en la región, recurriendo eventualmente a la diáspora rusa y a organismos de difusión de la lengua y la cultura rusa.

relación entre la Federación Rusa y la CELAC, hasta el momento, ha dado como resultado la realización de un Foro Juvenil CELAC-Rusia en Moscú, en noviembre de 2018, pero no ha avanzado en la constitución de un Foro equivalente al de China.

Paradójicamente, el avance de Rusia en América Latina se ha visto limitado por la importante presencia de China en la región. La República Popular China (RPC) ha desplazado a Rusia, hasta cierto punto, en ventas de armas a países como Perú y Venezuela. En el ámbito comercial, las compañías chinas han comprado de Rusal una participación en la refinería de bauxita de Alpart en Jamaica y han desplazado a Rosatom en algunos proyectos de energía nuclear en Argentina.

Sin embargo, los intereses rusos y chinos también se complementan entre sí, en la medida en que los préstamos chinos y otras inversiones sustentan a regímenes como el de Venezuela, dándoles opciones para llevar a cabo actividades provocativas con Rusia contra los EEUU que la RPC no necesariamente arriesgaría. Según un analista, si Rusia y China coordinan su colaboración más explícitamente en América Latina, como lo hacen en Eurasia, la amenaza para los intereses de los Estados Unidos podría expandirse (Ellis, 2017).

Nuevamente el *test case* de esta potencial colaboración entre ambas potencias no sólo se puede identificar en Cuba, sino en particular en Venezuela (Serbin & Serbin Pont, 2019), en torno a la cual, de acuerdo a algunos analistas, ambas naciones desarrollan consultas permanentes.

Epílogo tentativo

En un marco muy complejo y pese a las dificultades y tensiones entre los diversos actores involucrados, el proyecto de la Gran Eurasia, avanza bajo el impulso del tándem China-Rusia, configurado sobre la base de una “división de tareas y responsabilidades” de un condominio que ha logrado un grado de equilibrio y de estabilización. Pese a las asimetrías, ambas naciones han logrado compatibilizar sus respectivos objetivos y narrativas – con las diferencias de cada caso y estableciendo los límites respectivos necesarios – para impulsar el proyecto de la Gran Eurasia y construir un polo gravitacional de peso significativo tanto a nivel regional, como en su proyección global. A nivel regional, la compatibilización y la complementariedad de sus intereses y objetivos en Eurasia ha dado lugar a la creación de un entramado institucional y normativo importante. A nivel global, si bien ambos actores están unidos por el rechazo al sistema liberal internacional y, especialmente a la predominancia occidental y a la hegemonía estadounidense, en función de la configuración de un orden multipolar no-occidental y en base a principios generales que comparten, sus políticas exteriores – y las narrativas que las sustentan – tienden a diferir, particularmente en relación al grado y a las modalidades de la contestación y del antagonismo con los Estados Unidos, entre el énfasis en la multipolaridad por parte de Moscú y el creciente acento en una bipolaridad por parte de Beijing. Queda mucho por analizar en relación a estos matices diferenciales y sus alcances, pero las narrativas respectivas enmarcan estrategias no siempre convergentes ni coincidentes en los tiempos previstos de realización de sus objetivos estratégicos, pese a la “convergencia estratégica” a que remiten, al menos a nivel regional. Todo hace pensar que los plazos que manejan difieren en el marco de un amplio espectro que se extiende entre la reacción inmediata y la estrategia de largo plazo.

En todo caso, hablamos de tres actores – China, Rusia y los EEUU – con rasgos y cualidades de superpotencias en el sistema internacional, que dan pie a la emergencia – promovida o cuestionada – de la Gran Eurasia como un polo de creciente peso estratégico, para lo cual recurren a énfasis y a narrativas distintivas – desde el eurasionismo pragmático de Rusia, al “*China dream*” que apuntala una globalización con características chinas, pasando por el esfuerzo estratégico del “Indo-Pacífico” impulsado por los EEUU para contrarrestar las dos narrativas anteriores. Pero junto a estos tres actores y a una miríada de potencias emergentes

que aspiran a devenir en jugadores globales, asoma su potencialidad la India – así sea estratégicamente ambivalente en la actual coyuntura –, desgarrada entre su aspiración euroasiática y la seguridad que ofrece su pertenencia indo-pacífica. El dilema que se le antepone no es fácil de resolver. La orientación hacia Eurasia lleva al acercamiento con los regímenes modernitarios, mientras que la vinculación indo-pacífica la mantiene en el espacio de las democracias y del sistema liberal internacional a costa de aceptar – al menos coyunturalmente – la hegemonía estadounidense a los efectos de contrabalancear la proyección china en la región. Pero más allá de las narrativas, imperan los intereses, tanto económicos como geopolíticos, de cada uno de estos actores, en un turbulento (y confuso) entorno de transición del sistema global.

En el marco de la dinámica compleja que pone en relación a estas cuatro potencias con un conjunto heterogéneo de actores de Eurasia y del Asia-Pacífico, las cuatro tienen una presencia – eventualmente decisiva – en la dinámica de América Latina y el Caribe. Por un lado, pesa el vínculo hegemónico de los Estados Unidos y el legado occidental y por otro, la creciente intrusión de los actores euroasiáticos – con mayor o menor capacidad de incidencia económica, geopolítica y cultural en la región. Las narrativas latinoamericanas y caribeñas de la década pasada – el regionalismo postliberal o post-hegemónico – dejan un legado importante en términos de la diversificación de los vínculos externos de los países de la región, particularmente en América del Sur, y de las aspiraciones a una mayor autonomía y a una inserción más aceptada y económica y políticamente rentable en el sistema internacional, pero son narrativas agotadas que difícilmente puedan contrapesar las visiones extrarregionales que se les puedan imponer. La perplejidad de la región se evidencia en su incapacidad de formular, conjuntamente, nuevas narrativas funcionales a sus objetivos y de impulsar las estrategias adecuadas. En el interín, pesan – tanto en la práctica de las relaciones que establecen, como en la justificación discursiva que esbozan – las narrativas y prácticas externas que prevalecen en el mundo, sean estas euroasiáticas, sino-céntricas o atlanticistas.

Este libro no justifica ni promueve ninguna de ellas, ni pretende agotar su comprensión y su conocimiento. Sólo intenta explicar la evolución – desde la distancia geográfica, pero de la manera más exhaustiva posible –, de las complejidades de una narrativa de la Gran Eurasia que legitima la emergencia de un nuevo polo de poder mundial y su impacto – parcial y fragmentado, pero contundente – en el espacio latinoamericano y caribeño, en un intento de servir simultáneamente a dos dioses – el rigor y la relevancia.

Agradecimientos

Quisiera expresar mi agradecimiento a algunos familiares, amigos y colegas, que aportaron información, conocimiento, comentarios y críticas al texto, y que me motivaron y estimularon para escribir este libro. En primer lugar, agradezco a los amigos, colegas y corresponsales que desde diferentes latitudes –en ocasiones, generosamente y en forma explícita, y en otras, de forma indirecta por sus escritos, comentarios y aportes– contribuyeron a inspirar y a moldear una parte significativa de este libro. Entre otros, a Haibin Niu del Institute for International Strategic Studies, Shanghai Institute for International Studies, República Popular de China; a Victor Jeifets de la Universidad Estatal de San Petersburgo, Federación Rusa; a Vladimir Rouvinski de ICESI, Colombia, actualmente co-chair junto conmigo de la sección Asia y las Américas de la *Latin American Studies Association (LASA)*; a Devika Misra, de la Universidad Jawaharlal Nehru en Nueva Delhi, India; a Eduardo Pastrana Buelvas de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá, Colombia, y a Ariel González Levaggi, de la Universidad Católica Argentina en Buenos Aires, Argentina.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a mi esposa Mireya y a mi hijo Andrei Serbin Pont, que no solo revisaron partes del borrador de este libro, aportando correcciones y comentarios críticos, y que me apoyaron incondicional y afectuosamente en esta empresa, sino que toleraron también –con marcado estoicismo– y junto con mi nuera Miriam y mi nieta Sasha, mis largos encierros y ausencias durante vacaciones, feriados y días hábiles por igual, para poder concentrarme en su preparación, y que padecieron mis dudas, mis “mufas”, mis bloqueos y mis reiterados comentarios y reflexiones durante las reuniones familiares. Sin el apoyo de mi familia este libro no hubiera sido posible.

Lista de siglas

AIIB – Banco Asiático de Inversión e Infraestructura, siglas en inglés.

ALBA- Alianza Bolivariana para los Pueblos de las Américas.

AP – Alianza del Pacífico.

APATP – Acuerdo Abarcante y Progresivo de Asociación Transpacífica.

APEC – Foro de Cooperación Económica del Asia- Pacífico.

ASEAN -Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

BRICS – Bloque conformado por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.

BRI – Iniciativa del Cinturón y Ruta de la Seda (*Belt and Road Initiative*).

CDB – Banco de Desarrollo de China.

CEEA – Comisión Económica Euroasiática.

CELAC – Comunidad de Estados de Latinoamérica y el Caribe.

CIE – Comunidad Independiente de Estados.

CNPC – Coporación Nacional de Petróleo de China.

CTN – Corporación Transnacional.

EEU – Espacio Económico Unido.

EEUU – Estados Unidos de Norteamérica.

EXIMBANK – Banco de Exportación e Importación de China.

FTAAP – Área de Libre Comercio del Asia Pacífico (*Free Trade Area of Asia Pacific*).

FMI – Fondo Monetario Internacional.

GEP – Proyecto de la Gran Eurasia (*Great Eurasia Project*).

G-7 – Grupo de los siete países de mayor desarrollo económico.

G-20 – Foro permanente de 19 naciones y la Unión Europea.

MoU – Memorándum de entendimiento.

OBOR – Iniciativa de la Franja y de la Ruta (*One Belt, One Road*).

OCS – Organización de Cooperación de Shanghái.

OMC – Organización Mundial del Comercio.

- ONGI – Organización No-Gubernamental Internacional.
- ONU – Organización de las Naciones Unidas.
- OTAN – Organización del Tratado del Atlántico Norte.
- OTSC – Organización del Tratado de Seguridad Colectiva.
- QUAD – Cuadrilátero de Seguridad Colectiva del Indo-Pacífico.
- PCCh – Partido Comunista Chino.
- PROSUR – Foro para el Progreso de América del Sur.
- RCEP – Asociación Económica Regional Integral (*Regional Comprehensive Integral Partnership*).
- RIC – Grupo conformado por Rusia, China y la India.
- RPCh – República Popular China.
- RPDC – República Popular Democrática de Corea.
- TPP – Acuerdo Transpacífico (*Trans-Pacific Partnership*).
- TTIP – Tratado Transatlántico de Inversiones y Comercio (*Transatlantic Trade and Investment Partnership*).
- UE – Unión Europea.
- UEAC – Unión Económica de Asia Central.
- UEEA – Unión Económica Euroasiática.
- UNASUR – Unión de Naciones Suramericanas.
- URSS – Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Bibliografía

- Abdenur, Adriana Erthal and Ariel Gonzalez Levaggi (2018). “Trans-Regional Cooperation in a Multipolar World: How is the Belt and Road Initiative Relevant to Latin America?”, London: London School of Economics and Political Science/Global South Unit, *Working Paper No.1./2018*.
- Acharya, Amitav (2018). *The End of American World Order*, Cambridge: Polity Press.
- Actis, Esteban y Anabella Busso (2017). “Globalización ‘descarriada’ y ‘regionalismo desconcertado’ en la era Trump”, en *Raigal* (Villa María), No. 3, año 2, octubre 2016-marzo 2017, pp. 51-63.
- Agnew, J. (1998). *Geopolitics. Re-visioning World Politics*, London: Routledge.
- Allison, Graham (2017). “China vs. America. Managing the Next Clash of Civilizations”, en *Foreign Affairs*, vol. 96, No. 5, September/October 2017, pp. 80-89.
- Alimov, Rashid (2018). “The Shanghai Cooperation Organisation: Its role and place in the development of Eurasia”, en *Journal of Eurasian Studies*, 9, (2018) pp. 114-124, <https://doi.org/10.1016/j.euras.2018.08.001> Recuperado el 10 de enero de 2019.
- Anceschi, Luca (2017). “Kazakhstani Neo-Eurasianism and Nazarbayev’s Anti-Imperial Foreign Policy”, en Bassin, Marc & Gonzalko Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia’s Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 301-317.
- Ayuso, Anna y Susanne Gratius (2016). “América Latina y Europa: ¿Repetir o reinventar un ciclo?”, en *Pensamiento Propio*, No. 44, julio-diciembre 2016, año 21, pp. 249-292.
- Badie, Bertrand (2016). *El tiempo de los humillados. Una filosofía de las relaciones internacionales*, Buenos Aires: UNTREF.
- Bassin, Marc & Gonzalo Pozo (2017). “Introduction”, en Bassin, Marc & Gonzalko Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia’s Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 1-16.
- Battaleme, Juan et al. (2018). *China, Rusia e India en América Latina. Un enfoque multidimensional*, Buenos Aires: UNDEF Libros.
- Baylis, John & Steve Smith (2001). *The Globalization of World Politics*, Oxford: Oxford University Press.
- Beeson, Marc (2009). “Geopolitics and the Making of regions: The Fall and Rise of East Asia”, en *Political Studies*, vol. 57, pp. 498-516, doi: 10.1011/j.1467-9248.200800744.x
- Beeson, Mark & Fujian Li (2014). *China’s Regional Relations. Evolving Foreign Policy Dynamics*, Boulder: Lynne Rienner.

- Beeson, Mark & Fujian Li (2016). "China's Place in Regional and Global Governance: A New World Comes Into View", en *Global Policy*, 2016.
- Bhojwani, Deepak (2018). "India and Latin America: The Way Forward", en *Indian Foreign Affairs Journal*, vol. 13, No1, January-March 2018, pp 62-73.
- Blackwill, Robert & Kurt Campbell (2016). *Xi Jinping on a Global Stage. Chinese Foreign Policy Under a Powerful but Exposed Leader*, Council Special Report, February 2016, New York: Council of Foreign Relations.
- Bogaturov, A.D. (ed.) (2018). *Las relaciones internacionales en Asia Central*, Moscú: Aspect Press (Богатуров, А. Д. (Ред.) (2018) Международные отношения в Центральной Азии, Москва: Аспект Пресс).
- Botta, Paulo (2018). "La mirada de Asia Central sobre la iniciativa china Una Franja, Un Camino", en Vaca Narvaja, Sabino y Zou Zhan (eds.) (2018) *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*, Lanús: REUN-UNLa, pp. 301-312.
- Bost, Francois et al. (dir.) (2015). *Géoéconomie-géopolitique 2015. Images Économiques du monde*, Paris. Armand Colin.
- Bremmer, Ian (2012). *Every Nation for Itself. Winners and Losers in a G Zero World*, Nueva York: Penguin Books.
- Bremmer, Ian (2016). "China's geo-economic power and the United States", en *Geo-economics with Chinese Characteristics: How China's economic might is reshaping world politics*, World Economic Forum, January 2016.
- Bremmer, Ian (2018). *Us vs. Them. The Failure of Globalism*, New York: Penguin.
- Brenner, N. (1998). "Between Fixity and Motion: Accumulation, Territorial Organization and the Historical Geography of Spatial Scales", en *Environment and Planning D-Society and Space*, 16 (14), pp. 459-481.
- Briceño-Ruiz, José & Isidoro Morales (eds.) (2017). *Post-Hegemonic Regionalism in the Americas*, London-New York: Routledge.
- Brzezinski, Zbigniew (1997). *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, New York: Penguin Basic Books.
- Cannon, Brandon & Ash Rossiter (2018). "The 'Indo-Pacific?: Regional Dynamics in the 21st Century's New Geopolitical Center of Gravity", en *Rising Powers in Global Governance*, August 2018, pp. 7-17, <http://risingpowersproject.com/quarterly/the-indo-pacific-regional-dynamics-in-the-21st-century-new-geopolitical-center-of-gravity/> Recuperado el 22 de marzo de 2019.
- Castro, Claudio y Sebastian Vigliero (eds.) (2015). *Gigantes emergentes. Procesos político-económicos y empresas en Brasil, Rusia, India y China*, Carapachay: Lenguaje claro Editora.
- Chen, Yugang; Zou Chao & Qin Qian (2012). "Critical geopolitics and the development of geopolitics at the South Pole", en *World Economic and Politics*, 10, pp. 116-131.

- CEPAL (2017). *La inversión extranjera directa en América Latina 2016*, Santiago: CEPAL, <https://www.cepal.org/es/publicaciones/40213-la-inversion-extranjera-directa-america-latina-caribe-2016/>
- CEPAL (2018). “Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China”, Santiago de Chile, https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/43213/1/S1701250_es.pdf. Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Chaguaceda, Armando (2019). “The Bear comes to the West: The Russian agenda in Latin America”, en *Global Americans*, March 20 2019, https://theglobalamericans.org/2019/03/the-bear-comes-to-the-west-the-russian-agenda-in-latin-america/?utm_source=Email+Newsletter&utm_campaign=01e592ae9c-EMAIL_CAMPAIGN_2019_03_22_05_58&utm_medium=email&utm_term=0_39f3d13add-01e592ae9c-182499767 Recuperado el 25 de marzo de 2019.
- Clark, Ian (2001). “Globalization and the post-cold war order”, en Baylis, John & Steve Smith (2000) *The Globalization of World Politics*, Oxford: Oxford University Press, pp. 634-648.
- Clover, Charles (2016). *Black Wind, White Snow, The Rise of Russia’s New Nationalism*, New Haven-London: Yale University Press.
- Cooley, Alexander (2012). *Great Games, Local Rules. The New Great Power Contest in Central Asia*, Oxford: Oxford University Press.
- Comejo, Romer (2018). “El Proyecto una Franja, Una Ruta de China y América Latina, entre las posibilidades y la realidad”, Vaca Narvaja, Sabino y Zou Zhan (eds.) (2018) *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*, Lanús: REUN-UNLa, pp. 59-79.
- Creutzfeldt, Benjamin (2018). “China’s Engagement with Regional Actors: The Pacific Alliance”, Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Latin American Program, July 2018.
- Cunliffe, Barry (2015). *By Steppe, Desert, and Ocean. The Birth of Eurasia*, Oxford: Oxford University Press.
- Dalby, S. (1991). “American Security Discourse. The Persistence of Geopolitics”, en *Political Geography*, 9 (2), pp. 171-188.
- Dalby, S. (2010). “Recontextualizing violence, power and nature: The next twenty years of critical geopolitics”, en *Political Geography*, 29 (5), pp. 280-288. DOI: 10.1016/palgeo.2010.01.004
- Decterev, D.A. y Kurylev (eds.) (2018). *La política exterior de los países de la CEI*, Moscú: Aspect Press. (Дектерев, Д.А. И Курьлев, К.П. (под редакцией) Внешняя Политика Стран СНГ, Москва: Аспект Пресс).
- Defense Intelligence Agency (2019). *China Military Power*, January 23 2019, Washington D.C. https://www.dia.mil/Portals/27/Documents/News/Military%20Power%20Publications/China_Military_Power_FINAL_5MB_20190103.pdf Recuperado el 20 de febrero de 2019.

- De Graaff, Naná and Bastian van Apeldoorn (2018). "US-China relations and the liberal world order: contending elites, colliding visions?", en *International Affairs*, vol. 94, No.1, January 2018, pp. 113-132.
- Department of Defense (2018). *Assessment on U.S. Defense Implication of China's Expanding Global Access*, December 2018, Washington, D.C.: Department of Defense, United States of America, <https://media.defense.gov/2019/Jan/14/2002079292/-1/-1/1/EXPANDING-GLOBAL-ACCESS-REPORT-FINAL.PDF> Recuperado el 20 de febrero de 2019.
- de Pedro, Nicolás (2017). "El vecindario no compartido de Rusia", en *Política Exterior*, vol. XXXI, No. 179, septiembre / octubre 2017, pp. 38-46.
- Detsch, Claudia (2018). "Escaramuzas geoestratégicas en el "patio trasero". China y Rusia en América Latina", en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires), mayo-junio 2018, <http://nuso.org/articulo/escaramuzas-geoestrategicas-en-el-patio-trasero/> Recuperado el 20 de marzo de 2019.
- Diener, Alexander (2014). "Russian Repositioning: Mobilities and the Eurasian Regional Concept", en Walcott, Susan & Corey Johnson (eds.) *Eurasian Corridors of Interconnection. From the South China to the Caspian Sea*, New York-London: Routledge, pp.72-109.
- Diesen, Glen (2017). "Russia, China and 'Balance of Dependence' in Greater Eurasia", en *Valdai Club/Global Affairs*, en <http://eng.globalaffairs.ru/valday/Russia-China-and-Balance-of-Dependence-in-Greater-Eurasia-18673> Recuperado el 10 de octubre de 2018.
- Dongxiao, Chen & Feng Shuai (2016). "The Russia-India-China Trio in the Changing International System", en *China Quarterly of International Strategic Studies*, vol. 2, No4, pp. 431-447, www.sis.org.cn/uploadfiles/file/20170707/Chen%20V2N4.pdf Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Dragneva, Rilka & Kataryna Wolczuk (2017). *The Eurasian Economic Union: deals, Rules and the Exercise of Power*, Research Paper Russia and Eurasia Programme, May 2017, London: Chatham House.
- Duchate, Mathieu & Francois Godement & Kadri Liik & Jeremy Shapiro & Kouisa Slavkova & Angela Stanzel & Vessela Tchernova (2016). "Eurasian Integration: Caught between Russia and China", *European Council on Foreign Relations*, June 7 2016, <http://www.ecfr.eu/essay/eurasian-integration-caught-between-russia-and-china/> Recuperado el 10 de enero de 2019.
- Dugin, Alexandr (2012). *The Rise of the Fourth Political Theory*, London: Arktos Media Ltd.
- Dugin, Alexandr (2014) *Eurasian Mission. An Introduction to Eurasianism*, United Kingdom: Arktos Media Ltd.
- Dugin, Alexandr (2015). *Last War of the World-Island. The Geopolitics of Contemporary Russia*, London: Arktos Media.
- Dugin, Alexandr (2017). *The Rise of the Fourth Political Theory*, vol. II, London: Arktos Media Ltd.

- Economy, Elizabeth (2019). “The Problem with Xi’s China Model. Why Its Successes are Becoming Liabilities”, en *Foreign Affairs*, March 6 2019, <https://foreignaffairs.com/print/1123939> Recuperado el 20 de marzo de 2019.
- Ellis, Evan (2015). *The New Russian Engagement with Latin America: Strategic Position, Commerce, and Dreams of the Past*, Washington D.C. : Strategic Studies Institute & U.S. Army War College Press.
- Ellis, Evan (2017). “Russian engagement in Latin America: An update”, Washington D.C.: Center for International and Strategic Studies, December 19 2017, <https://www.csis.org/analysis/russian-engagement-latin-america-update> Recuperado el 23 de marzo de 2019.
- Engstrom, Par (2016). “The Inter-American Human Rights System and US-Latin American Relations”, en Scarfi; Juan Pablo and Andrew Tillman (eds.) *Cooperation and Hegemony in US-Latin American Relations*, New York: Palgrave Macmillan, pp. 209-247.
- Erdogan, Üye. Seven (2018). “The interaction of China and Russia within the Shanghai Cooperation Organization”, paper presented at the 4th. China and the Middle East Conference, Nevsehir, Turkey, 19-22 June 2018.
- Eremina, Natalia (2016) “Advent of a new civilization project: Eurasia in -U.S. out?”, en *Journal of Eurasian Studies*, No. 7, 2016, pp. 162-171, www.sciencedirect.com
- Eremina, Natalia (2018). “G-20 Summit: Looking for Compromise”, en RIAC, December 4, 2018, https://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/analytics/g20-summit-for-compromise/?sphrase_id=26197943 Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Ersen, Emre (2017). “Geopolitical Tarditions in Turkey. Turkish Eurasianism”, en Bassin, Marc & Gonzalo Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia’s Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 263-281.
- Escobar, Pepe (2019). “Putin y Xi Jinping recortarán el dólar estadounidense del comercio euroasiático; la élite de Estados Unidos entra en pánico”, en *News Front*, en <https://es.news-front.info/2019/06/12/putin-y-xi-jinping-recortaran-el-dolar-estadounidense-del-comercio-euroasiatico-la-elite-estados-unidos-entra-en-panico/> Recuperado el 13 de junio de 2019.
- Faure, Guy Olivier (2017). “China in Central Asia: Negotiating Cooperation for Mutual Benefit”, en Hampson, Fen Osler & Mikhail Troitskiy (eds.) *Tug of War. Negotiating Security in Eurasia*, Waterloo: Centre for International Governance Innovation, pp.69-85.
- Foreign Affairs (2017). *What Was the Liberal Order? The World We May Be Losing*, March 2017.

- Frankopian, Peter (2018). *The New Silk Roads. The Present and the Future of the World*, New York: Alfred A. Knopf.
- Frankopian, Peter (2019). *Las rutas de la seda. Una nueva historia universal*, México: Ediciones Culturales Paidós.
- Frenkel, Alejandro y Nicolás Comini (2017). “La política internacional de América Latina: más atomización que convergencia”, en *Nueva Sociedad*, septiembre-octubre 2017, en <http://nuso.org/articulo/la-politica-internacional-deamerica-latina-mas-atomizacion-que-convergencia/>
- Frost, Aleksandr (2009). “The Collective Security Treaty Organization, the Shanghai Cooperation Organization, and Russia’s Strategic Goals in Central Asia”, en *China and Eurasia Forum Quarterly*, vol. 7, No. 3 (2009), pp. 83-102.
- Friedman, Jeremy (2015). *Shadow Cold War. The Sino-Soviet Competition for the Third World*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Gao, H. (2007). Taming the Dragon. China’s experience in the WTO Dispute Settlement System, en *Legal Issues of Economic Integration*, 34 (4), pp. 369-392.
- Girado, Gustavo Alejandro (2018). “El despliegue transcontinental de la iniciativa china. El caso latinoamericano”, en Vaca Narvaja, Sabino y Zou Zhan (eds.) (2018) *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*, Lanús: REUN-UNLa, pp. 101-137.
- Gonzalez Levaggi, Ariel (2016). “Towards the peripheries of the Western World: Eurasian Regional policies in Latin America”, en *Anuario de la Integración de América Latina y el Caribe 2016*, Buenos Aires: CRIES, www.cries.org
- Gonzalez Levaggi, Ariel (2017). “Looking for a Strategic Concept Eurasia Latin America in the XXIth. Century”, en *Rossia y Iberoamerika y globaliziruemshesia mipe* (Rusia e Iberoamérica en un mundo en globalización), San Petersburgo: Skifia-Print, pp. 1723-1731 (Россия и Ивероамерика в глобализирующемся мире: история и современность, Санкт-Петербург: Скифия-принт).
- Gonzalez Levaggi, Ariel (2019). “Eurasia en ascenso: cambios y continuidades en los órdenes regionales de Asia Central, el Cáucaso y Medio Oriente”, en prensa en *Pensamiento Propio*, No. 49-50.
- Gonzalez Levaggi, Ariel; Akbota Zhaldasbekova & Nilüfer Narli (2018). *Eurasia – Latin America. Strategic Engagement and Comparative Perspectives in Politics and Economics*, Monograph, Astana: Ministry of Science and Education, L.N. Gumilev Eurasian National University.
- Gordenker, Gordon and Thomas Weiss (1996). “Pluralizing Global Governance: Analytical Approaches and Dimensions”, en Weiss, Thomas and Leon Gordenker (eds.) *NGOs, the UN & Global Governance*, Boulder: Lynne Rienner Publ., pp. 17-47.

- Grabendorff, Wolf (2018). “El impacto de la globalización sobre el peso político del eje transatlántico en el orden internacional”, en Serbin, Andrés (ed.) *América Latina y el Caribe frente a un Nuevo Orden Mundial. Poder, globalización y respuestas regionales*, Buenos Aires-Barcelona: CRIES-Icaria Editorial, pp. 153-167.
- Gurcan, Metin (2017). “The rise of the Eurasianist vision in Turkey”, en *Al-Monitor*, May 17 2017, en <https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2017/05/turkey-rise-of-eurasianist-vision.html> Recuperado el 16 de enero de 2019.
- Hamilton, Daniel and Jacques Pelkmans (2015). “*Rule-makers or rule-takers? An introduction to TTIP*”, en Hamilton, Daniel and Jacques Pelkmans (eds.) *Rule-Makers or Rule-Takers? Exploring the Transatlantic Trade and Investment Partnership*, London: Rowman& Littlefield International, pp. 1-16.
- Hampson, Oder & Mikhail Troitskiy (2017). “Negotiating Security in Eurasia: A Conceptual Framework”, en Hampson, Fen Osler & Mikhail Troitskiy (eds.) *Tug of War. Negotiating Security in Eurasia*, Waterloo: Centre for International Governance Innovation, pp. 3-18.
- Haass, Richard (2017). *A World in Disarray. America Foreign Policy and the Crisis of the Old Order*, New York: Penguin Press.
- Heine, Jorge and Ramesh Thakur (2011). “Introduction: Globalization and transnational uncivil society”, en Heine, Jorge and Ramesh Thakur (eds.) *The dark side of globalization*, Tokyo-New York: The United Nations University Press, pp. 1-15.
- Held, David; Anthony McGrew; David Goldblatt & Jonathan Perraton (1999). *Global Transformations*, Stanford: Stanford University Press.
- Hu, Fred & Michael Spence (2017). “Why Globalization Stalled and How to Restart it”, en *Foreign Affairs*, vol. 96, No. 4, July/August 2017, pp. 54-63.
- Hu, Zhiding & Dadao Lu (2016). “Re-interpretation of the classical geopolitical theories in a critical geopolitical perspective”, en *Journal of Geographical Sciences*, 26 (12), pp. 1769-1784.
- Hurrell, Andrew (2009). *On Global Order. Power, Values and the Constitution of International Society*, Oxford: Oxford University Press.
- Hutschenreuter, Alberto (2011). *La Política Exterior Rusa después de la Guerra Fría*, Buenos Aires: Areté Grupo editor.
- Hutschenreuter, Alberto (2015). “Rusia-América Latina: ocho realidades que explican el incremento de la relación”, 22 de octubre de 2015, <http://www.portalalba.org/index.php/articulos/internacional-geopolitica/cooperacion-internacional/6824-rusia-america-latina-ocho-realidades-que-explican-el-incremento-de-la-relacion> Recuperado el 21 de marzo de 2019.
- Hutschenreuter, Alberto (2018). “¿Crisis del atlantismo y del orden liberal internacional?”, en Serbin, Andrés (ed.) *América Latina y el Caribe frente a un Nuevo Orden Mundial. Poder, globalización y respuestas regionales*, Buenos Aires-Barcelona: CRIES-Icaria Editorial, pp.169-183.

- Ikenberry, John (2014). "The Illusion of Geopolitics", en *Foreign Affairs*, May/June 2014.
- Ikenberry, John (2018). "The end of liberal international order?", en *International Affairs*, vol. 94, No.1, January 2018, pp. 7-24.
- IISS (2018). "China's Belt and Road Initiative in Latin America and the Caribbean", Institute of International and Strategic Studies, December 2018, vol 24, <https://www.iiss.org/publications/strategic-comments/2018/chinas-bri-in-latin-america> Recuperado el 22 de marzo de 2019.
- Ismail, Yacqub (2018). "Sino-Russian Relations in the Era of Great Power Politics", en *Rising Powers in Global Governance*, Opinion, 13 6 2018, <http://risingpowersproject.com/sino-russia-relations-in-the-era-of-great-power-politics/> Recuperado el 22 de marzo de 2019.
- Ivanov, Igor (2018a). "Russia, China and the New World Order", RIAC, June 19, 2018, <https://russiancouncil.ru/en/analytcs-and-comments/analytcs/russia-china-and-the-new-world-order/> Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Ivanov, Igor (2018b). "Entering 2019: Challenges and Opportunities", *Russian International Affairs Council*, December 20 2018, <http://russiancouncil.ru/en/analytcs-and-comments/analytcs/entering-2019-challenges-and-opportunities/>
- Jeifets, Victor; Lilia Khadorich & Yana Leksytina (2018). "Russia and Latin America: Renewal versus continuity", en *Portuguese Journal of Social Sciences*, vol. 12, No. 2, pp. 213-228.
- Johnson, Corey & Susan Walcott (2014). "Conclusion. Middle Ground", en Walcott, Susan & Corey Johnson (eds.) *Eurasian Corridors of Interconnection. From the South China to the Caspian Sea*, New York-London: Routledge, pp, 157-167.
- Kacowicz, Arie (2008). "América Latina en el mundo: globalización, regionalización y fragmentación", en *Nueva Sociedad*, No. 214, marzo-abril de 2008, pp. 112-123.
- Kacowicz, Arie (2018). "Regional Governance and Global Governance: links and Explanations", en *Global Governance*, No. 24, 2018, pp. 61-79.
- Kaczmarek, Marcin (2007). "Russia Attempts to Limit Chinese Influence by Promoting CSTO-SCO Cooperation", *CACI Analysis*, 10 17 2007, <http://www.cacianalyst.org/publications/analytical-articles/item/11497-analytical-articles-caci-analyst-2007-10-17-art-11497.html?tmpl=component&print> Recuperado el 18 de enero de 2019.
- Kaczmarek, Marcin (2017). "Russia-China Relations and the West", *Working Paper Series*, Center for Transatlantic Relations-Robert Bosch Stiftung, March 2017, <https://archive.transatlanticrelations.org/publication/russia-china-west-marcin-kaczmarek/> Recuperado el 20 de febrero de 2019.

- Kaczmarek, Marcin & Witold Rodkiewicz (2016). “Russia’s Greater Eurasia and China’s New Silk Road: adaptation instead of competition”, en *OSW COMMENTARY*, No. 219, 21 07 2016.
- Karle, Prathamesh (2018). “Caspian agreement: Many issues still to be settled”, en *Raisina Debates*, October 15 2018, <https://www.orfonline.org/expert-speak/caspian-agreement-many-issues-still-to-be-settled-44871/> Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Kanaev, Evgeny (2017). “Sources of ASEAN Success and Emergence of Greater Eurasia”, en *International Trends*, vol 15, No. 3 (50), July-September 2017, pp. 81-89.
- Karaganov, Serguei (2018). “The new Cold War and the emerging Greater Eurasia”, en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 2018, pp. 85-93, en www.elsevier.com/locate/euras
- Karaganov, Sergei; Oleg Barabanov; Timofei Bordachov (2012). *Toward the Great Ocean, or the New Globalization of Russia*, Moscú: Valdai Club, <http://valdaiclub.com/publication/45700.html>
- Kay, Sean (2003). “Geopolitical constraints and institutional innovation: the dynamics of multilateralism in Eurasia”, en Sperling, James; Sean Kay & Victor Papacosma (eds.) *Limiting institutions? The challenge of Eurasian security*; Manchester-New York: Manchester University Press, pp. 125-143.
- Keohane, Robert (2001). “Between Vision and Reality: Variables in Latin American Foreign Policy”, en Tulchin, Joseph & Ralph Espach (eds.) *Latin America in the New International System*, Boulder: Lynn Rienner Publ., pp. 207-218.
- Kissinger, Henry (2017). *Orden mundial*, Buenos Aires: Debate.
- Kochin, Michael (2017). “Transformations of World Order: Lessons from Kissinger and the English School”, 25 August 2017 en https://www.academia.edu/34217184/Transformations_of_World_Orders_Lessons_from_Kissinger_and_the_English_School
- Korolev, Aleksandr (2016). “Russia’s Reorientation to Asia: Causes and Strategic Implications”, en *Pacific Affairs*, vol. 89, No. 1 (2016): pp. 53-73, <http://www.ingentaconnect.com/content/paaf/paaf/2016/000000089/00000001/art00003>
- Korolev, Aleksandr & Vladimir Portyakov (2018). “China-Russia Relations in Times of Crisis: A Neoclassical Realist Explanation”, *Asian Perspective*, vol. 42, No. 3, July-September 2018, pp. 411-437, <http://journals.rienner.com/doi/abs/10.5555/0258-9184-42.3.411?code=lrpi-site>
- Korovin, Valery (2016). *Rusia en el camino al imperio*, Moscú: Piter (Коровин, Валерий (2016) *Россия на пути к империи*, Москва: Питер).
- Kortunov, Andrey (2018a). “Indo-Pacific or Community of Common Destiny?”, en RIAC (Moscú), May 28 2018, <https://russiancouncil.ru/en/analytcs-and-commnts/analytcs/indo-pacific-or-community-of-destiny/> Recuperado el 30 de marzo de 2019.

- Kortunov, Andrey (2018b). “Why the World is Not Becoming Multipolar”, en RIAC (Moscú), June 27, 2018, <https://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/analytics/why-the-world-is-not-becoming-multipolar/> Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Kortunov, Andrey (2019). “Heartland Reunion: Geopolitical Chimera or Historical Chance”, en RIAC, February 8 2019, https://rusiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/analytics/heartland-reunion-geopolitical-chimera-or-historical-chance/?sphrase_id=26197943 Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Kuchins, Andrew C. (2018). “What is Eurasia to US (the U.S.)?” en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 17 July 2018, pp. 125-133.
- Kuznetsova, Anna (2017). “Greater Eurasia: Perceptions from Russia, the European Union, and China”, *Russian International Affairs Council*, September 1 2017, p. 4, <http://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/analytics/greater-eurasia-perceptions-from-russia-the-european-union-and-china/> Recuperado el 4 de enero de 2019.
- Kzy, Aruuke Uran ((2019). *The “Great Game”: Russia and China in Central Asia*, Discussion Paper, Washington, D.C.: TRT World Research Center.
- Lantaigne, Marc (2018). “Russia, China and the Shanghai Cooperation Organization: Discovering Security Interests and the ‘Crimea Effect’”, en Blakkisrud, H. & E. Wilson Rowe (eds.) *Russia’s Turn to the East*, Cham: Palgrave Macmillan, pp. 119-139.
- Laqueur, Walter (2015). *Putinism. Russia and its Future with the West*. Nueva York: Thomas Dunne Books & St. Martin Press.
- Laruelle, Marlène (2012). *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Washington, D.C. – Baltimore: Woodrow Wilson Center Press & The Johns Hopkins University Press.
- Laruelle, Marlène (2017). “When Eurasia Looks East: Is Eurasianism Sinophile or Sinophobe?”, en Bassin, Marc & Gonzalko Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia’s Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 145-160.
- Legler, Thomas (2013). “La gobernanza global”, en Legler, Thomas; Arturo Santa Cruz y Laura Zamudio (eds.) *Introducción a las relaciones internacionales: América Latina y la política global*, México D.F.: Oxford University Press, pp.253-266.
- Lewis, David (2018). “Geopolitical Imagination in Russian Foreign Policy. The Evolution of ‘Greater Eurasia’”, en *Europe-Asian Studies*, 70-10, <https://doi.org/10.1080/09668136.2018.1515348> Recuperado el 28 de marzo de 2019.
- Li, Yongquan (2018). “The greater Eurasian partnership and the Belt and Road Initiative: Can the two be linked?”, en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 2018, pp.94-99, <https://doi.org/10.1016/euras.2018.7.004> Recuperado el 11 de enero de 2019.

- Lissovlik, Yaroslav (2017). “Eurasian Economic Union and ASEAN: Complementarity Appraisal”, en *International Trends*, volume 15, No. 3 (50), pp. 38-45. <http://intertrends.ru/system/Doc/ArticlePdf/1778/zsLcMrhopu.pdf> Recuperado el 20 de febrero de 2019.
- Llenderozas, Elsa (2018). “Prólogo” en Battaleme et al, *China, Rusia e India en América Latina. Un enfoque multidimensional*, Buenos Aires: Universidad de la Defensa Nacional.
- Lo, Bobo (2008). *Axis of Convenience. Moscow, Beijing and the New Geopolitics*, London-Washington, D.C: Chatam House/Brookings Institution.
- Lo, Bobo (2015). *Russia and the New World Order*, London: Royal Institute of International Affairs.
- Luce, Edward (2017). *The Retreat of Western Liberalism*, New York: Atlantic Monthly Press.
- Lubina, Michael (2017). *Russia and China: A Political Marriage of Convenience – Stable and Successful*, Toronto: Barbara Budrich Publ.
- Lukin, Aleksandr (2016). “Russia in a Post-Bipolar World”, en *Survival*, vol. 58, no. 1, February-March 2016, pp. 91-112, <http://dx.doi.org/10.1080/00396338.2016.1142141>
- Lukin, Aleksandr (2018a). “Eurasia – From confrontation to partnership”, en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 2018, pp. 83-84, <https://doi.org/10.1016/euras.2018.7.003>
- Lukin, Aleksandr (2018b). *China and Russia. The New Rapprochement*, Cambridge: Polity Press.
- Lukin, Aleksandr & Vladimir Yakunin (2018). “Eurasian integration and the development of Asiatic Russia”, en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 23 July 2018, pp100-113, <https://doi.org/10.1016/j.euras.2018.07.003>
- Maçães, Bruno (2018). *The Dawn of Eurasia*, Allen Lane: Penguin Random House U.K.
- Mackinder, Hartford (2004). “The geopolitical pivot of history”. *Geographical Journal*, 13 (4), 1904, 421–444.
- Makarov, Igor; Oleg Barabanov; Timofei Bordachov, Evgeny Kanaev, Victor Larin, Vladimir Ryzkov (2014). *Toward the Great Ocean – 2, or Russia Breakthrough to Asia*, Moscú: Valdia Club, <http://valdaiclub.com/publication/&7120.html>
- Malamud, Andrés (2019). “Latin America and the World: dependency, Decoupling, Dispersion”, en Shifter, Michael and Bruno Binetti (eds.) *Unfulfilled Promises. Latin America Today*, Washington D.C.: The Dialogue, pp. 103-119.
- Malamud, Carlos (coord.) (2017) *¿Por qué importa América Latina?*, Informe Elcano No.22, diciembre 2017.
- Maliavin, Vladimir (2015). “Евразия и всемирность” Moscú: Ripol Clasic (Малявин, Владимир. Евразия и всемирность, Москва: Рипол Классик, 2015).

- Malle, Silvana (2017). "Russia and China in the 21st century. Moving towards cooperative behavior", en *Journal of Eurasian Studies*, 8, (2017), pp. 138-150, <https://dx.doi.org/10.1016/j.euras.2017.02.003> Recuperado el de febrero de 2019.
- Man, John (2014). *The Mongol Empire*, London: Transworld Publishers/Penguin Random House U.K.
- Mandelbaum, Michael (2019). "The New Containment. Handling Russia, China and Iran", en *Foreign Affairs*, February 12, 2019, <https://www.foreignaffairs.com/print/1123794> Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Mansilla Blanco, Roberto (2018). "Russia in Latin America: Geopolitics and Pragmatism", *Global Americans*, November 28 2018, <https://theglobalamericans.org/2018/11/russia-in-latin-america-geopolitics-and-pragmatism/> Recuperado el 6 de marzo de 2019.
- Maness, Ryan and Brandon Valeriano (2015). *Russia's Coercive Diplomacy. Energy, Cyber, and Maritime Policy as New Sources of Power*, New York: Palgrave MacMillan.
- Mazzar, Michael (2017). "The Once and Future Order. What Comes After Hegemony", en *Foreign Affairs*, vol. 96, No. 1, January/February 2017, pp. 25-32.
- McDougall, Derek (2016). *Asia Pacific in the World*, Boulder-London: Lynne Rienner.
- McGregor (2017). *Asia's Reckoning. China, Japan, and the Fate of US Power in the Pacific Century*, New York: Penguin Random House.
- Mead, Walter Russell (2014). "The Return of Geopolitics. The Revenge of the Revisionist Powers", en *Foreign Affairs*, May-June 2014.
- Merke, Federico y Carolina Zaccato (rds.) (2018). *El G-20 en tiempos inciertos. Reflexiones en torno a la presidencia argentina*, en *Pensamiento Propio* (Buenos Aires), No. 48, año 23, julio-diciembre 2018. En www.cries.org
- Mettan, Guy (2015). *Russie-Occident. Une guerre de mille ans. La russophobie de Charlemagne à la crise ukrainienne*, Ginebra: Des Syrtes.
- Merke, Federico (2017). "Lo que sabemos, lo que creemos saber y lo que no sabemos de América Latina", en *Pensamiento Propio*, No. 45, enero-junio 2017, año 22, Buenos Aires: CRIES, pp. 143-163.
- Miles, Richard (2018). "Virtual Russian Influence in Latin America", May 9 2018, Washington D.C.: Center for International and Strategic Studies, <https://www.csis.org/analysis/virtual-russian-influence-latin-america> Recuperado el 23 de marzo de 2019.
- Milosevic-Jauristi, Mira (2019). *Oso y dragón: el vínculo estratégico entre Rusia y China en el orden internacional post-unipolar*, ARI 1/2019-4/1/2019, Madrid: Real Instituto Elcano.
- Moisio, S. (2015). "Geopolitic/critical Geopolitics", en Agnew, J.A (ed.) *The Wiley Blackwell Companion to Political Geography*, Hoboken, NJ: Wiley.

- Mosquera, M. y Morales Rubalcaba, D. (2018). La estrategia institucional de China hacia América Latina. Análisis comparado entre los foros CELAC-China y CELAC-Unión Europea, en *Oasis*, 28, pp. 123-149, <https://doi.org/10-18601/16577558.n.28.08> Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Mostafa, Golam (2013). “The concept of ‘Eurasia’: Kazakhstan’s Eurasian policy and its implications”, en *Journal of Eurasian Studies* 4 (2013), pp. 160-170, <http://dx.doi.org/10.1016/j.euras.2013.03.006>
- Mostafa, Golam and Monowar Mahmood (2018). “Eurasian Economic Union: Evolution, challenges and possible future directions”, en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 2018, pp. 163-172, <https://doi.org/10.1016/j.euras.2016.05.001>
- Myers, Steven Lee (2017). *El nuevo zar. Ascenso y dominio de Vladimir Putin*, Buenos Aires: Ariel.
- Myers, Margaret and Kevin Gallagher (2019). *Cautious Capital: Chinese Development Finance in LAC, 2018*, The Dialogue-Boston University Global Development Center, China -Latin America Report, February 2019, <https://www.thedialogue.org/wp-content/uploads/2019/02/Chinese-Finance-in-LAC-2018-2.pdf> Recuperado el 23 de marzo de 2019.
- Nalbandov, Robert (2016). *Not by Bread Alone. Russian Foreign Policy under Putin*, The University of Nebraska Press: Potomac Books.
- Nezhnikova, Ekaterina; Oksana Papelniuk & Anna Evgenievna Gorokhova (2018). “China Energy Dialogues: Research of the Most Promising Energy Areas for Interrelation”, en *International Journal of Energy Economics and Policy*, vol. 8, Issue 1, 2018, pp. 203-211. Disponible en www.econjournals.com
- Niblett, Robin (2017). “Liberalism in Retreat. The Demise of a Dream”, en *Foreign Affairs*, Vol. 96, No. 1, January/February 2017, pp. 17-24,
- Niu, Haibin (2017). “Las políticas y estrategias de China hacia América Latina y el Caribe”, en Pastrana Buelvas, Eduardo y Hubert Gehring (eds.) *La proyección de China en América Latina y el Caribe*, Bogotá: KAS-PUC, pp. 99-122.
- Nye, Joseph (2017). “Will the Liberal Order Survive?”, en *Foreign Affairs*, vol. 96, No. 1, January/February 2017, pp. 10-16.
- Oropeza García, Arturo (2017). *Del Atlántico al Pacífico. Reconstruyendo el orden global*, México D.F.: Cámara de Diputados.
- O’ Tuathail, G. (1996). *Critical Geopolitics: The Politics of Writing Global Space*, London: Routledge.
- O’ Tuathail, G. & Simon Dalby (1998). *Rethinking Geopolitics*, London and New York: Routledge.
- Perovic, Jeronim (2018). “Russia’s Turn to Eurasia”, en *Policy Perspectives*, vol. 6/5, August 2018, Zurich: Center for Security Studies.

- Pestanha, Francisco (2018). “Prológo”, en Vaca Narvaja, Sabino y Zou Zhan (eds.) (2018) *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*, Lanús: REUN-UNLa, pp. 17-35.
- Piper, Moritz (2018). “Mapping Eurasia: Contrasting the Public Diplomacies of Russia’s ‘Greater Eurasia’ and China’s ‘Belt and Road’ Initiative”, en *Rising Powers in Global Governance*, vol. 3, Issue 3, December 2018, pp. 217-237, en <http://risingpowersproject.com/quarterly/mapping-eurasia-contrasting-the-public-diplomacies-of-russias-greater-eurasia-and-chinas-belt-and-road-initiatives>
- Preciado Coronado, J.A. (2013). “Paradigma social en debate; aportaciones del enfoque geopolítico crítico. La Celac en la integración autónoma de América Latina” en Martha Nelida Ruiz Uribe (coord.): *América Latina en la crisis global: Problemas y desafíos*, México: Clacso-Alas-UDT.
- Preciado Coronado, Jaime y Pablo Uc (2010). “La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional”, en *Geopolítica(s)*, vol. 1, No. 1, pp. 65-94. https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/30638866/2010_Jpc_PugGeop_Crit_ALyC.PDF?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1554549899&Signature=qxR8C9cHrGQC1%2Bw9vqT0DY3hqJ0%3D&response-content-disposition=inlin e%3B%20filename%3DGeopolitica_critica_en_America_Latina.pdf Recuperado el 10 de noviembre de 2018.
- Quirós, Ludmila (2017). “Reconfiguración política y gobernanza regional en América Latina ¿Hacia dónde va el regionalismo postliberal?”, en *Revista Andina de Estudios Políticos*, 7 (2), pp. 111-131.
- Ramón-Berjano, Carola (2016). “La Iniciativa ‘Un cinturón, Un camino’ y el desarrollo del Oeste de China. Impactos domésticos e internacionales”, *Documento de Trabajo del CARI*, No. 98, pp. 43-66, <http://www.cari.org.ar/pdf/dr98.pdf> Recuperado el 20 de febrero de 2019.
- Ramón-Berjano, Carola (2017). “Integración de China con Eurasia”, Consejo Argentino de Relaciones Internacionales (CARI). 4 de enero de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=mXxVYW9Opa>, Recuperado el 20 de febrero de 2019.
- Ramón-Berjano, Carola (2018). “La iniciativa de la Ruta de la Seda: crisis del multilateralismo y globalización con “características chinas”, en Vaca Narvaja, Sabino y Zou Zhan (eds.) *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*, Lanús: REUN-UNLa, pp. 35-57.
- RIAL (2018). *Informe CELAC-China. Avances hacia el 2021*, Santiago: Consejo de Relaciones Internacionales de América Latina y el Caribe.
- Riggiozzi, Pía & Diana Tussie (eds.). *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism en Latin America*, Ddrecht: Springer, 2012.
- Ríos, Xulio (2016). “China-América Latina y Caribe: otra relación para otro futuro”, en *Pensamiento Propio*, No. 44, julio-diciembre 2016, año 21, pp. 217-247.

- Ríos, Xulio (2019). *El estado de las relaciones China-América Latina, Documentos de Trabajo*, No1 (Segunda época), Madrid: Fundación Carolina.
- Rolland, Nadège (2017a). *China's Eurasian Century? Political and Strategic Implications of the Belt and Road Initiative*, Seattle-Washington, D.C.: The National Bureau of Asian Research.
- Rolland, Nadège (2017b). "Eurasian Integration 'a la Chinese': Deciphering Beijing's Vision for the Region as a 'Community of Common Destiny'", en *Open Forum*, June 5 2017, <http://www.theasanforum.org/eurasian-integration-a-la-chinese-deciphering-beijings-vision-for-the-region-as-a-community-of-common-destiny/> Recuperado el 3 de abril de 2019.
- Rolland, Nadège (2019a). "Reports on Belt and Road Death Are Greatly Exaggerated. Don't Underestimate China's Resilience", en *Foreign Affairs*, January 29 2019, <https://www.foreignaffairs.com/print/1123770> Recuperado el 29 de enero de 2019.
- Rolland, Nadège (2019b). "A China-Russia Condominium over Eurasia", en *Survival: Global Politics and Strategy*, February-March 2019, vol. 61, pp. 7-22, en <https://www.iiss.org/publications/survival/2019/survival-global-politics-and-strategy-februarymarch-2019/611-02-rolland> Recuperado el 12 de marzo de 2019.
- Rouquié, Alain (1989). *América Latina: Introducción al extremo Occidente*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rouvinski, Vladimir (2017). "Understanding Russian Priorities in Latin America", en *Kennan Cable* No. 20, February 2017, Washington D.C.: Wilson Center.
- Rouvinski, Vladimir (2019). *Russian-Venezuelan Relations at a Crossroads*, Latin American Program-Kennan Institute, Washington D.C: Woodrow Wilson Center.
- Rozman, Gilbert (2014). *The Sino-Russian Challenge to the World Order*, Stanford: Stanford University Press.
- Rudd, Kevin (2018). "How Xi Jinping Views the World", en *Snapshot Foreign Affairs*, May 10, 2018.
- Sakwa, Richard (2017a). "The Age of Eurasia?", en Bassin, Marc & Gonzalko Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia's Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 201-220.
- Sakwa, Richard (2017b). *Russia Against the Rest. The Post-Cold War Crisis of World Order*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Sahakyan, Mher (2017). "Rethinking Russia's Return to Global Big Policy", en *Modern Diplomacy*, December 18 2017, <http://modern diplomacy.eu/2017/12/18/rethinking-russia-s-return-to-global-big-policy/> Recuperado el 17 de diciembre de 2018.

- Salama, Pierre (2017). “Menos globalización: ¿marginación u oportunidad para América Latina?”, en *Nueva Sociedad*, septiembre-octubre 2017, en <http://nuso.org/articulo/menos-globalizacion-marginacion-u-oportunidad-para-america-latina>
- Sanahuja, José Antonio (2012). “Regionalismo postliberal y multilateralismo en Sudamérica”, en Serbin, Andrés; Laneydi Martínez y Haroldo Ramanzini Junior (eds) *El regionalismo postliberal en América Latina y el Caribe: nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos. Anuario de la integración regional de América Latina y el Caribe*, No. 9, 2012, Buenos Aires: CRIES, pp. 19-72, en www.cries.org
- Sanahuja, José Antonio (2016). “América Latina en un cambio de escenario: de la bonanza de los *commodities* a la crisis de la globalización”, en *Pensamiento Propio*, No. 44, julio-diciembre 2016, año 21, pp. 13-27.
- Sanahuja, José Antonio (2017). “Crisis de globalización y hegemonía: un escenario de cambio estructural para Cuba y Latinoamérica y el Caribe”, en *Pensamiento Propio*, No. 45, enero-junio 2017, año 22, Buenos Aires: CRIES, pp. 165-203.
- Scholte, Jan Aart (2001). “The globalization of world politics” en Baylis, John & Steve Smith (2001) *The Globalization of World Politics*, Oxford: Oxford University Press, pp. 13-32.
- Schuster, Mariano (2017). “¿El “retorno ruso” a América Latina? Entrevista a Vladimir Rouvinski, en *Nueva Sociedad*, Noviembre 2017, <http://nuso.org/articulo/rusia-entre-nosotros/imprimir/> Recuperado el 3 de marzo de 2019.
- Schuster, Mariano (2018). “India y América Latina: el camino de una nueva cooperación. Entrevista a Ignacio Bartesaghi”, en *Nueva Sociedad*, abril 2018, <http://nuso.org/articulo/puede-convertirse-india-en-un-nuevo-socio-de-america-latina/> Recuperado el 28 de marzo de 2019.
- Serbin, Andrés (2002). “Globalización, integración regional y sociedad civil”, en Oliva, Carlos y Andrés Serbin (comps) *América Latina, el Caribe y Cuba en el contexto global*, Araraquara: CRIES, pp. 20-86.
- Serbin, Andrés (2010). “Los desafíos del multilateralismo”, en Martínez, Laneydi; Haroldo Ramanzini y Mariana Vásquez (coords.) *Anuario de la Integración de América Latina y el Gran Caribe*, No. 8, 2010, pp. 7-39.
- Serbin, Andrés (2012). “Deficit democrático y participación ciudadana en el marco del regionalismo postliberal”, en Serbin, Andrés; Laneydi Martínez y Haroldo Ramanzini Junior (eds) *El regionalismo postliberal en América Latina y el Caribe: nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos. Anuario de la integración regional de América Latina y el Caribe*, No. 9, 2012, Buenos Aires: CRIES, pp. 73-129.
- Serbin, Andrés (2013). “Actores no estatales y política transnacional”, en Legler, Thomas; Arturo Santa Cruz y Laura Zamudio (eds.) *Introducción a las relaciones internacionales: América Latina y la política global*, México D.F.: Oxford University Press, pp. 172-183.

- Serbin, Andrés (2014). “Squaring the Circle? Transatlantic Relations and the New Latin American Regionalism in a Changing Global Environment”, en *Atlantic Currents. An Annual Report on Wider Atlantic Perspectives and Patterns*, Washington D.C.: GMF-OCP Policy Center, pp. 61-80.
- Serbin, Andrés (2016a). “América Latina y el Caribe frente a los desafíos de un nuevo entorno global: el impacto de la nueva polaridad China-Estados Unidos y los mega-acuerdos”, en Pastrana Buevas, Eduardo y Stephan Jost (eds.) *Incidencias regionales y globales de la Alianza del Pacífico*, México D.F.: KAS-Pontificia Universidad Javeriana, pp. 25-70.
- Serbin, Andrés (2016b). “Movimientos tectónicos globales y escenarios de transición regional”, en *Pensamiento Propio*, No. 44, julio-diciembre 2016, año 21, pp. 7- 12.
- Serbin, Andrés (2017a). “China y América Latina y el Caribe frente a un cambio de ciclo: narrativas y estrategias”, en Pastrana Buevas, Eduardo y Hubert Gehring (eds.) *La proyección de China en América Latina y el Caribe*, Bogotá: KAS-PUC, pp. 73-98.
- Serbin, Andrés (2017b). “¿Un triángulo escaleno? América Latina y el Caribe, China y los Estados Unidos y las narrativas del nuevo ciclo”, en Serbin, Andrés; Laneydi Martínez; Haroldo Ramanzini Júnior and Andrei Serbin Pont (eds.) *América Latina y el Caribe en la encrucijada de la globalización. Anuario de la integración de América Latina y el Caribe 2016-2017*, Buenos Aires: CRIES, en www.cries.org
- Serbin, Andrés (2018a). “Contending Geopolitical Narratives and Global Tectonic Shifts”, en *The Fletcher Forum of World Affairs*, vol. 42:2.
- Serbin, Andrés (2018b). “La configuración de la Gran Eurasia y su impacto en la gobernanza global”, en Mesa, Manuela (coord.) *Derechos humanos, seguridad y democracia ¿Avances o retrocesos?. Anuario CEIPAZ 2017-2018*, Madrid: CEIPAZ.
- Serbin, Andrés (2018c). “El nuevo orden mundial y América Latina y el Caribe”, en *Revista Mexicana de Política Exterior*, No. 114, 2018, México D.F.: Instituto Matías Romero, pp. 131-156.
- Serbin, Andrés (2018d) (ed.). *América Latina y el Caribe frente a un Nuevo Orden Mundial. Poder, globalización y respuestas regionales*, Barcelona-Buenos Aires: Editorial Icaria-CRIES.
- Serbin, Andrés y Andrei Serbin Pont (eds.). *Latin America and the Responsibility to Protect: Divergent Views from the South?*, edición especial de *Pensamiento Propio*, No. 41, Vol. 20, January-June 2015.
- Serbin, Andrés & Andrei Serbin Pont (2019). “Venezuela: ¿Un casillero más en el tablero de ajedrez geopolítico mundial”, en *Perfil* (Buenos Aires), 25 de enero de 2019, <https://www.perfil.com/noticias/opinion/opinion-andres-serbin-andrei-serbin-pont-por-que-venezuela-puede-desatar-guerra-fria.phtml> Recuperado el 28 de enero de 2019.

- Sergi, Bruno (2018). "Putin's and Russian-led Eurasian Economic Union: A hybrid half-economics and half-political 'Janus Bifrons'", en *Journal of Eurasian Studies*, 9 (2018), pp. 52-60, <https://doi.org/10.1016/j.euras.2017.12.005> Recuperado el 10 de enero de 2019.
- Sergunin, Aleksandr (2016). *Explaining Russian Foreign Policy Behavior. Theory and Practice*, Stuttgart: ibidem-Verlag.
- Shambaugh, David (2013). *China Goes Global. The Partial Power*, Oxford: Oxford University Press.
- Shambaugh, David (2016). *China's Future*, Cambridge: Polity Press.
- Silaev, Nicolai y Andrei Sushentzov (2017). "Los aliados de Rusia y la frontera geopolítica en Eurasia", en *Rusia en la política global*, Moscú: RIAC, 4 de junio de 2017 (Силаев, Николай и Андрей Сушенцов (2017) «Союзники России и геополитический фронт в Евразии», *Россия в Глобальной Политике*, 4 июня 2017).
- Shixue, Jiang (2017). "La inversión china en América Latina: características, mitos y prospectos", en Pastrana Buelvas, Eduardo y Hubert Gehring (eds.) *La proyección de China en América Latina y el Caribe*, Bogotá: KAS-PUC, pp. 267-291.
- Soto, Augusto (2004). "No solo Asia-Pacífico. La Eurasia de Beijing que urge analizar", en *Revista de Estudios Internacionales* (Santiago), año 36, No 144, enero-marzo, pp. 107-123.
- Sperling, James (2003). "Eurasian security governance: new threats, institutional adaptations", en Sperling, James; Sean Kay & Victor Papacosma (eds.) *Limiting institutions? The challenge of Eurasian security*; Manchester-New York: Manchester University Press, pp. 3-29.
- Stephen, Matthew (2017). "Emerging Powers and Emerging Trends in Global Governance", en *Global Governance: A Review of Multilateral and International Organizations*, July-September 2017, vol. 23, No. 3, pp. 483-502.
- Stronski, Paul & Richard Sokolsky (2017). *The Return of Global Russia. An Analytical Framework*, Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace,
- Stuenkel, Oliver (2016). *Post-Western World*, Cambridge: Polity Press.
- Sutter, Robert G. (2016). *Chinese Foreign Relations. Power and Policy since the Cold War. Fourth Edition*, Lanham: Rowman and Littlefield.
- Svampa, Maristella (2017). "Cuatro claves para leer América Latina", en *Nueva Sociedad*, No. 268, marzo-abril 2017, pp. 50-64.
- Svarin, David (2016). "The construction of 'geopolitical spaces? In Russian Foreign Policy discourse before and after the Ukraine crisis", en *Journal of Eurasian Studies*, 7, 2016, pp. 129-140, en <http://dx.doi.org/10.1016/j.euras.2015.11.02>
- Taibo, Carlos (2017). *La Rusia contemporánea y el mundo. Entre la rusofobia y la rusofilia*, Madrid: Los Libros de la Catarata.

- Trenin, Dmitri (2002). *The End of Eurasia. Russia on the Border Between Geopolitics and Globalization*, Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace.
- Trenin, Dmitri (2016a). “Russia’s Post-Soviet Journey. From Europe to Eurasia”, en *Foreign Affairs*, December 25, 2016, <https://www.foreignaffairs.com/print/1119142> Recuperado el 17 de enero de 2019.
- Trenin, Dmitri (2016b). *Should we fear Russia?*, Cambridge: Polity Press.
- Tsygankov, Andrei (2016). *Russia’s Foreign Policy. Change and Continuity in National Identity*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- Tufekci, Ozgur (2018). “China’s Belt and Road Initiative: Rise of Chinese Eurasianism as a Eurasian Integration Strategy against Atlanticism?”, en *Caucasus International*, vol. 8, No. 2, Winter 2018, pp. 33-42.
- Turzi, Mariano (2017). *Todo lo que necesitas saber sobre el (des)orden mundial*, Buenos Aires: Paidós.
- Tzili Apango, Eduardo (2017). “Antecedentes y proyecciones del Foro China-CELAC y su influencia en la dinámica hemisférica”, en Pastrana Buelvas, Eduardo y Hubert Gehring (eds.) *La proyección de China en América Latina y el Caribe*, Bogotá: KAS-PUC, pp. 145-170.
- Unnikrishnan, Nandan & Uma Purushothaman (2019). *Indian Approaches to Multilateral Cooperation and Institutions in Eurasia*, Valdai Papers, January 2019, <http://Valdaiclib.com/a/valdai-papers/> Recuperado el 30 de marzo de 2019.
- Vaca Narvaja, Sabino y Zou Zhan (eds.) (2018). *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*, Lanús: REUN-UNLa.
- Vigevani, Tullo y Fernanda Magnotta (2016). “Os atores externos: Agendas e estratégias dos Estados Unidos para a América Latina”, en *Pensamiento Propio*, No. 44, julio-diciembre 2016, año 21, pp. 179-215.
- Vinokurov, Evgeny (2017). “Eurasian Economic Union: Current State and Preliminary Results”, en *Russian Journal of Economics*, 3, (2017), pp. 54-70, <http://dx.doi.org/10.1016/j.ruje.2017.02.004> Recuperado el 10 de enero de 2019.
- Walcott, Susan and Corey Johnson (2014). “Introduction. A Conceptual Overview”, en Walcott, Susan & Corey Johnson (eds.) *Eurasian Corridors of Interconnection. From the South China to the Caspian Sea*, New York-London: Routledge, pp. 1-14.
- Wickett Xenia; John Nilsson-Wright & Tim Simmons (2015). *The Asia-Pacific Power Balance: Beyond the US-China Narrative*, Research Paper, US Project and Asia Programme, September 2015, London: Chatham House.
- World Economic Forum (2016). *Geo-economics with Chinese Characteristics: How China’s economic might is reshaping world politics*, World Economic Forum, January 2016.

- World Commission on the Social Dimension of Globalization (2004). *A Fair Globalization: Creating Opportunities for All*, Ginebra: Organización Internacional del Trabajo (OIT).
- Xuetong, Yan (2019). “The Age of Uneasy Peace. Chinese Power in a Divided World”, en *Foreign Affairs*, vol. 98, No. 1, January-February 2019, pp. 40-46.
- Yilmaz, Serafettin & Olga Daksueva (2017). “The energy nexus in China-Russia strategic partnership”, en *International Relations of the Asia-Pacific*, vol. 0, 2017, pp. 1-26, doi: 10.1093/irap/lcx003
- Yilmaz, Serafettin & Liu Changming (2018) “China’s ‘Belt and Road’ Strategy in Eurasia and Euro-Atlanticism”, en *Europe-Asia Studies*, 70:2, pp. 252-276, <https://doi.org/10.1080/09668136.2018.1435777> Recuperado el 4 de enero de 2019.
- Ying, Fu (2016). “How China sees Russia. Beijing and Moscow are Close, but not Allies”, en *Foreign Affairs*, vol. 95, No. 1, January-February 2016, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5427183> Recuperado el 17 de febrero de 2019.
- Yujun, Feng; Aleksandr Gabuev; Paul Haenle; Ma Bin & Dmitri Trenin (2019). “The Belt and Road Initiative: Views from Washington, Moscow and Beijing”, *Carnegie Tsinghua Center for Global policy*, April 8 2019, https://carnegietsinghua.org/2019/04/08/belt-and-road-initiative-views-from-washington-moscow-and-beijing-pub-78774?mkt_tok=eyJpIjoiTripSbVkyV..
- Zakaria, Fareed (2008). *The Post-American World*, Nueva York-Londres: WW Norton & Company.
- Zeng, Jinghan (2019). “Narrating China’s belt and road initiative”, en *Global Policy*, March 12 2019, <https://doi.org/doc.10.1111/1758.5899.12662> Recuperado el 20 de marzo de 2019.

Eurasia es una región poco conocida en América Latina y el Caribe, pese a estar convirtiéndose en un decisivo polo de poder alternativo en el mundo contemporáneo. Un denso entramado político institucional se configura en el ámbito euroasiático sobre la base de diferentes procesos de conflicto y de conectividad, de la convergencia estratégica entre China y Rusia; del ambiguo papel de la India y de otros países de la región como Irán, Turquía y Kazajistán; de la articulación entre la Ruta de la Seda, la Unión Económica Euroasiática y la Organización de Cooperación de Shanghái, y de la conformación de un bloque que crecientemente desafía a Occidente en diferentes ámbitos. Andrés Serbin – autor de numerosas publicaciones en español e inglés - detenta una extensa trayectoria en el campo de las relaciones internacionales y de las organizaciones internacionales intergubernamentales y no-estatales y es actualmente Presidente de CRIES, director de la revista Pensamiento Propio y Co-Chair de la Sección Asia y las Américas de la Latin American Studies Association (LASA). Desde esta vasta experiencia, se interna, con habilidad narrativa y analítica y con una escritura accesible, en este espacio poco conocido para nuestra región, y desarrolla un minucioso y bien fundamentado análisis de los cambios internacionales, de las narrativas geopolíticas imperantes a las que dan lugar, de las fuentes ideológicas del eurasianismo y del desarrollo del proyecto de la Gran Eurasia, en el marco del creciente acercamiento entre Rusia y China, y de las confrontaciones y divergencias que despliegan frente a Occidente en general y a los Estados Unidos en particular. La comprensión de esta compleja dinámica, desde una perspectiva latinoamericana, permite comprender las actuales relaciones entre Eurasia y América Latina y sus futuras potencialidades, cruciales para una inserción de la región en el cambiante y turbulento mundo actual.

En continuidad con otros volúmenes publicados en la colección Pensamiento Propio, este libro contribuye a la comprensión de la actual dinámica del sistema internacional, focalizándose, en esta ocasión, en la emergencia de Eurasia y en sus relaciones con América Latina y el Caribe.

En un mundo plagado de incertidumbres y turbulencias, este libro se lee, sin embargo, con la sensación de ser un protagonista y no un simple observador.



Icaria  editorial

